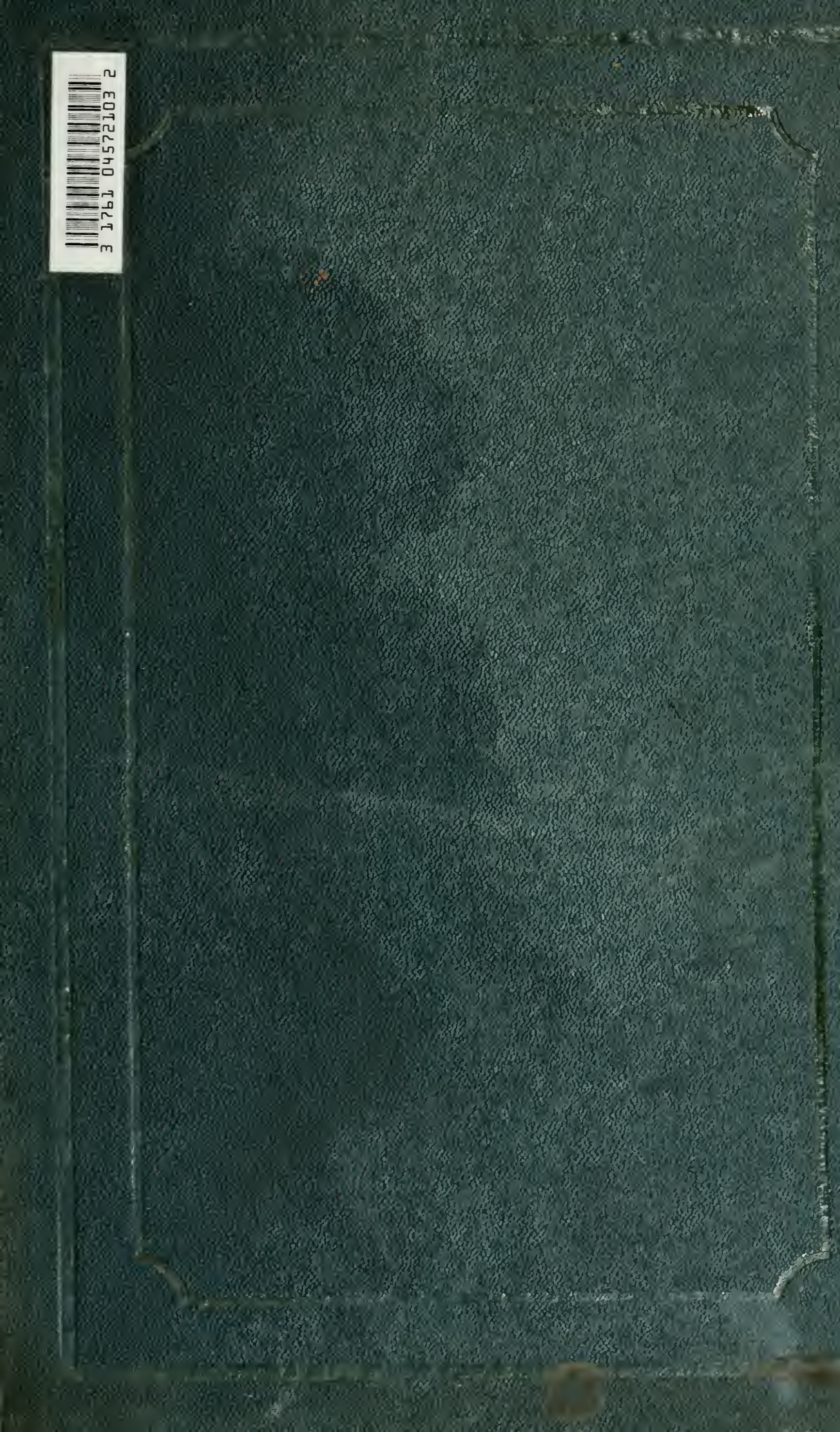
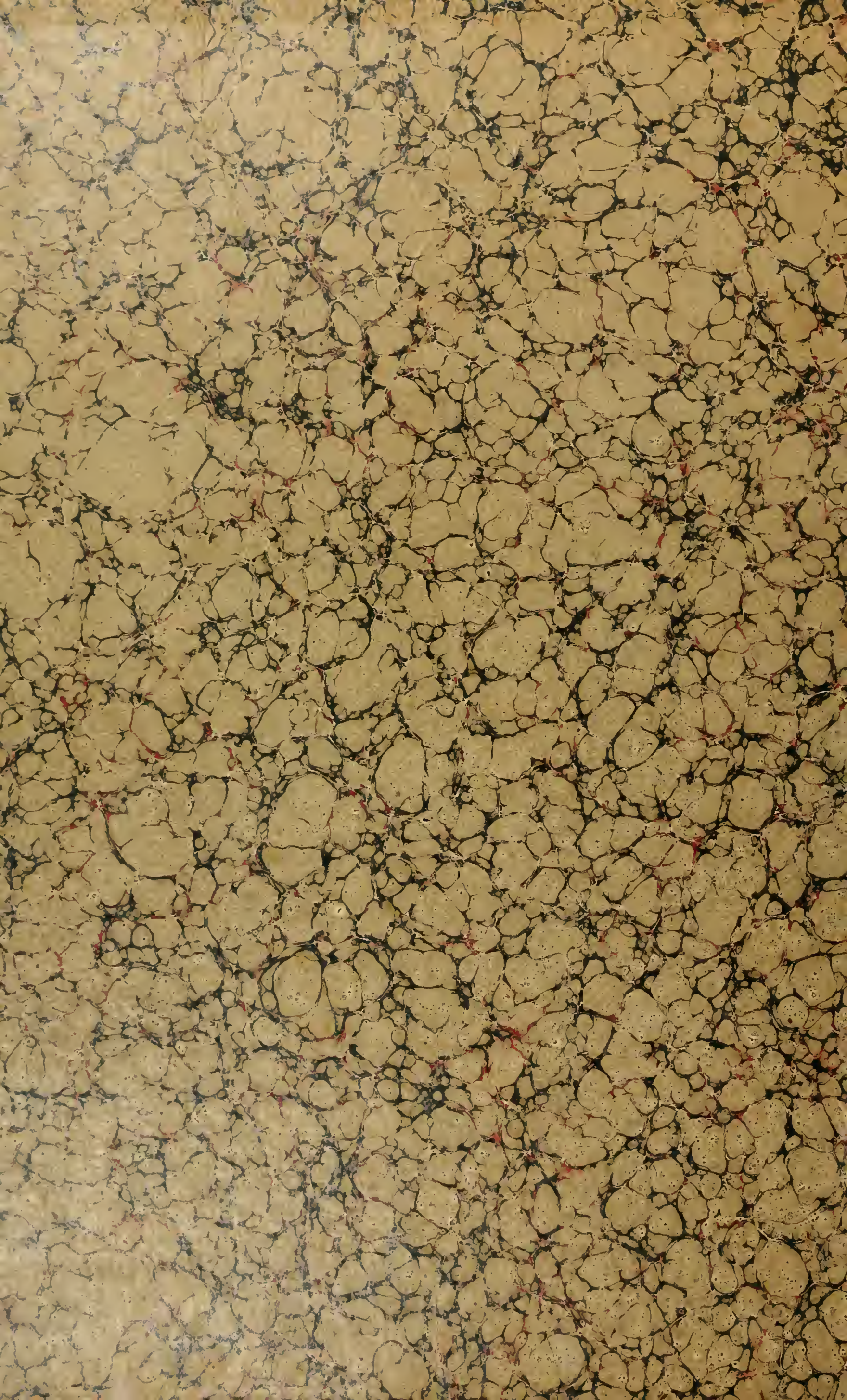

3 1761 04572103 2






VELUT
ARBOR
ÆVO

EDITOR, NICOLÁS GONZALEZ

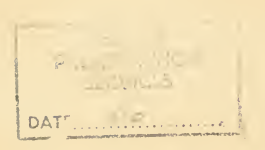
HOMENAGE Á CALDERON

MONOGRAFÍAS

LA VIDA ES SUEÑO

MADRID
IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE NICOLÁS GONZALEZ
Calle de Silva, número 12

1881


DAT


LIBRARY
NOV 3 0 1999
UNIVERSITY OF TORONTO


LA VIDA
ES
SUEÑO
R lit.
A. Ferrant

Al Excmo. é Ilmo. Sr. D. Antonio Romero Ortiz,

PRESIDENTE DE LA COMISION DEL CENTENARIO

QUE HA DE CELEBRARSE EN MEMORIA DE LA MUERTE

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Dedica esta obra, consagrada á conmemorar la gloria del primero de los dramáticos españoles, del inspirado poeta, del insigne guerrero, del virtuoso sacerdote, del inmortal autor de «La vida es sueño,» con la colaboracion de las letras, las artes y la industria nacionales,

EL EDITOR,

Nicolás González.

BIOGRAFÍA

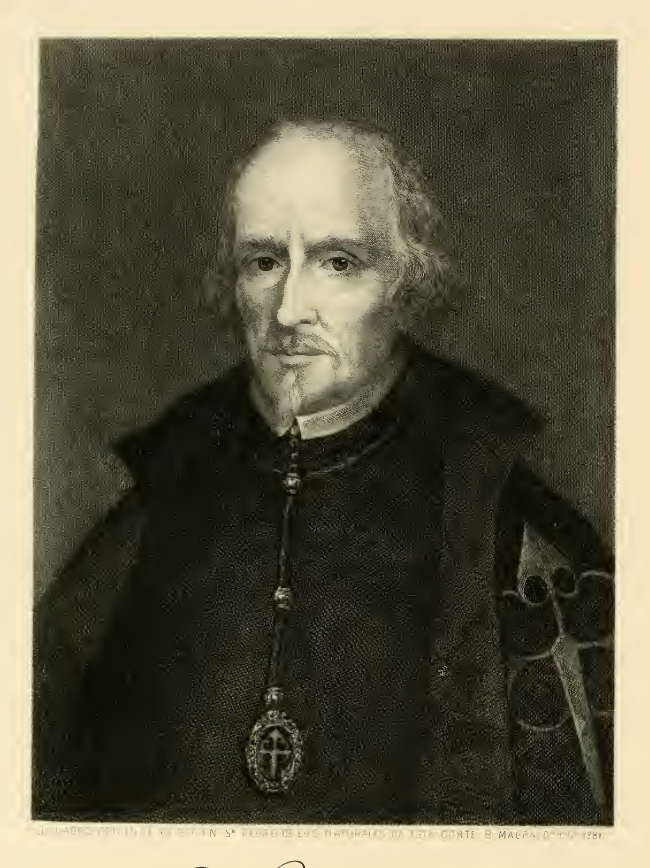
DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

POR

D. FELIPE PICATOSTE Y RODRIGUEZ

MEDALLA DE ORO DE LA ACADEMIA DEL DANTE EN NÁPOLES



[illegible] EN Sⁿ PEDRO DE LOS NATURALES DE ESTA CORTE B. MAURA [illegible] 1881

Don P.º Calderon
de la barca

BIOGRAFÍA DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

I

Escribir la biografía de D. Pedro Calderon de la Barca, es ciertamente empresa superior á nuestras fuerzas, y demasiado grave para nuestra pluma; pero si lo grande del intento pudiera arredrarnos, por un lado, la misma dificultad del asunto vendrá, por otro, en ayuda nuestra, ante los que hayan de juzgar este trabajo.

Sólo el deseo de acudir con nuestro pobre esfuerzo á conmemorar el segundo centenario del inmortal poeta, y el poderoso auxilio de un entusiasta y patriótico editor, nos han comprometido en esta tarea, dando de mano ocupaciones más áridas en el terreno de la ciencia ó ménos tranquilas en el de la política.

A la dificultad propia de la biografía de uno de nuestros primeros autores dramáticos, cuando tantos y tan insignes escritores han tratado de esta materia, se agrega la circunstancia de que tal vez D. Pedro Calderon era el ménos conocido en las vicisitudes de su agitada vida, tan variada en las profesiones, y tan llena de extraños sucesos, que el mismo poeta decia cuando no habia llegado á la mitad de su carrera:

Aquí discurra el lector,
si es que hay lector que discurra,
¡cuáles son para seguidos
los pasos de mi fortuna!

Porque, aunque se ha escrito mucho, y hasta se ha sutilizado, sobre el teatro de Calderon, en España y en el extranjero, nadie ha penetrado hasta ahora en la vida íntima, en la personalidad del poeta, si nos es permitido decirlo así. Conocemos á Cervantes, á Quevedo y á Lope; podemos seguir sus aventuras ó sus hechos; asistir á escenas de su vida, y, en algunos casos, leer en su pensamiento. Cervantes, víctima constante de la desgracia, forma parte del mundo en que vivió, y le descubrimos como un actor principal en sus novelas; Quevedo nos dió preciosos detalles de su propia

vida al lamentarse de su suerte; de Lope sabemos hasta el desayuno y las ocupaciones matinales. Pero la persona de Calderon, los actos íntimos de su vida, han sido casi desconocidos: parece que los cubria el velo de un impenetrable misterio.

La suspicacia religiosa que brotó sobre su tumba; el deletéreo siglo XVIII, que no comprendió su teatro, y la crítica moderna, que se ha dedicado á restaurarle, perdiendo de vista al poeta, han contribuido á que la biografía del insigne autor de la *Vida es sueño*, haya sido de las ménos conocidas.

Fué estudiante, militar, cortesano y sacerdote; y no ha sido conocido bajo ninguno de estos puntos de vista. Nada dejó detrás de sí en esas profesiones; ni lances de estudiante, ni aventuras de soldado, ni intrigas de cortesano, ni frases, ni agudezas de su ingénio: ¡el hombre que escribió los diálogos más perfectos, y resumió en enérgicas y deslumbradoras frases las leyes del honor y de la lealtad, y pintó las pasiones humanas con tan grandiosos rasgos!

Parece que pasó por estos estados como pasan las aves por los campos, recogiendo su aroma y su encanto y animándolos con sus trinos, sin dejar huella alguna de su vuelo; como pasa el sol sobre la tierra, haciendo resaltar sus más vivos colores, poniendo al descubierto sus bellezas y sus miserias, y ocultándose silencioso en el horizonte.

Calderon era solamente un pintor que habia copiado el cuadro social en que vivió, escondiéndose tras del lienzo. Y nosotros que le consideramos, despues de dos siglos, como observador y como filósofo, como pintor y como analista, nos le representábamos, envuelto en misterioso ropaje, descollando sobre el mundo y enseñándole en sus obras, como diciendo:—Ahí teneis el hombre; ahí teneis la sociedad.

Pero si hubiese imitado á los escritores modernos, que se ponen en primer término en el cuadro que trazan, ¿quién sabe cuántas escenas de sus comedias podríamos señalar como escenas de su vida en que hubiese intervenido como actor ó como testigo? ¿Cuántas no habrán tenido su orígen en impresiones que recibiera en su procelosa existencia? El escritor impregna su pluma en las tintas y matices que dominan en el estado de su ánimo; el poeta canta sus fortunas y sus desgracias en cuanto escribe; sus versos nacen empapados en el sentimiento del alma; sus creaciones responden siempre al estado del espíritu y llevan el traje que les viste la pasion ó la creencia: el hombre no se oculta nunca completamente tras la poesía.

Esta verdad innegable nos ha servido en gran parte de guia al escribir los siguientes apuntes biográficos; en los cuales, además, nos han auxiliado poderosamente investigaciones nuestras ó de queridos amigos, que nos permitirán poner en claro algunas épocas de la vida de Calderon, completamente desconocidas hasta hoy.

La biografía de un escritor, de un poeta, que influyó tan poderosamente en el teatro, y cuyo pensamiento buscan los críticos de todas las naciones en lo más recóndito de sus versos, no puede ser una árida série de fechas, ni una relacion de sucesos aislados, sin el vínculo que tienen en la sucesion de la vida humana, en que el dia de hoy es consecuencia del de ayer. Nosotros creeríamos completo nuestro trabajo si hubiésemos conseguido resucitar al poeta y al hombre en la imaginacion del lector, de modo que viera á Calderon en el seno de aquella sociedad, en lo íntimo de la familia,

en su casa, entre los objetos que le rodeaban, oyendo sus palabras, interpretando sus acciones y siguiendo su pensamiento.

Lo hemos intentado, y al hablar así nos referimos no sólo á esta biografía, sino tambien al estudio especial que ha hecho, y publica á continuacion, nuestro amigo el Sr. Millan, que puede considerarse como un complemento de este ensayo.

La crítica nos dirá hasta qué punto lo hemos conseguido.

II

Nació D. Pedro Calderon de la Barca en Madrid el 17 de Enero de 1600, y fué bautizado el 14 de Febrero en la iglesia parroquial de San Martin, situada entónces en el sitio que hoy ocupa el Monte de Piedad.

Fueron sus padres D. Diego Calderon de la Barca y Barreda, señor de la casa de Calderon de Sotillo, en Reinosa, y secretario de cámara del consejo de hacienda y contaduría mayor de cuentas; y D.ª Ana María de Henao y Riaño, descendiente de Flandes por su primer apellido, y de Astúrias por el segundo.

A esta genealogía se debe que Calderon se llamára alguna vez montañés, describiendo así su ascendencia:

Montañés soy; algo deudo,
allá por chismes de Astúrias,
de dos jueces de Castilla,
Lain Calvo y Nuño Rasura.

Sus padres tenian el fuero de antiguos hijosdalgo, aunque no pertenecian á la primera nobleza. El mismo Calderon nos dice que era «mediana su sangre, y que su esfera no estaba desguarnecida de servicios propios y heredados.»

Recibió cuidadosa educacion de sus padres, y pasó, sin duda, á estudiar primeras letras con alguno de los maestros de la villa, acostumbrado á sazonar sus lecciones con los correspondientes azotes, que el estado de la enseñanza exigia entónces, como ineludible procedimiento; y que el jóven Calderon sentia ménos que los apodos que le ponian sus condiscípulos.

A los nueve años entró en el Colegio de la Compañía de Jesús, donde hasta los quince cursó gramática y el conjunto de asignaturas llamado humanidades, dando á entender ya la vivacidad de su ingénio con adelantarse á todos sus compañeros. Allí comenzó sus ensayos poéticos, señalándose en los exámenes y en algun certámen.

Apenas cumplidos los diez años, escribió, en compañía de Luis Belmonte y de D. Francisco de Rojas, *El mejor amigo el muerto*, cuya tercera jornada es obra suya. Estrenóse esta comedia el 24 de Diciembre de 1610, cuando aún faltaban veinticuatro dias para que Calderon cumpliese once años. En 1613 escribió por sí solo *El carro del cielo ó San Elías*, comedia perdida hasta hoy, y sólo conocida por relacion de Vera Tasis.

Terminados los primeros estudios, su buena madre comenzó á pensar, naturalmente, en la carrera de su hijo; y tratando de conciliar los propios intereses con las costumbres de la época, decidió que el jóven Calderon se hiciera cura; dejando á su hermano mayor, D. Diego, que habia nacido en 1596, la herencia que le correspondia como primogénito; dedicando al tercer hermano, D. José, á la carrera militar, que siguió, como veremos despues, con no poca fortuna, llegando á teniente de maestre de campo general, y muriendo valerosamente en el ataque del puente de Camarasa, en 1645, y destinando á su hermana D.ª Dorotea á vestir tocas, como las vistió, en el convento de Santa Clara de Toledo, falleciendo un año despues que nuestro poeta.

No fué un mero capricho esta eleccion de carrera para Calderon, ni merecen las palabras «religiosamente astuta,» que con este motivo aplica el mismo poeta á su madre ó á su madrastra, la interpretacion acaso burlona que les ha dado algun biógrafo. Vamos á demostrarlo con datos auténticos.

En el año de 1612, la abuela de Calderon, D.ª Inés Riaño, fundó un patronato de legos en la capilla de San José, de la iglesia parroquial de San Salvador, dotando la capellanía con la casa en que Calderon murió, y un censo perpétuo sobre Aravaca. Nombró patrono á D. Diego Gonzalez de Henao y Riaño, su hijo primogénito, y á cuantos le sucedieran en el goce de un mayorazgo creado por su marido, eligiendo para primer capellan á su nieto D. Diego Calderon de la Barca, que á la sazon se hallaba en Méjico, y en caso de que no quisiera seguir la carrera eclesiástica, á su hermano D. Pedro, nuestro poeta, y, en último término, á su hermano menor D. José.

La ausencia de D. Diego, y la consideracion de que era ya el heredero de la casa, aconsejaron muy prudentemente á la madre y á la abuela de nuestro poeta darle carrera de seguro porvenir, haciendo que recayese en él la capellanía.

En esto consistió la *astuta religiosidad* de aquella buena señora, que no han podido explicar los biógrafos hasta ahora; y que nosotros explicamos, gracias á la benevolencia del Sr. Conde del Asalto, que posee, como sucesor en la capellanía, los documentos que lo prueban.

En virtud, pues, de este deseo de su madre, Calderon se ordenó de primera tonsura; pero poco aficionado á la sujecion de la vida eclesiástica, se hubo de oponer resueltamente á ser cura, consiguiendo de su familia el permiso para seguir la carrera de leyes, como transaccion entre los deseos de su madre y sus propias y juveniles inclinaciones.

Por este tiempo ocurrieron en su casa graves mudanzas, que facilitaron sus propósitos. Habiendo muerto D.ª Ana María de Henao, casó D. Diego, en segundas nupcias, con D.ª Juana Freyle Caldera, que con seguridad insistió en el pensamiento de D.ª Ana; debiendo ser esta una no pequeña causa de que Calderon renunciase decididamente á la carrera eclesiástica, y desease salir de su casa, y áun de Madrid. Poco despues murió D. Diego, quedando Calderon dueño de sus acciones, y por tanto, sin obstáculo poderoso para seguir su inclinacion.

Marchó, pues, huérfano ya de padre y madre, en 1615 á Salamanca, donde estudió matemáticas, geografía, cronología, historia política y profana, y ambos derechos,

civil y canónico, hasta graduarse de Bachiller en derecho; período de su vida, que, en el curioso romance que vamos siguiendo, describe de esta manera:

Crecí; y mi señora madre,
religiosamente astuta,
como habia en otra cosa,
dió en que habia de ser cura.
El de Troya me ordenó
de la primera tonsura,
de cuyas órdenes sólo
la coronilla me dura.
Bachiller por Salamanca
tambien me hizo luego.

Ignórase de todo punto cuanto se refiere á Calderon, miéntras permaneció en Salamanca; si bien podremos juzgar que su claro ingénio se daria á conocer desde luego en las áulas; para lo cual, por otra parte, bien poco se necesitaba en aquellos dias en que comenzaba á eclipsarse rápidamente el brillo de la antigua madre del saber humano. Y aunque su biógrafo Vera Tasis afirma que penetró en las matemáticas «hasta las especulaciones más recónditas,» puede afirmarse que los conocimientos científicos que allí adquirió fueron poca cosa, atendiendo así al olvido y desprecio en que habian caido ya las ciencias, como al estado general de la Escuela.

Era aquella, en efecto, la época de mayor corrupcion en la Universidad de Salamanca, precursora del decaimiento y de la indiferencia científica que habia de venir poco despues, como consecuencia necesaria. La disciplina escolástica estaba resentida desde el rector al estudiante. El carácter tradicional y austero de aquella grave asamblea de la ciencia se transformaba en un cuerpo viciado é invadido por la relajacion de las costumbres. Comenzaba entónces aquella larga série de rectores, que eran elegidos sólo por ser hijos de grandes de España, y que forma una lista de cuarenta y siete nombres de hijos de condes ó duques, que sucedieron, sin más títulos que su blason aristocrático, á los antiguos y respetabilísimos doctores, jefes del cláustro por su saber, su doctrina y sus virtudes; rectores que, como casi todos los demás nombrados para adular á familias poderosas, no tuvieron fuerza, ni prestigio para conservar el lustre de la Universidad, ni áun para mantener su disciplina.

Las casas de estudiantes, tan respetadas antiguamente, que Felipe II, en 1543, habia dirigido un *ruego* á la Universidad, pidiendo permiso para que por una sola vez sirviesen de alojamiento á los grandes que le acompañaban, habian venido á ser asiento y lugar de todos los vicios, y motivo perenne de escándalos, sin que los rectores tuvieran fuerza bastante para poner remedio, ni para hacer que se cumplieran las disposiciones de la superioridad. Deseando ésta atajar tan grandes males, habia dictado severas providencias, cuyo estudio podria decir, más que una pintura directa, cuál sería el estado de la moralidad en aquella escuela, á que concurrian todavía cerca de ocho mil estudiantes, y estaban agregados veintisiete colegios y veinticinco conventos, cuyos alumnos rivalizaban entre sí, no ya en la ciencia y la disciplina, sino en aventuras, riñas, desafíos y galanteos.

Pero en muy pocos años habíase desarrollado otro grave mal: el lujo, que comenzando por suntuosos trenes en los rectores, habia invadido hasta los más pobres estu-

diantes. Ya no eran aquellos aplicados é ingeniosos jóvenes que vivian con penuria, gastando un solo traje en toda la carrera, y á quienes estaba prohibido por los Estatutos tomar dinero á préstamo, no siendo para calzado, plumas, tinta ó papel. Muchos iban seguidos de elegantes criados; vivian en casas suntuosas, pasaban la vida de sarao en sarao, de banquete en banquete, y de fiesta en fiesta, contrayendo enormes deudas; sin que hubiese servido de nada la real Provision dada en Valladolid el 30 de Agosto de 1608, prohibiéndoles rigurosamente andar en coche ó á caballo, usar colgaduras de seda, vestir con lujo inusitado, y tener criados que no fueran los antiguos fámulos, estudiantes tambien. Pero ¡ah! esta misma Provision, que proscribia el lujo, estaba ya contaminada del vicio de la córte, desterrando las sotanas y manteos tradicionales, y mandando usar á los estudiantes el ferreruelo de los cortesanos, que jamás pudo aclimatarse en nuestros cláustros.

Tal fué el cuadro que se presentó á los ojos de Calderon al salir del lado de su familia, á la temprana edad de quince años, abriendo sus ojos á la vida social en medio de aquella «Babilonia de filósofos y teólogos.» ¡No era exagerada la profunda pena con que las madres se separaban de sus hijos para enviarlos á Salamanca, ni ociosos los consejos que les daban al partir, y que los jóvenes olvidaban al perder en el horizonte las torres de su pueblo natal!

Es muy probable que Calderon, jóven, fogoso, poeta, y sin más familia que tres hermanos menores de edad, tomase parte tambien en muchas de aquellas locuras estudiantiles, que años despues llegaron á levantar la horca para algun escolar, y aprendiese sobre todo á ir conociendo el mundo, como le conocian, más que nadie, los segundones de casas regularmente acomodadas, que tenian que guardar el decoro de su clase entre faltas de recursos. Allí comenzó seguramente la parte aventurera de su vida, de que han quedado tan pocos vestigios, ya porque se perdieran en los contínuos viajes de un hombre solo, ya porque los destruyese el mismo poeta al abrazar el estado eclesiástico.

De todos modos, el estudio de las ciencias y del derecho no le distrajo de sus poéticas inclinaciones, que en su edad habian de tener necesariamente por objeto pasatiempos amorosos. Entónces escribió aquel romance, que comienza:

Salid, oh Clori divina,
al Tormes...

y concluye:

y tendremos esta vez,
si lo merece esta voz,
honor Tormes, luz el dia,
vida el campo, y gloria yo;

y aquel otro, que no es por cierto un dechado de moralidad:

¿No me conoceis, serranos?
Yo soy el pastor de Filis.

No consta positivamente, sin embargo, que en este tiempo Calderon escribiese comedia alguna, por más que Vera Tasis asegure que á los diecinueve años tenia ya ilustrados los teatros de España con sus ingeniosas comedias; y que el Sr. Hartzenbusch

juzgue que pueden ser de aquella época, *El astrólogo fingido*, *El alcaide de sí mismo*, *Hombre pobre todo es trazas*, y *Amor, honor y poder*.

Parece que Calderon no habia de contentarse con el bachillerato, que estudiaria en cuatro años, pues el curso de 1617 á 1618 se matriculó en primero de cánones, y el siguiente en segundo. Pero indudablemente, la poca aficion á las leyes, el deseo de brillar en la poesía, su génio independiente y la falta de dinero, fueron causas que contribuyeron á que abandonase una carrera á que no demostró nunca aficion, ni volvió á practicar.

La situacion pecuniaria de Calderon durante su permanencia en Salamanca, debió ser apurada. A la muerte de su padre, quedóse desempeñando el oficio de escribano D. Jerónimo de Henao, que no rindió cuentas de sus productos tan pronto como los hijos hubieran deseado; por otra parte, los herederos de D.ª Ana pusieron un pleito sobre la herencia, y Calderon no recibia más que la exígua cuota que para alimentos le pasaba su curador *ad litem*, Martin Preciado, á quien, como menores, habian tenido que nombrar los hermanos en 21 de Noviembre de 1615, ántes de salir Calderon para Salamanca.

III

Todas estas razones obligaron á nuestro jóven estudiante á venir cuanto ántes á Madrid, donde solicitó y obtuvo del rey, en 21 de Noviembre de 1621, licencia para administrar sus bienes, entrando desde luego en posesion de ellos; vendiendo en pública subasta el 17 de Agosto de 1622 el oficio de su padre, por el cual le dieron 1.500 ducados; y transigiendo el pleito el 24 de Abril de 1623, destinando tres censos, uno á D.ª Catalina Henao, heredera de D. Jerónimo; otro á su madrastra, D.ª Juana Freyle, y el tercero á su hermana D.ª Dorotea, monja ya en Toledo.

El mismo Calderon, tan prudente siempre que habla de sí mismo, confiesa que vino á Madrid tras del bolsillo ofrecido en la justa poética de las fiestas de la canonizacion de San Isidro, el año 1620, en la cual efectivamente ganó un premio. Él mismo nos dice todo esto:

La codicia de un bolsico
en la literaria justa
de Isidro, me hizo poeta.
¿Quién no ha pecado en pecunia?
Con lo cual Bártulo y Baldo
se me quedaron á escuras;
pues en vez de decir leyes,
dije coplas en ayunas.

En aquella justa presentó varias poesías, de las cuales se imprimieron siete en la relacion de las fiestas; poesías escritas con cierto desenfado, propio de la juventud, que tal vez hubiese creido pecaminoso una censura más estrecha, y en las cuales se descubre el placer con que Calderon volvió á su pueblo natal.

El año 1622 hubo nuevas justas literarias en el Colegio de la Compañía de Jesús,

para celebrar la canonizacion de San Ignacio de Loyola, y la beatificacion de San Francisco de Borja. Presentóse tambien en ellas Calderon, y mereció ser premiado en segundo lugar, por un romance sobre la penitencia de San Ignacio, que comienza:

Con el cabello erizado,
pálido el color del rostro;

y en primer lugar por unas quintillas á San Francisco de Borja, de las cuales hemos de hablar más adelante.

Metido á poeta, como él mismo dice, dedicóse al teatro entusiasmado y halagado por aquellos triunfos, manifestándose entónces de lleno sus aficiones cómicas:

La cómica inclinacion
me llevó á la farandula:
comedias hice, si malas
ó buenas, tú te las juzga.
Desde letrado á poeta
pasé...

No debió irle á Calderon en esta primera época muy bien con la poesía dramática, ya porque no le diese lo suficiente para el sustento, ya porque personas respetables, quizá de su familia, censurasen su modo de vivir; ello es que buscó acomodo de escudero, entrando á servir al Duque de Alba de caballerizo:

...; y viendo cuánto acusan
á la poesía unos viejos
de impertinencia machucha,
traté de mudar de estado,
y por más estrecha y justa
religion, la de escudero
me recibió en su clausura.

De estudiante á poeta no habia más que un paso en el siglo XVII. Ambas eran verdaderas profesiones que constituian un modo de ser en la sociedad, y que se diferenciaban radicalmente de todos los demás modos de vivir. El estudiante solia ser poeta y cómico durante las vacaciones, en aquellas célebres tunas que dieron á la pátria tantos hombres eminentes. Y hasta tal punto estaban unidas estas profesiones, que en los estatutos de Salamanca de 1538, se preceptuaba que en el Corpus y los domingos siguientes se representaria por cada colegio una comedia de Platon ó Terencio, ó una tragi-comedia. Además se celebraban con loas y otras funciones dramáticas, en latin ó castellano, las visitas de reyes ó actos que solemnizaba la Universidad.

El poeta en aquella época vivia casi con los cómicos, representaba muchas veces; y de tal modo se confundian ambas cosas, que los poetas se llamaban cómicos y los empresarios autores de compañías. Si hemos de creer escritos de aquel tiempo, la excesiva aficion á las comedias era muy perniciosa en las Universidades, no sólo distrayendo del estudio á los jóvenes, sino arrastrándolos á esa vida aventurera que tenia para ellos singular atractivo. Por esto se prohibieron muchas veces en Salamanca las representaciones, ó se fijaron los dias del año en que habian de celebrarse; y por estas y otras causas caian sobre los comediantes censuras, y áun invectivas del clero, y todo género de disposiciones reales, ó de otras autoridades, encaminadas á hacer despreciable tal profesion.

Natural era, pues, que la familia de Calderon, compuesta de personas respetables y educada en aquella severidad de principios y aquella altiva, aunque modesta, dignidad, que conservaron muchos hidalgos españoles durante gran parte del siglo XVII, como protesta contra la corrupcion de la época, natural era, decimos, que condenara y reprendiera la vida del jóven Calderon, hasta conseguir que entrase al servicio de un grande de España; medio tan bueno para hacer carrera como para vivir con mayor sujecion.

Pero ni la vida de estudiante ni la de poeta, con todas sus libertades, habian podido satisfacer la inquieta ambicion de Calderon, que, en la épocaá que llegamos, tomó un nuevo rumbo, alistándose como voluntario para aquellas guerras que España sostenia á costa de tantos sacrificios, ó á lo ménos, siguiendo á algun protector á Italia y á los Países Bajos.

IV

Nadie ha podido explicar hasta ahora satisfactoriamente este cambio de vida de nuestro poeta; ni él mismo dejó nada escrito que pudiera dar alguna luz sobre las causas que le obligaron ó le indujeron á abandonar la pluma por la espada: tal vez fueran, como dice el Sr. Escosura, los *empeños de un acaso;* tal vez la última calaverada de un jóven cansado de aventuras en su pátria, ó la desesperacion de su suerte.

Pero nosotros juzgamos que debió ser una causa poderosa; porque ya Calderon en esta época tenia un nombre envidiable como poeta y como autor dramático; nombre suficiente para crear una profesion, que sólo un loco podia cambiar por otra oscura y aventurada. Habíase dado á conocer por comedias que necesariamente eran muy aplaudidas, pues participaban del sentimiento religioso y áun místico, adquirido en su educacion, y del fervor amoroso propio de su edad; resaltando en ellas, por lo tanto, los caractéres de la época.

Por otra parte, la posicion de caballerizo de un duque debia permitirle vivir con cierta decencia, áun dado caso que sus rentas y el producto de sus comedias no fueran medios suficientes de subsistencia.

Calderon no era pobre; á lo ménos no se hallaba en situacion tan apurada que le fuese necesario ir á buscar fortuna, como ha supuesto algun biógrafo. Además de la capellanía, cuya renta empezó á cobrar el mismo año de 1625, poseia ya la herencia de su padre, que se componia de la casa solariega y de algunos censos de regular importancia.

Ello es que por motivos todavía no explicados, parece que nuestro poeta marchó á Milán en 1625, y pasó tres años agregado al ejército.

Hasta ahora todos los biógrafos han asegurado que Calderon sirvió en Flandes hasta 1635; opinion injustificada, como bastaria para probarlo la observacion de que no era la guerra de Flandes lo más á propósito para que un soldado voluntario, con ocho escudos de paga, y mal cobrados por añadidura, se dedicase á escribir comedias

con toda tranquilidad. Y precisamente en esta época Calderon escribió más de veinte dramas, y entre ellos algunos tan profundos como *La vida es sueño.*

Sí; es imposible comprender cómo en aquella guerra pudo Calderon escribir tantas comedias; ni cómo estando tan léjos de España, en tiempos en que Salamanca distaba ocho dias de Madrid, sus obras se publicaban y representaban en la córte, y escribia, en union de Juan Perez de Montalban y D. Francisco de Rojas, *El mónstruo de la fortuna*, y en la de Mira de Mescua y Montalban, *Polifemo y Circe.* Muchas de estas comedias se escribieron además expresamente para conmemorar sucesos de la córte, y se representaron, formando parte de las fiestas, en Palacio ó en el Buen Retiro; en algunas de ellas se hacen alusiones y áun descripciones de las ceremonias y solemnidades públicas; lo cual habria sido imposible á un soldado en aquella dura campaña de Flandes, en tierra estraña, viviendo en país enemigo y á tan larga distancia de la pátria.

Desde luégo habria podido asegurarse que Calderon estuvo solamente en el ejército los años 1626, 1627 y 1628, en que no escribió comedia alguna; inactividad dramática rarísima en su vida, que sólo tiene, segun hacemos constar más adelante, tres períodos de silencio, que se corresponden precisamente con la guerra de Flandes, con la guerra de Cataluña y con la época de ascetismo religioso de su vida.

Pero á mayor abundamiento hay pruebas evidentes de que estaba ya en Madrid en 1629, como se deduce del siguiente curioso suceso.

En este año fué herido alevosamente su hermano por el comediante Pedro Villegas, el cual, huyendo de los que le perseguian, y entre ellos de D. Pedro Calderon, que le siguió espada en mano, se refugió en el convento de las Trinitarias. Acudieron nuevos amigos del herido, y el alcalde con su ronda; rompieron la clausura, derribaron las puertas, «registraron á las religiosas, despojándolas de los velos y reconociéndolas injuriosa si no torpemente.» Acudió tambien el vicario de Madrid, y hubo dentro del mismo convento un grave conflicto, en que los eclesiásticos amenazaban con la excomunion, y los agentes de la jurisdiccion real con la pena de azotes.

El célebre fray Hortensio Paravicino halló ocasion de condenar este hecho en el sermon que predicó ante Felipe IV, en unas honras de su padre; y lo haria probablemente con la destemplanza y mal gusto que le caracterizaban. Ello es que D. Pedro Calderon encontró aquí motivo para ingerir en su comedia, *El príncipe constante,* unos versos en que calificaba la oracion de Paravicino de «sermon de Berbería y panegírico emponomio horténsico,» de lo cual protestó en una enérgica representacion al rey el célebre predicador, acusando á D. Pedro Calderon nada ménos que de haber ofendido á Dios, á la religion, al rey y á su difunto padre; de ser hombre poco respetuoso á los templos, y de haber pegado hacía pocos dias una bofetada á un caballero en la iglesia de los Ángeles; sazonando estas acusaciones con epítetos dignos de su soberbio carácter, y calificando de *infames* los versos añadidos por Calderon. Tambien se lamentaba de que, habiéndose quejado á la autoridad, sólo habia conseguido que el poeta fuese arrestado en su casa con dos guardas, «tratamiento de señor, en un hombre particular;» y de que un tio de Calderon hubiese ido á su celda á desafiar á sus deudos. El rey dió con su propia mano esta invectiva, más que memorial, al cardenal de Trejo,

que defendió á Calderon todo lo posible, poniéndose de parte de la autoridad civil en lo del convento; y sosteniendo lo extraño de que se tuviese «por más decente que un hombre bajo, comediante y homicida, quebrase la clausura de un monasterio de monjas, y estuviese con ellas tiempo largo, que el entrar un juez á buscarle y á sacarle.» Disculpó, además, al poeta en sus versos, y propuso que se impusiese á D. Pedro Calderon el castigo que el rey designase, y que se advirtiese al padre Hortensio que se abstuviera de censurar hechos de jueces y consejos.

Estaba, pues, en Madrid Calderon á principios de 1629; porque el sermon á que alude este asunto fué predicado á Felipe IV el 11 de Enero de este año.

No hay noticia alguna de lo que Calderon hizo como militar en las guerras de Italia y Flandes, aunque algun contemporáneo suyo juzgase que su valor no fué premiado como merecia. Cierto es que en aquella época se armonizaban la pluma y la espada, signos ámbos de nobleza, y que Calderon, noble por su cuna, cumpliria en la guerra como buen español; pero no hay motivo para asegurar que estaba poseido de aquellos entusiasmos bélicos que supo describir en él algun biógrafo; ni tampoco, para salvar la falta de noticias, nos parece probable lo que ha escrito otro biógrafo, indicando que, por sus inclinaciones naturales, le sería enojosa la vida mecánica del militar, aunque habria podido ser útil en los consejos de la guerra; cosa extraña en un simple soldado. Es lo más probable que Calderon fuese al lado ó al servicio de algun personaje ó jefe, le acompañase como escudero ó secretario y se portase siempre con el valor que en edad más avanzada demostró en la cruda guerra de Cataluña.

Estuvo, pues, en Italia, y terminada esta guerra á últimos de 1625 por el tratado de la Valtellina, que se firmó en Monzon en Enero de 1626, pasaria á Flandes, como otros muchos soldados, á servir en aquella otra, que se habia recrudecido con la energía del Marqués de Spínola.

Es probable tambien que Calderon asistiese al sitio y rendicion de Breda, porque la comedia que escribió con este título tiene cierto carácter local, cierta fuerza descriptiva, propia de un testigo ocular. Por otra parte, si Calderon hubiese estado en la córte, seguramente no habria ignorado que Spínola atacó aquella plaza, no por su decision, sino en cumplimiento de la célebre y concisa carta de Felipe IV, propia de un poder agonizante y soberbio, que decia solamente: «Marqués de Spínola, tomad á Breda.» Esta ignorancia es tan natural de un soldado en el ejército, y tan inverosímil en un cortesano, que tal vez basta para explicar la presencia de Calderon en aquel célebre cerco. En su comedia pueden encontrarse algunas frases que probablemente se refieren á él mismo. Sirvan de ejemplo las siguientes:

Al ruido escribiré;
que si en Julio César leo
que en la guerra le tocaban
un arpa, á cuyos acentos
escribia sus victorias;
yo, que victorias no tengo,
escribiré mis cuidados,
incitado de los ecos
del bronce, si no más dulce,
más agradable instrumento.

Es muy extraño que Calderon pusiese en boca del Marqués de Spínola, rodeado de gloria en aquel momento, las palabras: *yo, que victorias no tengo,* cuando esta asercion es completamente inexacta, pues el general español habia conseguido muchos triunfos ántes de la rendicion de Breda, y especialmente el de la importantísima toma de Juliers. ¿No es posible que, como nuestro poeta hizo otras muchas veces, pusiese en boca de sus personajes las propias ideas, confundiéndose con ellos?

De todos modos, el teatro de la guerra debió impresionar profundamente á Calderon. En Milán presenciaria la horrible matanza de saboyanos, mandada por el Duque de Feria; y en Flandes viviria entre soldados, rotos, súcios y hambrientos, que hastiados ya de sangre empleaban la hoguera y otros géneros de muerte, como una distraccion á su ferocidad y á su fanatismo; viviendo sobre el país, cobrando por su mano la racion y la paga, que les faltaban, y soñando en campaña con el respeto y el temor que inspirarian en su pátria cuando volvieran y les señaláran con el dedo, diciendo: ¡estuvo en Flandes!

El mismo Calderon nos pinta en *El sitio de Bredá* la ferocidad de aquellos soldados, por boca del capitan Alonso:

¡Oh! ¡qué maldita canalla.
Muchos murieron quemados;
y tanto gusto me daba
verlos arder, que decia
avivándoles la llama:
¡perros hereges, ministro
soy de la inquisicion santa!

El año 1636 pretendió, fundado en la nobleza de su familia, un hábito de Santiago, que le fué concedido por el rey en 3 de Julio, formándose con fecha 2 de Setiembre el oportuno expediente de pureza de sangre, y tomando el hábito en virtud de decreto de 28 de Abril del año siguiente; siendo, por lo que sabemos, inexacto cuanto han escrito los biógrafos, al suponer que el rey le honró con esta merced, en premio de sus servicios en la guerra ó de sus méritos literarios.

En 1640, con motivo de la guerra de Cataluña, salieron á campaña las Órdenes militares; y D. Pedro Calderon, cumpliendo con su deber de caballero, se alistó desde luégo, presentándose montado el 28 de Mayo, agregándose al ejército el 29 de Setiembre, y entrando á servir como soldado en la compañía de caballos corazas del Conde-Duque, capitan general de la caballería española.

Pruébalo de un modo incontestable la siguiente certificacion expedida al mismo Calderon, y completamente ignorada hasta hoy:

«Don Pedro de castillo Aluarado caballero de la horden de s. tiago contt de la cav^{ia} de las hordenes militares, por el Rey nro señor: Certifico que por el cuaderno de cavalleros de todas las hordenes, que se formó en este oficio consta que Don pedro calderon de la barca, cavallero de la de S. tiago, se presentó montado en la villa de m.^{d} en veinte y ocho de mayo pasado de seiscientos y quarenta; y en veinte y nueve de septiembre siguiente se agregó y començó á servir en la compp^{a} de cauallos corazas del señor conde duque de S. Lucar, capp^{n} g.^{l} de la cav^{ia} despaña, donde a continuado en todo lo que se a ofrecido hasta este dia, que lo queda haciendo en este campo, que se alla acuartelada la dha cavalleria, devuelta de barcelona, en el ex.^{to} de su mag.^{d} Y para que dello conste, á su pedimento doy la press^{te} en la villa de Reus del principado de cataluña.—A catorce de Março de seisets y quar^{ta} y uno.—D. P^{o} de castillo Aluarado.»

Así ingresó D. Pedro Calderon en el ejército, apenas fueron llamados los caballeros. Así se alistó en aquellas compañías de las Órdenes, en que los soldados eran grandes de España, y en que se habian congregado todas las noblezas; la de la sangre y la de las artes, la de las letras y la de las ciencias; brillantísimos escuadrones, que jamás habia visto España reunidos, y, por una fatalidad, destinados á morir en la más espantosa de las guerras, ocasionada por la ambicion y los desaciertos de un torpe favorito.

Así quedan desvanecidas las suposiciones de todos los biógrafos de Calderon sobre su valor y sus servicios militares, y el supuesto retraso de su presencia en el ejército, con motivo ó pretexto de la órden del rey para terminar la comedia *Certámen de amor y celos*. Calderon no eludió el cumplimiento de su deber; fué de los primeros en alistarse, é ingresó en su compañía dos meses ántes de comenzar la campaña.

Insistimos en esta aclaracion, que tenemos la dicha de hacer por primera vez, no sólo por honra del ilustre poeta y guerrero, sino porque en aquella época rehuian de ir á la guerra nobles y plebeyos, ya fuese por decaimiento del carácter español, ya por lo sangriento de aquel drama, ó porque muchos castellanos acusasen en su pecho, del mismo modo que los catalanes, al Conde-Duque, y fuesen de opinion contraria á la guerra, decidida en el Consejo por el Cardenal D. Gaspar de Borja, diciendo que «era preciso derramar rios de sangre.»

En Cataluña se encontró al lado de su hermano D. José, que mandaba un regimiento, despues de haber venido de la guerra de Flandes, y con él hizo la campaña, estando tan unidos los servicios de ambos que es casi imposible separarlos en una biografía.

Con aquel ejército, formado en tan breve tiempo, entró Calderon en el Principado de Cataluña por el Coll de Balaguer, el 7 de Diciembre, asistiendo á diversas acciones y distinguiéndose en la sangrienta toma de Cambrils, en la de Salou, donde su hermano D. José mandó la operacion de arrimar las escalas, penetrando el primero en la plaza; en la de Villaseca, y por último, en la de Tarragona, el 24 de Diciembre.

En Enero del año siguiente de 1641, su compañía y treinta arcabuceros á caballo que iban á socorrer la plaza de Constanti, al mando del general D. Rodrigo Herrera, derrotaron á quinientos hombres, degollando á la mayor parte; horrible combate en que Calderon peleó como un héroe, saliendo herido de una mano, sin querer abandonar el campo de batalla para curarse. Asistió al reconocimiento, toma y quema de Martorell, donde su hermano mandó los mosqueteros, y fué uno de los treinta corazas escogidos, con la compañía de caballería de D. Juan de Oto, para batir tres cuerpos de tropa del enemigo, portándose «como de su persona y partes podia esperarse.» Siguió con el ejército á Barcelona y asistió á aquel terrible y desgraciado combate del 26 de Enero, formando parte de los escuadrones de las Órdenes que pelearon heróicamente contra la caballería francesa, hasta obligarla á retirarse bajo las murallas; miéntras D. José mandaba la vanguardia de la columna que atacaba el castillo de Monjuich. Volvió desde allí al campo de Tarragona, y asistió al combate trabado para salvar seiscientos caballos, que habian ido á forragear, escoltados por su hermano, y cortados por el enemigo. El 4 de Julio se distinguió tambien favoreciendo

con su compañía en la marina el desembarco de los socorros que el Marqués de Villafranca envió á Tarragona, corriendo aquel dia grave riesgo personal. Por último, asistió á la batalla dada en el Llano de las Horcas, sirviendo á las órdenes de Herrera, y al lado de su hermano, en aquel brioso ataque, en que la caballería de las Órdenes tomó al galope los cañones enemigos, viéndose Calderon muy en riesgo y peligro de su vida.

En este tiempo prestó otra porcion de servicios importantes, para que le hacía apto su educacion literaria y cortesana, y entre ellos el de venir á Madrid como embajador del Marqués de la Hinojosa, en Noviembre de 1641, despues de levantado aquel horrible sitio de Tarragona, en que el ejército moria de hambre; demostrando en tan apurado trance D. José su generosidad, manteniendo de su peculio catorce soldados. En esta embajada trajo las listas del ejército, los planos de la plaza, las proposiciones del cange de prisioneros, y varios asuntos reservados, siendo recibido por Felipe IV en el Escorial, y volviendo á Madrid en el coche del Conde-Duque.

Poco despues decidió el rey salir á campaña, y con este motivo se formó un cuerpo de tropas con el título de compañías de la guardia de S. M., entrando en ellas lo más florido del ejército. Calderon, distinguido ya por su valor y recomendado por su nobleza, sentó plaza en la compañía del Conde de Oropesa, donde atendiendo á sus méritos fué nombrado cabo de escuadra, como el soldado más benemérito; cargo superior que desempeñó en la milicia, sin llegar jamás á capitan de corazas, como aseguran D. Cayetano de la Barreda y otros biógrafos. El capitan de corazas era, por lo ménos, un maestre de campo, y sin embargo no tenia grado más que de teniente en las compañías de la guardia del rey, como lo prueba el siguiente testimonio, inédito hasta hoy, del nombramiento de cabo de Calderon:

Don Pedro de Porres y Toledo, cauallero del avito de Santiago, gentil hombre de la boca de su mag.[d] y su capitan de caballos coraças españoles, y teniente de la compañía del conde de Oropesa, una de las de la nobleça despaña, y guarda de su Mag.[d]

Certifico, que Don pedro calderon de la barca, cauallero del avito de Santiago, a seruido esta campaña con toda puntualidad, y por aberle allado mi capitan por soldado mas merememerito le nombró por cavo deseuadra, y sirvió la dha escuadra como muy honrrado y baliente cauallero; y assi le juzgo merememerito de toda la mrd que su mag[d] fuese servido de hacerle... Çaragoça a beinte y ocho de octubre de mil y seiscientos y quarenta y dos años.

Continuó sirviendo hasta que se resintió gravemente su salud, siendo víctima sin duda de aquellas enfermedades que diezmaban el ejército en tan cruda guerra; por lo cual el Conde-Duque de Olivares le concedió licencia el 15 de Noviembre de 1642, desde Zaragoza, constándole la imposibilidad de que continuase en el real servicio, y la del uso y manejo de las armas; expidiéndole despues pasaporte para los puestos de Castilla.

No es, pues, exacto que Calderon estuviese en la guerra hasta 1648, como han asegurado sus biógrafos, para llenar esa laguna de su vida. Hemos visto la licencia original que conserva el Sr. Conde del Asalto en su archivo, y dice así:

D. Gaspar de Guzman c[de] Duque de S.[t] Lucar &[a].

Por quanto Don Pedro Calderon, Soldado de la compañia de cavallos del batallon de la nobleza de la guardia de su Mg.[d] del duque de Pastrana, nos ha pedido le demos licencia para irse á curar adonde tuviese mas comodidad para ello; atento á hallarse con achaques de calidad

que le imposibilitan el continuar el R[1] servicio: Constandonos ser assi lo referido: hemos tenido por bien de concederle, como por la presente le concedemos, la licencia que pide para el dho effecto. Y della se tomará la razon en los libros del sueldo por los ministros á quienes toca. Dada en Çaragoça a 15 de Nov.[e] de 1642.—Don Gaspar de Guzman.»

Este curioso documento tiene tal importancia, que no hemos dudado insertarle en el texto, dejando para las notas al final otros no ménos curiosos, pero no de tanta trascendencia, para esclarecer la verdad de los hechos de la vida de nuestro ilustre poeta, desconocida por tantos biógrafos.

Tan valerosos servicios no quedaron ocultos á sus jefes, siendo recomendado al rey por D. Álvaro de Quiñones, teniente general de la caballería, en 19 de Octubre de 1641; por D. Rodrigo Herrera, comisario general de la caballería, en 30 de Setiembre, y por el citado D. Diego Brizuela, el 30 de Setiembre y el 15 de Marzo, diciendo que era ejemplar caballero y valiente soldado, que habia lucido su alentamiento peleando valerosamente, y que era digno de la merced que S. M. quisiera hacerle; concediéndole el rey en 21 de Setiembre de 1645 una pension de treinta escudos al mes, sobre la consignacion de la artillería de España.

Desgraciadamente, esta pension, como otras muchas que el rey concedia con gran facilidad, no fué cobrable. El año siguiente Calderon pensó ir á Italia con el Duque de Alba, nombrado virey de Sicilia, y acudió al rey pidiendo que se le situára la pension sobre las rentas de Italia, consiguiéndolo en 13 de Abril de 1646; pero habiendo desistido luégo del viaje, acudió de nuevo al rey en demanda de una compensacion, poniendo Felipe IV al márgen del memorial: «Que se tendrá satisfaccion á darle otra merced.» Mas tampoco se la dieron; entónces Calderon pidió la llave de gentil hombre, con igual infausta suerte.

Retirado del ejército y restablecido de su salud, volvió el año siguiente de 1643 á dedicarse á las letras, pasando despues á Alba de Tormes, tal vez siguiendo la suerte del Conde-Duque de Olivares. Allí cayó enfermo de nuevo, con unas graves tercianas, y no teniendo recursos escribió al corregidor de Madrid, en 9 de Octubre de 1648, pidiendo que se le abonáran como socorro trescientos ducados por haber compuesto los *Autos* para el dia del Corpus; cantidad que en efecto no se habia pagado.

El año siguiente de 1649 le llamó el Rey por un real decreto, mandándole escribir las fiestas de la entrada de su esposa D.ª María Ana de Austria, trabajo que, segun se cree, publicó con su nombre D. Lorenzo Ramirez de Prado.

V

Aquí termina el primer período de la vida de Calderon. Estudiante, poeta, soldado y cortesano, habia recorrido en medio siglo las más diversas profesiones; pasando desde el áula al campamento, y desde el escenario á las antesalas del alcázar, habiendo tenido, por tanto, ocasion de estudiar á los hombres y la sociedad en que vivia; nuevo punto de vista bajo el cual le vamos á considerar ahora.

Que conocia muy á fondo las costumbres de su tiempo en todas las clases y gerarquías, lo dejó demostrado en la série de sus obras dramáticas, desde la tragedia á los entremeses, en los cuales, descendiendo á las últimas capas sociales, su pluma no tiene que envidiar nada á la de aquellos escritores satíricos, como Quevedo, Cervantes y Espinel, que nos dejaron cuadros á que no ha llegado el realismo, calificado de espantoso en nuestros dias. *El dragoncillo* es una imitacion libre del pasillo que Cervantes tituló *La cueva de Salamanca. La casa holgona*, imposible de representar hoy en nuestro teatro, es un cuadro digno de *La Celestina. D. Pegote* parece que es el autor de las *Cartas del caballero de la Tenaza:* las jácaras tienen momentos de mayor fuerza descriptiva que *Rinconete y Cortadillo. El Mellado* y *La Chillona* pueden formar al lado del *Entremés famoso de la cárcel de Sevilla.*

En todas estas obras no hemos de notar sólo, porque no es este nuestro principal objeto, el mérito literario, sino el lenguaje propio de rufianes y gente baja, lo gráfico de los nombres y apodos y lo libre de las imágenes y palabras, que excede á lo que consiente el teatro en estos tiempos.

Ya hemos dicho en otra parte que estas escenas de costumbres, que tan perfectamente han dejado retratado los tiempos, no podia escribirlas un inocente de la vida del mundo. Seguramente, Calderon en su vida de estudiante, de poeta y de soldado, habia tenido frecuente trato con gente poco delicada en materia de moralidad, que bien pudo suministrarle algunos de sus tipos en los entremeses y áun en las comedias: y tomó parte en riñas, intrigas y contiendas, que alguna vez pusieron en peligro su vida, como sucedió el dia en que fué herido de una cuchillada en la cabeza, miéntras se representaba una comedia suya en el Buen Retiro. Él mismo nos dice que tenia una cicatriz, consecuencia de un lance motivado por los celos:

En la sien izquierda tengo
cierta descalabradura,
que al encage de unos celos
vino pegada esta punta.

Vivió nuestro poeta entre aquella turba de cómicos, farsantes y bailarinas, que no eran por cierto un dechado de moralidad. La célebre Calderona, que tuvo de Felipe IV á D. Juan de Austria, y de quien se decia que era más famosa por los amores reales que por los fingidos; la María Beson, «que vino de Francia tan cargada de escudos como de enfermedades;» la Micaela Fernandez, que así vestia de hombre como de mujer, «á pesar de las órdenes que la prohibian este revolver de sexos;» la Mariana Romero, actriz que asustada de sus devaneos entró de novicia en un convento, y á poco le abandonó por la libertad del mundo; Clara Camacho, que sobre el tablado de la escena hizo repentinamente voto de castidad y se metió monja; Antonia Infante, de quien se decia que dormia en sábanas de tafetan negro; Manuela Escamilla, hija del célebre actor, «más dueño de su papel que de su hija, y más enterado de su profesion que de su casa...» Entre esta gente andaba Calderon, dirigiendo los ensayos de las comedias; y entre ellos pasaba aquellas célebres noches de la víspera del Corpus, «mezclados todos en la oscuridad de la noche, en el campo, fuera y dentro del corral, sin luces, ni fuerza de la justicia; entre aquellas damas, que se retraian del con-

curso, con mal disimulada ufanía, y seguian los pasos del señor superintendente, de D. Pedro Calderon de la Barca ó de los regidores, á quienes como directores de las fiestas obsequiaba la villa con perniles y pollos de leche, en racion no tan escasa que no pudiera repartirla con algun amigo.»

Tales costumbres y tal trato no podian ménos de influir de un modo algo contagioso en un jóven de gran imaginacion y de no tímido carácter. Así es que el mismo Calderon nos da cuenta de su fama, que era tal que las futuras suegras decian de él: *¡no en mis dias!* y refiere otras cosas que no son para dichas aquí; porque no estamos resumiendo sus debilidades humanas, sino en cuanto pueden ser necesarias para el conocimiento de su carácter y de su misma virtud. Porque así como los hombres vulgares y los corazones pobres se inficionan con el contacto del mal, los hombres de levantado espíritu, en contacto de las miserias de la vida y de las llagas sociales, concluyen por aislarse, como si los protegiera un invisible escudo; pasan por su lado rechazando el contagio; viven en un mundo que crea su imaginacion, y demuestran entónces la grandeza de su pecho, la fuerza de su voluntad y lo inquebrantable de sus convicciones.

No insistimos aquí en averiguar si, tal vez, nuestro carácter, vulgar en la normalidad de la vida, se exalta, se crece y se purifica ante las contrariedades y en presencia de las miserias, ó si solamente los hombres superiores se impresionan ante los males públicos, y trasladan su juicio y su sentencia á la literatura, creando héroes y obras inmortales. Pero es lo cierto que todos nuestros grandes escritores han tenido una vida aventurera; han pasado por los sitios más humildes ó más despreciados, y han vivido en medio de la corrupcion, y tal vez la degradacion social, desde Santa Teresa, cumbre del idealismo, hasta Quevedo, espejo de la grosería.

En la desgraciada historia del género humano, en su constante lucha con el mal, las virtudes, las victorias y los triunfos apenas han sabido crear ni un héroe, ni una novela: el poema épico es el problema más difícil de la literatura; puede decirse que está por hacer en todas las naciones. En cambio, los vicios y los extravíos han creado á la luz rojiza con que los han mirado hombres enérgicos obras inmortales. La duda escéptica engendra á Hamlet, y la duda moral á Segismundo; la lujuria á Fausto, la ambicion á Machbet, la soberbia á D. Juan Tenorio, y todos los vicios la Divina Comedia.

Pero volvamos á nuestro propósito. El teatro era seguramente el refugio más grato para aquel ingénio, arrastrado por los azares de la vida, desde la corrupcion juvenil de los estudiantes de Salamanca al libertinaje brutal del campamento y á las liviandades de la córte.

Sería tarea muy larga y profunda, ajena á una biografía, estudiar si ante aquella mezcla, incomprensible hoy á nuestros ojos, de crueldad y religion; de severas máximas de virtud y prácticas muy contrarias; de fé profunda y de gran hipocresía, dudó si lo que pasaba ante sus ojos era un sueño de su fantasía ó una tristísima realidad. Pero lo importante para nuestro propósito en este momento, y sin perjuicio de hacer otras consideraciones más adelante, es dejar consignado que Calderon, ya creyera una ú otra cosa, siguió el consejo más prudente, dictado por su levantado ánimo y generosas as-

piraciones; el consejo que expresan estas nobles palabras, cien veces repetidas en *La vida es sueño:*

Quiero
obrar bien, pues no se pierde
el hacer bien, áun en sueños.

Muchas pruebas podríamos dar, y las indicaremos despues, de la bondad y nobleza del carácter de Calderon en su vida privada; pero limitándonos ahora á lo público, es lo cierto que Calderon se impuso á la córte y al pueblo en general; que los cómicos le respetaban como á ningun otro autor, y que sus enemigos no se atrevieron á levantar la voz contra él mientras latió su corazon, guardando su ódio para perseguir su cadáver y su memoria; respeto que no se adquiere sino con un gran mérito, unido á condiciones personales extraordinarias.

Antes de Calderon, los autores tenian que solicitar humildemente á las compañías de cómicos para que representasen sus comedias; regatear el ajuste; vencer las dificultades y coqueterías de las damas, y áun de sus amantes, y luchar con estos en el terreno del lujo y de la propiedad de los trajes, que habian variado desde no mucho ántes, en que salia el Padre Eterno vestido con una sábana y una vela de sebo en la mano, hasta la costumbre de que el aristocrático amante regalase costoso vestido á la actriz, contraviniendo á las reales disposiciones.

Pero aquel poeta afamado que escribia sus comedias, y las entregaba al público sin cuidarse de si las representaban ó no, y sin atender á su publicacion, hasta el punto de que llegó á conocerlas «sólo por el título y no por el contexto;» aquel hombre austero que salia de los salones del régio alcázar para vivir modesta y áun pobremente en una casa de tres habitaciones; aquel observador profundo, que llevaba á su teatro fantástico los vicios del teatro del mundo, abrió tan ancho abismo entre él y los comediantes; se impuso de tal modo y gozó de tan grande y universal respeto, que los cómicos le solicitaban, y pudo sólo con su voluntad introducir la costumbre de que el Ayuntamiento separára desde luégo del ajuste con las compañías los derechos del autor, para evitarle las infinitas molestias y disgustos que le ocasionaba el cobrar tardíamente y en plazos. Triunfo grandísimo con que comienza la historia de la propiedad literaria en el teatro español.

Otro de sus triunfos, debido á la profundidad y delicadeza del pensamiento, que los actores habian de interpretar en la representacion de los autos, fué quitar á los cómicos la absurda libertad de vestir á su modo la escena y los personajes, entrando en el ajuste, como obligacion del autor, el redactar la Memoria de las apariencias, segun lo hizo el mismo Calderon en varios autos, y especialmente en el de *La vida es sueño,* que escrita en parte de su puño y letra se conserva en el Archivo de Madrid.

Tal vez á este carácter se deba el que Calderon no fuese tan popular como Lope, ni tuviese tampoco, á pesar de su entrada en la córte, el trato con la nobleza que mantuvo Quevedo, de igual á igual, y que sostuvo Cervantes como protegido. Es muy probable que su espíritu de independencia y cierto orgullo, que proviene de la nobleza del alma, le alejáran del trato de los cortesanos, entre los cuales vivia como aislado, guardando una respetable distancia, que fué primero la que habia entre su gravedad y

la adulacion palaciega, y despues la que separaba el carácter sacerdotal de la frivolidad cortesana; así como se aisló, negándose á asistir y á sancionar con su presencia las farsas que se representaban en Palacio, en las cuales el rey y los cortesanos hacían papeles, que no juzgaba decorosos la dignidad de Calderon. Ni hay tampoco memoria de que asistiera á los tristes espectáculos, que se daban por la córte, en el coliseo de comedias.

Fué amigo del rey, y no tuvo jamás ningun cargo de confianza ó de influencia política; rehuyó estar en la córte, como diremos más adelante, y buscó constantemente, hasta conseguirlo, el medio de vivir con independencia, aunque con modestia, en cierto aislamiento, que se manifestó sobre todo en la hora de la muerte, cuando, segun asegura D. Antonio Solís, no hubo entre la nobleza de España quien celebrase sus honras. Fué, pues, no un cortesano, no simplemente un poeta palaciego, sino un autor dramático.

Poseyendo facultades líricas de primer órden, no cantó nunca sus impresiones aisladas. No hizo romances como Lope, ni canciones como Rioja, ni églogas como Garcilaso: los sucesos particulares de la vida, las bellezas del mundo, los encantos de la naturaleza, los mismos misterios religiosos, no pusieron la pluma en su mano, sino en casos muy concretos y obligados, para hacer brotar de su inspiracion aquellos mismos fogosos pensamientos, brillantes imágenes y sonoros versos con que esmaltaba sus monólogos. En su larga vida conoció tres reyes de España, los Felipes III y IV, y el segundo Cárlos; vivió en una época en que la adulacion retórica formaba parte de la etiqueta de la córte, y jamás cantó los triunfos en la guerra, ni las fiestas de palacio, ni nacimientos, bodas ó muertes de príncipes y reyes, sino en cortos casos en que lo hizo casi por obligacion, y cuando el silencio del poeta habria sido mal interpretado como deber del súbdito.

Buscó solo el teatro; porque en él se desarrolla la accion, la vida, el movimiento, con la misma ó mayor energía que en la realidad del mundo; porque es el espejo en que la hermosura ó fealdad del hombre, como sér social, se retratan con mayor relieve.

Los literatos, que con más sutileza que verdad, han comparado á Calderon con Shakspeare, no se han fijado en que tal vez nuestro inmortal poeta quiso hacer con el público lo que el autor inglés con Cláudio, presentándole todo el horror de su crímen y de sus vicios, por medio de una compañía de cómicos, dentro del mismo palacio.

Los críticos extranjeros, que han buscado en las tenebrosidades del carácter de Hamlet un rasgo de valor y de serenidad, contemplando aquella escena del rey de Dinamarca ante la representacion del drama, pueden venir aquí á admirar el valor moral, no de una creacion fantástica, sino de un caballero y un militar, arrojando al rostro de la situacion de España *El Alcalde de Zalamea!*

Tristísimos, para lo que hoy se llama órden público, fueron los años que siguieron á las desastrosas guerras de Flandes y Cataluña. Aquellos soldados, sobre todo en la última de estas guerras, habian roto la antigua y severa disciplina que inmortalizó nuestra infantería; y eran una turba de foragidos más que un ejército regular. Hombres «sin humanidad, ni temor de Dios,» se habian educado en la matanza, aplaudiendo las ferocidades de aquella compañía, que se llamaba á sí misma de la *ira de Dios*, y que en virtud de este nombre dejaba muy atrás á los soldados de Atila. Habian

perdido, dice un testigo ocular, el respeto á los templos; y era tal el número de sacrilegios que cometian, áun en presencia del Señor, que no podrian contarse.

Con esta enseñanza volvieron á Castilla, trayendo en pos de sí todo género de violencias y excesos. Ni vidas, ni haciendas estaban á salvo de su ferocidad, creyéndose inviolables con la proteccion de sus jefes, que cometian no ménos atropellos, y confundian la defensa de sus fueros con la defensa de sus crímenes. En quince dias hubo en Madrid setenta muertos y cuarenta mujeres heridas por los soldados, en Julio de 1639: trababan á todas horas con los paisanos luchas sangrientas; y como no habia autoridad que los contuviera y los castigára, se llegó al apurado caso de tener que sacar á las calles el Santísimo Sacramento de San Sebastian, como sucedió el 18 de Julio de 1642. De noche las casas eran saqueadas; las mujeres deshonradas ó muertas, y los hombres asesinados.

Contagiados del ejemplo, los nobles se defendian con sus criados contra la justicia, cuando los perseguia por delitos comunes; y el clero apadrinaba á sus indivíduos, hasta el punto de que un obispo y veinte clérigos subian al tablado de un reo, luchaban con el verdugo, le arrancaban la víctima y se la llevaban en triunfo; miéntras los alguaciles, con carabina y espada desenvainada, no tenian valor, ni fuerza moral para oponerse á tales atentados.

Ante estos horribles sucesos, la autoridad civil estaba aterrada; el Consejo de la guerra absolvia y defendia á los soldados; llegando el caso de no formarse causa por los muertos que se recogian todos los dias en la calle, encomendado sólo á la piadosa Hermandad de la Paz y Caridad que los enterrára cristianamente.

En estas circunstancias, impresionado sin duda Calderon por tales hechos; atravesando, tal vez, á deshora de la noche el descampado del alcázar y el solitario Prado de San Jerónimo, sitios elegidos para riñas y duelos; interrumpido en sus trabajos por los desórdenes diarios, concibió el audaz proyecto de dar al teatro *El Alcalde de Zalamea;* leccion severísima de órden y de justicia, en que un pechero, alcalde de monterilla, ahorca á un valiente capitan, ¡leccion sublime dada por la pluma de un militar y de un noble!

Si fuera posible en nuestros tiempos una época de igual anarquía, ¿habria muchos autores dramáticos que se atreviesen á llevar al teatro ese cuadro, arrancando del público aplausos entusiastas, para lo que hoy podríamos llamar la autoridad civil?

Y tan justa y exactamente comprendió el pueblo la significacion de esta comedia, por ese instinto de justicia que tiene el vulgo, y sin el cual sería imposible la sociedad humana, que en el acto cambió su título poco expresivo, y la llamó *El garrote más bien dado,* con el cual se reimprimió despues.

Nos ha servido este ejemplo para demostrar lo que era Calderon: ese es su campo, su objeto, su moral; su teatro, en una palabra.

Excitada su natural y fecunda aptitud dramática, acude á la escena; y en ella desarrolla su pensamiento; y en ella describe las impresiones del mundo entero. Los personajes de sus comedias, creaciones de su fantasía, hablan por él; los dispone para que formen cuadros á su gusto; los baraja algunas veces con igualdad democrática, censurada en la escena, sin distincion de clases ni condiciones, y los hace servir á su ob-

jeto y á su pensamiento, sustituyendo la fria palabra del escritor, con la voz, con la accion, con la palabra del cómico, y hasta con la pintura de la escena, y en algun caso con la realidad de la naturaleza, como hizo en las espléndidas fiestas del Buen Retiro.

De aquí proviene tambien el estudio profundo que hizo de las pasiones, del hombre interno, verificándose muchos de sus dramas dentro del alma, en las más recónditas regiones del pensamiento; haciendo asomar á los labios, como en Segismundo, las dudas hasta de la propia existencia.

Ante este pensamiento concreto, son fácilmente explicables los defectos de que se ha acusado á Calderon. Errores en geografía y en historia, que en nada afectaban al pensamiento del drama; largos monólogos filosóficos; falta de vida y de movimiento en algunas escenas; sencillez del argumento en algunas comedias, cuando demostró en otras su rara habilidad y fecundo ingénio en la trama y el enredo; retrato poco vivo de la mujer, y otros lunares, que algunos críticos han censurado con la vista solamente en el escenario, prescindiendo por completo del autor y de su época.

En algunas comedias de Calderon no entran las mujeres sino como una necesidad, como viven y existen en el mundo y en la casa, sin que sea necesario recordar á cada momento que son el objeto del amor, y que sus aventuras, sus caprichos y sus desdenes son la causa de la mayoría de los actos del hombre. En *La vida es sueño,* Rosaura y Estrella, por sí mismas, no entran como parte principal en el argumento; y la boda, con que, segun costumbre y casi imposicion, termina el drama, tiene tan poca importancia que pudiera suprimirse. Rosaura no es más que el plano de prueba para excitar la pasion de Segismundo. Calderon es aquí un pintor que produce un efecto de luz para copiarle; un anatómico que estudia un movimiento del alma.

Así, copiando siempre, es el poeta colorista de nuestra escena; da forma y realidad á las ideas, ya en sus personajes, ya en las descripciones de la naturaleza. Hace algun tiempo le comparamos con Meyerbeer, en esos grandes toques en que con una pincelada, que pasa ante la vista como una ráfaga luminosa, deslumbra, conmueve y arrastra: sus cuadros tienen exceso de luz, reflejan con vigorosos tintes todos los matices; en aquellas décimas de *La vida es sueño*, en algun momento, las vivas escamas del pez, la pluma de las aves, el murmullo del torrente de cristalinas y sonoras aguas, hacen olvidar la profundidad del pensamiento, la triste situacion de Segismundo y aquella horrible imprecacion al cielo con que comienzan. El color, la imaginacion, los resplandores de la luz se sobreponen á la idea; el poeta se sobrepone al filósofo, el lirismo al drama.

Unas veces copia al hombre y otras la sociedad, creando, ya tipos, ya cuadros de costumbres ó de política. En aquel tiempo, la pública censura, que hoy se acogería en las columnas de un periódico, se refugiaba en pasquines, anónimos, papeles sueltos, sátiras, diarios de sucesos y otros manuscritos, que corrian de mano en mano, y despues, confiados á la memoria, de boca en boca. Ninguna época ha abundado tanto en estos escritos, que son hoy un precioso auxiliar del historiador.

Calderon llevó á su teatro esa costumbre como hecho, y ese pensamiento como objeto. Sus obras tienen casi todas un marcado sello histórico; esa oportunidad que hoy hace la fama del periódico, del folleto y del libro. *El sitio de Bredá,* escrito el

mismo año de la rendicion de esta plaza; el *Privilegio de las mujeres*, en el mismo año de la pragmática del lujo; *La Vírgen de los Remedios*, *El pintor de su deshonra*, tomada de un hecho ocurrido en Madrid, y otras muchas que escribió para asuntos del momento, lo prueban de un modo concluyente. Era un pintor que hacía el cuadro del dia.

No se le ocultaba que era impotente para conseguir la enmienda, y que su pluma era débil contra la corriente general de las costumbres: él mismo nos lo dice:

Yo no basto á reducirlas;
(con tal condicion nacimos)
yo vivo para vengarlas,
no para enmendarlas vivo.

Y como la época era inmoral, sus cuadros lo eran alguna vez. De aquí proviene esa acusacion que, contenida en sus dias por el respeto personal que inspiraba, brotó sobre su tumba, y reprodujeron Nasarre y Moratin. No pretendemos nosotros defenderle de esas censuras, cuando la crítica ha explicado ya las circunstancias en que escribieron, juzgando al génio por las reglas de una retórica vulgar y minuciosa. Pero hay entre los juicios de Nasarre, Gonzalo Moron y Gil y Zárate, una opinion que hacemos nuestra, y que es allí una censura y aquí una explicacion. Los personajes de su teatro son imaginarios; tipos tomados de la historia ó de la mitología, ó creados por su fantasía para vestirlos á su modo, traerlos á su época y hacerles representar el papel que le convenia, ateniéndose muchas veces á las órdenes que prohibian escribir comedias que no fueran de santos, ó históricas ó mitológicas, y sin amores del dia.

No existian verdaderamente estos personajes, como no existió el ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha en la pátria que le dió Miguel Cervantes. Y hemos de notar aquí, valga por lo que valiere, que Calderon no olvidó nunca el tipo del héroe manchego; que le cita con frecuencia en sus obras, alguna vez sin gran oportunidad, como si fuera un pensamiento constante suyo, y que escribió una comedia, desgraciadamente perdida, con el título de *Don Quijote de la Mancha.*

Lícito es suponer, á lo ménos como ligera hipótesis, que la mente de Calderon, creando héroes para desarrollar un pensamiento, estuviese constantemente fija en la invencion del ingenioso manco de Lepanto, que resumió el suyo en un solo héroe, que vive y vivirá eternamente.

Con aquel exactísimo y atrevido pincel trazó las costumbres de su tiempo; pero con él tambien dió á conocer su juicio, y dejó entrever la opinion que le merecian las cosas humanas, así en el terreno de la política como en el de la ciencia.

Lamentóse de la corrupcion general, de los horrores de la guerra, de la injusticia en los premios y las mercedes, de los abusos de la fuerza; unas veces con dramas enteros, y otras con un solo rasgo lleno de fina sátira y de delicadeza.

Es muy difícil penetrar en el terreno de las interpretaciones, y no quisiéramos incurrir en un defecto que hemos censurado; pero creemos que si se analizáran los escritos de Calderon, bajo el punto de vista político, científico ó artístico, podria formarse casi exactamente el código de sus opiniones. Conocia perfectamente los errores de su tiempo el hombre que escribió *El Alcalde de Zalamea* y el *Amar despues de la*

muerte, en que describe los horrores de la rebelion de las Alpujarras, y, en los dias de Felipe IV, juzga á los moriscos, como lo hace nuestra época al censurar su expulsion:

Y tienen donde apacientan
gran cantidad de ganados;
si bien los más se sustentan
más que de carnes, de frutas
ya silvestres ó ya secas,
ó de plantas que cultivan;
porque no sólo á la tierra,
pero á los peñascos hacen
tributarios de la yerba;
que en la agricultura tienen
del estudio, tal destreza,
que á preñeces de su azada
hacen fecundas las piedras.

No ménos exactas y justas eran las opiniones que sobre otros conocimientos humanos tenia. Jamás incurrió en los delirios y supersticiones de la astrología, que en aquel tiempo seducian á hombres verdaderamente profundos; y no sólo combatió directa y claramente esa absurda creencia, sino que explicó de una manera sencilla la la causa de esas supersticiones en *El mayor mónstruo los celos*, donde dice de esa pretendida ciencia:

Dar crédito no conviene
á los secretos que encierra,
que es ciencia que tanto yerra,
que, en un punto solamente,
mayores distancias miente
que hay desde el cielo á la tierra.

Y penetrando en esta facilidad del corazon humano para aterrarse ante las señales del cielo:

Pues ¿por qué en nuestras quimeras
han de ser escrupulosas
las venturas mentirosas,
las desdichas verdaderas?

Fué tambien ajeno á ciertas preocupaciones vulgares, como puede demostrarlo el entremés, titulado *La rabia*, en el cual se burla con gran habilidad de los saludadores, poniendo en ridículo al que hacía aquel papel.

Tampoco creyó en otras supersticiones propias de su tiempo, como lo indica en *La dama duende*, cuando D. Manuel, hablando con su criado, le dice que ántes podrá perder el juicio que creer en cosa sobrenatural; que nadie vió los duendes, que los familiares son quimeras, lo mismo que las brujas; los hechiceros un error; que no hay súcubos, ni encantadoras; que los magos son cosa nécia; los nigromantes liviandad; los energúmenos una locura; que los diablos no tienen poder notorio, y que respecto de las ánimas en pena las desafía á que le enamoren. En *El galan fantasma* combate del mismo modo la creencia en apariciones y fantasmas.

Sobre todo esto fué un teólogo delicadísimo; porque mucha delicadeza, unida á grandísimo ingénio, se necesitaba para escribir aquellos admirables autos en que Calderon manejaba á su antojo las virtudes, los vicios, los misterios de la religion y las

alegorías más atrevidas, sin incurrir apenas en el desagrado de una censura tan sutil como la que entónces existía.

Pero querer deducir de aquí que Calderon fué un filósofo, sábio y metafísico, un teólogo reformista, un libre pensador á la medida de nuestros tiempos y un hombre muy adelantado á su siglo, es un error. No; no hay que sacar á Calderon del centro en que vivió; no hay que aislarle de la sociedad que reflejó en sus obras. Ante ciertos juicios extraños, que pretenden desfigurarle, es preciso volverle á nuestra pátria, al Madrid del siglo XVII, y vestirle el traje de su época, que nunca abandonó. Dejemos correr la fantasía; pero sobre una crítica sensata, sobre hechos que tengan un fundamento real y verdadero.

Calderon fué un español del tiempo de Felipe IV; un hombre de su siglo, con los defectos, los extravíos y las debilidades de aquella época. Su ilustracion general no fué superior á la de sus contemporáneos; porque no hemos de tomar al vulgo, con sus errores, al vulgo lleno de ignorancias y preocupaciones, ya gaste levita ó cogulla, para medir á un hombre de la talla de Calderon: hemos de compararle con otros ingénios que le aventajaron en ciencia y en conocimientos filosóficos. Calderon fué un hombre superior, por su génio, por su imaginacion, por su recto juicio, por su carácter; prendas todas personales, que le hacen descollar entre los hombres, pero no sobre el espíritu de los tiempos.

VI.

Llegamos á la epoca más oscura de la vida de Calderon; á la que ha sido escollo de sus biógrafos y motivo de una porcion de suposiciones: á la época en que decidió hacerse sacerdote, para lo cual impetró licencia del Consejo de las Órdenes, que le fué concedida el año 1651.

Sin embargo, á nosotros, siguiendo atentamente la vida del ilustre poeta y examinando las condiciones de aquella sociedad, no se nos hace difícil explicar este suceso; ántes por el contrario, le vemos como muy natural y lógico.

No hay para qué entrar á discutir si era motivo suficiente la necesidad de tomar estado, como hace algun biógrafo; porque nos parece que la edad de cincuenta y un años no era la más propia para verse en el forzoso dilema de casarse ó hacerse cura.

Tampoco hay que buscar solamente, como han hecho otros, la razon del estado, que el hombre y la mujer toman, en la voluntad y en la vocacion. Entónces como ahora, el hombre y la mujer casi nunca elegian estado con arreglo á su vocacion; porque la sociedad, que tiene tantas ventajas, y para la cual ha sido hecho el hombre, tiene tambien sus inconvenientes, y ejerce despotismos y tiranías sobre el alma.

El hombre sigue ante todo en su carrera los consejos paternos ó los caprichos maternales; es víctima de la suerte y de mil vicisitudes y fuerzas ocultas, que viven en el seno de la sociedad, de la familia y del propio indivíduo, que le impulsan, le arrastran y le llevan donde jamás pensó estar. Así Calderon, jóven, rechazó los consejos de su madre para hacerse cura, y vino á terminar ordenándose de sacerdote.

Ni ménos hemos de entrar á examinar, como otros, si el autor de *La vida es sueño*. porque no dejó, segun costumbre de la época, media docena de hijos naturales, era ó no apto para el matrimonio, y se abrazó á los cincuenta y un años al celibato eclesiástico.

Tampoco se hace necesario acudir á una conversion repentina ó un súbito arrepentimiento, que no suele ser en la mayor parte de los casos más que un nuevo movimiento apasionado del alma. Ni hay dato alguno que lo justifique: muy al contrario, existen palabras suyas que demuestran que no sintió este arrepentimiento, por no ser necesario á los ojos de su conciencia. Poco despues de ordenarse declaraba, en efecto, que sus trabajos literarios no se oponian á la nobleza de su sangre, ni á los «atentos procederes en que siempre habia procurado conservarla:» palabras tan ajenas de un arrepentido, como propias de una conciencia honrada, que mira con serenidad su pasado.

Ni ménos es posible suponer que buscase en el sacerdocio un amparo, ó como ha dicho alguno, que «se acogiese á sagrado,» tomando á beneficio todas las prerogativas é inmunidades que el clero tenia en aquella época. No es posible concebir que un caballero de Santiago, un soldado distinguido en la guerra, un hombre premiado por servicios especiales, amigo del rey, mimado por la córte, aplaudido y respetado por el pueblo y con todo género de poderosos valimientos, buscase inmunidad bajo el hábito de sacerdote. Calderon era justo; era noble en su proceder; era generoso y caritativo; no tuvo enemigos personales, ni áun en el campo literario, ni lo que es más admirable, en aquella córte de intrigas. ¿Contra qué y contra quién iba á buscar inmunidad?

Por otra parte, no debió ocultarse á su perspicaz ingénio que las persecuciones podian respetarle como cortesano, y no como indivíduo del clero, sometido á las autoridades eclesiásticas, y subordinado á superiores, que como seglar no tenia. Y así sucedió, en efecto, como veremos más adelante.

No. Verificóse en él una lenta y natural transformacion del espíritu, de la vida, del sentimiento, que buscaban la paz y la calma tras de una existencia agitada. No necesitó hacer esfuerzo alguno para dedicarse al sacerdocio: llegó naturalmente á ese estado, conducido por su fé, por su aislamiento en la vida íntima, por sus condiciones de rectitud.

La edad, los desengaños del mundo, la muerte de sus hermanos y de los más íntimos amigos, en cuya compañía habia escrito algunas comedias; el hastío de aquella córte frívola, le aconsejaron buscar la calma de la vida, el alejamiento del trato y el tranquilo retiro de una capilla.

La juventud de aquellos siglos, llena de vigor, de energía y de robustez, acostumbrada á la libertad de la guerra, y no domada por precoces desengaños, ni por temprano escepticismo, era violenta, apasionada y tal vez brutalmente soberbia; pero cuando la fuerza irresistible de los años templaba el ardor de las pasiones, el hombre entraba natural y tranquilamente en una vejez digna y austera. A una juventud sana de corazon y sana de inteligencia corresponde una ancianidad sana tambien.

Así encontramos con tanta frecuencia en aquellos siglos ese tipo de ancianos venerables, simpáticos, modelos de honradez y lealtad, que atraen por el cariño y por el

respeto, y que encubren con una segunda vida de austeridad y de virtud los devaneos de la edad primera. El mismo teatro de Calderon nos ofrece estos tipos, que, á primera vista y bajo un exámen superficial, parecen incompatibles con la violencia y el horror de los tiempos.

En esa edad en que el horizonte empieza á limitarse, y se sienta la ya trémula planta en la cumbre de la vida; en que el camino que nos queda es menor que el que se ha recorrido, la vista se vuelve á lo pasado, buscando más espacio. Entónces brotan de nuevo los tiernos sentimientos de la niñez; entónces, despues de un período de abandono de la familia, y sobre todo del recuerdo de la madre, renace este sentimiento, y se convierte en un culto sagrado y en una adoracion purísima; porque las madres siembran de este modo en el corazon de sus hijos.

Entónces debieron brotar en Calderon los recuerdos del deseo de su madre; de su primera tonsura; de la capellanía abandonada; de las vanas locuras de la juventud; y unidos estos sentimientos á los desengaños y á la pérdida de séres queridos, tanto más queridos cuanto más perdidos, se decidió por el sacerdocio.

Calderon habia sido un jóven tal vez calavera: viviendo en unos tiempos que hemos procurado pintar, para dar al cuadro el fondo, sin el cual son incomprensibles las figuras, no pudo sustraerse á la influencia de las costumbres. Fué acuchillador en una época de duelos y galanteos, en que las mujeres se enviaban carteles de desafío; aventurero como estudiante y poeta, cuando España se despoblaba en guerras extranjeras; no le detuvieron las puertas de un convento, ni los respetos de una iglesia, persiguiendo á un enemigo, en unos dias en que el honor se ponia á la altura de la religion, y la venganza se confundia con el valor. La juventud tiene sus fueros, que mirados desde la ancianidad merecen el juicio que Calderon sacerdote hizo de Calderon jóven:

... hidrópico de culpas,
y en ellas mismas sediento
saciaba la facultad;
mas no saciaba el deseo.

Pero nuestro poeta habia recibido una educacion religiosa; jamás tuvo dudas ni escepticismos en su mente; en medio de los extravíos de su juventud escribió dramas religiosos con esta fé entusiasta y algo romántica del catolicismo, que crea dentro del alma, y en medio de la pasion, una especie de panteismo religioso, un aroma indefinible y constante, que se sobrepone y se ingiere áun en los mayores extravíos, cuando nacen de un corazon fogoso, arrastrado por la fuerza del sentimiento.

A estas razones, bastante poderosas por sí solas para explicar su resolucion de ordenarse, se agregan otras ocasionales, que concluyeron por decidirle, y que ningun biógrafo ha tenido en cuenta, por ignorar su existencia.

Aquella capellanía, fundada por su abuela D.ª Inés Riaño, de que anteriormente hemos hablado, continuaba en realidad vacante; porque ni la habia podido servir su hermano D. Diego, por haber contraido matrimonio, ni habia podido recaer en el otro hermano D. José, que habia seguido la carrera militar. Ambos habian muerto, además; el uno sin sucesion, y el otro dejando un hijo que no tardó en seguir á su padre á la otra vida. D. Pedro la poseia desde 1625, en que cumpliendo una cláusula de la

fundacion, habia sido nombrado su usufructuario; pero usufructuario en realidad nominal, porque su escasa renta apenas daba para el sacerdote que la servia interinamente, y para pagar el cánon al patrono.

Esta razon, de no poca fuerza, acabó de decidirle, ordenándose como primer capellan de la tal fundacion, y comenzando á usar el apellido Riaño, que ya habia usado cuando se ordenó en su juventud, segun establecia otra cláusula de la escritura fundatoria.

Tan poderosos son estos motivos para cambiar de estado, atendiendo á que la pérdida de la capellanía era un grave asunto de familia y áun de nombre en aquella época, y á la situacion de nuestro poeta, al entrar en la vejez, que bastarian para explicar su resolucion. Pero un estudio atento de su vida y de sus obras, y el exámen de la influencia que en su ánimo ejerció esta decision, como veremos despues, nos hacen afirmar que no fué sólo la capellanía el móvil eficiente de su conducta, sino un estado del ánimo propicio á cambio tan radical de su vida.

Ya ántes de hacerse sacerdote, sus ideas le habian llevado á prácticas religiosas. En 1650 presentó un memorial á la Órden Tercera de San Francisco, pretendiendo ser hermano de la congregacion. En 11 de Octubre del mismo año fué admitido, y el 16 tomó el hábito; demostrando desde entónces, y en la hora de su muerte, el cariño á esta Congregacion, que, apenas se hizo sacerdote, le honró con el nombramiento de Discreto eclesiástico, en 27 de Diciembre de 1651.

Ante aquellos sagrados votos su conciencia dudó si debia colgar al pié del ara el arpa del trovador, y temió que el drama fuese incompatible con la religion, y el poeta con el sacerdote; duda que excitada por la pública murmuracion, y meditada por su propio pensamiento, le preocupó profundamente, como tendremos ocasion de ver. De todos modos, por el pronto, segun sus propias palabras, creyó que debia desdeñar la poesía y se propuso hacerlo; mas le salió al encuentro una órden del rey, comunicada por D. Luis de Haro, mandándole escribir una comedia para celebrar la convalecencia de la reina. Apremiado por esta órden, y disgustado por las murmuraciones, se defendió enérgicamente en una carta al patriarca, suplicándole que no insistiera en mandarle escribir para las fiestas del Corpus. En esta carta notabilísima se defiende Calderon, diciendo que el hacer versos es una gala del alma ó agilidad del entendimiento, que no alza ni baja á los sugetos; se lamenta de quien juzga incompatible el sacerdocio y la poesía; pone, con gran habilidad, por delante el mandato real para que la censura tropiece en él ántes que en su obediencia, y concluye con un rasgo de altivez en estos duros términos: «Reduzcamos á dos palabras el discurso: ó esto es malo ó es bueno: si es bueno no me obsten; si es malo no se me mande.»

Estas dificultades y otras semejantes, que fuera más largo enumerar que difícil exponer, le aconsejaron indudablemente solicitar una capellanía de reyes en Toledo, considerando este cargo como un descanso y un retiro.

La vida tranquila de aquella olvidada córte, que habia oido por tantos años el rumor del combate y de los tumultos políticos, las románticas fiestas de los árabes y las grandiosas devociones de los cristianos, debia atraerle naturalmente como «fijo norte;» pero debió tambien impresionarle de un modo extraño. Llega á Toledo en 1653, como

un «ignorante peregrino;» y entona un cántico de fé ante aquella *católica montaña;* frase que trae ineludiblemente á la memoria aquella otra de Wren, tan celebrada por los críticos del arte, que considera las catedrales góticas como *montañas de piedra.* Admira las delicadas y altivas torres, dominando los edificios y los montes; pisa el umbral, y se extasía ante lo suntuoso de las naves y el misterioso silencio del espacio, que hablan á un tiempo á su razon y á su fé, á su imaginacion y á sus creencias:

Ignorante peregrino
soy, que á las piadosas aras
del sagrario de María
condujo, no errante planta,
fijo norte, sí, en aquella
aguja, que sobre tantas
cervices, ya de edificios,
ya de montes, se levanta,
de cuyo animado bronce
aún más que del de la fama
conducido, llegué apenas
al pié de sus torres altas.
. . . .
Al ámbito pasé, en cuyas
naves la vista engolfada,
sin peligros de tormenta,
corrió achaques de borrasca.
¡Oh! cuántas muertas noticias
vivas memorias, ¡oh! cuántas,
ofuscado el pensamiento
revolvió al verse en su estancia.

La transicion era demasiado brusca para que no impresionára fuertemente una imaginacion como la de nuestro poeta. Pasar de aquella córte de galanteos á la misteriosa Toledo; del coliseo de comedias al templo santo y grave; del rumor de alegres y livianas fiestas al silencio de aquella mansion de «celestes oscuridades,» era bajar de un jardin á una tumba; pasar de la vida á la muerte.

Bajo aquellas elevadas naves, en que el hombre se ve tan pequeño, concibió el ascetismo, y se entregó á tristes meditaciones sobre la muerte; poniendo en sus versos el sentimiento, que rara vez tiene en nuestra literatura la poesía ascética.

Allí escribió aquellas décimas melancólicas, impregnadas de tristeza, imitacion en algun modo de las sentidas estrofas de Jorge Manrique, en que canta la nada de la vida con más conviccion y desengaño que arranque poético.

¡Oh! tú, que estás sepultado
en el sueño del olvido,
si para tu bien dormido,
para tu mal desvelado!
Deja el letargo pesado;
despierta un poco, y advierte
que no es bien que desa suerte
duerma, y haga lo que hace,
quien está desde que nace
en los brazos de la muerte.

Da lugar al pensamiento
para que discurra, y veas

que lo más que tú deseas,
es todo un poco de viento.
No labres sin fundamento
máquinas de vanidad,
pues la mayor majestad
en un sepulcro se encierra,
donde dice, siendo tierra:
«Aquí vive la verdad.»

Mira como pasó ayer,
veloz como tantos años:
evidentes desengaños
del limitado poder.
Lo que fué dejó de ser,
y no quedó dello más
del *ha sido:* tú, que vas
por este mundo inconstante,
mira que el que va delante
avisa al que va detrás.

La corona y la tiara,
que tanto el mundo estimó,
¿qué se hizo? ¿en qué paró
sino en lo que todo pára?
¡Oh mano del mundo avara!
si tanto bien nos limitas,
¿para qué, dí, nos incitas
á aspirar á más y más,
si lo que despacio das
tan deprisa nos lo quitas?

Allí tambien, tal vez enfermo,

el pulso desnivelado,
torpe la voz, yerto el brio,

escribió ó concibió, por lo ménos, *Las lágrimas de un alma arrepentida*, y los *Afectos de un pecador*, que pueden servir de modelo en la poesía ascética; y en que hablando ante Dios como poeta, quiere que la pluma que escribió galanteos escriba tambien arrepentimientos:

Este cadente cincel,
que labraba los aciertos
de su engaño con los mismos
eslabones de sus yerros.
Este impelido volante,
que sin parar un momento
en su giro, descansaba
sólo en su desasosiego.
Esta infeliz pluma (digo)
que con el cuidado mesmo
con que hizo el afan culpable,
pudo hacer justo el empleo.
Si hasta aquí sirvió de vario
pincel á los varios centros,
á donde el génio tiraba
las líneas de sus afectos.
Si á la lira del antojo

tambien de agitante plectro,
que hacía gemir los trastes
con rozar los pensamientos.
Si fué compás que guiaba,
con métrico devaneo,
las castas fugas de Daphne,
las torpes faltas de Vénus...
Y en fin, si escándalo fué,
ya es bien, que con otro intento,
pues sirvió para el delirio,
que sirva para el ejemplo.

Y contemplando la misteriosa inscripcion *Psalle et Sile* de la verja del coro en la catedral, y aplicando á las dudas de su mente, y á las dificultades de su estado, aquel precepto bíblico, á que él no habia hallado solucion, exclama:

Canta y calla, dice aquel
mote, cuya soberana
inscripcion, sacro buril
en grabado bronce estampa.
Canta y calla otra vez leo,
y otra vez suspensa el alma
duda como se reduzca
á un precepto: canta y calla.
Porque si el callar es muda
prision del silencio, que ata
con el uso de las voces
el rumor de las palabras;
y el cantar no sólo es
romperlas, pero entonarlas
al concertado compás
de métrica consonancia:
¿Cómo, compuesto de dos
proposiciones contrarias,
sagrado precepto, á un tiempo
cantar y callar me manda?

. . . .

Es el silencio un reservado archivo
donde la discrecion tiene su asiento;
moderacion del ánimo que altivo
se arrastrara sin él del pensamiento;
mañoso ardid del ménos discursivo
y del más discursivo entendimiento;
pues á nadie pesó de haber callado
y á muchos les pesó de haber hablado.
Es contra el más colérico enemigo
el más templado freno de la ira;
de la pasion el más legal testigo;
pues dice más que el que habla el que suspira;
de la verdad tan familiar amigo,
que á la simulacion de la mentira
le destiñe la tez; pues cuanto errante
mintió la lengua, desmintió el semblante.

Pero ni los macizos muros de la santa iglesia, ni el destierro, pudieron impedir que llegáran á él los ruidos y los llamamientos del mundo. Ya el patriarca, ya el rey, ya los cómicos, le solicitaban, le tentaban, si nos es permitida esta palabra. Y el hombre

que, abismado en profundas meditaciones, dudaba si cantar ó callar, se dejó al fin vencer por su aficion y por sus costumbres: la poesía triunfó algun tanto sobre el ascetismo.

Diez años pasó en Toledo, interrumpidos por mandatos del rey para venir á Madrid y por otros viajes ménos gratos, hasta que en 1663 volvió á la córte, nombrado capellan de honor; conservando, sin embargo, los gajes y emolumentos de la capellanía de Toledo, y recibiendo de la munificencia real una pension de doscientos ducados sobre las vacantes del reino de Sicilia; pension que tampoco llegó á cobrar nunca.

El mismo año de 1663 pretendió entrar en la venerable Órden de Presbíteros Naturales de Madrid, en que fué admitido el 20 de Mayo; y tres años despues, el 2 de Julio de 1666, fué elegido capellan mayor de la misma Congregacion, á quien siempre tuvo especial cariño, como demostró á la hora de la muerte.

Hemos dicho que vino á Madrid por motivos poco gratos; en efecto, el 12 de Junio de 1662 le formó expediente el Consejo de la Inquisicion por creer reprensibles dos autos, titulados *Mística y real Babilonia* y *Pruebas del segundo Adan ó Las Órdenes militares*, representados el 8 del mismo mes. El Consejo acordó que el inquisidor D. Jerónimo de Angulo llamase á Calderon y le indicase la necesidad de reformar ó suprimir algunos versos. Presentó Calderon la defensa escrita el dia 16; pero el Consejo al dia siguiente resolvió prohibir la obra de *Las Órdenes militares*, recoger el original y los papeles repartidos á los cómicos, intimando al maquinista de teatros que no hiciese tramoya alguna para este auto, sin embargo de que habia sido representado en Palacio.

Nueve años despues, el 15 de Setiembre de 1671, el empresario Antonio Escamilla pidió que le permitieran representar el auto, y así lo acordó el Consejo de la Inquisicion, con fecha 20, entregándosele el 24 á Escamilla.

El año de 1671, á pesar de su avanzada edad, se presentó al certámen poético celebrado con motivo de la canonizacion de San Francisco de Borja. Es notable lo que Calderon escribió para este certámen, si se compara con lo que hizo para la beatificacion del mismo santo cincuenta años ántes, segun hemos dicho. Parece que el poeta quiso dejarnos estas composiciones á un mismo asunto, con el intervalo de medio siglo, para que pudiéramos apreciar lo que el tiempo habia influido en su alma y modificado su carácter.

Cuando tenia veintidos años escribió unas quintillas, conmemorando, con más fé que criterio, un milagro de San Francisco, que consistia en haber resucitado veinticinco muertos; y á los setenta y uno compuso una notable cancion demostrando que el mérito heredado vale poco, y que el mayor de todos es vencerse á sí mismo, dominando las pasiones:

Negando sus sentidos
á la lisonja oidos,
lábios al ócio, séquito á los ojos.
¡Oh! ¡cuánto á sí se debe
quien contra sí sus armas mueve!

Escribió tambien para este certámen un soneto elogiando el acto heróico de San Francisco, que siendo virey de Cataluña, se contentó con reprender, en vez de casti-

gar, á un caballero que habia sacado la daga contra él, en un momento de furor; acto verdaderamente magnánimo siempre, y mucho más en aquella época.

Sus ideas, su independencia y otras causas le motivaron en este tiempo varias persecuciones, que se prolongaron hasta más allá de su muerte.

El año 1676 escribió una comedia, titulada *Aventuras de Oliveros de Castilla y lealtad de Artus de Algarbe*, que comenzó á imprimirse, pero fué recogida por la autoridad, destruyendo la impresion y las copias.

Y debia vivir con ese temor, cuando enfermo á consecuencia de una caida, que aunque leve en sí misma la hicieron grave los años, dejándole imposibilitado de un lado, y ya achacoso, un año ántes de morir, temia que en sus autos «un yerro de pluma ó imprenta, en los que los reproducian, pudiera poner el sentido á riesgo de censura.»

Una vida tan activa le produjo naturalmente una vejez algo achacosa. Conservó, sin embargo, la excelsa claridad de su inteligencia hasta el último momento. El 20 de Mayo de 1681, sintiéndose ya muy enfermo y creyendo que Dios le «llamaba con mortales avisos de desahuciado achaque; temeroso de que la gravedad del accidente le perturbára el uso de potencias y sentidos, y para adelantar á lo cierto del morir lo incierto de la hora,» hizo testamento ante el escribano Juan de Búrgos, dejando por testamentarios al doctor D. Juan Mateo Lozano, cura de San Miguel, y á D. Diego Ladron de Guevara, caballero de Calatrava. Dispuso su entierro con los menores detalles, mandando que le vistieran con el hábito de San Francisco, ceñido con su cuerda y con la correa de San Agustin; que colocáran sobre su pecho el escapulario de Nuestra Señora del Cármen; sobre estos sayales las vestiduras de sacerdote, reclinándole en la tierra sobre el manto capitular de Santiago. Mandó tambien que le lleváran descubierto, para «satisfacer en parte las públicas vanidades de su mal gastada vida, con públicos desengaños de su muerte.» Dispuso el acompañamiento fúnebre, que habia de componerse solamente de doce frailes franciscanos, la Órden Tercera, doce sacerdotes con la cruz, doce niños de la doctrina y doce de los Desamparados. La iglesia deberia estar adornada sin fausto, con los lutos y luces «que bastaren á lo decente;» y la vigilia habria de celebrarse sin más música que el coro de capellanes. Por último, eligió el sitio del enterramiento, al lado de sus abuelos, padres y hermanos, en la bóveda de San José, á los piés de la iglesia del Salvador; encargó que la caja estuviera sólo forrada de bayeta, y fijó las propinas que habian de darse á los acompañantes.

En su buena memoria no olvidó á un amigo, ni á un criado, legando á cada uno algun recuerdo, y haciendo inventario de cuanto poseia.

Tres dias despues, es decir, el 23, otorgó un codicilo cerrado; haciendo algunas aclaraciones, nombrando otro testamentario y disponiendo que se entregasen sus manuscritos á D. Juan Mateo Lozano, cura de San Miguel, siendo, por tanto, inexacta la version de que los habia heredado la Congregacion de Naturales. Y por fin, el domingo 25 espiró á las doce y media de la mañana, en medio de inaudita tranquilidad; casi cantando como el cisne, dice Solís; pues enfermo ya, comenzó un auto.

Celebróse el entierro el dia siguiente 26, á las once de la mañana. El cadáver fué

conducido por los Presbíteros Naturales de Madrid, amigos, hermanos y herederos suyos, y bajado á la bóveda de San José por los que habian sido capellanes mayores. El 2 de Junio le consagró la Congregacion de Presbíteros una solemnes honras.

Todos los biógrafos y cuantos han escrito sobre estos sucesos convienen en que sobre su tumba se levantó cierta censura sorda y cruel, que no nos ha sido posible seguir en sus pormenores. Pero se asegura que costó algun trabajo á la venerable Congregacion de Naturales de Madrid dedicarle unos mármoles al año siguiente, con una inscripcion latina, traducida con elegancia por la Academia Greco-Latina, en que de algun modo se pone á cubierto de censuras, terminando con estas palabras: «no en real aplauso ni en talento fies,» y asegurando que despreció al morir las obras que habia escrito.

La visita eclesiástica, sin embargo, desaprobó los gastos de este epitafio, por órden de 10 de Julio de 1695, y el año 1690 mandó suprimir un aniversario perpétuo, que la ilustre Congregacion habia fundado para el dia 26 de cada año, en memoria del gran poeta y del querido hermano.

Poco despues de su muerte, habiendo desaparecido el respeto que personalmente inspiraba por su virtud y autoridad, y con motivo de la aprobacion dada á una coleccion de sus obras por el padre fray Manuel Guerra, se suscitó terrible polémica sobre la conveniencia de las comedias, que llegó á una gran acritud de términos entre algunos frailes intransigentes y otros más tolerantes. Despues hubo otras muchas sobre los autos, cuyas representaciones fueron prohibidas, prohibiéndose tambien, por último, hasta *¡La vida es sueño!*

Así terminó la vida de aquel preclarísimo ingénio, cuya fama no exagera la célebre frase:

MANTUÆ URBE NATUS, MUNDI ORBE NOTUS.

La agitacion de su vida parece que se prolongó despues de su muerte; porque sus restos han sido trasladados varias veces. Pero este trabajo corresponde á otra pluma, que deja descansar la nuestra.

NOTAS, ILUSTRACIONES Y DOCUMENTOS

Para no interrumpir la lectura del texto con frecuentes llamadas, hemos preferido colocar aquí las notas, de modo que los curiosos puedan estudiar los fundamentos de cuanto decimos, y conocer algunas aclaraciones, que son necesarias en un trabajo histórico y tan oscuro como la vida de D. Pedro Calderon.

Por otra parte, habiendo en esta biografía muchas cosas nuevas, producto de nuestras incansables investigaciones, nos ha sido preciso demostrar su autenticidad; por lo cual no estrañará el lector el gran número de notas que siguen á continuacion.

PÁG. 9, LÍNEA 7.

Partida de bautismo de Calderon.

En la villa de Madrid á 14 dias del mes de febrero de 1600, yo Fabian de San Juan Romero, teniente de esta de San Martin, bauticé á Pedro, hijo del secretario Diego Calderon de la Barca, y de Doña Ana María de Nao: fueron sus padrinos el contador Antolin de Lerma y doña Ana Calderon; fueron testigos Lúcas del Moral y Juan de Montoya, y lo firmé—Fabian de San Juan Romero.

Libro cuarto de bautismos, y fólio 57.

En la hora de la muerte se acordó Calderon del dia de su nacimiento, dejando mandada una misa solemne con diácono y subdiácono el 17 de Enero, designando la ofrenda de cuatro ducados. (Véase su testamento.)

PÁG. 9, LÍNEA 8.

Casas en que nació y vivió Calderon.

D. Diego Calderon poseia en Madrid dos casas; una en la calle de San Benito, número 1, y otra en la calle de las Fuentes, esquina á la Bajada de los Caños del Peral (hoy calle del Arenal).

D. Pedro nació en la calle de San Benito, donde primero habitaron sus padres, siendo feligreses de San Martin; despues vivió, hasta 1613 por lo ménos, en la calle de las Fuentes, feligresía de San Ginés. En esta última casa murieron sus padres D. Diego y D.ª Ana.

En 1623, los tres hermanos, de comun acuerdo, vendieron la casa que su padre tenia hipotecada para el oficio de escribano, destinando la renta á los alimentos de su hermana D.ª Dorotea.

En 1625 pasó decididamente D. Pedro á vivir á la calle Mayor, donde continuó hasta su muerte. Su hermano D. Diego ocupó la casa de la calle de las Fuentes, donde siguió viviendo su hijo D. José, como heredero, hasta que murió en 1658.

El primero que dió noticia de la casa nativa de Calderon fué el Sr. Marqués de Molins, en su libro titulado *La sepultura de Cervantes:* pero ignoramos de dónde pudo sacar que su hermano D. José vivia, hácia el año 1629, en alguna casa de huéspedes próxima á la casa paterna.

En otro lugar demostramos que ese año no estaba en Madrid D. José Calderon.

La familia de Calderon de la Barca poseia en Madrid varias casas más ó ménos relacionadas con la vida de D. Pedro. Una de ellas estaba situada en la calle de San José, hoy de la Veterinaria, pertenecia á D. Diego de Henao, abuelo materno de Calderon, y fué regalada para primer convento trinitario descalzo, en devocion del nacimiento de nuestro poeta. Está registrada en el Índice del modo

siguiente: «Una casa de Polonia Obregon que fué de don Diego de Henao con tres puertas... solamente se tasó ahora en seis mil ducados para que pague dos.»

Como cosa curiosa añadiremos á estos datos, que D. Diego Henao fué regidor de Madrid, y aquí conoció á fray Juan Bautista de la Concepcion, que, al principiar el año 1600, habia venido hacía poco tiempo de Roma, y á quien ofreció la citada casa y su huerto, movido, segun la tradicion, de lo extraordinario del nacimiento de D. Pedro, que lloró en el vientre de su madre, segun afirma Vera Tasis.

(PÁG. 9, LÍNEA 20.)

Hidalguía de Calderon.

D. Diego Gonzalez Henao, abuelo de Calderon, hizo solemne informacion de su hidalguía en 1583. Conserva este precioso documento el Sr. Conde del Asalto.

Las palabras de Calderon, á que nos referimos en el texto, son de una carta al Patriarca, que insertaremos más adelante.

(PÁG. 9, LÍNEA 24.)

¿Con quién estudió Calderon primeras letras?

Ignórase en dónde y con quién estudió Calderon la primera enseñanza; pero basta ver su letra y conocer algo la historia del arte de escribir en España para decidir que le enseñó Pedro Diaz Morante ó alguno de sus discípulos. A mayor abundamiento hemos consultado á dos calígrafos, y ámbos son de nuestra misma opinion.

Morante nació en Toledo el año 1564, y estaba avecindado en Madrid á principios del siglo, teniendo escuela pública en la plazuela del Angel. Reformó por completo la letra castellana, é introdujo por primera vez en nuestro país el corte de la pluma delgada y el rasgueo, que estaban entónces en boga en Italia. Encontró mucha y ruda oposicion; pero triunfó imponiendo su forma de letra. Fué célebre no sólo por la belleza de su escritura, sino por la brevedad y perfeccion con que enseñaba en pocos dias y áun en pocas horas. Empezó á publicar su *arte de escribir*, en cinco tomos ó partes, en 1615, con magníficas muestras, que aún hoy pueden presentarse como modelo, y que fueron hechas por su hijo, á quien habia comunicado esta habilidad en ámbas manos, por lo cual parece que fué acusado ante la inquisicion de pacto con el demonio.

Morante, segun él mismo declara en su obra, fué maestro de muchas personas notables; consejeros, secretarios, caballeros de hábito, etc. Fué amigo de Lope de Vega y de Montalban, que le dedicaron algunas composiciones.

De todo esto no es violento deducir que pudo Calderon estudiar con él ó con algun discípulo suyo, y que, cuando ménos, le trató por ser amigo de sus amigos.

(PÁG. 10, LÍNEA 27.)

Refiere D. Gaspar Agustin de Lara que Calderon celebraba su cumpleaños en compañía de algunos amigos el 17 de Enero, y que con festiva gracia contaba cómo en sus primeros años le llamaban sus condiscípulos en la escuela *Peranton*: uniendo su propio nombre con el del santo en cuyo dia nació, causándole este apodo más pena que los azotes que el maestro le daba.

(PÁG. 10, LÍNEA 10.)

Hermanos de Calderon.

D. Diego Calderon dejó á su muerte cuatro hijos: los tres que hemos citado y una hija llamada D.ª Antonia. En todos los documentos relativos á la herencia de D. Diego y al nombramiento de curador de sus hijos, se hace mencion de esta D.ª Antonia, que seguramente debió morir desde 1615 á 1624, porque en este último año ya no se cita nunca su nombre.

D. Diego Calderon, el mayor de los hermanos, parece que marchó muy jóven á Méjico, y despues volvió á su pátria. Tuvo un hijo llamado D. José, que le heredó, y fué relator del Consejo Supremo de Guerra. Murió en 1658, sin dejar descendencia.

D. José Calderon de la Barca nació en 1605, y se dedicó desde luégo á la carrera militar. Sirvió cinco años en Italia y Flandes, distinguiéndose notablemente en todas las batallas. En 1638 pasó al ejército de Guipúzcoa, donde el 7 de Setiembre obtuvo el empleo de capitan. Al año siguiente le concedió el rey, en premio de su valor, una pension de veinticinco escudos al mes. El 26 de Marzo del mismo año pasó al regimiento de Guardias. El año siguiente fué herido en Salsas de un mosquetazo; contrayendo allí tales méritos, que el rey le concedió el empleo de capitan de Guardias y el hábito de Santiago. El mismo año pasó á Cataluña, donde hizo la guerra con su hermano, continuando en ella, despues que éste se retiró; recibiendo el grado de coronel en 1644, y siendo ascendido á teniente de maestre de

campo el 4 de Abril de 1645. Poco despues murió, «quedando hecho pedazos» en el puente de Camarasa.

D.ª Dorotea nació en 1598, y murió en 1682, despues de haber padecido muchos achaques en tan avanzada edad. Entró muy jóven en el convento de Santa Clara de Toledo.

(PÁG. 10, LÍNEA 28.)

Sucesores de Calderon.

La capellanía fundada por D.ª Inés Riaño, pasó en 1681 á D. Ramon Ladron de Guevara; de éste á su sobrino D. Mañuel Francisco Pinel, que la trasmitió á su hijo D. Felipe Pinel, Conde del Asalto; y éste á su hijo D. Antonio Pinel, que por morir sin sucesion la dejó á su sobrino D. Cárlos Aleson y Pinel, Conde del Asalto, cuya hija, la Sra. D.ª Fernanda Aleson y Pardo, Condesa del Asalto, la posee hoy, con la casa donde murió Calderon, siendo por tanto el sucesor más directo del inmortal poeta.

Esta señora está casada con el Sr. D. Cárlos Morenes, Baron de las Cuatro Torres, á quien debemos tantos curiosos datos para esta biografía.

(PÁG. 10, LÍNEA 36.)

Posteriores investigaciones nos permiten fijar algunas fechas de este período.

D.ª Ana María de Henao murió el 26 de Octubre de 1610, segun consta en el libro de defunciones de la extinguida parroquia de San Salvador, que se conserva en San Nicolás; dato que debemos á la amabilidad del Sr. Teniente de la misma parroquia.

D.ª Inés Riaño murió en 1613, reproduciendo en su testamento las cláusulas de la fundacion de la capellanía, segun consta en el mismo libro de defunciones.

(PÁG. 11, LÍNEA 1.ª)

Matrícula de Calderon.

Debemos á la amabilidad de nuestro amigo el ilustrado rector de Salamanca, D. Mamés Esperabé, la prueba de que estudió en aquella ciudad. Despues de muchas investigaciones ha encontrado, y nos ha remitido, la inscripcion en la matrícula de cánones.

(PÁG. 11, LÍNEA 26.)

Rectores de Salamanca en el tiempo que estudió Calderon.

En los cuatro años que estuvo allí nuestro poeta, desempeñaron el rectorado, D. Diego Pacheco, Duque de Escalona; D. Gaspar de la Cueva, hijo del Marqués de Belmar; Don Juan Pacheco, hijo del Marqués de Cerralbo; D. Manuel Enriquez, hijo del Marqués del Toral, y D. Enrique de Haro, hijo del Marqués del Carpio.

(PÁG. 11, LÍNEA 39.)

Para dar una idea de estas disposiciones, sin ser prolijos, bastará decir que mandaban que los bachilleres de pupilos estuviesen casados con mujer honesta; que fuesen responsables de las faltas de sus matriculados, y que los estudiantes no parasen de huésped «en casa de casados,» bajo pena de treinta dias de cárcel, y en caso de reincidencia, destierro de Salamanca.

(PÁG. 12, LÍNEA 30.)

Los frios excesivos de Salamanca se recuerdan por las fiestas á que daban lugar sobre las heladas aguas del Tormes. Acudian allí los estudiantes, caballeros y pueblo y muchas damas: corrian patines, bailaban, merendaban, y á veces prolongaban la fiesta por la noche, encendiendo hogueras sobre tierra, encima del mismo hielo; espectáculo extraño y fantástico.

El romance de Calderon á que aludimos, ha sido publicado con el título de *A un rio helado*, y debió ser escrito el año 1619, en que hizo durante el mes de Diciembre un frio extremado.

El mismo romance fija el mes, y alude á esta costumbre de andar las damas sobre el rio:

Salid, oh, Clori divina,
al Tormes, que ofrece hoy
fija puente á vuestra planta
su inquieto curso veloz.
Esta vez pudo el *Diciembre*
lo que mil pudísteis vos
. . . .
Y pues su honor os aclama,
restituireisle su honor,
si cuando le huellan tantos
vos corona suya sois.
. . . .
Y en pascua de Nacimiento,
cuando en la muerte se vió,
tendrá en vuestro pié florido
pascua de Resurreccion.

Tambien el invierno de 1620, durante el mes de Diciembre, hizo un frio extremado en toda Europa, llegando á helarse el Báltico, como consta en el *Memorial cronológico* (París 1830).

Debemos gran parte de estas noticias á

nuestro querido amigo el académico de ciencias, D. Manuel Rico.

(PÁG. 13, LÍNEA 24.)

Existen todos los documentos de donde hemos sacado estos curiosos datos en el Archivo Notarial de Madrid.

Apenas murió D. Diego, sus hijos nombraron curador á D. Martin Preciado, cuyo nombramiento ratificó por su parte D. José, en 1619, así que cumplió los catorce años; y desde entónces hasta 1624 pueden seguirse todas las vicisitudes de esta familia, en cuanto se referia á su hacienda, estudiando los documentos de la escribanía de Francisco Testa.

Tambien tuvieron los hermanos Calderon un pleito con su madrastra D.ª Juana Freyle, quedando transigido con la misma fecha de 24 de Abril de 1623.

En todos estos documentos aparece la firma de D. Diego Calderon, el mayor de los hermanos, y se declara en ellos que era «estante en la córte,» lo cual prueba que no es exacto cuanto han dicho los biógrafos acerca de su constante permanencia, hasta la muerte, en Méjico.

Por último, la revision de los originales de todas las escrituras y documentos relativos á la venta en público pregon del oficio de escribano de D. Diego, nos permite rectificar la cantidad en que se enagenó, que está equivocada en el primer documento que vimos. El oficio se vendió á D. Duarte Coronel, su mujer y herederos, en 15.500 ducados.

(PÁG. 13, LÍNEA 33.)

No olvidó nunca Calderon los nombres de Bártulo y Baldo, que cita con frecuencia en esta misma forma. En el entremés titulado *La franchota*, por ejemplo, dice el alcalde que

«Esta turbar hiciera á Bártulo y á Baldo.»

(PÁG. 14, LÍNEA 19.)

Calderon estuvo desde esta época hasta que se ordenó al lado del Duque de Alba, con más ó ménos dependencia.

Hizo muchos viajes á Alba de Tormes, donde residian entónces los Duques; se retiró allí despues de la guerra de Cataluña, en 1642; hay indicios de que asistió en 1644 á la traslacion solemne de los restos del gran Duque de Alba, desde este pueblo al convento de San Estéban de Salamanca; solicitó en 1646 marchar á Italia con el Duque, nombrado virey de Sicilia, y estuvo enfermo en Alba en 1648.

Sin embargo, por más investigaciones que han hecho los empleados de casa del actual Sr. Duque, para complacernos, no se ha encontrado en su archivo nada concreto sobre Calderon.

(PÁG. 15, LÍNEA 34.)

No está probado de una manera innegable que Calderon estuviese en la guerra de Italia y de Flandes. Al contrario, por lo que hasta ahora sabemos, puede ponerse en duda.

Vera Tasis, primer biógrafo de Calderon, aseguró que habia estado en aquellas guerras, desde 1625 á 1635, y así lo han admitido, como bueno, todos los biógrafos hasta nosotros. El descubrimiento hecho por el Sr. Hartzenbusch del memorial del P. Paravicino, vino á demostrar que Calderon estaba en Madrid el año 1629, hecho que consignó por primera vez el Sr. Marqués de Molins en su libro *La sepultura de Miguel Cervantes*.

Quedaba, pues, reducida la duda á los años desde el 1625 al 1628; pero no hemos podido hallar dato alguno que lo confirme ó lo niegue, por más investigaciones que hemos practicado en cuantos sitios sospechábamos que pudiera haber algo relacionado con esa época de la vida de nuestro poeta.

Es muy extraño que no haya quedado vestigio alguno de esos servicios, y más aún que Calderon, en sus diversas peticiones al rey, no los citase nunca.

(PÁG. 16, LÍNEA 21.)

El hermano de Calderon, herido por Pedro Villegas, fué D. Diego, y no D. José, como aseguran los Sres. Hartzenbusch y Marqués de Molins. D. José se hallaba á la sazon en la guerra de Flandes, á donde habia marchado en 1627, continuando en el ejército hasta el 24 de Julio de 1631, en que se le expidió licencia para España.

(PÁG. 16, LÍNEA 39.)

Los *versos infames*, que sacaron de quicio al buen padre, son los siguientes:

—¿Qué es eso?
Una *oracion* se fragua
fúnebre, que es un sermon de Berbería.
Panegírico es que digo al agua,
Y en *emponomio Horténsico* me quejo.

Y como muestra del memorial del P. Paravicino, contra estos pobres cuatro versos, copiamos el siguiente trozo:

«¡Miserable desdicha de siglo, que tantos

miedos debe de dar, de que se viene toda abajo la Religion! Los sermones de que, con expresos términos, se burla D. Pedro Calderon... son las honras de los padres de V. M.; delito condenado en las leyes por de lesa majestad... ¡Gran desdicha mia, ser yo el primero hombre en quien se han ensayado, por mi poco valor, las *blasfemias* públicas del Evangelio en aquel lugar! Gran nota de la Córte católica, que se le pueda representar, por público y festivo espectáculo, como el lidiar de un toro, la honra de la palabra de Dios, desangrada por las tablas!... De la doctrina de Jesucristo, y obligacion de sus predicadores, fragua D. Pedro Calderon las gracias de un bufon vinoso, llegando á tanto su desacuerdo, que habiendo ofrecido quitarlas el primer dia, instó en que se repitieran por otros cuatro; y lo que, visto, aún no se atreve á creer nadie, se arrojó él á que se representase á V. M. el domingo en la noche! Extraño enajenamiento de hombre! ¡atreverse á que V. M. mismo, en sus ojos, se hiciese burla de la doctrina de un predicador, con su propio nombre. Y si V. M. se ha divertido con mi dolor, sírvase de reparar que las *oraciones* que quiso infamar, con ministros bien para ello, D. Pedro Calderon de la Barca, son las honras de los padres de V. M.; y las califica por *sermones de Berbería*, por mentira bárbara y alcorán fabuloso é impío, así ellas como el enseñamiento cristiano; pues no contienen otra cosa aquellas oraciones y panegíricos fúnebres. Yo, ántes de llegar á los piés de V. M., y ofender sus reales y puras orejas con tan indignas relaciones, dí cuenta á los Protectores de las comedias y al Cardenal Presidente, y he entendido que la demostracion que se ha hecho con el poeta, es restarle en su casa con dos guardas, tratamiento de señor en un hombre particular... con que la pena que merecia la temeridad se ha vuelto premio de hazaña; y lo que se ha hecho con los representantes, es que los rótulos que se habian puesto con tinta negra, hoy los pongan de colorado, y mañana lo pretenderán de mi sangre misma. Señor, esto en este estado, yo no tendré ánimo para subir más al púlpito, no por miedo de estas irrisiones que son mis glorias, sino porque no se continúen en mi persona los agravios de Dios y de V. M...»

PÁG. 16, LÍNEA 42.

El tio de Calderon, que acudió á desafiar á los deudos del padre Hortensio, debió ser Don Juan Bautista Calderon y Blasco ó D. Lorenzo Calderon, que despues tuvo una hija, que profesó, precisamente, en el convento de Trinitarias.

(PÁG. 18, LÍNEA 6.)

Algunos literatos extranjeros, y entre ellos el holandés Putman, en su magnífica obra sobre Calderon, publicada en 1880, han tratado de relacionar la comedia de nuestro autor con el cuadro de Velazquez, que representa la rendicion de Breda, y es conocido vulgarmente con el nombre de *Cuadro de las lanzas*.

(PÁG. 18, LÍNEA 29.)

En la familia de Calderon habia muchos caballeros de las órdenes militares; y no tiene nada de particular que D. Pedro quisiese tener la misma distincion, que era entónces principalmente una prueba de pureza de sangre.

No hemos podido comprobar las razones que tuvo el rey para la concesion de este hábito; y aunque existen indicios de que fué á consecuencia de una peticion de D. Pedro, bueno es citar aquí un códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, ya examinado por el Sr. Hartzenbusch, en que se dice:

«Este dia en la noche (domingo 29 de Junio de 1636) tuvieron sus majestades en el Retiro una gran comedia, tambien hecha de D. Pedro Calderon... Y por el gusto que se dieron por servidos sus majestades, se le hizo merced á dicho D. Pedro Calderon, de un hábito de Santiago, cosa que ha parecido muy bien á toda la córte.

La concesion del hábito, con fecha 3 de Julio, y hasta el ser el santo de Calderon el dia 29, dan verosimilitud á esta noticia; por más que no conozcamos nada comprobado oficialmente sobre los méritos en que se fundó la merced.

En el Archivo histórico Nacional existe una exposicion autógrafa de Calderon, en la cual hace constar que tenia demostrada su hidalguía, pidiendo que estos testimonios le sirvieran para la concesion del hábito de Santiago:

Dice así este memorial:

«Muy Poderoso Señor:

Don Pedro Calderon de la barca que pretende el ávito de la órden de Santiago—dice que D. Diego Gonzalez Henao su abuelo materno que fué vecino y natural de la villa de Madrid, en el año pasado de quinientos y ochenta y tres hizo su informacion ad perpetuam rei memoriam, sobre su hidalguia ante los Sres. alcaldes de los hijosdalgo de la chancillería de Valladolid y Christobal de auleztia

escrivano mayor de los dijosdalgo con citacion del fiscal de su Mag.[d] y de los concejos de la villa de Madrid Aravaca y otros lugares donde tenia hacienda y vecindad, por la cual dicha informacion constará á V. A. el reconocimiento que se hiciere en los dichos lugares y la comun opinion y estimacion de su nobleza que de tiempo inmemorial siempre tuvieron en ello y lo que dijeron y depusieron en su favor los testigos que en la dicha informacion se examinaron, de todo lo cual en caso necesario hace presentacion para lo que fuere en su favor y no en más y suplico á V. A. se sirva con vista de la dicha informacion mandar tomar resolucion en su despacho haciéndose merced con esta que pide &[a]—Don Pedro Calderon de la Barca.»

Sin embargo, se hicieron todas las informaciones, que se conservan originales en el mismo Archivo, oyendo á treinta y ocho testigos en Madrid; y pasando despues una comision á todos los pueblos de Castilla donde habia residido ó tenia parientes la familia de Calderon.

PÁG. 21, LÍNEA 16.

Certificacion de los servicios militares de Calderon.

D. Aluaro de quiñones cauallero de la horden de Santiago, del conss[o] supremo de guerra de su mag[d] y su theniente g.[l] de la caualleria de las hordenes militares, gobernador y castellano de Cremona:

«Hago fe: que conozco á Don pedro calderon de la barca, cauallero de Santiago, soldado de la compañia de cauallos de las hordenes militares del Sr. conde duque, ntro. general. Despues que nuestro exercito entró en este principado de cataluña por el col de balaguer, allandose en todas las ocasiones que se an ofrecido, particularmente el dia que yo fui á tomar los puestos de cambrills, y rrompí tres mil hombres que el enemigo tenia emboscados, fuera de la plaça, y en la toma de ssalo y y villaseca, y quando con dha compp[a] y treinta arcabuceros á cauallo de la del comissario g.[l] Don Rodrigo de herrera fui á reconocer á constanti, y á la retirada rrompi quinientos hombres, que salian de villaseca para ssocorro de tarragona, degollando la mayor parte dellos, donde dho. Don pedro calderon se señaló y peleó como muy honrrado baliente cauallero y ssalio herido de una mano en dha ocassion; y las veces que yo fui á rreconocer á martorell fué uno de los treinta coraças que nombré para que con la compp[a] del capp[an] don juan de otto cerrasen con tres tropas del enemigo; y en esta ocassion se portó como de su persona y partes se podia esperar. Y lo mismo hizo en la rrota que alli se dio al enemigo, y el dia que nuestro exercito llegó á barcelona. Y despues que se retiró á este campo de tarragona se a allado en las que se han ofrecido en él y en el sitio desta ciudad, particularmente el dia que el enemigo tuvo cortados seiscientos cauallos que yban a forragear; se alló en el puesto de las orcas que yo ocupaba con el resto de la caua[ia], no faltando jamás á su estandarte, haciendo algunos servicios particulares. Y el dia que el S.[r] marq[s] de villafranca metió el ssocorro en esta plaça, assistió á la marina sin faltar un punto con mucho rriesgo ayudando á facilitar el saccar el bastimento á tierra. Y en todo lo demas que se a ofrecido a procedido muy a ssatisfaccion de sus superiores y a cumplido con las obligaciones de su sangre: es persona de prouecho en el seruicio de su mag[d], y en quien será muy bien empleada qualquiera mrd que su mag[d] fuere seruido de hacerle. Y a su pedimento doy la presente firmada de mi mano y sellada con el sello de mis armas en tarragona a 19 de ott[e] 1641.»

Este curioso documento, así como los demás relativos á la guerra de Cataluña, que citamos en el texto, existen formando un expediente completo en el archivo del Sr. Conde del Asalto, que con un patriotismo nobilísimo los ha puesto á nuestra disposicion, y ha hecho incesantes investigaciones para aclarar nuestras dudas en otros sucesos de la vida de Calderon.

Estos servicios militares han sido desconocidos por completo á todos los biógrafos anteriores á nosotros. Debemos su primera noticia al citado Sr. Conde del Asalto; y posteriormente, trabajando sobre este punto, hemos encontrado muchos documentos que lo confirman, y entre ellos una exposicion al rey de D. Pedro Calderon, que existe en la seccion de Varios de la Biblioteca Nacional, y en la cual constan todos estos hechos, los servicios de su hermano D. José y los documentos que los certifican.

PÁG. 21, LÍNEA 25.

En *La exaltacion de la cruz*, escrita probablemente en Alba de Tormes, despues de haberse retirado del ejército Calderon, parece que habla del rey y de sí mismo, cuando refiriéndose á la salida del rey á campaña, dice por boca de Heraclio:

Y yo he de ser el primero
que, embrazado el fuerte escudo,

que, el templado arnés trenzado
y el limpio acero desnudo,
en la campaña resista
los destemplados influjos
de las escarchas de Enero
y de los soles de Julio.

Y por boca de Morlaco:

Entre tanta confusion
podremos dar á entender
que en la guerra hemos estado
y fuertemente peleado,
como lo suelen hacer
otros que en la córte están
vestiditos de color,
y no se sabe, señor,
ni cuándo vienen, ni van.

Si se estudiara detenidamente esta comedia, y se comparasen algunos pasajes con las escenas de la guerra de Cataluña, se hallarian tales coincidencias que podria asegurarse que Calderon escribió aquí todas sus impresiones.

Seguramente habla de sí mismo y de otros que se hallaban en su caso, abandonando las letras por las armas, cuando dice:

Y dime, para saber
uno de ciencias que ignora,
¿es la guerra buena tierra?
que nunca oí ser la guerra
Universidad.

. . . .

Que ahora mostrar quisiera
el hermoso maridaje
de las armas y las letras.

. . . .

¡Ah cielos! Cuánto miente, cuánto engaña
vista desde la córte la campaña,
al que nunca ha sabido
cuán pavoroso ha sido,
cuán terrible, cuán fuerte,
este cruel teatro de la muerte.
Animoso venia
juzgando que podia
desvanecida en triunfos la memoria,
dar yo sólo á mi pátria una victoria;
y apenas de la guerra el campo veo
á discrecion del hado
de sangrientos cadáveres poblado,
cuando escapar deseo
no más que con la vida:
honor, no acuerdes lo que el pasmo olvida.

(PÁG. 21, LÍNEA 28.)

Existe esta carta autógrafa de Calderon, y perfectamente conservada, en el Archivo del Ayuntamiento de Madrid, cuyo jefe, el señor D. Timoteo Domingo Palacios, ha tenido la amabilidad de enseñárnosla.

(PÁG. 21, LÍNEA 33.)

No está suficientemente probado que Calderon fuese el verdadero autor de la relacion de las fiestas, publicadas por Ramirez de Prado, aunque así lo aseguren los biógrafos.

En el Archivo del Ayuntamiento de Madrid se conservan la órden encargando á Ramirez la obra, la del pago de este trabajo y otros documentos, que parece no dejan lugar á duda alguna que el autor fuese el citado Ramirez.

(PÁG. 22, LÍNEA 7.)

Véase la gráfica descripcion del soldado que llama á la puerta de *La casa holgona:*

Con el fieltro hasta los ojos,
con el vino hasta la boca
y el tabaco hasta el galillo;
pardo albañal de la cholla,
columpiando la estatura
y meciendo la persona.

Las damas contestan, cantando desde dentro:

¿Quién llama á la puerta, hallándola abierta?
¿Quién llama? ¿Quién viene, que así se detiene?
¿Qué quiere, qué busca en este lugar?
¿Por qué se retira, pudiéndose entrar?
Entre si quiere y se podrá holgar.
¡Ay qué clavado y suspenso está!
que si la casa es holgona,
los dueños que tiene lo son mucho más.

(PÁG. 22, LÍNEA 9.)

Los personajes de las jácaras son: Mari-Zarpa, Mari-Pilonga, el Ñarro, un vejete, el gracioso, el Zurdillo, Sornaviron, Zampayo, D.ª Pizorra. Y en cuanto á los cantares, puede juzgarse por el siguiente:

Cansóse el Ñarro de Andújar,
que es aliñado en extremo,
de traer la soga arrastrando
y enfaldósela al pescuezo.

(PÁG. 22, LÍNEA 28.)

No tenemos para qué entrar en más detalles sobre la vida de Calderon en esta época. El insigne poeta fué jóven, y pagó su culto á las libertades de la juventud; tuvo, como tienen todos los hombres, sus debilidades; y nosotros no queremos descender á ninguna, ni hablaríamos de esta época juvenil, si no fuera necesario hacerlo, para que resaltara precisa-

mente, que de esa corrupcion que le rodeaba salió el hombre austero y grave, el sacerdote virtuoso, el escritor infatigable, el autor profundísimo de los Autos sacramentales.

PÁG. 24, LÍNEA 12.

El respeto y la consideracion que inspiraba Calderon de la Barca eran tan profundos, que jamás sonó su nombre, ni áun en aquellas sátiras tan frecuentes, en tiempo de Felipe IV, en que alguna vez se ridiculizaba hasta al rey y á los inquisidores.

Léjos de eso, los mismos poetas (envidiosos siempre como del mismo arte) le rendian culto públicamente. Entre varias citas que podríamos hacer para demostrarlo, sirva de ejemplo lo que dice Moreto en la escena sexta de la jornada primera de *La ocasion hace al ladron*:

D. PEDRO.

Y ¿qué hay de comedias nuevas
en Madrid?

D. MANUEL.

Muy pocas vemos,
sino cual y cual, de alguno
que por superior precepto
escribe para Palacio;
pero con tan alto acierto
de novedad, que parece
se está excediendo á sí mesmo.

D. PEDRO.

¿Ese es Calderon?

D. MANUEL.

Sin duda;
que sólo puede su ingénio
ser admiracion de cuantos
bebieron el sacro aliento.

PÁG. 25, LÍNEA 4.

Para que nuestros lectores juzguen de aquellas diversiones, copiamos la siguiente relacion, escrita por uno de nuestros primeros literatos:

«Hallábase una tarde cansado el Príncipe de jugar á la pelota; rodeábanle sus juglares y criados; y aburriéndole el despacho de los negocios y el oir tristes nuevas de las rebeldes provincias de Portugal y Cataluña, quiso divertir melancolías con una comedia improvisada. El coliseo del Buen Retiro, á punto, brindaba con magnífica decoracion de selva, á quien supo dar vida el célebre ingeniero Cosme Lotti. Dispusiéronse á obedecer los servidores, señaló por argumento el monarca la creacion del mundo, y se distribuyeron los papeles. El de Padre Eterno tocó al septuagenario Luis Velez de Guevara, uno de los mejores cortesanos de España, ugier de la cámara de su majestad, á quien dieron singular nombradía sus agudos sazonados chistes, y más de cuatrocientos dramas, sorprendentes por el rumbo, el tropel, el boato y la grandeza. La parte de Adan, por su edad lozana, estuvo á cargo de D. Pedro Calderon; desempeñaría la de Eva algun otro escritor no ménos autorizado; de Abel hizo Moreto. Calderon habia hurtado á Luis Velez algunas golosinas, y entre ámbos se entabló en la comedia el siguiente diálogo:

ADAN.

Padre Eterno de la luz,
¿por qué en mi mal perseveras?

PADRE ETERNO.

Porque os comísteis la peras;
y juro á Dios y á esta cruz,
que os he de echar á galeras.

Adan soltó despues la taravilla en su defensa; mas, como no acabase nunca, exclamó el Padre Eterno:

Por el cielo superior,
y de mi mano formado,
que me pesa haber criado
un Adan tan hablador.

No fué ménos oportuno Moreto. Siguióse animada escena de galan y dama, en que nuestros primeros padres se decian muchas ternezas, á este modo:

ADAN.

Eva, mi dulce placer,
carne de la carne mia.

EVA.

Mi bien, mi dulce alegría...

Moreto, que estaba impaciente por salir del teatro, concluyó la copla con libertad insufrible hoy á nuestros oidos. Pero no nos sorprenda en el alcázar de nuestros reyes, cuando en aquellos siglos no causaba extrañeza que en la profesion de una monja se leyesen y cantasen versos llenos de voces y alusiones verdes y coloradas, cuanto ménos en un coliseo y en el trato familiar.»

Calderon asistió á estas diversiones y tomó parte en ellas hasta que se hizo sacerdote.

Desde entónces se negó rotundamente á presenciarlas.

(PÁG. 25, LÍNEA 5.)

Para formarse idea de estas escenas, sobre las cuales podríamos dar curiosos, pero inoportunos detalles, basta la siguiente cita:

Avisos de 14 de Febrero de 1640.

«Los reyes se entretienen en el Buen Retiro oyendo las comedias en el Coliseo, donde la reina nuestra señora, mostrando gusto de verlas silbar, se ha ido haciendo con todas, malas y buenas, esta misma diligencia. Asimismo, para que viese todo lo que pasa en los corrales, en la cazuela de las mujeres, se ha representado bien al vivo, mesándose y arañándose unas, dándose vaya otras, y mofándolas los mosqueteros. Han echado entre ellas ratones en cajas, que abiertas saltaban; y ayudado este alboroto de silbatos, chiflos y castradores, se hace espectáculo mas de gusto que de decencia. El rey nuestro señor reparte los aposentos á grandes, por sus turnos.»

(PÁG. 26, LÍNEA 18.)

Es tanto lo que pudiéramos escribir sobre el desenfreno de los soldados en aquella época, que no cabria en un tomo de regulares dimensiones. Sólo como comprobacion de los hechos que citamos en el texto, copiamos aquí las siguientes noticias de los Avisos de Pellicer.

24 de Mayo de 1639.—La noche antecedente mató un capitan á D. Pedro de Vega, caballero del Orden de Santiago, y el mismo dia á D. Alonso de Ayala.

31 de Mayo de 1639.—No hay mañana que no amanezcan ó heridos ó muertos por ladrones ó soldados; casas escaladas y doncellas y viudas llorando violencias y robos; tanto puede la confianza que tienen los soldados en el Consejo de Guerra.

22 de Julio de 1639.—El viérnes 18 entró aquí una compañía de Antequera con ciento ochenta hombres, muy lucida, y por capitan D. Diego de Castro: alojáronla junto á Anton Martin. Hoy se han trabado unos soldados de ella con los del tercio de Madrid, porque sobre una gallega mataron un andaluz. Queda actualmente revuelto Madrid, porque se han acometido unos á otros más de doce veces, y ha sido preciso sacar el Santísimo Sacramento de San Sebastian.

26 de Julio de 1639.—En Madrid han muerto atrozmente en quince dias setenta hombres, y están heridas en los hospitales cuarenta mujeres: hazañas todas de soldados.

16 de Octubre de 1640.—Esta semana pasada, el juéves, quemaron un hombre, y el dia siguiente, 12, ahorcó el consejo de guerra un soldado (alférez dicen que era) porque cometió uno de los mayores delitos que supo inventar el horror. No queriendo consentir en sus torpezas una doncella honrada, la mató y despues de muerta cometió una y otra vez el delito que ella no quiso consentir estando viva.

14 de Agosto de 1654.—Amaneció hecho un garrote en la plaza, para dar garrote á D. Antonio de Amada... ordenado de corona y grados, y con un beneficio ó capellanía... iban los alguaciles con carabinas en los arzones y las espadas desnudas; metiéronle luégo en la plaza... subiéndole tan aprisa al cadalso, que unos á otros se atropellaban, turbándose el verdugo de suerte, que dieron lugar... á que llegase un obispo de anillo... en un coche, y cosa de veinte clérigos, que saltando en el tablado, le quitaron el argolla de hierro de la garganta... le metieron en el coche, y á paso descompuesto y muy largo, azotando las mulas, partieron de carrera por la calle de Toledo, metiéndole por una puerta falsa de la casa del cardenal, que le abrazó en llegando, y le sacó bizcochos y vino...

Ha espantado en la córte; pues al paso que el Condestable mató á su criado y quitó los presos al alcalde de córte, con la insolencia acostumbrada de señor, permite Dios que otro criado venga á matar á su amo, y que al quererle justiciar se le quiten de las manos, sacándole de ellas, sin tener valor de volverle á la cárcel.

(Cartas de D. Jerónimo de Barrionuevo.)

(PÁG. 28, LÍNEA 32.)

Muchas son las veces que Calderon cita á D. Quijote en todas sus obras, desde las más sérias á las burlescas, como puede verse en *El sitio de Bredá*, jornada primera, escena décima segunda, y en algun entremés.

Además, el Sr. Hartzenbusch ha hecho notar que Calderon cometió un error al usar varias veces la palabra *paladion*, por el caballo de Troya, tomándolo, sin duda, del *Quijote*, en que Cervantes comete este mismo error, sin antecedente en nuestros escritores.

(PÁG. 29, LÍNEA 35.)

SALUDADOR.

Perdonen vuesas mercedes
no venir antes, que estaba
saludando unos borregos.

. . . .

D.ª ALDONZA.

Hombre, mira que me rucias
y no con azar ni ambar.

SALUDADOR.

No se queje, que el mostillo
no es malo para la cara.
Por la insignia singular
que, á sabor del paladar,
el cielo me quiso dar
á la orilla de aquel cedro
por donde iba San Juan con San Pedro,
te conjuro mal de la peste,
aunque me cueste lo que me cueste,
que no me penetres ese corazon
sino que al son
te vayas huyendo de mi retintin,
dilin dilin,
pues ves que tocan en San Martin,
dilon dilon,
pues que tocan en San Anton.

(Entremés de *La rabia*, escena décima tercera.)

(PÁG. 31, LÍNEA 17.)

¿Fué Calderon grande de España y caballero cubierto?

D. Jerónimo Barrionuevo, que escribia por los años de 1653 unas cartas casi diarias, dando cuenta de los más notables sucesos de Madrid, dice el 17 de Enero de 1657 que se representó en la Zarzuela una comedia de Calderon (probablemente *El golfo de las sirenas)*, y termina la relacion de la fiesta con estas palabras: «Dió Heliche á D. Pedro Calderon doscientos doblones por la comedia; y á los 20, dia de San Sebastian, le hizo cubrir su majestad, y le dió la grandeza en su persona, y no por título ninguno.»

Por más que las cartas de Barrionuevo tengan un carácter de verdad indiscutible, se nos hace difícil comprender la grandeza de España en un sacerdote.

Es, sin embargo, probable que el rey quisiese honrar y demostrar su afecto á Calderon concediéndole personalmente una distincion, que es la más elevada en la córte de España; y le permitiera cubrirse en su presencia á la par de los grandes.

Tal vez sea oportuno recordar aquí que el cubrirse delante de los reyes fué un privilegio que no iba unido siempre á la grandeza. Los cláustros de las Universidades y sus comisiones gozaban de esta altísima distincion, que como una gloria tradicional se conserva hoy cuando el rey se presenta ante el cláustro, empleando la fórmula: «Siéntense y cúbranse los doctores.»

(PÁG. 33, LÍNEA 20.)

Hemos acudido al archivo de la Orden Tercera en busca del memorial de Calderon solicitando su ingreso; pero los empleados de la casa nos han dicho que cuantas investigaciones han hecho para encontrarle han sido inútiles; debiendo haber desaparecido con el de Cervantes y otros de personas notables, en tiempo de la dominacion francesa, en cuya época sufrió tantos trastornos aquel establecimiento.

(PÁG. 33, LÍNEA 29.)

Papel de D. Pedro Calderon de la Barca al Patriarca.

Mandame vueseñoría que, porque no pierda tiempo, me dé por advertido de que este año, en consecuencia de los pasados, haya de escribir las fiestas del Santísimo Sacramento; y aunque para mí, dejando siempre en su primera estimacion lo piadoso del asunto, no puede haber felicidad mayor que obedecer á vueseñoría ilustrísima; con todo eso me asisten hoy razones, que no sin dolor me obligan á suplicarle, con cuanto debido rendimiento puedo, sea servido de hacerme merced de añadir á las honras que de su liberalidad confieso recibidas, la de tenerme esta vez por escusado. Y porque no parezca que sin grande disculpa pueden hallarse en mí aún menores señas de repugnancia á sus preceptos, suplico tambien á sus ocupaciones me permitan el breve espacio que tarde en motivar las causas que me mueven, con el seguro de que el ser de reputacion afiancen la escusa de lo uno y el embarazo de lo otro. Yo, señor, juzgué siempre, dejándome llevar de humanas y divinas letras, que el hacer versos era una gala del alma ó agilidad del entendimiento, que ni alzaba ni bajaba los sugetos, dejándole á cada uno el predicamento que le hallaba; sin presumir que pudiera nunca obstar ni deslucir la mediana sangre en que Dios fué servido que naciese, ni los atentos procederes en que siempre he procurado conservarla; y aunque es verdad que, ocioso cortesano, la traté con el cariño de habilidad hallada acaso, no dejé de desdeñarla el dia que tomé el no merecido estado en que hoy me veo;, pues para volver á ella fué necesario que el Sr. D. Luis de Haro me lo mandase de parte de su majestad en el festivo parabien de la cobrada salud de la Reina nuestra señora (que Dios guarde); y no con menor fuerza

de razones convenció mis escusas, que con decirme en formales palabras: *¿Quién le ha dicho á vuestra merced que el mayor prelado no se holgara de tener una habilidad, y más de ingénio, que tal vez fuese pequeño alivio á los cuidados de su majestad?* Con esta autoridad, honestados á luz de servicio los decoros de mi nuevo estado, sin haber tomado la pluma para otra cosa que no sea fiesta de su majestad ó fiesta del Santísimo, obedecí entónces, y desde entónces, á cuanto en esta buena fé se me ha mandado; hasta que habiendo puesto los ojos en una pretension que cabe en los límites de mi esfera, no desguarnecida de servicios propios y heredados; despues de publicada la merced, me la ha retirado la objecion de no sé quién, que juzga incompatibles el sacerdocio y la poesía; y aunque á mí me basta á saber que no lo sean el que su majestad lo admita, y sus mayores ministros me lo manden, pues incompatibilidad fuera constarles á ellos y no ser decente, siendo así que la censura ha de encontrar primero con su mandato que con mi obediencia; con todo eso, miéntras la duda se mantenga tolerada y no vencida, no deja de padecer mi reputacion considerable nota, de que sólo puede, hasta la resolucion, ponerme en salvo el que, si erré engañado, con dejarlo no erraré advertido; que nadie está obligado á enmendar defecto que no conoce, hasta que haya piedad que se lo advierta. Diráme vueseñoría que las fiestas del Corpus no hacen consecuencias para otras; y responderé yo que si á mí me pusieran la objecion en los asuntos de cuanto hasta hoy he escrito, con mejorar los asuntos desvaneciera la objecion; pero quien me capitula, no me capitula, ni puede, lo que escribo, sino el que lo escribo, y lo digno de un objeto no enmienda lo indigno de un ejercicio; y miéntras no me dieren por digno el ejercicio, no me pueden dar por digno ningun objeto suyo; fuera, señor, de que darme al partido de que en particular es bueno, es darme al partido de que en comun es malo. Declárese si lo es ó no; que siendo bueno, aquí estoy para servir y obedecer toda mi vida; y no lo siendo, ni á su majestad ni á vueseñoría ilustrísima le puede parecer mal que, conocido el yerro, trate de enmendarle; y áun el mismo misterio se dará por más bien servido; pues lo que se califica indecoro de un altar, mal puede quedar festividad de otro. Y en fin, señor, dejándome á ser primero ejemplar del mundo en que se pudo desmerecer obedeciendo, reduzcamos á dos palabras el discurso; que no es justo que por mí se haga estorbo á mayores importancias. O este es malo, ó es bueno: si es bueno, no me obste; y si es malo, no se me mande.

Dios guarde á vueseñoría ilustrísima.

(Se conserva en la Biblioteca Nacional.)

(PÁG. 33, LÍNEA 43.)

Toma de posesion de la capellanía de Reyes.

«En 19 de Junio del año 1653, tomó posesion de su capellanía el señor don Pedro Calderon de la Barca, natural de la villa de Madrid, caballero de la órden de Santiago, hijo de Diego Calderon de la Barca, escribano de cámara, y de doña Ana María de Henao, ambos naturales de Madrid. Entró dicho dia, despues del punto de la tarde, en la capellanía que estaba vaca en esta Real Capilla, por muerte del Sr. D. Juan Baptista Solórzano.»

Esta partida tiene dos notas; una al márgen izquierdo, que dice así: «D. Pedro Calderon de la Barca está enterrado en San Salvador, de Madrid, y hay tradicion de que su lengua y brazo derecho están íntegros.»

La segunda nota, que está al márgen derecho, dice así:

«Murió en Madrid, á 25 del mes de Mayo de 1681. Fué insigne escritor y capellan de honor de S. M., y muy conocido en el orbe literario, y especialmente por la grande y singular obra de sus *Autos sacramentales.*»

(Libro de capellanes de Reyes, de la Santa Iglesia de Toledo.)

(PÁG. 36, LÍNEA 11.)

Aunque algun crítico ha supuesto que los *Afectos de un pecador arrepentido*, publicados no hace mucho en una coleccion de Misereres, no son de Calderon de la Barca, lo cierto es que no hay razon poderosa para rechazarlos.

Es muy probable, sin embargo, que estén enmendados ó variados. Y como prueba de ello, puede notarse que hace Vénus asonante en *eo:* defecto que no creemos que cometiera Calderon.

(PÁG. 37, LÍNEA 8.)

Esta pension fué concedida sin situarla ó determinarla, por cuya causa no la cobró nunca. Poco ántes de su muerte, compadecido el rey de sus achaques y su avanzada edad, mandó que se le socorriese, con cargo á las cajas de Sicilia, con mil quinientos ducados de plata, que tampoco llegó á cobrar. (Véase su testamento.)

Encargóse de hacer las diligencias necesarias para el cobro de esta libranza el Sr. Ladron de Guevara, consiguiéndolo despues de

dos años de pretensiones, como puede verse en la nota relativa al aniversario que fundó en honor de Calderon la Congregacion de Presbíteros Naturales de Madrid.

(PÁG. 37, LÍNEA 12.)

En el libro de Congregantes de San Pedro, se halla una biografía sucinta, pero muy bien escrita, de Calderon. Allí constan las fechas en que ingresó en la misma, el producto de la herencia que recibió la casa, que ascendió á treinta y seis mil doscientos quince reales, la inversion de esta suma y las vicisitudes por que pasó el aniversario fundado por la Congregacion.

Y ya que citamos este curioso libro, diremos que no deja de ser digno de leerse el juicio que sobre las obras dramáticas de nuestro poeta expone el autor de la biografía, consignando que, escritas las comedias en su mayor parte para dia fijo, en brevísimo plazo y con asunto forzado, es más de alabar lo malo que evitó que lo bueno en que acertó.

(PÁG. 37, LÍNEA 28.)

Para evitar una confusion es preciso decir aquí que en 1622 fué la canonizacion de San Francisco Xavier, para la cual escribió Calderon las quintillas; y en 1671 la de San Francisco de Borja, para la que escribió la cancion y el soneto.

(PÁG. 38, LÍNEA 41.)

La hora á que murió Calderon consta en las diligencias hechas para la apertura del testamento y codicilo, por el escribano Juan de Búrgos, el 26 de Mayo, ante los testamentarios.

No sabemos de dónde sacaría el articulista de un periódico ilustrado la afirmacion de que murió á las seis de la mañana, ni ménos la de que aquel triste dia era mártes.

(PÁG. 39, LÍNEA 3.)

Partida de defuncion.

«En 26 de Mayo de 1681 se enterró en esta iglesia de San Salvador de la villa de Madrid D. Pedro Calderon de la Barca, caballero del Orden de Santiago, capellan de los señores Reyes de Toledo y de honor de S. M., en la bóveda de una capilla que es de Don Diego Ladron de Guevara, que está á mano izquierda como se entra por la puerta principal de esta dicha iglesia. Otorgó su testamento ante Juan de Búrgos, escribano del número de esta dicha villa. Dejó por sus testamentarios al señor doctor D. Juan Mateo Lozano, cura propio de la iglesia parroquial de San Miguel de esta villa, y al Sr. D. Diego Ladron de Guevara, caballero del Orden de Calatrava, y otros. Dieron de limosna á la fábrica de esta dicha iglesia ciento veinte y cinco reales. Tocó de cuartas quinientas misas.»

Consta al fólio 161 del libro de fallecimientos de la parroquia del Salvador, que empieza en 1630 y concluye en 1683.

(PÁG. 39, LÍNEA 10.)

Seguramente, la venerable Congregacion de Presbíteros Naturales de Madrid, que siempre profesó, y aún profesa, estimacion al inspirado poeta y hermano, quiso poner algo á cubierto á Calderon, declarando que en la última hora despreció sus obras dramáticas.

No hemos podido encontrar dato alguno que confirme esta suposicion. Murió casi escribiendo un auto, y en su testamento nada dice de sus obras. Solamente en el codicilo, hecho cuarenta y ocho horas ántes de morir, dijo que dejaba «unos papeles manuscritos que tocaban sólo á algun empleo de su ociosidad, aunque en su estimacion valian poco;» palabras que parece se refieren á un juicio literario, más que á otra cosa, y que son propias de la modestia de Calderon.

(PÁG. 39, LÍNEA 14.)

Fundóse este aniversario el 26 de Julio de 1683, y no inmediatamente como han supuesto algunos biógrafos.

En la citada fecha dió cuenta D. Diego Ladron de Guevara á la Congregacion de que se hallaba corriente el pago de la libranza sobre Italia, que se habia encargado de gestionar. La Congregacion acordó darle las gracias por su actividad, y fundar con el producto de esa renta el aniversario, que habia de celebrarse el 26 de cada año.

(PÁG. 39, LÍNEA 18.)

El P. Fr. Manuel Guerra predicó el sermon en el funeral de D. Pedro. Era muy amigo suyo; y fué nombrado el año 1682 para dar su informe sobre la quinta parte de comedias de Calderon, haciéndolo en un extenso folleto, demostrando que «la comedia es indiferente en lo cristiano y conveniente en lo político.»

Apenas publicado, se dió á luz en Valencia una invectiva contra él, titulada: «El Buen Zelo ó exámen de un papel, que con nombre del Reverendísimo P. M. Fr. Manuel de Guer-

ra y Ribera, doctor en Theología, &ª, corre en vulgar, impreso por Aprobacion de la quinta parte verdadera de comedias de *D. Pedro Calderon* &ª. Valencia. 1683.»

Y poco despues salió á luz otro folleto, con este título: «Discurso teológico y político sobre la Apología de las comedias, que ha sacado á luz el R.mo P. M. Fr. Manuel Guerra con nombre de aprobacion de la quinta y sexta parte de comedias de D. Pedro Calderon.»

En defensa de las comedias se publicó un nuevo escrito, titulado: «Respuesta á un papelon que publicó el Buen Zelo mahullador, álias Marramaquiz, en que muerde y araña con frialdades de ingénio y ardores de envidia contra las comedias y sus aprobaciones, donde en términos escolásticos le enseña con cariños de Miz, y le reprende con rigores de Zape. Don Tomás de Guzman, profesor de Gramática en la insigne Universidad de Salamanca. 1683.»

Testamento de Calderon.

Es tan importante y curioso este documento, inédito hasta hoy, que hemos creido conveniente su publicacion. Aclara algunos sucesos y épocas de la vida del inmortal poeta, y puede servir de comprobante á varias afirmaciones que hacemos en el texto de la obra.

Se conserva en el Archivo Notarial de Madrid, de donde le hemos copiado; y no seríamos justos si no consignáramos aquí la amabilidad y patriótico interés con que los empleados en el citado Archivo han hecho todo género de investigaciones para satisfacer nuestros deseos.

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas distintas y un sólo Dios Todopoderoso y de la Inmaculada en su primer instante Purísima María, por quien merecimos al unigénito Hijo del Eterno Padre, verbo encarnado en sus siempre vírgenes entrañas, habitar entre nosotros; verdadero Dios y verdadero Hombre, para ser por nosotros y para nosotros sacrificado en el ara de la cruz, y sacramentado en el ara del altar, en cuyos tres principales misterios de nuestra santa fé, y en cuantos confiesa, cree y enseña la apostólica Iglesia católica romana, primero y ante todas cosas, protexto que bien y firme y verdaderamente creo, como verdad infalible, que ni puede engañarse ni engañarnos, y bien y firme y verdaderamente espero, como en poder infinito y bien y verdaderamente amo, como á bien sumo.—Y en nombre del Angel Custodio de mi Guarda, gloriosos Arcángeles San Miguel y San Gabriel, Bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y Señor Santiago, patron de las Españas, con todos los coros de los ángeles santos y santas de la córte celestial. Sepan cuantos esta carta de testamento vieren, como yo, D. Pedro Calderon de la Barca, caballero de la Orden de Santiago, capellan de honor de su majestad y de los señores Reyes Nuevos de la Santa Iglesia de Toledo, habiendo entrado en temerosa consideracion de que no sea justo juicio de Dios el merecido castigo de mis culpas, y poco aprovechamiento de su espera arrebatarme con improvisa muerte, sin tiempo para hacer voluntaria designacion de mi alma y mi vida en sus piadosas manos; ó ya que esto no sea sino inmensa misericordia suya, llamarme con mortales avisos de desahuciado achaque, temeroso no ménos de que áun en este caso último donde su clemencia, la gravedad del accidente no me perturbe el uso de potencias y sentidos, ni otro temporal afecto de retardada disposicion para aquel trance, me divierta á nada que no sea pedirle perdon de mis pecados; hallándome en más cercano peligro de la vida que la misma vida, en mi cabal y entero juicio, cual fué servido repartirme el poder que me crió, la sabiduría que me redimió y el amor que me llamó á su verdadero conocimiento, en hacimiento de gracias de tantos no merecidos beneficios, y á efecto de adelantar en honra y gloria suya á lo cierto del morir lo incierto de la hora, conformándome, como si fuera esta la última de mi vida, con su divina voluntad, dispongo la mia de esta manera:

Primeramente pido y suplico á la persona ó personas, que piadosas me asistan, que luégo que mi alma separada de mi cuerpo, le desampare dejándosele á la tierra, bien como restituida prenda suya, sea interiormente vestido del hábito de mi seráfico Padre San Francisco, ceñido con su cuerda, y con la correa de mi tambien Padre San Agustin, y habiéndole puesto al pecho el escapulario de Nuestra Señora del Cármen, y sobre ámbos sayales sacerdotales vestiduras, reclinado en la tierra sobre el manto capitular del Señor Santiago; es mi voluntad que en esta forma sea entregado al señor capellan mayor y capellanes que son ó fueren de la venerable Congregacion de Sacerdotes Naturales de Madrid, sita en la parroquial del Señor San Pedro, para que usando conmigo, en observancia de sus piadosos estatutos, la caridad que con otro cualquier padre sacerdote, me reciban en su casa (y no en otra), para que en ella sea llevado á la parroquial de San Salvador de esta villa, y

suplico así al señor capellan mayor y capellanes, como á los señores albaceas, que adelante irán nombrados, dispongan mi entierro llevándome descubierto, por si mereciese satisfacer en parte las públicas vanidades de mi mal gastada vida con públicos desengaños de mi muerte. Y asimismo les suplico que para mi entierro no conviden más acompañamiento que doce religiosos de San Francisco, y á su Tercera Orden de hábito descubierto; doce sacerdotes que acompañen la cruz; doce niños de la doctrina y doce de los Desamparados. En esta conformidad, llegado que sea mi entierro á dicha parroquia, cuyo templo estará con los lutos y luces, que sin fausto basten á lo decente, vuelvo á suplicar al señor capellan mayor y capellanes me diga la Congregacion la vigilia, sin más música que su coro, y, si fuese hora, la misa de cuerpo presente, y si no el siguiente dia; y en él es mi voluntad que se entreguen á su tesorero cien ducados, los cincuenta para que se digan de misas en la capilla de nuestro Padre San Pedro, en satisfaccion de las que fuere de mi cargo, y los cincuenta para que se repartan entre los presentes por via de propina; con que dicho el último responso será mi sepultura la vóbeda de la capilla, que con el antiguo nombre de San José está á los piés de la iglesia, donde hoy se venera, colocada la santa imágen de la Sentencia de Cristo Señor Nuestro. Aquí, pues, habrá prevenida otra caja, sin más adorno que cubierta de bayeta, en que sepultado mi cadáver, en compañía de mis abuelos, padres y hermanos, espere la voz de su segundo llamamiento, con que habiéndose dado á los religiosos y á la Orden Tercera, á los sacerdotes, niños de la doctrina y Desamparados, la acostumbrada limosna, y á la parroquia la ofrenda que á los señores albaceas, proporcionada con mis caudales, más lícita parezca, es mi voluntad, que se dé á su colecturía la limosna de nueve misas cantadas con diácono y subdiácono, vigilia y responso, en los nueve consecutivos dias de mi entierro, las cuales se han de decir en el altar de la bóveda, por los difuntos que en ella yacen.

Item: Es mi voluntad que al padre comimisario que es ó fuere de los Santos Lugares de Jerusalen, se le den por una vez cien ducados; y le suplico que encomiende una misa por mí en la estacion más cercana al lugar de la Santa Cruz.

Item: Es mi voluntad que á las mandas forzosas se les den veinte reales á todas por una vez, con que las aparto del derecho que tienen á mis bienes.

Item: Es mi voluntad que por mi alma, las de mis abuelos, padres, hermanos y bienhechores, y por las de los señores Reyes Nuevos de la Santa Iglesia de Toledo, y de todos aquellos á quien por alguna causa, que no ocurre á mi memoria, fuese deudor, se digan dos mil misas; y habiendo dado á la parroquia la parte que de ellas toca, es mi voluntad que los señores mis albaceas repartan las restantes por las demás parroquias en sacerdotes pobres, á razon de tres reales.

Item: Declaro que por escritura que otorgué en esta villa, en 17 de Agosto del año de 1661, ante Juan de Búrgos, escribano del número de esta villa, fundé una memoria y capellanía de misas, y para su cumplimiento apliqué trece mil nuevecientos reales del principal de los tres censos y su renta que tenia sobre unas casas en esta villa, en la calle de las Fuentes, nombrando capellan de la dicha fundacion, segun y como en ella se contiene y declara; despues de lo cual, por otra escritura que otorgué en 17 de Mayo de 1678, ante el dicho escribano, situé y señalé para la renta de la dicha capellanía los dichos trece mil nuevecientos reales, que se habian remitido, y ocho mil cien reales más, cumplimiento á dos mil ducados de principal, y ciento de su renta, que se emplearon en un censo que fundaron en favor de la dicha memoria y capellanía, el licenciado D. Francisco de Palacios, abogado de los Reales Consejos, y D.ª Ambrosia de Bayona, su mujer, y el licenciado D. Ignacio de Palacios, presbítero, con la hipoteca de bienes que se contienen y declaran en el dicho censo, que fué otorgado en 26 de Mayo del dicho año de 1678, ante Francisco Isidro de Leon, escribano del número de esta villa; y demás de las setenta misas rezadas, que están señaladas en cada un año en la dicha primera fundacion, dispuse se dijeran treinta misas más, cumplimiento á cien misas en cada un año, las cincuenta misas dedicadas en los cincuenta viérnes, á la Sagrada Cruz y Pasion de Jesucristo, Nuestro Señor, en el altar del Santísimo Cristo del Consuelo, de la parroquial de San Salvador de esta villa, y las otras cincuenta misas fuesen votivas de Nuestra Señora, en los cincuenta sábados del año, en su altar de la Pura y Limpia Concepcion de la dicha parroquia, y nombré por primero capellan, que hoy lo es, á D. Antonio Muñoz de Padilla, hijo de D. Manuel de Padilla y de D.ª Bernarda de Montalvo Calderon de la Barca, mi sobrina, y en falta ó ausencia suya habia de nombrar capellanes el señor capellan mayor que sea y fuere de la Congregacion de los señores sacerdotes Naturales de

esta villa de Madrid, á quien dejé por patron perpétuo de la dicha fundacion, con las calidades y condiciones que en las dichas fundaciones se contiene; que por otra escritura que otorgué ante el dicho Juan de Búrgos, en 16 de Marzo del año 1679, dispuse fuese colativa la dicha capellanía, para que á título de ella se ordenase el dicho D. Antonio de Padilla, en cuya conformidad se ha de guardar y cumplir la dicha fundacion, como en las dichas escrituras se contiene.

Item: Declaro que á mí me toca y pertenece la mitad de un censo de veintiseis mil quinientos ochenta reales de vellon de principal, que procedió de la venta de la casa que D. Diego y D. José Calderon de la Barca, mis hermanos y yo, hicimos en 24 de Abril pasado de 1623 años, ante Francisco Testa, escribano del número y Ayuntamiento de esta villa, como herederos de Diego Calderon de la Barca, nuestro padre Q. S. G. H., de oficio escribano de Cámara del Real Consejo de Hacienda y Contaduría mayor de Cuentas, que al presente posee D. Agustin de Castro, con cargo de dicho censo, que reditúa en cada año mil trescientos veintinueve reales y medio, de cuyos réditos, todos tres hermanos, de un acuerdo, por vía de alimentos, aplicamos el goce á D.ª Dorotea Calderon de la Barca, nuestra hermana, y monja profesa del Real convento de Santa Clara de la ciudad de Toledo, por los dias de su vida, y de ello hicimos escritura ante Mateo de Madrid, escribano de S. M., en 9 de Julio de 1636, con la cual se requirió al Diego Perez de Vargas, que entónces poseia dicho oficio, para que con dichos réditos acudiese á la dicha nuestra hermana, como con efecto la acudió, y así los demás sucesores en dicho oficio, reservando como reservamos en nosotros tres hermanos, pro indiviso, la propiedad por iguales partes; con que habiendo muerto el dicho D. José, teniente de maestre de campo general, en servicio de S. M., abintestato, en la campaña, el año pasado de 45, sucedimos en la propiedad de la tercera parte de dicho censo, el dicho D. Diego y yo, no sólo como herederos, pero como dueños de su última voluntad, en virtud de poder para testar que dejó á los dos de mancomun y *in solidum* á cada uno, y habiendo por muerte de dicho D. Diego sucedido en sus bienes D. José Calderon de la Barca, su hijo, que casó con la Sra. D.ª Agustina Ortiz de Velasco, habiendo en el testamento, debajo de cuya disposicion murió, que expresó ante el dicho Juan de Búrgos, dejando mandado que despues de los dias de la dicha Sra. D.ª Dorotea, su tia, gozase, la dicha Sra. D.ª Agustina, su mujer, la mitad de los réditos de dicho censo, por los dias de su vida; y despues de haber fallecido ámbas señoras, D.ª Dorotea y Doña Agustina, se aplicasen y agregasen principal y réditos de la mitad que le habia tocado por muerte del dicho su padre á la capellanía y patronato real de legos que la Sra. D.ª Inés de Riaño, mi abuela y bisabuela suya, dejó fundada en la parroquial de San Salvador, de esta villa; y siendo así que de la otra mitad que á mí me pertenece, en la propiedad de dicho censo, tengo hecha donacion de los réditos de ella para despues de los dias de la dicha Sra. D.ª Dorotea, mi hermana, á las señoras D.ª Josefa y D.ª Ana Ladron de Guevara, mis sobrinas, hijas legítimas de los Sres. D. Pedro Ladron de Guevara y D.ª Ana Gonzalez de Henao, mi prima hermana, monja profesa en el convento de la Concepcion Jerónima de esta córte, para que los gocen por sus vidas, sucediéndose una á otra. Ahora, en virtud de la donacion y reserva que en mí hice, que pasó ante Juan Martinez, escribano del número de esta villa; es mi voluntad que despues de los largos dias de mi hermana y sobrinas se aplique y consigne, como desde luégo aplico y consigno, la mitad, que me toca, de dicho censo de veintiseis mil quinientos reales, de principal, y mil trescientos veintinueve y medio de réditos, en posesion y propiedad de la dicha capellanía y patronato real de legos de la Sra. D.ª Inés de Riaño, mi abuela, en dicha parroquia de San Salvador; de suerte que á larga ó corta edad como Dios fuese servido vengan ámbas mitades de dicho censo de mi sobrino y mia á incorporarse otra vez juntos y en aumento de dicho patronato, para que los haya y goce el capellan que segun los llamamientos de su fundacion fueren nombrados por el patron, que al presente es D. Juan Ladron de Guevara, que está ausente, y con su poder la goza el señor D. Diego Ladron de Guevara, caballero del Orden de Calatrava, su hermano, hijos de D.ª Ana Gonzalez de Henao, difunta, heredera que fué del vínculo y mayorazgo que fundaron los Sres. Diego Gonzalez de Henao, regidor de Madrid, y D.ª Inés de Riaño, nuestros abuelos, á quien por razon de aquel vínculo toca este patronato, y así todos sus herederos y sucesores; y porque dicha capellanía tiene de carga cuatro misas cada semana y la manda de mi dicho sobrino, desde el dia de su goce la añade otros dos, como consta de la cláusula de su testamento, es mi voluntad, para su mejor cumplimiento, no gravarla yo desde el dia del goce de la media parte mia en más que en

tres misas solemnes, con diácono y subdiácono, en el altar de la bóveda, una en 1.º de Marzo, al Santo Angel de mi Guarda, otra el Dia de Difuntos en 2 de Noviembre, y otra en 17 de Enero, dia del Señor San Antonio Abad, con cuatro ducados de ofrenda, que se han de entregar al rector de su hospital, de cuya limosna ha de dar carta de pago en la visita.

Item: declaro que yo tengo un censo de mil ducados de principal de vellon, y por sus réditos cincuenta ducados al año, impuesto sobre las casas de la calle de las Fuentes, que hoy posee la Sra. D.ª Agustina Ortiz de Velasco, mi sobrina, mujer que fué, como queda dicho, del Sr. D. José Calderon de la Barca, los cuales dichos réditos y dicho censo es mi voluntad que dicha Sra. D.ª Agustina, por via de manda graciosa, los goce por los dias de su vida, sin que por deuda mia quede molestada á satisfacer su paga, y despues de los dias de dicha Sra. D.ª Agustina, que sean muy felices, los dichos mil ducados de principal y réditos se agreguen á la capellanía que dejo fundada en la parroquia de San Salvador de esta villa, que hoy posee D. Antonio Muñoz de Padilla, hijo de D. Manuel de Padilla y de la Sra. D.ª Bernarda de Montalvo Calderon de la Barca, para que desde el dia de su fallecimiento de dicha Sra. D.ª Agustina, los haya y goce, como tal capellan, con carga de otras cincuenta misas rezadas, que se han de decir en el altar privilegiado de las Animas del purgatorio de dicha parroquia de San Salvador.

Item: Es mi voluntad que un Santo Cristo que hay en mi oratorio, de marfil, en una cruz de ébano guarnecida de bronces dorados, sobre una basa dorada con una estátua de bronce de San Esmergildo, se dé y entregue al P. Ignacio de Castro-verde, de la Compañía de Jesús, predicadar de su majestad.

Item: Una imágen de Nuestra Señora de la Concepcion, de talla, es mi voluntad se dé y entregue con su corona de plata sobredorada, al Sr. Dr. D. Juan Mateo Lozano, cura propio de la parroquial de San Miguel de esta villa, capellan y predicador de su majestad.

Item: Es mi voluntad que un Santo Cristo, que está á la cabecera de mi cama, de marfil, en una cruz de palo santo, embutida de marfil, con estremos de bronce dorado, se dé y entregue al P. Bernardo de Monzon, de la Compañía de Jesús.

Item: Es mi voluntad que una imágen de la Encarnacion de Nuestra Señora, en lienzo, con marco dorado, se dé y entregue al Sr. Contador D. Antonio de Castro.

Item: Es mi voluntad que otra imágen de Nuestra Señora del Coro, de la Santa Iglesia de Toledo, se remita, en la mejor forma que pareciere, al Sr. D. Alonso de la Palma, de la ciudad de Toledo y tesorero de la real capilla de los señores Reyes Nuevos.

Item: Es mi voluntad que dos escaparates, que hay en un oratorio, con dos niños de cera, y sobre ellos dos medios cuerpos de Cristo y María, se den y entreguen á la Sra. D.ª Bernarda de Montalvo Calderon de la Barca, mi sobrina.

Item: Es mi voluntad que seis candeleros de plata, de altar, se den y entreguen á la Congregacion de Nuestra Señora de la Concepcion, sita en la parroquial de San Salvador de esta córte, para el servicio de su altar.

Item: es mi voluntad que cuatro pebeteros de plata pequeños, con unas arañas pequeñas de plata, se den y entreguen á la Congregacion del Santo Cristo del Consuelo, sita en dicha parroquial de San Salvador.

Item: Es mi voluntad que las vinageras de plata con su platillo de plata, se dé y entregue al padre rector que es ó fuere de los Donados de Santa Catalina, para que sirvan al altar del Santo Cristo de la Misericordia, que está en dicha iglesia.

Item: Es mi voluntad que un Niño Jesús y un San Juan que están en mi oratorio, se den y entreguen á D.ª Antonia Zarzano, mujer de Sebastian de Santiago.

Item: Es mi voluntad que todos los ornamentos de mi oratorio con sus albas, amitos y paños de cáliz, se den y entreguen á D. Antonio Muñoz Padilla, presbítero, mi sobrino, y la sobrepelliz y un misal de los que hay en el oratorio, el que él elija.

Item: Es mi voluntad que de los libros que hay en dos estantes, los que tocan á la monarquía eclesiástica y la historia pontifical, se den y entreguen al Sr. D. Cárlos del Castillo, con una escribanía de caray y marfil, que está en el cuarto del oratorio, y una venera de rubíes y un capote por estrenar de piel de febre aforrado de felpa larga cabellada.

Item: Es mi voluntad que un cáliz que hay en mi oratorio, con un escudo de armas de los Sres. Vozmediano, y una inscripcion que tiene por orla en su pié de haber sido dádiva del Pontífice Adriano al Sr. D. Pedro Vozmediano, secretario del universal despacho del señor emperador Cárlos V, abuelo del Sr. D. Pedro de Porras, caballero del Orden de Santiago, mayordomo de su majestad la señora reina madre, se le dé y entregue el dicho cáliz, y le suplico que ya que en fé de la amistad, que siempre profesamos, me le dió el dia que dije

la primera misa, no le merezca igual fineza, conservando en su casa prenda tan de ilustre y estimacion como el dicho cáliz.

Item: Es mi voluntad que al Sr. D. Gabriel de Madrigal, caballero del Orden de Santiago, del Consejo de S. M., y su secretario en el de la Santa Cruzada, se le dé y entregue un relicario de coral y bronce, que hay en mi oratorio.

Item: Es mi voluntad que los ocho libros del *Theatrum vitæ humanæ* se den y entreguen al P. Fr. Alonso de Cañizares, religioso de nuestro Padre San Francisco, predicador de su majestad.

Item: Es mi voluntad que los libros del P. Diana se den y entreguen á Jerónimo de Peñaroja, y los demás de diferentes facultades, así de la moral y buenas letras, se den y entreguen al dicho D. Antonio de Padilla, mi sobrino.

Item: Es mi voluntad que á Cárlos Cortissela, marido de D.ª Josefa de Aguirre, que hoy se hallan en mi servicio, á él se le dé todos los vestidos interiores y exteriores que se hallaren en el cofre de ellos, con toda la ropa blanca de mi persona, y á la dicha D.ª Josefa se le dé y entregue todos los trastos inferiores de una casa y cocina, y los cuadros que hoy están en su cuarto, así de devocion como de otros países, de diferentes tamaños, y á entrambos, por lo bien servido que me hallo de ellos, les mando por una vez doscientos ducados.

Item: Es mi voluntad que otros doscientos ducados y los colchones de mi cama y ropa de ella se depositen en poder de quien los señores mis albaceas, con más satisfaccion suya, eligiesen, para que lo tenga en su auxilio por via de propina, para que el dia que tomase estado Ana de Monteserin, moza que ha servido en mi casa, por el mucho amor que la tengo; y suplico á los señores mis albaceas que adelante sean nombrados, cuiden, por ser huérfana y pobre, favorecerla en lo que se ofreciere, cuidando de acomodarla en parte decente, y en el ínterin que llegue á tomar estado, es mi voluntad que la cama que hoy tiene en mi casa la tenga en la parte donde sea acomodada, de que la hago gracia.

Item: Es mi voluntad que á la dicha Ana de Monteserin y á Magdalena, mi criada, se les ajuste la cuenta, y si yo les estuviere deudor se les satisfaga, y si ellos á mí se lo perdono.

Item: Es mi voluntad que pagada de sus salarios, á cada una se les den veinticinco ducados, para que mientras se acomoden la necesidad no les obligue á buscar de prisa su comodidad.

Item: Es mi voluntad, usando como uso del privilegio de ser uso de córte, sobre vivir por seis meses adelantados, en los alquileres de las casas que el Sr. D. Diego Ladron de Guevara, patron de la capellanía en que hoy vivo, me haga merced para que use de esta licencia, y que dichos mis criados gocen el piso por seis meses, para que puedan con más conveniencia buscar su comodidad.

Item: Es mi voluntad que á D.ª María de Toledo se le den por una vez cincuenta ducados.

Item: Es mi voluntad que á D.ª Ana de Aguirre se le den otros cincuenta ducados, mujer de Juan de Robles, maestro de obras.

Item: Es mi voluntad que se le den á Margarita de Peñaroja otros cincuenta ducados.

Tambien es mi voluntad que á mis cuatro criados se den lutos decentes.

Item: Es mi voluntad que á la Orden Tercera de mi Padre San Francisco y hábito descubierto, se les den por el acompañamiento de mi entierro, y á cuenta de la limosna de mi cargo, en que he tenido alguna omision, cien ducados.

Item: Es mi voluntad que ajustadas las cuentas de los emolumentos de mi capilla con el Sr. D. Alonso de la Palma, su tesorero, lo que se me estuviese debiendo de ella, se dé y entregue á D.ª Juana Sotomayor, monja profesa en dicho convento de Santa Clara, en la ciudad de Toledo, por la mucha caridad con que ha asistido á mi querida hermana en sus muchos achaques.

Para cumplir de pagar este mi testamento, dejo por bienes mios los siguientes:

PLATA LABRADA.

Diez y ocho platos trincheros.
Cuatro flamenquillas.
Dos platos grandes.
Un taller, con salero, azucarero y pimentero, aceitera y vinagrera.
Una salva con cuatro vasos de faltriquera.
Seis cucharas ordinarias.
Cuatro pequeñas.
Seis tenedores.
Una jarrita labrada y otra lisa.
Una caja de cuchillos con cabos de plata.
Una parangana.
Un jarro mediano.
Una escupidera.
Un velon con todas sus piezas, pantalla, remate y tijeras.
Seis candeleros bujías.
Un brasero de copa con su badila de plata.
Un pomo perfumador.

Seis candeleros de altar.

Cuatro pebeteros pequeños.

Un platillo con vinageras.

Una palmatoria.

Una campanilla.

Dos conchas doradas.

Un azafate liso labrado con conchas.

Cuatro azafates de diferentes tamaños.

Una salva de copa dorada.

Una salva y vernegal blanco.

Una salva y aguamanil dorado.

Otra azafate pequeño, labrado, de figuras de relieve.

Otros dos azafates redondos cincelados.

Otra salva dorada con perfiles de filigrana de plata.

Una caja para hostias.

Una tembladera pequeña.

Una confitera con su tapador.

Una salsera.

PINTURAS É IMÁGENES DE BULTO.

Una imágen de Nuestra Señora de la Concepcion, con su corona de plata sobredorada.

Un Niño Jesús y un San Juan.

Un San Francisco, un San Antonio y una Santa Teresa.

Un San Pedro de Alcántara, un Santo Cristo de los Dolores y otro en la Columna.

Diez y ocho láminas de piedra, con marcos negros, de la historia de Nuestra Señora.

Catorce láminas de piedra, con marcos negros, de los Misterios de la Pasion de Cristo.

Veinte y cuatro láminas de piedra, con marcos negros, de varios santos.

Seis ramilleteros del mismo tamaño.

Una lámina en ágata del Descendimiento de la Cruz.

Una imágen de relieve, en mármol, de Nuestra Señora y San Francisco.

Dos láminas pequeñas del Salvador y María, con marcos de ébano.

Un cuadro de La Cena, con marco dorado, que está en el oratorio.

Dos cuadros de San Pedro y San Pablo, con marcos dorados.

Otro de la Pasion de San Pedro.

Otro del Descendimiento de la Cruz.

Doce ramilleteros de flores con marcos dorados.

Una imágen de Nuestra Señora de la Rosa con el niño, marco dorado.

Un San Jerónimo, con marco dorado.

Una imágen de la Concepcion, con marco negro.

Una imágen de la Asuncion de Nuestra Señora.

Otro de la Encarnacion.

Otro de la Vírgen del Coro de la Santa Iglesia de Toledo.

Otro de Nuestra Señora de la Soledad.

Un Santo Cristo, de pincel, crucificado.

Una Oracion del Huerto.

Un cuadro de la Santa Humildad de Jesucristo.

Otro de San Francisco en éxtasis.

Un Ecce-Homo y María, y otro Ecce-Homo grande.

Un Cristo de marfil pequeño, que está en el oratorio en una urna guarnecida de bronce dorado y algunas piedras, con una peana dorada y un San Hermenegildo de bronce.

Otro Santo Cristo de marfil, que está á la cabecera de mi cama.

Otro Santo Cristo, que está en el cajon de los manuscritos.

Una Copa cabana de plata.

Un relicario pequeño de marfil, con San Jerónimo y otros Santos, labrados de medio relieve.

Otro relicario guarnecido en flores de mano.

Otro relicario de coral y bronce.

Un Santo Cristo de coral, en urna de bronce, dorado.

Nuestra Señora de la Almudena, en tafetan, y marco labrado.

Otra Santa imágen pequeña con el niño en brazos, marco dorado y negro.

Un Santo Sepulcro, cuadro de la Santa Cruz á cuestas, un San Pedro y algunos países de diferentes tamaños.

ALHAJAS DEL SERVICIO DE CASA.

Una cama de granadillo y bronce con dos colgaduras, una de damasco carmesí con alamares de cañamazo, rodapiés, pelliza, doselillo de cabecera, toalla listada y otra de tafetan listado de colores con doselillo y rodapié y toalla azul y gasa.

Dos escritorios de concha y marfil, corredores de bronce.

Otros dos pequeños de su misma labor, plata encima.

Otros dos escritorios de concha y marfil.

Una escribanía de ébano con tintero y salvadera.

Otra de carey y nácar con una caja de caoba con cantoneras doradas.

Un escritorio de concha y marfil.

Un espejo mediano.

Dos con guarniciones de plata, dos con guarnicion negra.

Cuatro espejos pequeños con guarnicion de bronce.

Otra escribanía nueva de concha y marfil.

Diez y seis sillas y cuatro bufetes de baqueta, viejos.

Dos cofres, uno de vestidos de mi persona y otro de ropa blanca, así de cama como de mesa, cuyas piezas no se inventarian por estar mandadas en este testamento con todas las demás alhajas menores del uso de cocina y servicio de casa, que se hallaren en ser el dia que se abriere este testamento.

Tres colchones de terliz, de mi cama, con dos colchas de cotonia y una pelliza de pieles, dos baquetas de Moscovia.

Todos los cuales dichos bienes son los que al presente tengo, de los que han de dar cuenta mis criados, ménos de unas espabiladeras y una cuchara de plata, que han faltado.

Y para la ejecucion y cumplimiento de este mi testamento y última voluntad, nombro por mis albaceas y testamentarios, y suplico lo admitan y dicha testamentaría para el último consuelo de que queda á su disposicion, asegurada en los méritos de sus personas: al señor Dr. D. Juan Mateo Lozano, cura párroco de la iglesia parroquial de San Miguel de esta córte, capellan de honor y predicador de S. M.; al Sr. D. Cárlos del Castillo, caballero de la Orden de Santiago, caballerizo del rey nuestro señor; al Sr. D. Diego Ladron de Guevara, mi sobrino, caballero de la Orden de Calatrava; al Sr. D. Gabriel de Madrigal y al Sr. Contador D. Antonio de Castro, á los cuales y á cada uno *in solidum* doy poder cumplido para que se entreguen en mis bienes y los vendan y rematen en pública almoneda, ó fuera de ella, y de su valor cumplan y paguen este mi testamento, mandas y legados en él contenidos, y dispongan lo que más convenga, y el dicho cargo les dure todo el tiempo necesario, aunque sea pasado el año del albaceazgo, que yo se le prorogo, y cumplido y pagado este mi testamento y todo lo en él contenido en el remanente que quedare de todos mis bienes , derechos y acciones habidos y por haber, dejo y nombro por mi universal heredera á la Congregacion de los señores sacerdotes naturales de esta villa de Madrid, sita en la parroquial de nuestro Padre San Pedro, para que los hayan y gocen en la bendicion de Dios y la mia, con cargo de que por los dias de la vida de la Sra. D.ª Dorotea Calderon de la Barca, mi hermana, y monja profesa en el Real convento de Santa Clara, de la ciudad de Toledo, la hayan de acudir con los réditos que dieren de sí, empleados á satisfaccion de la dicha Congregacion por todos los dias y vida de la dicha hermana; los cuales dichos réditos con su principal, despues de sus dias, es mi voluntad que queden siempre por bienes propios de la dicha Congregacion, para que los empleen y gasten en observancia de sus piadosos institutos de sacerdotes pobres.

Es mi voluntad que una lámina de ágata, del Descendimiento de la Cruz, con su marco negro, se dé y entregue al Sr. D. Diego Ladron de Guevara, caballero del hábito de Calatrava, mi sobrino, por ser de mi devocion y cariño.

Item: Declaro que en poder del Sr. D. Juan Mateo Lozano, cura párroco de la parroquial de San Miguel de esta córte, he dejado depositados cincuenta doblones de á ocho, doscientos doblones de á dos escudos de oro cada uno, para el cumplimiento de mi entierro, misas y funeral.

Declaro tengo en mi poder mia propia, una venera de diamantes y otras veneras con la insignia de Santiago, y otras alhajas que se hallarán en el escritorio, que está á la cabecera de mi cama, para que se pongan por inventario. Y revoco y anulo y doy por ningunos y de ningun valor ni efecto, cualesquiera otros testamentos, codicilos, poderes para testar ú otra disposicion que ántes de este haya hecho y otorgado por escrito ó de palabra, ó en otra forma, para que no valgan en manera alguna, salvo este, que al presente otorgo y firmo, valga por mi última voluntad en aquella hora y forma que mejor haya lugar en derecho; y porque le he de otorgar cerrado, le otorgo y firmo en Madrid á 20 dias del mes de Mayo de 1681 años—y va escrito en catorce fojas.

Item: Declaro que su majestad (Q. S. G. H.) me hizo merced de doscientos ducados de plata, de pension en cada un año, situados en vacantes del reino de Sicilia, y no habiendo tenido dicha de que se me sitúen dichos doscientos ducados, compadecido S. M. y su real Consejo de Italia de mis achaques y mi edad, y en consideracion de no haberme situado la dicha renta en cantidad alguna, he sabido que ha enviado á que por cuenta de dichos doscientos ducados se me socorra por ahora con mil quinientos ducados de plata, para cuyo efecto ha escrito al Consejo de Italia los remita á esta córte para el dicho efecto de mi socorro, de los cuales no dispongo por la contingencia de si vienen ó no.

Es mi voluntad que se haga diligencia por mis testamentarios, á quien, en caso que tenga efecto, doy mi poder cumplido para que los cobren y empleen en lo que aparte de este testamento dejase ordenado, que así es mi voluntad.

Fecha ut supra, y lo firmé en dichas catorce fojas y este medio de otro pliego.=D. Pedro Calderon de la Barca.»

Las cláusulas principales del codicilo son las siguientes:

«Digo que por cuanto ante el presente notario del número, en 20 de este mes, otorgó su testamento cerrado á que se remite y ahora por via de codicilo, y en la mejor forma que haya lugar de derecho por via de codicilo, dispone la siguiente:

Que por cuanto por una cláusula del dicho su testamento, declara tiene un censo de mil ducados de principal, y cincuenta de su renta contra la Sra. D.ª Agustina Ortiz de Velasco, viuda de D. José Calderon de la Barca, su sobrino, sobre unas casas que tiene en la calle de las Fuentes, de esta villa, y en el dicho testamento dispone que á la dicha señora doña Agustina no se le pidan réditos ningunos del dicho censo, y despues de sus dias lo aplica á una de sus capellanías, como en el dicho testamento se contiene, ahora quiere y es su voluntad se guarde y cumpla la dicha cláusula de su testamento, en cuanto á que por los dias de la vida de la dicha Sra. D.ª Agustina Ortiz de Velasco, no se le pidan réditos algunos de dicho censo porque la hago gracia de ellos, y despues de los dias de la dicha Sra. D.ª Agustina, es la voluntad del dicho Sr. D. Pedro Calderon de la Barca, mandar y manda el dicho censo principal y réditos de él, en posesion y propiedad, á D.ª Francisca Muñoz de Padilla Calderon de la Barca, hija legítima de Don Manuel Muñoz de Padilla, difunto, y de Doña Bernarda de Montalvo, su mujer, sus padres, para que le haya y goce para sí y sus herederos y sucesores.

Item: Es su voluntad que á sus criados no se les pida cuenta ninguna de lo tocante á la provision de menudencias de casa y comestibles.

Item: Es su voluntad que además de los dichos albaceas y testamentarios que deja en el dicho su testamento, nombra por su albacea y testamentario al Sr. D. Pedro Rodriguez de Monforte, capellan de honor y predicador de su majestad, y cura del Real Palacio, y calificador de la suprema, y es su voluntad se le entregue al dicho Sr. D. Pedro una lámina en piedra de Nuestra Señora del Niño, con su marco dorado, perfilado de plata.

Item: Declara que algunos papeles con que se hallaba manuscritos, que no tocan á ninguna cosa de hacienda, ni cargo de conciencia suyo, sino sólo á algun empleo de su ociosidad, aunque en su estimacion valian poco, fué y es su voluntad hacer donacion de ellos en vida, como en efecto la ha hecho en el señor D. Juan Mateo Lozano, cura de San Miguel, con quien deja comunicada la forma que ha de usar de ellos, y así de ellos no se le pida cuenta alguna.

Todo lo cual quiere, &.»

No dejaremos la pluma sin hacer alguna observacion sobre el trabajo que precede.

La vida de Calderon era tan desconocida, que sus biógrafos se habian limitado á reproducir lo que escribieron, con más buena fé que severa crítica. Vera Tasis y D. Gaspar Agustin de Lara, tomando uno los informes de D.ª Dorotea, hermana de Calderon, encerrada en un convento desde jóven, y por tanto alejada del mundo, y dejándose llevar el otro de un entusiasmo, pueril en muchos casos, por el inmortal poeta.

Los hechos, no siempre exactos que habian citado estos dos primeros biógrafos, habian sido admitidos como buenos, y sobre ellos habian campeado el ingénio y la imaginacion para llenar las épocas de la vida de Calderon, y para explicar los motivos de sus actos, incurriendo así en graves equivocaciones.

Nosotros hemos procurado no sólo averiguar lo desconocido de la vida del insigne vate, sino comprobar los mismos hechos que pasaban por indudables. Mucho hemos conseguido, como habrá tenido ocasion de ver el lector; pero no creemos todavía que queda completo el estudio biográfico de Calderon. El mucho tiempo, el árido trabajo, los gastos y la dificultad natural de este género de investigaciones, así como la conveniencia de terminarle para las próximas fiestas del Centenario, no nos han permitido completar correctamente este estudio y aclarar más algunos puntos, todavía no suficientemente comprobados.

Pero creemos haber presentado datos tan nuevos, que servirán para que otros con más espacio, y conocida la senda, lleguen á escribir una biografía completa de D. Pedro Calderon de la Barca; trabajo de ampliacion y correccion, que nosotros no dejaremos de la mano, y que podremos utilizar si esta obra mereciese los honores de una segunda edicion.

Seríamos ingratos si nuestra última palabra no tuviese por objeto consignar un testimonio de gratitud á cuantas personas nos han auxiliado en estas investigaciones. El Sr. Conde del Asalto, que con nobilísimo desprendimiento nos ha facilitado los documentos de su archivo, y ha trabajado sin descanso en la averiguacion de varias épocas de la vida de Calderon; los señores sacerdotes de la Congregacion de Naturales de Madrid, que conservan un cariño entusiasta al célebre poeta y hermano suyo; los empleados de la Biblioteca Nacional, y especialmente los Sres. Breton, Alenda, Octavio, Bárcia y Sanchez Rubio, que con anuencia del Sr. Rossell, y por iniciativa propia, nos ha proporcionado curiosísimos datos; los encargados del Archivo Notarial, que con ímprobo trabajo han buscado todos los instrumentos públicos referentes á la vida de Calderon; los señores curas párrocos de San Nicolás y San Justo; el Sr. Foradada, del Archivo Histórico Nacional; el Sr. Rubio Sinobas, académico y catedrático de ciencias; el Sr. Esperabé, rector de la Universidad de Salamanca; los empleados en los archivos del Sr. Duque de Alba y de la Universidad de Madrid; el erudito bibliógrafo Sr. Sancho Rayon, y otras muchas personas, aunque no las nombremos, merecen que al terminar este trabajo les demostremos nuestra profunda gratitud.

ICONOGRAFÍA CALDERONIANA

POR

D. PASCUAL MILLAN

CORO DE NINFAS DE EL JARDIN DE FALERINA.

LETRA DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

MÚSICA DE JOSÉ PEIRO (¿AÑO 1629?)





D.C. hasta el FIN.

li _ jes lo in _ fe _ _ liz lo in _ fe _ liz!

liz des _ de _ ñas ye _ li _ jes lo infe _ liz ye _ li _ jes lo in _ fe _ _ liz!

liz des _ de _ _ ñas ye _ li _ _ jes lo in _ fe _ _ liz!

li _ jes lo infe _ liz ye _ li _ jes lo infe _ liz lo infe _ liz in _ _ fe _ _ liz!

NOTA. Esta composicion se cantaba una cuarta mas baja de como se halla escrita.

ICONOGRAFÍA CALDERONIANA

No arrastrados por la corriente literaria iniciada hoy en pró del autor de *La vida es sueño*, ni obedeciendo á un pueril espíritu de imitacion, ni buscando en el nombre de Calderon de la Barca motivo para exhibir el nuestro, damos á luz el presente trabajo.

No; Calderon es para nosotros una de las grandes figuras que la historia de la literatura registra en sus páginas; desde niños, cuando la fria experiencia de los años no ha hecho aún al corazon esclavo de la cabeza, y ya hombres, en medio de las luchas de las pasiones, que nos vuelven más egoistas y ménos impresionables, Calderon ha hablado siempre á nuestro sentimiento; muchas veces la lectura de sus inspiradas creaciones ha sido un bálsamo á nuestras penas; no pocas el estudio de alguno de los personajes de sus obras, nos ha hecho avergonzar, viendo la órbita mezquina en que nuestro pensamiento giraba.

Todo lo que á Calderon se refiere tiene para nosotros una importancia suma; y tiempo hacía que la idea de publicar nuestras impresiones nos asaltaba, impidiéndonos su realizacion el temor de que su escaso valimiento las hiciese indignas del génio á que se dedicaban; y ante este obstáculo, las guardábamos con la fé que una vestal guardaría el fuego sacro, habiendo formado con ellas una especie de santuario, donde rendíamos á nuestro poeta predilecto un culto, tanto más fervoroso cuanto más ignorado.

Pero á la sombra de los nombres que ilustran esta obra, y con el fin de contribuir al homenage dedicado al poeta, damos á la publicidad lo que solos y sin tal motivo nunca hubiéramos intentado.

No llevará nuestro trabajo plan determinado, ni tiene asunto único y concreto: daremos nuestras impresiones á medida que las vayamos recogiendo, ya sea en el campo de la biografía ó de la iconografía, ya en el del teatro; sin embargo, ante la necesidad de buscar un título á esta parte de la obra, y escudados con la etimología

de la palabra, llamamos *Iconografía de Calderon* al conjunto de aquellas impresiones.

Los detalles de la vida de casi todos los grandes génios son poco conocidos; diríase que al producir sus obras se envuelven en ellas como en un sudario, y la investigadora mirada del erudito tropieza allí, y no vá más allá; la obra, sometida al crisol de la crítica, es traida y llevada de pueblo en pueblo, de generacion en generacion; pero las circunstancias en que se produjo, los rasgos característicos de su autor, son ignorados, sin embargo de que contribuyen no poco al mejor conocimiento de la produccion.

¿Quién duda, por ejemplo, que conociendo la vida de Mozart, siguiendo á Goya por la corrompida córte de Cárlos IV, estudiando el carácter exaltado y fantástico de Wagner, pintor primero, despues poeta, y músico al fin, no se dá mejor interpretacion al *Don Juan*, á los *Caprichos* y á la mal llamada *Música del porvenir?*

Calderon forma en esa falanje de eminencias cuya vida era desconocida, cuyos hechos, fuera de lo relacionado con el teatro, se ignoraban por completo; y para formarse una idea, siquiera vaga y confusa, del carácter del dramaturgo, era fuerza caminar de deduccion en deduccion, de hipótesis en hipótesis, consultando biógrafos cuyas afirmaciones se contradicen por lo general.

El trabajo que antecede viene á llenar ese vacío, en cuanto se refiere á la biografía de Calderon. Réstanos á nosotros ahora, como suplemento, dar algunas noticias iconográficas del poeta, que si no otra, tendrán al ménos la gloria de ser quizá las primeras que, con este título, han visto la luz pública.

Sirvan luégo nuestras indicaciones á plumas mejor cortadas, para profundizar un estudio que sólo en bosquejo podemos presentar.

CALDERON EN SUS RELACIONES CON LAS BELLAS ARTES Y EL TEATRO

I

Calderon era artista; tal vez á esta especial condicion debe principalmente su nombre en la literatura y sus triunfos en la escena.

Dada la prodigalidad de esta frase, que así se aplica al modesto industrial, como al distinguido académico, para muchos ser artista nada significa; pero nosotros, que damos á ese nombre la importancia que en sí tiene, que hallamos muy pocos á quienes llamar así, vemos en el artista un vivo reflejo de Dios, porque ser artista es crear, y Dios ha sido creador.

Crear: esa es la principal mision del artista; sus creaciones son unas veces la poética expresion del sentimiento, otras el resultado de las luchas del espíritu; ora deleitan y solazan el ánimo, como en el mundo real la contemplacion de un vergel florido; ora causan dolorosa impresion, como una eterna despedida; ya corrigen, ya enseñan; pero creaciones al fin siempre dentro de la belleza, por la cual el arte canta, esculpe, cincela, pinta y escribe.

Artista es Miguel Angel, al robar un espacio al firmamento, suspendiendo en él la enhiesta cúpula de San Pedro; y artista tambien al imponer su voluntad al mármol, sacando de allí el Moisés bíblico, tal como lo concibe nuestra imaginacion.

Artista es Beethoven, cerniendo las nubes sobre las cabezas de los sencillos campesinos por él creados, en la *Pastoral,* desencadenando la tempestad, disipándola luégo, y haciendo salir del mágico poder de su inspiracion todas las turbulencias de su espíritu, convertidas en ideas musicales.

Artista es Cervantes, dando á luz el Ingenioso hidalgo; y artista es Rafael, fijando la devocion y el ascetismo religioso sobre la imágen de una mujer á quien amaba y que supo idealizar, ofreciendo en ella la figura más sublime de la religion cristiana.

Artista es Calderon, al producir *La vida es sueño* y *El Alcalde de Zalamea*; artista es al crear la colosal figura de Segismundo; y artista llevando al teatro la del labrador Pedro Crespo, quizá la más grande del génio del dramaturgo.

Calderon entra en el arte por el ancho camino de la vida de su época, no por la angosta senda de la rutina escolar, y lleva al arte todas las impresiones recogidas en ella, desde las aventuras de Salamanca, cuando estudiante, hasta las luchas como soldado en Flandes y Cataluña, y las contemplaciones místicas del sacerdote.

Dotado de imaginacion muy ardiente, en contacto con cuadros de índole tan distinta, como los que en su larga vida pasaron ante su vista; impresionado con tanto color y tanto contraste, dejó correr su imaginacion soñadora; y unas veces copiando simplemente, y otras engrandeciendo é idealizando la copia, se alza en vuelo prodigioso poniendo su nombre á la altura de sus creaciones, é imponiendo sus producciones precisamente por lo que en ellas hay de arte.

Calderon es colorista, puramente colorista, y todos ó la mayor parte de los efectos los obtiene con el color; porque, no hay que dudarlo, el poeta como el músico son pintores; el uno hace de las palabras su dibujo y de las imágenes su paleta, y el otro dibuja con las notas y pinta con la armonía.

Por eso Calderon tiene tantos puntos de contacto con Miguel Angel, con Meyerbeer, con Goya.

Dibuja con la valentía de Buonarotti; y hay en las creaciones de ámbos figuras que se asemejan. El condenado, que en *El juicio final* medita sobre su suerte, y al descender al abismo de los réprobos, destacándose entre un verdadero racimo de pecadores, piensa en su situacion desesperada, cruza sobre su pecho los atléticos brazos, lleva su mano al rostro, pasando tal vez por su mente las ideas que en boca de Segismundo pone el poeta con inspiradas décimas, es la misma imágen que el encarcelado de *La vida es sueño;* la misma figura atlética, la misma desesperacion; colocad al condenado de Buonarotti en la torre de Polonia, y á Segismundo en *El juicio,* y el cuadro no se resentirá por esta sustitucion.

Como Goya, piensa Calderon que la produccion del génio tiene un fin altísimo que cumplir; el arte no se aviene al servilismo del cortesano, ni á las miserias de la intriga, ni á las sugestiones del poderoso, ni puede descender nunca á cantar amores vulgares, donde la pasion no juega para nada; y así como Goya satiriza y pone de relieve los vicios de su época, para corregirlos, así Calderon lleva al teatro una ense-

ñanza provechosa y un espíritu levantado, que tiende á moralizar y hacer grande cuanto toca; y así como Goya muestra su entereza de carácter ante las exigencias de la córte, así tambien Calderon las manifiesta, como hemos visto en el trabajo que antecede; porque para ellos el arte es todo, y la voluntad sola, impotente para hacerle hablar.

Las obras de Goya declaran siempre el españolismo de su autor; en todas ellas juega con el dibujo y el color, baraja á su antojo las cosas y las personas para satirizar una sociedad española, que era enemiga de los españoles; pero cuando se toca á la nacionalidad, se acuerda sólo que es hijo de España, y produce los cuadros en que vierte por completo toda su alma; los soldados franceses que fusilan al pueblo de Madrid, y una lucha entre este y los mamelucos de Napoleon. Calderon, en su *Sitio de Bredá*, muestra hasta la saciedad su españolismo, dando á sus versos el mismo color que Goya á sus cuadros, y poniendo en boca de cada personaje el sentimiento que embarga su corazon, hasta en los menores detalles:

Dos caballos he traido;
huid los dos, y á las ancas
del uno irás tú: españoles
son; no temas.

FLORA.

No me espantan,
que pienso que cortesía
saben los brutos de España.

Goya y Calderon, separándose de lo conocido hasta ellos, hallan una originalidad, sin más que inspirarse en su época y en su sentimiento; y cuando se trata de encerrar su génio, rompen las vallas que lo sujetan y vuelven á copiar sus impresiones.

Por eso Goya lleva el tipo de majo español desde las escenas campestres, en los alrededores de Madrid, hasta el techo de San Antonio de la Florida, y hace lo mismo con la sublime figura del Redentor. Así Calderon pinta siempre los españoles de su tiempo, ya fije la accion en Zalamea, ya en Polonia ó en Flandes, ya en las regiones de la Mitología.

Estas semejanzas, estos puntos de relacion, que dentro del arte se observan entre los que por diversos caminos y en épocas distintas siguen su campo, son más determinados, se presentan más concretos entre Meyerbeer y Calderon.

Los dos son dibujantes correctos; los dos con pocas líneas trazan un personaje que pasa á la inmortalidad, como una creacion; pero no crean siempre: su nombre, el triunfo de sus obras, el puesto glorioso alcanzado y que nadie podrá disputarles, lo deben ménos á sus creaciones que á la manera de presentarlas; más al color que al dibujo.

Meyerbeer y Calderon respiraron bajo el mismo cielo, las brumas del Norte refrescaron su frente, el sol de Italia abrasó su corazon; los dos llegaron al pináculo del arte por un mismo camino; los dos rompieron muy pronto con prácticas añejas y viciosas rutinas; los dos levantaron al arte un verdadero monumento; Meyerbeer puede decirse que creó el drama lírico; Calderon fundó un teatro español.

Sus procedimientos son semejantes; sus resultados semejantes tambien.

Meyerbeer se apasiona del Fausto; y su espíritu, girando incesantemente alrededor del poema de Goethe, llega á identificarse de tal modo con él, que produce otro poema musical, *La juventud de Goethe*, cuyas frases aplica luégo en sus óperas, algunas veces sin oportunidad, y como obedeciendo á una presion de su espíritu.

Calderon se apasiona á su vez por el *Quijote*, y lleva á la escena el personaje de Cervantes, cuya obra le fascina hasta el punto de consignarle un recuerdo en las suyas; recuerdo hecho las más veces desgraciadamente, y como obedeciendo tambien á esa misma presion del espíritu.

Pruébalo, entre otros ejemplos, el ya citado *Sitio de Bredá*, donde tratándose de una accion de guerra, el poeta hace decir á un valiente soldado:

¿Molinos de viento? Ya
me parece su demanda
aventura del famoso
Don Quijote de la Mancha.

Calderon y Meyerbeer rinden culto á la obra maestra de su pátria respectiva.

Analizando detenidamente las producciones de estos dos colosos, hay en ellas tal semejanza estética, tal paridad de procedimientos, que parecen hechas en la misma época, y para completarse, porque «la música empieza donde acaba la palabra,» y Meyerbeer parece seguir el pensamiento de Calderon desde el punto que el poeta lo deja, acumulando á su desenvolvimiento todos los adelantos de dos siglos.

Ved á Calderon fijando el carácter de *Crespo*, desde las primeras escenas de *El Alcalde de Zalamea*, y desenvolviéndole por completo en aquellos versos, mezcla de dignidad y firmeza, en que sostiene la rectitud de la justicia aplicada al capitan, nada ménos que á presencia del rey, cuando aquel rey era Felipe II:

Toda la justicia vuestra
es sólo un cuerpo no más;
si esta tiene muchas manos,
decid, ¿qué más se nos dá
matar con aquesta un hombre
que estotra habia de matar,
y qué importa errar lo ménos
quien ha acertado lo más?

Y ved á Meyerbeer fijando tambien el tipo de Fides, desde los primeros compases de *El Profeta*, desarrollándole por completo en el último acto, en aquellas frases llenas de dignidad, en que no reconoce á su hijo profeta, porque su hijo era humilde y no ceñia corona.

Hay algo de comun entre Fides y Castro, los dos están dibujados de mano maestra y ámbos se destacan de sus lienzos respectivos por su vigorosa entonacion; y es que en los dos se ha copiado un sentimiento. Meyerbeer, el amor filial, que busca en Fides la personificacion de la madre; Calderon, su dignidad pátria, ofendida entónces y reivindicada ante el público por la figura del Alcalde.

Muchos críticos comparan á Calderon con Shakspeare. Nosotros, respetando toda opinion emitida en este sentido, creemos que no hay en ellos de comun más que la grandiosidad en trazar algunas figuras; pero fuera de ahí, nada; Shakspeare como Ra-

fael es dibujante sin rival; pero como él, tampoco es colorista; Calderon dibuja ménos quizá, pero encuentra en su paleta una riqueza tal de tonos, que puestos en sus cuadros resultan con una brillantez y una frescura incomparables.

Aparte de estas consideraciones, y fuera de la relacion más ó ménos directa que la poesía pueda tener con las bellas artes, y los puntos de semejanza entre Calderon y los citados artistas, semejanza que no puede hacerse en absoluto, pues obedece más al sentimiento propio y al criterio particular que á razones incontrovertibles, Calderon, considerado, no ya como poeta que crea, sino como autor que dirige su produccion, demuestra una vez más que es artista.

Díganlo sinó la presentacion de sus autos sacramentales.

No seguiremos las vicisitudes de estas fiestas eucarísticas desde sus primeros albores hasta el más alto grado de explendor, alcanzado en tiempos de Calderon; ya el señor Gonzalez Pedroso, en el prólogo á su coleccion, ha dicho bastante sobre este punto, y nada nuevo podríamos añadir nosotros.

Hecha está la historia de estos autos, desde la época en que, representados en el templo, eran más bien una danza religiosa, llena á veces de irreverentes manifestaciones, que una representacion en honor del culto, hasta que sacados fuera del recinto sagrado, sirvieron como de escolta á las procesiones del Corpus, interviniendo en ellos farsas groseras, en que no poca parte tomaban los gigantes, tarascas, larvas y otras absurdas creaciones de entónces, que por la importancia del dia en que se exhibian han tenido fuerza bastante para llegar hasta nosotros, con gran contentamiento de nuestro pueblo sencillo, solazado y alegre en las grandes solemnidades viendo aparecer todavía por calles y plazas aquellas moles de carton.

Y hecha está tambien, con más minuciosidad y precision, desde que encargados de oficio los beneficiados de catedrales y sacerdotes jóvenes de la representacion de estos autos, tanto en la capital como fuera de ella, pasaron al dominio exclusivo de los *comediantes*, y confiada y ajustada su representacion con los autores de comedias, que se encargaban de todo lo relativo á la misma, desde la adquisicion de la obra hasta los últimos detalles del aparato escénico.

Y pues dicho está, y nada nuevo podemos añadir, limitémonos á buscar en el Calderon *poeta de autos* las condiciones de artista, que como ya hemos sentado han dado el triunfo á sus obras.

Cundiendo más y más en el siglo XVII la fé religiosa, y aumentando la necesidad de presentar al pueblo los dogmas y misterios del cristianismo, nada más lógico y natural que la importancia de estos autos, donde al par que desaparecia la aridez de la funcion de iglesia y la monotonía del sermon, pocas veces escuchado y ménos comprendido, se entraba de lleno en la inteligencia de tales misterios, que revestian forma corpórea y aspecto teatral, pero que familiarizaban al espectador con los nombres de las virtudes, los sacramentos, los profetas, los patriarcas, los santos; y lo que hubiera sido imposible explicarle en el templo con la sagrada oratoria, lo comprendia fácilmente y de buen grado, por medio de una *tirada de versos* puesta en boca de una *comedianta*, tema algo inmoral sobre el cual cayó más tarde la crítica, con severidad suma; pero que entónces hacía el espectáculo predilecto de la nacion entera, desde el

Palacio de Felipe IV hasta las últimas aldeas, donde las compañías de la legua representaban *La oveja perdida* cobrando á *cuarto, pedazo de pan, huevo y sardina.*»

Cuando tal importancia tenian los autos, y Calderon, dueño de la escena española, le habia impuesto leyes estéticas, que tanto mejoraron su condicion, heredó, digámoslo así, de Lope de Vega el cargo de *poeta de autos.*

Desde luégo se fijó en la impropiedad con que los *carros* se presentaban, y comprendiendo que nacia de no marchar de consuno el poeta y el autor de comedias, no pocas veces obligado aquel á reducir y encerrar su génio dentro del círculo de las conveniencias de éste, mejoró la condicion del poeta, hasta entónces dependiente de los autores, consiguiendo que estos contratasen sólo la representacion, y el escritor se entendiese directamente con el Consejo, estipulando con él el precio que habia de abonársele por cada auto, que en 1633 era de 300 rs., elevándose luego hasta 2.200, y recibiendo además por los autores de compañías, y como ayudas de costa, 700 reales.

Esta cantidad se invirtió luégo en sufragios por el alma de Calderon; cantidad «que por su gran desvelo y cuidado en escribir autos sacramentales, le hubieran destinado á estar vivo.»

Independiente Calderon de las compañías, trató á toda costa de realizar el aparato con que los autos habian de representarse: y hénos aquí de lleno dentro de las condiciones artísticas de nuestro poeta.

De él nace la idea de presentar con la anticipacion debida una *Memoria de las apariencias* á que habian de sujetarse extrictamente pintores, tramoyistas y cuantos en la representacion del auto intervenian.

Dada esta Memoria por algunos poetas, con esa anticipacion exigida, cuando aún no tenian hecho el auto, se veian forzados luego á arreglar su obra al plan presentado, y puede calcularse el mérito de unas producciones hechas bajo tales auspicios.

Calderon en las apariencias estudia con minucioso cuidado todos los detalles, lleva á la práctica su intuicion artística, y da á la representacion de los autos un nuevo giro más en armonía con la condicion genuina del espectáculo y con la seriedad que debia revestir.

No consiente el abigarrado é incongruente conjunto de trajes con que hasta entónces se vestian los dramas eucarísticos; no admite que una *comedianta*, por lucir galas y exhibirse con más explendidez, use caprichosos atavíos, que no respondan á su pensamiento; no tolera, al autor encargado de vestir los carros, economías que vengan en perjuicio del auto.

Calderon no trata de fascinar al público con las *apariencias*, quiere fijarle la atencion en su obra, y él que organiza las deslumbradoras fiestas en el estanque del Buen Retiro, y tantos recursos posee para producir asombro con combinaciones de artificio y máquinas ingeniosas, sabe sacrificar estos efectos á la verdad escénica hasta donde es posible, dentro de las aficiones de aquel público.

Por eso en sus Memorias de apariencias no figuran á capricho dragones mecánicos, animales antidiluvianos, salamandras, delfines, águilas; ni Abraham, David, Abel y Melquisedéc «pasan en vertiginosa rotacion ante el absorto concurso,» ni

dentro del matizado seno de las aves de Juno aparecen tendiendo la poderosa garra leones de Judá.

No rompe por completo con las pasadas tradiciones, pero dá el primer paso, paso gigantesco que demuestra una energía de carácter y una conciencia artística nada comun.

Y hé aquí que de nuevo al seguir á Calderon en sus escursiones á los talleres, donde las decoraciones de sus autos se pintan y viéndole ensayar con municioso esmero, eligiendo é imponiendo muchas veces á los autores de compañías comediantes que él creia más aptos para interpretar algunas de sus creaciones, viene á herir nuestra imaginacion la figura de Meyerbeer, tambien asistiendo á los talleres, ensayando minuciosamente sus obras y eligiendo asimismo é imponiendo á las empresas los cantantes que á juicio suyo eran más á propósito para sus *spartittos*.

Por los mismos procedimientos, y sin más guia que su sentimiento artístico, Calderon y Meyerbeer se imponen en la escena, subyugan al público y legan su nombre á la posteridad.

II

Y entremos ahora á considerar á Calderon como poeta lírico-dramático; bajo cuya fase ha sido poco estudiado y ménos comprendido.

No todos los que legítimamente llevan el nombre de poeta y conmueven con sus obras en el teatro y ciñen en su frente los laureles del triunfo escénico, tienen condiciones de escritores lírico-dramáticos.

Una rápida ojeada sobre los primeros autores de nuestros tiempos, cuyos nombres marchan íntimamente unidos al recuerdo de su gloria, demostraría con facilidad nuestra tésis.

En la zarzuela el poeta decide el éxito; el músico sigue la suerte del libretista; no así en la ópera, en que el autor del libreto no juega para nada; es una especie de andamiaje que se retira terminada la obra.

Así, pues, cuando el escritor se acuerda sólo que es poeta, y quiere hacer hablar á la música el mismo lenguaje de los actores, el fracaso es inevitable. La música necesita un lenguaje especial, cadencioso, rimado, de giros suaves unas veces, enérgicas otras, pero siempre cantado. El autor lírico-dramático debe ser músico ántes que todo, conocer los secretos del canto, el empleo de las voces, y saber qué palabras debe asociar en sus versos; lo mismo que el pintor ha de conocer los secretos de su paleta para producir un efecto.

Calderon reunia todas estas condiciones; los versos que él destina á ser cantados no necesitan apenas del auxilio del músico: son ellos la música misma; muchas veces llevado de esa especie de armonía rítmica, que inconscientemente le arrastra, pone en boca de los personajes de sus dramas verdaderas romanzas, de una expresion sin límites; y escuchándolas se duda si aquellas cadencias pertenecen á los dominios de Apolo ó á los reinos de Euterpe.

Pero Calderon va más allá todavía; conoce los instrumentos músicos de su tiempo y sabe hacer de ellos un empleo tan atinado, que al ver hoy las que pudiéramos llamar *partícellas* de sus zarzuelas, y no hallar allí, por regla general, el nombre del músico, casi dudamos si él mismo escribiria la música de sus obras.

Para juzgar á Calderon como poeta lírico, basta sólo ver cualquiera de ellas y recitar sus canciones.

Yo soy titiri, titiri tina,
flor de la jacarandina.

Yo soy titiri, titiri taina,
flor de la jacarandaina.

Vaya á la guerra el alférez
y embárquese el capitan.

Mate moros quien quisiere,
que á mí no me han hecho mal.

El estudio de Calderon como poeta lírico haría por sí sólo un volúmen; séanos lícito en esta ocasion limitarnos á tan ligero bosquejo, que no otra cosa puede hacerse, dada la índole de esta obra.

Considérase á Calderon generalmente como el creador de la zarzuela; y á creerlo así se inclina, entre otros, D. José Julian de Castro, quien en un triste poema publicado en 1754, dice del autor de *La vida es sueño:*

Este divino Fénix que al sol vuela,
hizo en España la primer zarzuela;
ó representacion en dos jornadas
de la armoniosa música ilustradas,
á quien por esquisita y primorosa
La púrpura (la puso) *de la rosa*,
en el año que al mundo ser compete
de mil seiscientos y cincuenta y siete.

Dejando á un lado la forma desgraciada de estos versos, y atendiendo solamente á su significacion, nótanse en ellos algunos errores que pudiéramos llamar históricos.

Si se dá el nombre de *zarzuela* al espectáculo *todo cantado*, como era *La púrpura de la rosa*, no puede atribuirse á Calderon la gloria de haber sido el primero en el género, cuando consta que en 1629 se representó *La selva sin amor*, obra toda cantada, de la cual su autor, Lope de Vega, dice que «fué cosa nueva en España, y *La púrpura de la rosa* no apareció hasta el año 1660, y no en 1657, como equivocadamente Castro supone.

Hoy entendemos por zarzuela el espectáculo dramático cantado en parte, y por ópera el cantado en su totalidad; y en este sentido no puede atribuirse á Calderon la primacía, porque desde el orígen de nuestro teatro hallamos en él la música asociada á los diálogos, viniendo á formar así una especie de zarzuela cuya existencia es anterior á Calderon.

En cuanto á la ópera propiamente dicha, ya hemos visto que fué Lope quien en la escena española la introdujo.

Es disculpable, sin embargo, el error en que Castro, y los que abrigan la misma creencia, incurren, porque nace de una simple cuestion de nombre.

Sabido es que la zarzuela se llamó así por ejecutarse principalmente en el real palacio ó casa de campo que en el Pardo tiene esa denominacion. De aquí los espectáculos conocidos por *comedia* ó *fiesta de zarzuela*, que tanto se prodigaron en tiempo de Felipe IV y Cárlos II; y siendo Calderon el que en la citada casa los representó, dándoles un aparato escénico deslumbrador y llevando á contribuir al éxito la pintura, la mecánica y algunas artes auxiliares, no es de extrañar que se haya borrado la huella de las zarzuelas anteriores á Calderon, recordándose en primer término las suyas por la fastuosidad con que se dieron á conocer, por el desarrollo que al espectáculo imprimió nuestro poeta y por el mérito indiscutible de las zarzuelas, dadas las condiciones que de escritor lírico-dramático tenia su autor.

De él son *El jardin de Falerina*, representada el año 1629; *El mayor encanto amor*, ejecutada en el estanque del Retiro en 1635; *El laurel de Apolo*, en 1658; *Eco y Narciso*, en 1672; *Hado y divisa de Leonido y de Marfisa*, en 1680; sin contar otras muchas, ya conocidas, y otras de que hay noticia y no se conservan, ni hacer mencion tampoco de los autos sacramentales, que son verdaderas zarzuelas de gran importancia, ni de las loas, entremeses y bailes, en que la música tenia intervencion y era á veces la parte principal.

Era en aquella época la música cultivada con grande esmero, y no podia obtenerse patente de buena educacion sin practicarla en más ó ménos escala, así como la danza. En las universidades, catedrales y conventos se educaban multitud de sugetos, con quienes se hizo luégo la falange musical más numerosa de que puede formarse idea; así es que en los palacios de los reyes, en las casas de los magnates y áun en las de simples particulares, se hallaban con frecuencia excelentes compositores, cantantes é instrumentistas, que cultivaban el arte práctica y didácticamente con arreglo á los adelantos del mismo en Europa.

El pueblo, por su parte, no era indiferente á este general movimiento, y aunque sin profundos estudios sobre que basar sus aficiones, daba rienda suelta á la imaginacion, creando cada dia jácaras y canciones populares, de que no poco uso hicieron más tarde los maestros y personas más distinguidas, no sólo en profanas y aristocráticas fiestas, sino hasta en las mismas iglesias.

Consecuencia de esta efervescencia musical era la organizacion de las compañías cómicas, donde la mayor parte de sus indivíduos, además de representantes, eran más ó ménos diestros en cantar, bailar ó tocar algun instrumento músico, principalmente la vihuela, el arpa, la guitarra ó la bandurria.

Para ellos escribió Calderon sus inmortales obras, que no pueden hoy representarse con verdadero carácter, porque habiendo tomado el ejercicio cómico otro rumbo, nuestros modernos actores descuidan todo lo que á la declamacion no se refiera.

En las compañías de aquel tiempo figuraba siempre un llamado *músico*, que era generalmente el compositor, maestro ó director de la parte musical del espectáculo, de quien dependian los cantores é instrumentistas, que en mayor ó menor número, segun la importancia de la compañía y del teatro en que actuaban, intervenia en los usos escénicos.

Por demás curiosa é interesante es la historia de estos músicos. Alguno hubo,

que seducido por los encantos de una comedianta, dejó su plaza de *chirimía*, que desempeñaba en una catedral, por seguir la vida histriónica.

Otro mata en desafío á su rival, se escapa á Italia, pelea allí como buen soldado, vuelve luégo á la vida de farándula, se casa con una cómica, se hace ermitaño, y viene á morir de maestro de capilla en un convento.

Las compañías que actuaban en Madrid y en los Reales Sitios, eran en cierto modo privilegiadas, porque representaban delante de la córte, ya cada una de por sí, ya juntas en las grandes fiestas de zarzuela, organizadas por Calderon en el Pardo ó el Buen Retiro.

Era tan importante el papel que la música jugaba en estas fiestas, que no bastando á desempeñarle los elementos que de ordinario poseian las compañías cómicas, se recurria á los muchos que Madrid tenia, y en particular la Real Cámara y Capilla de Palacio, donde figuraban los músicos más reputados de España, y áun algunos de Portugal, Flandes, Italia, y hasta Inglaterra, particularmente en la clase de instrumentistas.

Largo sería el estudio de la música teatral de aquella época.

El arte músico en España seguia la misma marcha que en los países más adelantados de Europa, consecuencia natural de aquel contínuo movimiento, producido por las guerras de Italia y Flandes, que arrastraba á los músicos á seguir la suerte de los ejércitos, recogiendo en su marcha todas las impresiones musicales de los puntos que atravesaban, y dejando á su vez las suyas. Nada hay, pues, en cuanto al fondo digno de mencion en este asunto.

En cuanto á la forma, nuestra música en el siglo XVII tenia aún, en sus manifestaciones más profanas, cierta tendencia á conservar los giros religiosos en todo aquello que podemos llamar música séria ó dramática, al par que en la jocosa de los entremeses y bailes cantados, era admitido, quizá con exageracion, el espíritu de las canciones populares y hasta la caricatura, si se nos permite la frase, de aires vulgares extranjeros.

Los coros de comedias se hacian por lo general á cuatro voces, acompañadas de un bajo contínuo, como puede verse en el de *El jardin de Falerina*, que ilustra nuestra publicacion, y cuyo original manuscrito de la época conserva en su biblioteca el eminente compositor y notable erudito D. Francisco Asenjo Barbieri (á cuya amistad debemos la copia que acompañamos, trascrita en caractéres comunes por él mismo), así como tambien notas importantes relativas á la música del siglo XVII, que han venido en no pequeña parte á auxiliar nuestro trabajo.

No habia recibido aún la música instrumental en aquella época el desarrollo que más tarde le dieron los maestros alemanes; así es que cuando algun coro se acompañaba con instrumentos, éstos limitaban su accion á seguir paso á paso el canto de cada una de las voces, permitiéndose únicamente en determinadas ocasiones la licencia de hacer algunas pequeñas glosas ó adornos, conforme á las reglas de los didácticos Diego Ortiz, Fray Tomás de Santa María y otros autores españoles.

Considerada la música siempre como de canto, se escribia á cuatro voces, aunque fuese puramente instrumental; si bien en este caso dábasela alguna más libertad,

dentro siempre del estilo del motete ó del madrigal, conocido vulgarmente con el nombre de *tono humano*, para distinguirlo de la cancion religiosa, ó motete propiamente dicho, que se llamaba *tono divino*.

Los instrumentos entónces usados, y que se hacían intervenir en el discurso musical por grupos ó clases análogas, eran entre otros, los órganos, claviórganos, clavicímbalos, arpas, laúdes, torbas, vihuelas de mano, guitarras, bandurrias, rabeles, vihuelas de arco, violines, pífanos, flautas, chirimias, orlos, cornetas-mutas, dulzainas, bajoncillos, bajones, trompetas y saca-buches; sin contar con los conocidos instrumentos de percusion.

Ante esta relacion, fácilmente puede deducirse el efecto ruidoso y la sonoridad de ese *gran golpe de música*, que Calderon coloca con frecuencia en sus obras, aunque no siempre tomasen parte todos los intrumentos, y sí sólo aquellos que requiriese la situacion.

Dicho se está que al hablar de todos ellos nos referimos á las zarzuelas de grande espectáculo, pues para los entremeses y bailes nunca se empleaban sino los más populares, con su obligado acompañamiento de castañetas, sonajas, adufes, panderos, etc., etc., propios de la seguidilla y de la jácara.

El arpa, hoy tan en desuso, y patrimonio exclusivo de los teatros de ópera, era en tiempo de Calderon el instrumento favorito de las clases acomodadas, y entraba siempre á formar parte de las orquestas por poco numerosas que fuesen.

Al dejar su sencillez primitiva y enriquecerse con los adelantos modernos, ha perdido su popularidad. Trabajo costaría á un músico del siglo XVII reconocer esos elegantes instrumentos de forma gótica, llenos de pedales, donde el oro y las ricas maderas se disputan un lugar; instrumentos de que Labarre ha hecho una orquesta entera con sus valientes y difíciles composiciones; en que vertió por completo su alma Donizetti al escribir el preludio de la fuente en *Lucía*; con que Meyerbeer acompaña el amor y describe el poema de la naturaleza, y Rossini llora en el tercer acto de *Otello*.

El arpa, tan difícil hoy de dominar, y tan costosa de adquirir, estaba en el siglo XVII á la órden del dia, y no pocas veces de la noche, pues servia á los enamorados galanes para acompañar las estrofas cantadas al pié de la reja de sus damas.

III

La historia del teatro en la época de Calderon, hecha está y es sobradamente conocida. Pellicer, en su *Tratado histórico del orígen y progresos de la comedia;* Rojas, en el *Viaje entretenido*; Armona, en sus *Memorias cronológicas*, y otros muchos que han descrito el histrionismo en todas sus fases, dan sobre este asunto cuantos detalles pueda apetecer el erudito más descontentadizo y el bibliófilo más exigente.

Por los citados autores sabemos que los elegantes coliseos de hoy, donde el abono cuesta una fortuna, fueron en su orígen simples corrales, en que se representaban las mejores producciones de aquellos ingénios, cuyos nombres dan tanto explendor á nuestra pátria literatura.

Estos corrales, sin más preparacion que un mal tablado de madera para el público, y una especie de tinglado destinado á los comediantes, fueron la cuna del teatro español; y ciertamente que el arte dramático al engrandecer su templo no ha engrandecido á proporcion las producciones literarias; ni los actores, pasando del corral al coliseo, marcan un adelanto sensible en el ejercicio histriónico.

No hemos de hacer un estudio comparativo entre los comediantes á quienes Calderon ensayaba *El Alcalde de Zalamea* y *La vida es sueño*, y nuestros modernos actores, porque ni el lugar es oportuno, ni nuestras observaciones pueden tener más base que la hipótesis, tratándose de cómicos de hace dos siglos, y no habiendo llegado hasta nosotros críticas severas de ellos en todas las obras que representaron; pero ciñéndonos exclusivamente á nuestros dias, y viendo los aplausos pocas veces merecidos que arrancan en la escena los actores, séannos permitidas dos palabras de digresion.

No basta el talento, ni el conocimiento de la escena, ni la elegancia en el decir, ni el sentimiento artístico, cuando todo esto aisladamente concurre á la obra de la representacion; es necesario llevarlo unido y que encarnado vaya en el actor.

Y aún es preciso más; hace falta una voz agradable y buena figura.

¿Cómo os podreis formar idea del Segismundo de Calderon, esa creacion colosal que bastaría por sí sola para inmortalizar al poeta, si otras análogas no hubieran brotado de su fantasía; cómo podreis imaginaros aquel hombre atlético, salvaje, que en un momento de la escena recuerda al Hércules mitológico, al arrojar á Anteo, si le veis representado por un actor de poca estatura, débil y cuya voz se anuda en su garganta?

La naturaleza no concede por igual sus dones, y es una temeridad querer suplir los que faltan con los que ella otorga.

Cierto es que el talento reemplaza á la figura y á la voz; cierto es que engrandece á los que lo poseen, ocultando su personalidad y presentando un nuevo sér; pero eso sucede raras veces, son pocos los privilegiados, y aunque haya alguno, puede considerársele como una excepcion de la regla general.

Nuestros actores no viven el personaje que han de representar, lo estudian, llegan á conocerle; pero no se identifican en él, rara vez lo sienten, casi nunca lo interpretan: para ello es preciso hacer con él la vida íntima, acompañarle constantemente, no abandonarle nunca, y de este modo, familiarizados con su manera de ser, con sus gestos, con sus actitudes, con su carácter, digámoslo así, y viniendo á ser esos gestos, esas actitudes, ese carácter, propios del actor, sin darse cuenta, lo trasforman por completo, y al llegar á la escena la personalidad ha desaparecido; queda sólo la creacion del autor.

Y ya que eso no se verifica hoy, volvamos la vista á los Avendaños, Escamillas y Ruedas, y entremos con ellos en los corrales que representaban, que por ser ellos y andar por allí nuestro poeta deben fijar nuestra atencion.

Ya en 1625, Calderon reinaba en aquellos corrales como dueño absoluto, y los poetas que presentaban alguna nueva produccion, solicitaban del recitante y autor de comedias, Avendaño, asociase á su obra alguna loa ó entremés de Calderon de la Barca, «que muy bien preparan el ánimo y entretienen al público, único medio de llegar con felicidad al desenlace.»

D. Luis Fernandez Guerra, en su estudio sobre Alarcon, y refiriéndose al estreno de *El exámen de maridos*, ya cita á Calderon como poeta conocido.

«La loa, bailes y sainetes que se representaron, dice, pertenecian á Quiñones de Benavente, á un entremesista novel y á Calderon de la Barca.»

Esta autorizada opinion contestará tambien á los que suponen que nuestro poeta no llevó sus producciones á los corrales, representándose sólo en los salones del Palacio Real, en el teatro del Buen Retiro y en alguna *Academia* de las que entónces los nobles celebraban en sus casas.

Ya que el estudio sobre Alarcon hemos citado, creemos muy del caso reproducir aquí uno de sus párrafos, que pinta de un modo inimitable los antiguos corrales de comedias en dia de representacion, y cuya pintura ayudará no poco á comprender con más facilidad el tosco diseño que acompañamos, copiado con la misma rústica sencillez que le hemos hallado en los manuscritos de Armona.

«Pocos meses despues, y acercándose la Cuaresma de 1625, veíase golpe de gente á la puerta del corral del Príncipe, con intencion de llenar todas las localidades. En el Mentidero los cómicos, los ociosos en las lonjas de San Felipe, y en las galerías del Alcázar un deudo predilecto del gran valido Conde-Duque, habian hecho famosa la comedia anunciada por los carteles. Hinchéronse inmediatamente los corredores, cuyas barandillas y postes de madera crugían como si fuesen á estallar; ni más ni ménos las gradas de abajo, y lo propio allá en el centro, la jaula de las mujeres, horno de grillos, donde tantas veces los silbatos y llaves congelaron grandes tormentas. A los altos desvanes encaramáronse religiosos y clérigos, para disfrutar del espectáculo sin ser vistos, ni romper las ordenanzas, en tanto que honraba los balcones, rejas y celosías de los aposentos la nobleza. En el patio fueron interminables las disputas y rencillas, acerca de si este banco es mio, y si este asiento fué puesto por mi criado. Pero allí mismo, detrás de la barrera, iba encrespándose cada vez más el oleaje de la infantería española, es decir, los mosqueteros, que por estar de pié y en almáciga, eran desabridos, insolentes y verdugos de cualquier comedia huérfana ó recitante descuidado. Llevábalos el contrapunto la voz de los azacanes y vendedores de golosinas, frutas y dulces (1); siendo de ponderar su destreza en coger el lienzo que con dinero se les arrojaba desde las barandillas y con la mercancía volverlo como pelota.»

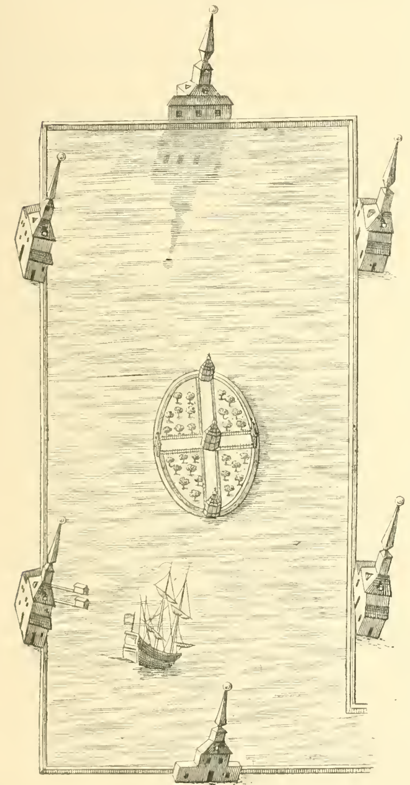
Tal era el aspecto del corral en cuanto al público se refiere: respecto á los actores y la escena, descuidada debia andar ésta, mal vestidos aquellos y muy á la zaga nuestro espectáculo teatral, cuando describiéndole el erudito flamenco citado por Pellicer, se asombra de que los comediantes no representasen con luces y sí á la del dia, quitando á la escena toda su ilusion; que los vestidos careciesen de suntuosidad y no se hallasen adaptados á las circunstancias; que una comedia de argumento griego ó romano se vistiese por completo á la española, y á ese tenor otros hechos análogos, de que se hace cargo con la superioridad del que mucho más ha visto y á mejor está acostumbrado; siendo tanto más de extrañar este atraso de nuestro teatro respecto á algunos otros, cuanto era el espectáculo favorito de la córte y la nobleza, que distin-

(1) Estos vendedores, una vez principiado el espectáculo, se situaban en un punto determinado del corral; en nuestro diseño está marcado el sitio que ocupaban los *alojeros*.

guia á los comediantes hasta el punto de no negarles favor alguno, como lo prueba el hecho de Juan Rana, arrebatando de la justicia de Guadalajara, y poniendo en libertad, á una sobrina suya, que habia dado muerte á su marido.

¡Cómo no estimar y considerar á los actores, si una actriz, la María Calderon, fué madre de D. Juan de Austria!

No ofrecian á Calderon los corrales grandes recursos, ni elementos donde poder desarrollar los vastos planes escénicos que en su imaginacion de artista concebia; así le vemos dedicarse con preferencia á las representaciones dadas en el régio Alcázar y Buen Retiro, no porque en más estimase al público que las presenciaba, sino porque allí los medios disponibles eran mayores; y mejor podria apreciar la vista lo que soñaba el espíritu, teniendo á veces por escenario el mismo estanque, donde la inventiva de Cosme Lotti, manejando á su antojo la mágia, poniendo á su servicio la mecánica y la hidráulica, y asociando á sus fantásticas combinaciones la vena inagotable del poeta, hacía de aquellos espectáculos la realizacion de un cuento de hadas.



ESTANQUE DEL BUEN RETIRO

Damos copiados del tan magnífico como raro y poco conocido *Plano topográfico de Madrid*, hecho en Amberes por Pedro Texeira, el dibujo del estanque grande, donde aquellas suntuosas fiestas tenian lugar.

Hecho este ligero bosquejo iconográfico de Calderon, en cuanto á sus relaciones con el público se refiere, pasemos ahora á estudiarle en familia, permítasenos la frase, enumerando cuanto bajo este punto de vista tenga conexion con el poeta y de ello hayamos noticia.

CASA EN QUE NACIÓ CALDERON

Don Diego Calderon, padre de nuestro poeta, poseia una casa, donde vivia, sita en la antigua calle de San Benito, ahora de la Beneficencia.

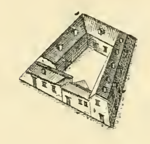
Pertenecia entónces aquel barrio á la parroquia de San Martin, donde fué bautizado Calderon; hoy lo hubiera sido en San Ildefonso, anejo de aquella.

La citada finca, una de las mejores del barrio, se halla registrada en el Indice de las casas y calles de Madrid en esta forma:

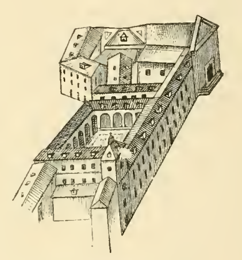
«Una casa de D. Diego Calderon con cuatro puertas, tasada en sesenta reales compuesta.»

En la *Planimetría general de Madrid*, hecha en 1765, se encuentra tambien su anotacion, que dice así:

«Manzana 338, núm. 1. Comprende toda la manzana y pertenece á los señores D. Fernando Ignacio de Alencaster, y sirve de caballerizas y cocheras á las principales que les pertenece en la manzana 337, núm. 3. Comprende tres sitios; los dos de ellos en cabeza de D. Diego Calderon de la Barca, con 686 maravedís y los réditos de 70 ducados á censo, que uno y otro se hallan redimidos en 9 de Agosto de 1654 y 14 de Febrero de 1676. Fachada á la calle del Duque de Abrantes 103 $^{1}/_{4}$ piés; á la calle de de la Flor 183; á la de San Benito 188; y á la de la Florida 101 $^{3}/_{8}$, componiendo 19.220 $^{9}/_{16}$.»



CASA EN QUE NACIO CALDERON.



ANTIGUA PARROQUIA DE SAN MARTIN.

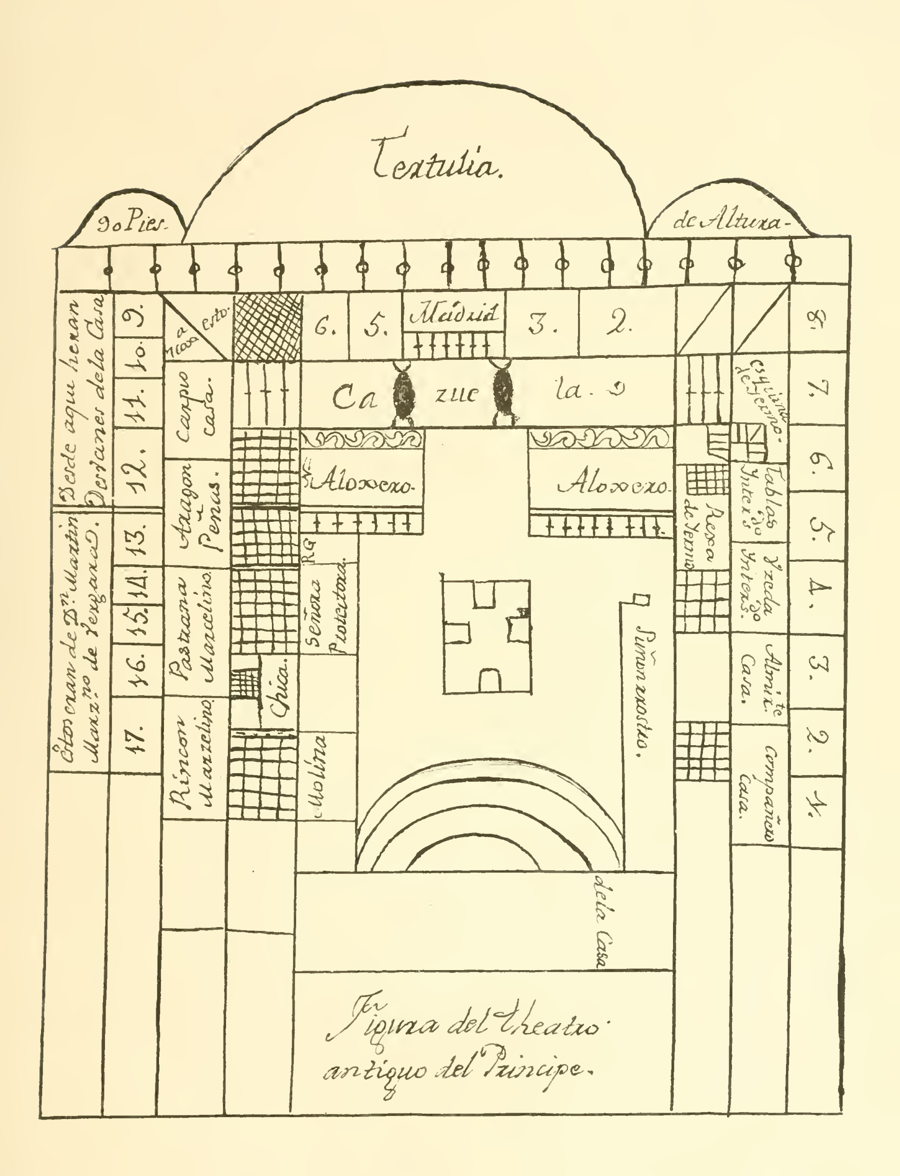
Hemos tomado del ya citado *Plano topográfico de Madrid* el calco de esta casa, el de la iglesia de San Martin, y otros que ya enumeraremos á su tiempo porque los consideramos de interés.

No fué esta casa la única que habitó Calderon en sus primeros años. En la calle de las Fuentes, con vuelta á la que entónces era bajada á los Caños del Peral, vivió acompañado de sus padres en una casa propiedad de éstos, y donde murieron; pasando luégo la finca á poder de su hermano D. Diego, y al fallecimiento de éste último al de D. José, su sobrino, relator que fué del Consejo de la Guerra. A su muerte la heredó su viuda D.ª Agustina Ortiz de Velasco, que, en 26 de Mayo de 1658, la privilegió con 4.875 maravedís.

Pertenecia á la parroquia de San Ginés, de donde al morir eran feligreses los padres de Calderon.

CASA EN QUE MURIÓ CALDERON

Muchas veces al pasar por la calle Mayor, y llegando al número 95, fijábamos nuestra vista en una pobre lápida colocada en la fachada de esa casa: «*Aquí vivió y murió D. Pedro Calderon de la Barca,*» leíamos; y honda tristeza embargaba nuestro ánimo. Pensábamos en Italia, en ese país que sabe honrar y venerar la memoria de sus hijos ilustres. Allí está el convento de *San Onofrio,* que conserva la celda en que murió el Tasso, en el mismo estado que la vió el cantor de Aminta. La papelera, su sillon, el



Tertulia.
90 Pies
de Altura
Madrid
Cazuela
Aloxero.
Aloxero.
Desde aqui heran Desvanes dela Casa
Eran de Dn. Martin Manzano de Ferzano
Campo casa.
Aragon Peñas.
Pastrana Marcelino.
Rincon Marzelino
Chica.
Señora Protectora.
Molina
Reja de Yerno
Esquina de Yerno
Tablas Intereso
Yzeda Intereso
Almirante Casa.
Compañeros Casa.
Simon rrostro.
dela Casa
Figura del Theatro antiguo del Principe.

el crucifijo que besó al espirar, el vaso de barro que tantas veces llevaría á sus lábios el amante de Leonora, la mascarilla modelada sobre el cadáver del desgraciado tísico, dos cartas autógrafas y el tintero de cuyo fondo brotaron estas dos últimas páginas de un ingénio, todo se guarda en aquella celda con la codicia que un avaro guardaria su tesoro.

En Florencia puede verse la casa que habitó Buonarotti, y encierra un pequeño museo consagrado á la memoria del gran artista; allí están tambien las de Maquiavelo y Alfieri.

Madrid, en cambio, vió impasible la demolicion de una vivienda que ocupó el autor del *Quijote*. Nadie se disputó una de aquellas ventanas, que trasmitiendo la luz á la morada del poeta, colaboraron en cierto modo en las obras de tan peregrino ingénio. Nadie se fijó en que aquellas rejas, que envueltas en el polvo de la demolicion caian á sepultarse entre un monton de escombros, eran las mismas que besaban la frente del poeta cuando, despues de haber dado vida á una de sus creaciones, acudia allí buscando aire para su pecho y cielo para sus ojos. Nadie trató de conservarlas, como se conservaron en otro país las de la casa de Beethoven.

Así pensábamos al leer la lápida de la calle Mayor, y nada nos decia su inscripcion; nada habia en aquella casa que nos recordase á Calderon; nada hallábamos que trajese á la memoria la forma en que la dejó el poeta. El Sr. Mesonero Romanos, cuya autoridad es tan respetable, asegura en su *Antiguo Madrid*, que esta casa sólo tenia un piso, y viéndola hoy con cuatro, era probable, discurriendo lógicamente, que al engrandecerla se hubiese cambiado por completo su distribucion; pero un dia nuestras investigaciones nos llevaron á casa del Sr. Conde del Asalto, y allí supimos con sorpresa que la morada del poeta se conserva hoy, con pequeñísimas diferencias, lo mismo que en el siglo XVII.

D.ª Inés Riaño, abuela de Calderon, y su esposo «la labraron y edificaron,» segun declara la misma D.ª Inés en su testamento, que tenemos á la vista, siéndole adjudicada á la muerte de aquel, por la particion de bienes que entónces se hizo.

En 1612 fundó esta señora un patronato real de legos en la capilla de San José de la iglesia del Salvador, dotando la capellanía con un censo sobre Aravaca y la casa de la calle de Platerías, estableciendo el órden de sucesion de los capellanes, é imponiendo á éstos algunas cargas y obligaciones.

Entre ellas figuran:

La de habitar precisamente uno de los cuartos de la citada casa y llevar el apellido Riaño, á continuacion del propio.

La de reservar al que ejerciese el patronato el balcon del piso principal «para que en él pueda ver la procesion del Corpus y demás procesiones, fiestas, regocijos, entradas de reyes, príncipes y otros señores y justicias públicas y otros actos de cualquier calidad que sean, que sucedieren y se ofrezcan por delante de dichas casas.»

La de dar de comer «á nueve mujeres pobres el dia de la Asuncion de Nuestra Señora, que cae en 15 de Agosto, en cada un año, perpétuamente, gastando en la comida, por lo ménos, treinta y dos reales, y dándoles además de la dicha comida á cada una un real de limosna.»

Con estas obligaciones aceptó Calderon la capellanía, que sirvió hasta su muerte, siendo el primer capellan.

Que la casa tenia más de un piso, se desprende de estas obligaciones impuestas por D.ª Inés Riaño, al consignarse en ellas que el capellan habia de habitar precisamente *uno de los cuartos de la casa*, reservando en determinadas fiestas ó solemnidades *el balcon del piso principal* para el que ejerciese el patronato.

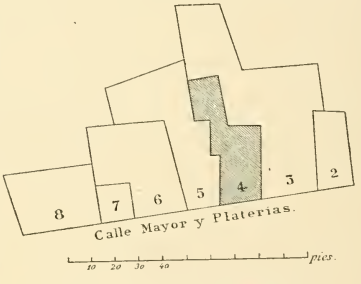
El libro de cuenta y razon de la capellanía, en 1693 (1), es decir, doce años despues del fallecimiento de Calderon, dá la distribucion de la casa, expresando que su piso bajo estaba alquilado en ochocientos sesenta reales anuales, el principal en quinientos cincuenta, el segundo en cuatrocientos cincuenta, en la misma cantidad el tercero, y en trescientos cincuenta el cuarto. Se añade además que habia desvanes ó buhardillas. Por otra parte, el ya citado Sr. Conde del Asalto, cuya familia, descendiente de la del gran poeta, posee hoy por sucesion de herencias la casa que nos ocupa, guarda en el archivo de la suya multitud de documentos, que galantemente nos ha facilitado, relativos á la vida de Calderon, y muy especialmente al patronato real de legos fundado por D.ª Inés Riaño, y á la finca de la calle de Platerías, y no hallamos en ninguno de ellos indicio del aumento de pisos, que, segun la afirmacion del Sr. Mesonero Romanos, debió hacerse despues del año 1681, en que murió el poeta, y ántes de 1693, en cuya fecha la hallamos ya con la altura que hoy tiene.



CASA DONDE VIVIO Y MURIO CALDERON.

Es, pues, infundada la aseveracion del Sr. Mesonero Romanos, que guiado tal vez por el *Plano topográfico* hecho en Amberes, al que concede toda la importancia que en sí tiene, á pesar de no hallarse desprovisto de errores, parece que dá un solo piso á la casa de Calderon.

Ya que del decano de nuestros escritores nos ocupamos, no pasaremos por alto que á él se debe la existencia de la morada del poeta. Hallándose denunciada como ruinosa en 1859, y á punto de proceder á su demolicion, no obstante las protestas del propietario, *El curioso parlante*, en un sentido artículo, llamó la atencion del Gobierno, pueblo y Ayuntamiento, y con su bien cortada pluma evitó tamaño absurdo. La casa fué restaurada, acordando el Municipio colocar en ella á sus expensas un sencillo monumento que perpetuase la memoria de Calderon; pero á pesar de que el proyecto existe y es digno del objeto á que se dedicaba, el Ayuntamiento, por todo recuerdo, se limitó á fijar la lápida ya citada, ni más ni ménos que los pueblos que han sufrido una inundacion colocan en determinados parajes la vulgar inscripcion: «*Aquí llegó el agua en tal fecha.*»



PLANO DEL SOLAR DE LA CASA DE CALDERON (NÚM. 4).

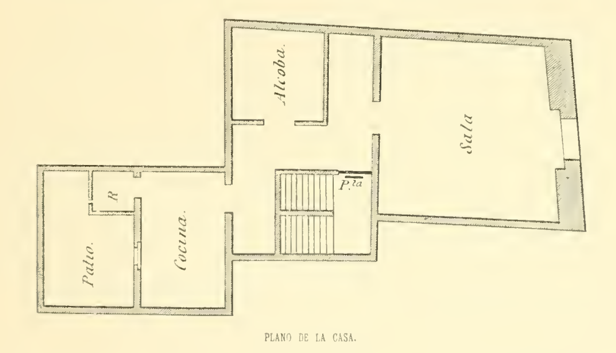
¡Deplorable abandono hácia un hijo de Madrid tan ilustre!

(1) Lo posee en su Archivo el Sr. Conde del Asalto.

Calderon, en su testamento, que íntegro se reproduce en otro lugar de esta obra, nos dice que no vivia sólo; allí se citan los nombres de las personas que le acompañaban y servian; allí se habla tambien de un oratorio que guardaba gran número de objetos, y allí se enumeran otros muchos muebles; y como no es posible encerrar todo esto dentro de los límites de una habitacion que cuenta sólo tres piezas (una de ellas la cocina), teniendo una superficie de ochocientos cuarenta y nueve piés y diez y siete y medio de fachada, hay lugar á creer que Calderon habitaba sólo el piso principal, que lo que más tarde fué cocina (véase el plano) era entónces oratorio, y esta con las habitaciones de los criados estaba en el piso inmediato superior, que con el principal tendria comunicacion, muy frecuente en aquella época en que los cuartos no solian tener la independencia que hoy. El mismo Calderon dice en su testamento que los criados vivian en otro piso de la casa, donde él guardaba tambien muebles y cuadros.

A la muerte del poeta, y con el fin de alquilar la casa por pisos, se convertiría en cocina el oratorio, haciendo además desaparecer la comunicacion entre los dos cuartos principal y segundo.

De este modo la hallamos ya en 1693, como hemos dicho, y así está hecho el plano adjunto, que dá idea exacta de la casa de Calderon de la Barca, siendo hoy la distribu-



PLANO DE LA CASA.

cion la misma que en vida del poeta, distribucion que poco puede cambiarse, atendida la índole de la habitacion y su reducido espacio.

No es preciso hacer un gran esfuerzo de imaginacion para reconstruir la morada del autor de *La vida es sueño*, tal como él la vió por última vez; y para que la ilusion sea completa hay la circunstancia de que teniendo alquiladas un mismo inquilino la casa de Calderon y la contigua, y no necesitando más que una cocina, utiliza la del número 93, habiendo hecho desaparecer de la otra todo vestigio de tal, devolviendo así á esta pieza su aspecto primitivo, el mismo que tendria al establecerse en ella el oratorio.

No es necesario acudir al quimérico campo de las suposiciones, conociendo el testamento de Calderon y la casa, para ver hoy el cuadro que esta ofreceria el 23 de Mayo de 1681.

Aquel hombre extraordinario, poeta sin rival, que contaba por cientos las producciones de su ingénio, querido del pueblo, mimado por la córte, habiendo impuesto leyes al teatro y encauzado el gusto y el sentimiento del público, servido á su pátria como soldado y á la religion como sacerdote; aquel dramaturgo insigne, «más notable por lo que no hizo mal, que por lo mucho que bien realizó,» dadas las condiciones en que generalmente escribia sus producciones, sometidas las más veces á un asunto forzado y á reducido espacio de tiempo, fijado de antemano; aquel venerable octogenario, cuya vida era ejemplar despues de la juventud, cosa rara en una época de punible desenfreno; aquel génio titánico cuyo nombre llenaba el mundo, dictaba un codicilo á su testamento en una miserable alcoba de ocho piés en cuadro.

Allí Calderon tomaba la pluma por última vez, y con pulso todavía seguro estampaba las firmas que reproducimos á continuacion, calcadas del documento original. Luego se disponia á morir con la tranquilidad del que ha cumplido sus deberes y la serenidad de espíritu del que devuelve á Dios la vida que le dió, despues de haberla engrandecido tanto por espacio de ochenta años.

AUTOGRAFOS DE LA FIRMA DEL CODICILO Y DE LA DEL TESTAMENTO.

Pero apartémonos de aquella alcoba, donde Calderon exhala el último suspiro dos dias despues, y que clara y distintamente nos reproduce nuestra imaginacion, y dejemos al lector que lo vea con la suya, ayudándole únicamente por nuestra parte con la enumeracion de los objetos allí existentes, hecha por el moribundo.

«Un Santo Cristo de marfil, á la cabecera de la cama, con una cruz de palo santo embutida de marfil, con extremos de bronce dorado.»

«Otro Santo Cristo de marfil, tambien á la cabecera de la cama.»

«Una cama de granadillo y bronce con dos colgaduras, una de damasco carmesí con alamares de cañamazo, rodapiés, pelliza, doselillo de cabecera, toalla listada y otra de tafetan listado de colores, con doselillo, rodapié y toalla azul y gasa.»

«Tres colchones de terliz, dos colchas de cotonia y una pelliza de pieles.»

«Dos baquetas de Moscovia.»

«Y un escritorio á la cabecera de la cama.»

Otro tanto pudiéramos hacer con el oratorio; allí estaba el cenáculo que hoy conservan los Presbíteros Naturales de Madrid; allí multitud de imágenes de todas clases, símbolos y emblemas religiosos, detalladamente citados en el testamento, por cuyo motivo omitimos su descripcion, no pudiendo, sin embargo, hacer lo mismo con el cáliz en que Calderon consagró por primera vez, que por su procedencia y su mérito merece nuestra preferente atencion.

«Un cáliz, dice el poeta, que hay en mi oratorio, con un escudo de armas de los Señores Vozmediano y una inscripcion que tiene por orla en su pié haber sido dádiva

del Pontífice Adriano al Sr. D. Pedro Vozmediano, secretario del universal despacho del señor Emperador Cárlos V, abuelo del Sr. D. Pedro de Porras, caballero de Santiago, mayordomo de S. M. la Reina madre, se le dé y entregue dicho cáliz, y le suplico que ya que en fé de la amistad que siempre profesamos, me lo dió el dia que dije la primera misa, no le merezca igual fineza, conservando en su poder prenda tan de lustre y estimacion como el dicho cáliz.»

No saldremos de la morada donde Calderon exhaló su último suspiro, sin consignar que en la botica llamada de la Reina madre, cuya fundacion, en la casa contigua á la del poeta, data de 1578, habiendo pasado sin venta ni traspaso de padres á hijos, hasta su actual poseedor D. José María Moreno, se conserva una edicion del *Quijote* regalada por el autor de *La vida es sueño* á uno de los antecesores del actual propietario, edicion notable, compuesta de dos tomos, cada uno con una de las partes en que Cervantes dividió su obra inmortal, é impresos el primero en Bruselas en 1671 á costa de Pedro La Calle, y el segundo en Amberes, en casa de Jerónimo y Juan Bautista Verdussen, año 1672.

En la misma botica se conserva la tradicion de que el inmortal poeta asistia muchas noches como contertulio á la trastienda de aquel establecimiento.



LLAVE DE LA URNA QUE ENCIERRA LOS RESTOS DE CALDERON.

OBJETOS FÚNEBRES

En casa del ya citado Sr. Conde del Asalto se conserva la primera llave de la urna que encierra los restos de Calderon.

Esta llave es dorada y está pendiente de una cinta de raso verde, con dibujos de hilillo de oro, hecha lazo. Guárdase dentro de un antiguo estuche de caoba en forma de arca cineraria, donde hay escrita esta inscripcion:

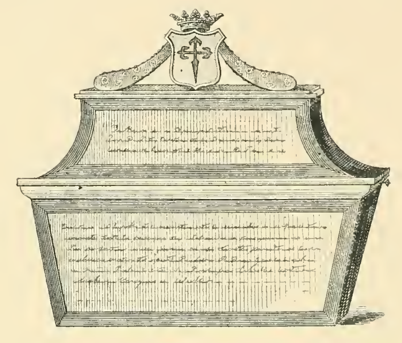
En la parte superior.

«Llave primera de la urna sepulcral que contiene los restos del ilustre presbítero D. Pedro Calderon de la Barca Gonzalez Riaño, capellan de honor de S. M. el Rey D. Felipe IV.»

En la parte inferior.

«Trasladados á la capilla del cementerio de la Sacramental de San Nicolás, donde residen interinamente, desde la parroquia de San Salvador, donde yacían en la capilla de San José, propiedad, como patrono y pariente

poseedor, de los mayorazgos fundados por los abuelos maternos del difunto presbítero D. Diego Gonzalez de Henao y D.ª Inés de Riaño y Peralta. El Excmo. Sr. D. Antonio María Pinel y Cevallos, Conde del Asalto y Marqués de Cevallos.»



ESTUCHE DONDE SE CONSERVA LA LLAVE.

Hemos dibujado la llave del tamaño natural, así como el lazo que la sujeta. En cuanto al estuche, damos un pequeño diseño copiado exactamente, aunque reducido.

AUTÓGRAFO DE CALDERON

Hay quien parodiando tal vez la frase de que el «estilo es el hombre,» ha dicho que «la letra refleja el carácter de quien la escribe».

No somos nosotros partidarios de esa teoría, expuesta en algunas obras que sobre la materia hay publicadas, pues diariamente vemos hombres pródigos en demasía que escriben sus pensamientos con letra pequeña y metida, cual si temiesen hacer mal empleo de una cuartilla de papel; otros de carácter vigoroso y enérgico hacen letras que temblando salen de su puño; quién, avaro en extremo, desliza sus conceptos á grandes rasgos y desahogados espacios; algunos de imaginacion brillante é inspiracion fecunda, escriben pausadamente y perfilando los caractéres, cual si la mente no interviniese para nada y practicase la mano un mero trabajo calígrafo.

Nosotros no vemos en la letra nada que revele al hombre, como no sea el influjo natural de los años en el pulso y en la vista, ó las circunstancias exteriores con que se escribe, á más del estado de la pluma y clase de papel. Es mucho lo que se conserva escrito de puño de Calderon: hemos visto cartas, memoriales y comedias enteras perfectamente conservadas; y hemos elegido para su reproduccion en el autógrafo adjunto la última página de uno de los autos que se guardan cuidadosamente en la seccion de manuscritos de la Biblioteca Nacional, y cuya reproduccion debemos á nuestro amigo el Sr. Sancho Rayon.

Lo único que consignaremos aquí, es que nuestro poeta escribió con tal perfec-

cion, que su letra puede servir de modelo; y en algunos documentos resiste la comparacion con las magníficas muestras que nos dejó Morante, su maestro, á lo ménos

AUTOGRAFO QUE EXISTE EN LA BIBLIOTECA NACIONAL.

en el estilo y la forma; como puede verse en el final de la carta de 9 de Octubre de 1648, que posee el Ayuntamiento, y que parece obra de un calígrafo.

RETRATOS DE CALDERON

Los que han legado su nombre á la posteridad, y separados de nosotros por la distancia de los siglos, se presentan á nuestra imaginacion como un emblema glorioso, tienen siempre dos tipos, uno real y efectivo, otro puramente convencional, que llega á identificarse de tal modo con nuestra manera de sentir, que le admitimos y sancionamos como una necesidad del espíritu.

Mostrad á César raquítico y enfermizo, bajo de estatura, llevando desairadamente la clámide romana, y nadie conocerá al vencedor de Farsalia; pintadle en consonancia con sus hechos, lleno de majestad y distincion, arrogante, grandioso, y nadie tampoco

dudará del cuadro; sin embargo, el primero puede ser el tipo real, éste es ciertamente el imaginario.

Calderon tiene tambien dos tipos.

El vulgo ha elegido el suyo; sólo vé al poeta bajo el traje de sacerdote donde ostenta la honrosa insignia de Santiago; concíbele esbelto, elegante; grises cabellos cuidadosamente peinados caen sobre su cuello, poblados bigotes, de plateados hilos, buscan ligeramente retorcidos la compañía de unos ojos llenos de expresion y de fuego, una perilla característica sirve de remate á tal conjunto: ese es el Calderon tradicional, digámoslo así.

Presentadlo con el manteo de estudiante, cuando el bozo no sombreaba aún sus labios, dadlo á conocer bajo el uniforme de soldado, que vistió en Cataluña, ó con el traje usual de la córte de Felipe IV, y será tanto ménos conocido cuanto más sea la distancia que separe á ese Calderon verdadero del ficticio ó ideal que el vulgo ha imaginado.

A falta de retrato hecho á pincel, cuando era jóven, podemos formarnos idea por el que el mismo Calderon hizo con graciosa pluma, en una célebre carta, dirigida á una dama.

Dice así:

Yo soy un hombre de tan
desconversable estatura,
que entre los grandes es poca
y entre los chicos es mucha.
Preñada tengo la frente
sin llegar al parto nunca,
teniendo dolores todos
los crecientes de la luna.
En la sien izquierda tengo
cierta descalabradura,
que al encaje de unos celos
vino pegada esta punta.
Las cejas van luego, á quien
desaliñadas arrugas
de un capote mal doblado
suelen tener cecijuntas.
No me hallan los ojos todos
si atentos no me los buscan,
que allá en dos cuencas, si lloran,
uno es Huecar y otro es Júcar;
á ellos suben los bigotes
por el tronco hasta la altura,
cuervos que los he criado
y sacármelos procuran.
Pálido tengo el color,
la tez macilenta y mústia.
. . . .
En su lugar la nariz,
ni bien es nécia ni aguda;
mas tan callada que ya
ni con tabaco estornuda.
La boca es de espuerta rota
que vierte por las roturas

cuanto sabe; sólo guarda
la herramienta de la gula.
Mis manos son piés de puerco
con su vello y con sus uñas,
que á comérmelas tras algo
el algo fuera grosura.
El talle, si gusta al sastre,
es largo; mas si no gusta,
es corto, que él manda desde
mi golilla á mi cintura.

Pero como Velazquez, Alonso Cano, Carreño, Cerezo, Mazo, que elevaron el arte pictórico á la altura prodigiosa, que ya no ha vuelto á alcanzar, y vivieron con el poeta, no nos han trasmitido la imágen de Calderon en ninguna de sus fases, á pesar de haber reproducido con profusion otras de ménos valía, prueba inequívoca del alejamiento en que Calderon vivió de la córte y del poco aprecio que hacía en cuanto á su personalidad de aquellos artistas cortesanos y un tanto aduladores; tenemos necesariamente que limitar nuestras observaciones á los retratos que hoy existen, y cuya autenticidad no es sospechosa.

Nueve cita el Sr. D. Cayetano de la Barrera, en su *Catálogo bibliográfico;* de ese número, sólo los tres hechos en vida del poeta, tendremos en cuenta, por ser los únicos que de él pueden darnos alguna idea; los demás necesariamente han de ser copia de estos, ó se habrán separado de ellos para entrar en el terreno de lo convencional, donde no hemos de seguirles.

Entre esos tres retratos figura el que grabado por Pedro Villafranca, en 1676, se halla colocado en un tomo de *Autos sacramentales,* publicado en Madrid en 1677; estampa sin otro mérito que el de su fecha y á la cual Calderon y el arte nada deben.

Queda, pues, limitado á dos solamente el número de retratos; uno de ellos el que, como guardian de las cenizas del gran poeta, ha seguido paso á paso todas las traslaciones del cadáver, desde la iglesia del Salvador á la de San Pedro de los Naturales, donde se encuentra; el otro se conserva en la Biblioteca Nacional.

Ambos están pintados al óleo y son bustos prolongados del tamaño natural. Conocíamos el primero, y le creíamos pintado por Juan Alfaro, siguiendo la autorizada opinion del Sr. Mesonero Romanos, que así lo afirma, y las no ménos válidas de Baena y la Barrera; pero hé aquí que al visitar la Biblioteca Nacional, é inquiriendo el autor del otro retrato que allí existe, se nos dice tambien que es de Alfaro, y así se consigna por D. Isidoro Rossell, en un tomo de la *Revista de Archivos,* siguiendo tal vez las indicaciones del Sr. Carderera, que opinaba del mismo modo.

No constando que Alfaro pintase más de un retrato de Calderon, y siendo por otra parte de distinta escuela el que está sobre la tumba del poeta y el que en la Biblioteca Nacional se conserva, necesariamente uno de ellos, por lo ménos, no es de Alfaro.

¿Qué opinion seguir? ¿La de Mesonero y Barrera ó la de Carderera y Rossell?

Ante esa duda no queda más partido que estudiar la biografía del pintor, y ver las obras que de él existen.

Los pocos que de Alfaro se han ocupado, y no especialmente, sino incluyendo el nombre de este pintor cordobés entre un largo catálogo donde por necesidad habia de

citarse, so pena de hacer con él una injustificable excepcion, le presentan como un discípulo de Velazquez, que al par que seguia en Madrid su escuela y procuraba imitarla, copiaba con profusion á Rúbens, Ticiano y Vandick, tomando necesariamente algo de todos, hasta que abandonando muy pronto sus estudios y declarándose independiente, pasó á su pátria y pintó, para el convento de San Francisco, gran número de cuadros, al pié de los cuales con ridícula presuncion estampaba un *Alfaro pinxit,* que le valió aquella severa leccion de su maestro, el cual, habiendo terminado un lienzo para el mismo cláustro, no le firmó, escribiendo en él *Non pinxit Alfaro*; frase que ha pasado luégo á ser proverbial entre los pintores.

Sin conocimiento del dibujo, que no estudió, y arrastrado en el color, á un tiempo mismo, por los tres maestros cuyas obras empezó á copiar, no pudo dar á sus cuadros un sello característico y un mérito de que él carecia.

Esto, unido á su natural voluble é impresionable, que le hacía en ocasiones abandonar la pintura por la poesía, y al tiempo que pasó en viajes frecuentes de Córdoba á Madrid, debió hacer de él un pintor aceptable á lo sumo, pero nunca notable.

Y siendo notables los dos retratos al óleo que hemos citado, sobre todo el que en San Pedro existe, es muy presumible que ninguno de ellos se deba al pincel de Alfaro, que de fijo con caractéres bien legibles habria señalado su procedencia.

Además, la especialidad de Alfaro, segun sus biógrafos, fueron los retratos pequeños al óleo, á cuya práctica debió dedicarse viendo la aceptacion que tenia esta clase de pintura, desde que Velazquez en cierto modo la inició, pintando, entre otros, el retrato del Conde-Duque de Olivares, que hoy se admira en el Escorial, y es una verdadera joya en este género, legada por el autor de *Los bebedores*.

Dedicado Alfaro á esta manera de hacer, que tanto se aparta de la que requiere un retrato de tamaño natural, habia necesariamente de descuidar estos, y los dos de Calderon que nos ocupan no indican descuido en su factura.

Si entramos ahora en el exámen de sus obras, notamos en ellas incorrecto el dibujo, y en cuanto al color, aunque en ciertos momentos es feliz y recuerda los tonos grises empleados por Velazquez, no hay en él esa riqueza y valentía que señaló la escuela española del buen tiempo.

El estilo de Alfaro se asemeja al de Rizi; confia al claro oscuro más que á las medias tintas el efecto de sus cuadros.

Entre estos, y como marcando los dos géneros de su autor, podemos citar *El Angel de la Guarda,* pintado para una de las capillas de San Isidro el Real, y un retrato del obispo de Salizanes, para Córdoba.

Comparando con ellos los dos de Calderon, no hallamos fundamento para asegurar que se deban á un mismo artista.

Es innegable que el de la Biblioteca no puede atribuirse á Alfaro, porque pertenece de lleno á la escuela veneciana, cultivada por Greco en su primera época; y no hay nada en los lienzos del pintor cordobés que recuerde á Theotocópulo. Además, este retrato nos presenta á Calderon en los últimos años de su vida, quizá en el mismo de su muerte; Alfaro no existia ya entónces, y aunque no medió mucho tiempo entre el fallecimiento de ámbos, hay la circunstancia de que algunos años ántes, el pintor dejó

por completo sus trabajos, y se dedicó á buscar para su salud un restablecimiento que no pudo encontrar.

No es tampoco el de San Pedro de los Naturales del estilo de Alfaro, por cuanto la base de esta pintura son las medias tintas, no se halla un oscuro en toda la cabeza, está más cuidado el dibujo y hay en la obra detalles de una espontaneidad digna de Velazquez.

Estas consideraciones nos harían alejar en absoluto del lienzo el nombre de Alfaro, con que se pretende legitimar su procedencia sin la opinion de Cean Bermudez, que en su *Diccionario Histórico,* publicado en 1800, asegura que Alfaro pagó á D. Pedro de Arce el hospedaje «con los retratos de este caballero, de su mujer y de algunos poetas y escritores que concurrian á su casa, y con varios cuadros que le pintó, copias y originales, incluso el retrato de D. Pedro Calderon de la Barca, que se colocó sobre su sepulcro en la parroquia de San Salvador.»

Tan séria afirmacion, apoyada en el hecho de hospedarse Alfaro en casa de Arce cuando el poeta tenia poco más ó ménos la edad que en el retrato representa, nos obliga á no negar en absoluto la posibilidad de que el pintor cordobés sea el autor del indicado lienzo, aunque siempre nos quedará la duda que el exámen biográfico del artista y el estudio de sus obras han hecho nacer en nosotros.

No falta quien supone á Tristan autor del retrato que existe en la Biblioteca; pero esta suposicion es de todo punto inadmisible. Tristan murió en 1640, y entre esta fecha y aquella pintura hay cuarenta años de distancia.

Escritas las anteriores consideraciones, tuvo la bondad de comunicarnos el señor vice-rector de la Congregacion de Naturales de Madrid, que se habian hallado y estaban á nuestra disposicion algunos datos curiosos relativos al retrato.

Y en efecto, examinando minuciosamente los libros de cuentas, hallamos la siguiente partida: «2.457 reales por el mármol, remate y letras; y 443 por la pintura, retrato de D. Pedro Calderon, regalo al que compuso el epitafio, y refrescos y gajes á los oficiales.»

Y en otro libro, que contiene anotaciones sumamente curiosas, vemos que: «Detrás del retrato original que existe en la parte superior de la lápida negra y blanca, que hoy se halla en la capilla mayor de nuestra iglesia, se lee lo siguiente: «Don Francisco Vicente, que restauró este retrato en 1862, certifico: que en el lienzo de la anterior forracion existia la siguiente nota: «D. Pedro Ruoita, habiendo restaurado este retrato de D. Pedro Calderon de la Barca, certifico que debajo de este lienzo está la firma del autor que lo pintó. Madrid 16 de Julio de 1870. P. R.;» y que la firma á que éste se refiere es la de Francisco Zariñena (discípulo de Ribalta).

Madrid 24 de Octubre de 1863.—Francisco Vicente.—(Hay una rúbrica.)»

Ninguno de estos últimos hallazgos se oponen á cuanto hemos dicho; pero pueden dar luz para más profundas investigaciones, y son de todos modos un documento curioso, aunque no de exactitud indiscutible.

Los retratos de Calderon que hemos citado eran los únicos de que teníamos noticia; pero en medio de nuestras indagaciones supimos que el inspirado vate, D. Gaspar Nuñez de Arce, poseia otro no conocido generalmente.

En este último, nuevo para nosotros, nada hay que revele á Calderon; tan sólo en la frente hallamos cierta semejanza con los demás que del poeta existen; pero si, como ha dicho la prensa y afirmado algun entusiasta, fuese, en efecto, el retrato del ilustre poeta, ¿cómo no ostenta la cruz de Santiago, que Calderon usó constantemente desde la edad de treinta y seis años?

Además, habiendo sido simple soldado no pudo retratarse de capitan de corazas, empleo que nunca tuvo, y que el retrato parece demostrar, aunque nada puede apreciarse con exactitud, dado el tamaño de la pintura, que es un busto muy pequeño.

Este trabajo anónimo puede atribuirse á algun imitador de Velazquez en este género, que como ya hemos dicho, tuvo en aquella época gran aceptacion.

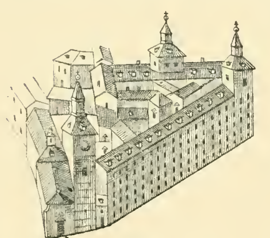
La figura representa ménos de cincuenta años.

Hay quien afirma que habiendo asistido Calderon al sitio de Breda, pues sólo copiando el natural puede escribirse la comedia que lleva este título, Velazquez, que era apasionado de esta produccion hasta el punto de fundar en su última escena el famoso *Cuadro de las lanzas,* pintó en él al poeta; y los que tal afirman ven el retrato de Calderon en una de las principales cabezas del lienzo; pero esta afirmacion gratuita, y sin más fundamento que el hecho de haberse Velazquez retratado en el cuadro, cae por su base leyendo la historia, orígen y descripcion, sobradamente conocidas de esta obra de arte.

En nuestros tiempos se han hecho muchos retratos de Calderon, algunos de ellos de indudable mérito, entre los que pudiéramos citar el que habia en el antiguo techo del Teatro de la Ópera, pintado por Pallastre (techo sustituido desgraciadamente por otro de ménos valor artístico que el antiguo), y el del Teatro Español; pero en estos como en todos los modernos, ó el artista pinta un Calderon imaginario, ó tiene que buscar necesariamente alguno de los retratos que hemos citado.

TRASLACIONES

El dia 26 de Mayo de 1681, á las once de la mañana, se daba sepultura en la iglesia de San Salvador (cuyo diseño acompañamos, tomado, como todo lo referente á edificios, del ya citado *Plano topográfico* de Texeira) al cadáver de Calderon de la Barca.


ANTIGUA PARROQUIA DE SAN SALVADOR.

No se hizo allí una vana ostentacion de lujo y ornato, no; el gran poeta prevenido habia en su testamento la humildad de su entierro, y no fué posible salvar esa valla puesta por la última voluntad de un génio que no quiere más gloria que la eterna.

Esto no impidió que los cómicos de Madrid le hicieran unos funerales suntuosos, de que nos dá noticia D. Antonio Solís y Rivadeneyra en una carta de 11 de Junio de aquel año á su amigo D. Alonso Carnero. Consta tambien que, á pesar de que Calderon dispuso se cantase la misa á

voces solas, asistió la música de la Real Capilla. Y el Marqués de Villatorcas, en la propuesta que hizo al Alcázar de Valencia para conmemorar con veladas literarias la muerte del inmortal vate, dice: «Escriben de Madrid que en el entierro de D. Pedro iban más de tres mil personas con hachas.

La Congregacion de Presbíteros Naturales de Madrid, á la que legó Calderon sus bienes, quiso perpetuar la memoria del que fué en vida su hermano mayor, dedicándole, no sin vencer ántes grandes dificultades, que á su intento se oponian, un sentido epitafio que se colocó en 1682, y fué autorizado por la autoridad eclesiástica en Enero del año siguiente; dice así, copiado á pesar de sus errores, tal como se halla en la lápida:

D. O. M.

D. PETRUS CALDERONIUS DE LA BARCA, MANTUA URBE NATUS, MUNDORBENOTUS,
RUBRO D. JACOBI STEMMATE AURATUS EQUES
CATHOLICORUM REGUM TOLETI,
PHILIPI IV; ET CAROLI II. MATRITI AD HONOREM, FLAMEN.
CAMŒNIS OLIM DELICIARUM AMŒNISSIMUM FLUMEN
QUÆ SUMMO PLAUSU VIVENS SCRIPSIT,
MORIENS PRÆSCRIBENDO DESPEXIT,
MISTARUM EX INDIGENIS CŒTUM
HÆREDEM HAC LEGE RELIQUIT
UT VERÆ GLORIÆ CUPIDUM TUMULARET INGLORIUM.
MUNIFICO TAMEN GRATUS BENEFACTORI
HOC MARMORE CONDIDIT
OCTOGENARIUM.
ANNO DNI M. D C. LXXXII.
NEC REGUM PLAUSU FIDE, NEC INGENIO.

La traduccion, hecha por la Academia Greco-Latina, es la siguiente:

D. O. M.

D. Pedro Calderon de la Barca,
natural de Madrid, célebre en todo el mundo.
Caballero del hábito de Santiago,
Capellan de los Reyes nuevos de Toledo,
y de honor de SS. MM. Don Felipe IV y Don Cárlos II.
Fué rio de delicias muy amado de las musas.
Despreció al morir
las obras que escribiera con extraordinario aplauso.
A la venerable Congregacion de Sacerdotes Naturales de esta córte
instituyó heredera, con esta condicion:
Que sepultase sin pompa al que no apetecía otra gloria que la eterna.
La Congregacion, no obstante, en muestras de gratitud
á tan liberal bienhechor,
le dió sepultura bajo este mármol.
Vivió ochenta años.
Año del Señor M. D. C. LXXXII.
No en real aplauso ni en talento fies.

Sobre esta inscripcion se colocó el retrato del poeta, atribuido generalmente á Al-

faro, acerca del cual ya hemos hecho en otro lugar ligeras observaciones, y debajo de ella fué puesta una sencilla lápida negra ochavada, en la que se lee:

LA VENERABLE
CONGREGACION DE
SACERDOTES NATURALES
DE ESTA VILLA PUSO AQUÍ
ESTA INSCRIPCION CON
PERMISO DE DON DIEGO
LADRON DE GUEVARA CA-
VALLERO DE LA ÓRDEN DE
CALATRAVA PATRON DE
ESTA CAPILLA
1682

En aquel sagrado recinto disfrutaban los restos de Calderon la paz del sepulcro, al lado de otros individuos de la familia del poeta, que en la misma bóveda se enterraron, hasta que un dia, el estado ruinoso de la iglesia del Salvador, que amenazaba confundir con el polvo de su derrumbamiento las cenizas de varon tan ilustre, hizo á la Archicofradía de San Nicolás pensar sériamente en la traslacion del cadáver, y al efecto, en 27 de Mayo de 1840, pidió á la Congregacion de Presbíteros Naturales el concurso y apoyo necesarios para llevar á cabo tal pensamiento; concurso que sin límites prestó esta Congregacion, mostrando además su gratitud á la Archicofradía iniciadora en un cariñoso oficio fechado en 1.° de Junio de aquel año.

Puestas de acuerdo, y trabajando de consuno ámbas corporaciones, entablaron las diligencias necesarias, proveyéronse de la correspondiente licencia, y el dia 12 de Junio del mismo año 1840 fué exhumado el cadáver y trasladado á la Sacramental de San Nicolás, donde se colocaron tambien las dos inscripciones ántes citadas y el retrato; y aquí empieza esa série de traslaciones, que quizá no ha terminado aún.

Dispuesta por la ley de 6 de Noviembre de 1837 la creacion de un Panteon Nacional, y decretado su cumplimiento en 31 de Mayo de 1869, nombróse una comision que en breve tiempo dió cima á sus trabajos, despues de haber adquirido la triste evidencia de que los restos de Antonio Perez, Cervantes, Lope de Vega, Juan de Herrera, Velazquez, Jorge Juan, Cláudio Coello, Alonso Cano, Gabriel Tellez, el P. Mariana y otros muchos, no existian.

Acordada la inauguracion del Panteon Nacional para el dia 20 de Junio del mismo año 1869, la víspera vió la Archicofradía de San Nicolás desaparecer de su cementerio las cenizas de Calderon, que se llevaron á Atocha al depósito allí establecido, siendo al dia siguiente conducidos á la iglesia de San Francisco, formando parte de la comitiva de hombres célebres, cuyos restos iban á guardarse bajo un mismo techo.

Dióse al acto la suntuosidad y explendor compatibles con la escasez de medios de que la comision disponia.

Un solemne responso cantado en la basílica de Atocha precedió la salida de la comitiva, que fué anunciada con cien cañonazos disparados por una seccion de artillería, colocada en el paseo de las Delicias: encabezaba el cortejo un escuadron de Guardia civil, al que seguian los acogidos del Hospicio, colegios de San Ildefonso, Asuncion, Escolapios y demás incorporados á la Universidad; despues iban los timbales y clarines, y sucesivamente todas las carrozas, en número de diez y siete, empezando por la triunfal de España, á la que seguian las que conducian los restos de tanto varon insigne, y concluyendo con la alegoría de la Fama.

Era la sétima la de nuestro poeta; llevaba corona de laurel, los lemas: *La vida es sueño, El Alcalde de Zalamea, A secreto agravio... Casa con dos puertas, La dama duende;* y la leyenda:

«Acudamos á lo eterno
que es la fama vividora,
donde ni duermen las dichas
ni las grandezas reposan.»

CALDERON.

Arrastraban la carroza cuatro yeguas con rendaje y penacho azul y blanco; la mejor edicion de las obras de Calderon impresa en el extranjero servia de trofeo y formaban la comitiva: Escosura, como ilustrador del teatro escogido de Calderon; Presbíteros Naturales de Madrid, profesores de la Escuela Nacional de Música, artistas y escritores dramáticos, y una comision del Ayuntamiento.

Detrás de las carrozas marchaban la comision de Fomento, sub-comision del Panteon, maceros, diputados de las Constituyentes, Cuerpo diplomático, Consejo de Ministros, Regente de la Nacion, dos compañías de ejército con bandera y música, una seccion de artillería y dos escuadrones.

Al llegar el cortejo á la plaza de la Constitucion, un coro de cuatrocientas voces, acompañadas por dos bandas militares, entonaron un himno á la pátria, y al penetrar en San Francisco, la artillería, situada en la cuesta de Gilimon, disparó cien cañonazos.

Parecia natural que esta fuera definitivamente la última morada de D. Pedro Calderon; pero no sucedió así: el dia 13 de Octubre de 1874, por causas que no hemos de analizar, y en las que no anda ociosa la política, los restos fueron nuevamente trasladados á la Sacramental de San Nicolás, en medio de un aguacero tan espantoso que convirtió en temible al pacífico Manzanares. En esta traslacion nada hubo que fuese digno del poeta. No se verificó, sin embargo, como el Sr. Fernandez de los Rios la consigna en su *Guia de Madrid.*

Finalmente, decretada la clausura de los cementerios y la construccion de la Necrópolis, la Congregacion de Presbíteros Naturales de esta córte elevó en Noviembre de 1879 una atenta y razonada súplica al Gobierno pidiendo los restos del que fué en vida su protector y hermano, solicitud despachada favorablemente en 27 de Diciembre de aquel año; y en su consecuencia procedióse á preparar en la iglesia de la

Congregacion un modesto sepulcro que guardase definitivamente las cenizas de Calderon.

Terminado que fué, fijóse el dia 22 de Abril de 1880 para la exhumacion del cadáver.

Autorizada el acta de entrega por el notario D. Zacarías Alonso, que nada aceptó por sus honorarios, considerándose suficientemente pagado con la gloria de firmar tal documento, y despues de un suntuoso responso en la capilla del cementerio, púsose en marcha la comitiva, cuya descripcion dejamos á los Presbíteros Naturales de Madrid, que con la impresion del momento y el júbilo de quien ve realizados sus más ardientes deseos, la consignaron en un libro, que con todo lo relativo á traslaciones del cadáver conservan en el Archivo de la Cofradía:

«Abrian la marcha los batidores de caballería; seguian cincuenta niños, hijos de Madrid, acogidos en el Hospicio, los del Colegio de San Ildefonso, con velas en la mano, y la música del primer Regimiento de Ingenieros. Despues la Archicofradía Sacramental de San Nicolás de Bari, con sus insignias y el clero parroquial de San Lorenzo, aumentado con gran número de sacerdotes de otros templos, designados por nuestra Congregacion, los cuales cantaban los salmos penitenciales, dirigidos por seis bajos de la Real Capilla, tambien sacerdotes, y acompañados por un bajoncillo. Inmediatamente, á uno y otro lado del carro fúnebre, marchaba la Congregacion, y detrás la presidencia de la misma, ó sea el Ilmo. Sr. Rodriguez Beltran, capellan mayor de Muzárabes de Toledo, y cuatro consiliarios.»

«De la urna ya mencionada pendian ocho cintas, que eran llevadas, las de la derecha por los Sres. D. Manuel Tomé; Tavira, en representacion de la Órden de Santiago; Cárdenas, por el cuerpo de Caballería; D. Juan José Moreno, capellan mayor, y las de la izquierda, por los Sres. Bono, coadjutor de la venerable Órden Tercera; Nuñez de Arce, por la Academia Española; Monseñor Rey Alarcon, por la capilla de los Reyes de Toledo, y D. Filomeno Cueva, como capellan de honor de S. M. Por último, seguia el cortejo fúnebre que formaban las comisiones nombradas por las corporaciones religiosas, científicas y literarias, que habian recibido anticipadamente invitacion, presidiendo los señores Ministros de Fomento, Vicario visitador eclesiástico, Conde del Asalto y Teresa García, Teniente Alcalde. Cerraba el cortejo un piquete de caballería. Es de notar, que al subir la comitiva por la Carrera de San Jerónimo, los señores diputados de la Nacion, suspendiendo sus tareas, salieron al vestíbulo ó plataforma del Palacio del Congreso para presenciar el paso de aquella.»

«Llegado el cortejo fúnebre á la iglesia del Hospital de Sacerdotes, esperaba á la puerta el Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, con su capellan crucificario, y los congregantes señores G. Paredo, Ramirez, Aspelí, Borja, Vela, Gordo y Gamero, y entrada la urna por los mismos señores que la sacaron del cementerio (1), y colocada en un pequeño túmulo, se cantó el responso *Libera mea me,* composicion del maestro Eslava, por un escogido coro de las principales voces de Madrid, dirigido por el Sr. Tapia, nuestro congregante, oficiando dicho Eminentísimo Prelado. Concluido el responso, se procedió á depositar la urna cineraria en el mausoleo que próximo á la iglesia, en un costado de su altar mayor, ha costeado la Congregacion, dignándose su Eminencia cerrar las llaves de las puertas interiores á presencia de los excelentísimos señores que habian presidido el duelo.»

El 25 de Mayo de aquel mismo año se celebraron en la citada iglesia solemnes honras.

La Congregacion de Presbíteros Naturales, queriendo perpetuar la fecha de esta

(1) Los congregantes más antiguos.



ESTÁTUA DE CALDERON EN LA PLAZA DE SANTA ANA DE MADRID.

última traslacion, ha hecho colocar en la ante-sacristía de la iglesia, donde se levanta el sencillo sepulcro de mármol blanco que reproducimos, y que se corresponde con la lápida del lado de la iglesia, otra lápida en que se lee la siguiente inscripcion:

D. PETRI Á CALDERON DE LA BARCA OSSA ET CINERES,
POST VARIAS TRANSLATIONES, UT PROPE DEUM QUIESCANT,
HOC IN HOSPITIO PAUPERUM SACERDOTUM, VENERABILIS,
CONGREGATIO B. PETRI APOSTOLI, PRÆSBITERORUM
SÆCULARIUM MAJORITENSIUM, QUAM VIVENS REXIT
ET MORIENS HEREDEM INSTITUIT, TAN EGREGIO
BENEFACTORI, SUIS SUMPTIBUS, LIBENTISSIME
HOC MONUMENTUM EREXIT
ANNO DNI MDCCCLXXX.

Descansen en el Señor, despues de tantas traslaciones, los huesos y cenizas de D. Pedro Calderon de la Barca. La Congregacion del Bienaventurado Apóstol San Pedro, en este Asilo de Presbíteros pobres seglares de Madrid, á la cual viviendo dirigió y al morir dejó heredera, erigió á tan egregio bienhechor, de buen grado y á sus expensas, este monumento. Año del Señor 1880.

Sobre esta inscripcion se ha colocado una copia poco exacta del retrato que se halla en la iglesia, y allí mismo, en la citada ante-sacristía, se ha fijado la lápida que tanto tiempo estuvo sobre el sepulcro del poeta, y que ya hemos trascrito.

Conserva tambien la Congregacion la lápida ochavada ántes citada y tres cuadros; uno que representa La Cena, y otros dos San Pedro y San Pablo respectivamente; cuadros que enumerados van en el testamento.

¡Quiera Dios que los azares de la suerte, las vicisitudes políticas ó el capricho de los hombres no despojen á los Presbíteros Naturales de Madrid de una joya, que tanta estimacion tiene y ellos solos deben guardar!

MONUMENTO Á CALDERON.

Dos siglos habian trascurrido desde la muerte del ilustre dramaturgo, y Madrid no contaba en su recinto el más pequeño monumento consagrado á honrar la memoria del poeta. Más felices los alemanes, poseian en el Teatro Real de Munich una estátua de Calderon, que al lado de las de Shakspeare, Schiller y otros, representaba allí las glorias literarias de nuestra pátria.

Hoy, despues de muchas vicisitudes, puede admirarse en la plaza de Santa Ana el monumento que, tomado de fotografía, acompañamos, y que no es ciertamente á la iniciativa del Ayuntamiento á quien se debe.

Pensionado en Roma por la Academia de Bellas Artes el escultor D. Juan Figueras, debia, segun las condiciones impuestas á los que por concurso obtuvieron la pension, presentar una estátua de cualquiera de los personajes ilustres que registra nuestra historia, cuya estátua, una vez expuesta, venia á ser propiedad del escultor, á

ménos que éste proyectara en mármol su obra, en cuyo caso el Ministerio de Estado, de quien la Academia de Roma depende, costearia los gastos, quedando despues la escultura á favor del Gobierno.

Figueras, que por Calderon tuvo siempre verdadera idolatría, eligió desde luégo al poeta como asunto á su estátua, participando su resolucion de hacer en mármol un trabajo, á que con la fé de un verdadero artista se dedicaba, y terminado que fué, lo puso á disposicion del Ministro de Estado; pero pensando que Madrid carecia de un monumento á Calderon, y hasta tanto que (como el pensionado modestamente confiesa en una carta dirigida á Ayala) el país pueda hacer un sacrificio en honor de sus hijos ilustres, y un Gobierno amante de nuestras glorias confíe á artistas de reputado mérito un trofeo colosal, verdadera apoteosis del génio del poeta, pensó en que su obra puesta sobre un sencillo basamento viniera á llenar un vacío imperdonable, tratándose del autor de *La vida es sueño*.

A este fin hizo el proyecto del monumento como él lo concebia, reprodujo la fotografía su trabajo, y un ejemplar de esta reproduccion fué enviado al Excmo. Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala, entónces Ministro de Ultramar, que acogió con entusiasmo la idea, y á su decidida cooperacion é incansable celo se debe que el Ministerio de Estado cediese al Ayuntamiento de Madrid la estátua hecha por Figueras, siempre que el Municipio sufragase los gastos del pedestal y erigiese el monumento en un sitio público de la villa.

La Corporacion municipal aceptó gustosa la cesion, y en comunicacion de 4 de Enero de 1877, dirigida al Ministro de Ultramar, se participaba á éste que aceptado el proyecto pasaba á la comision de Obras públicas, para que con toda urgencia emitiese su dictámen. Fué éste favorable, y en su consecuencia pidióse al escultor el presupuesto de un económico pedestal, que, aprobado, dió orígen al sencillo monumento de la plaza de Santa Ana, hecho en Roma, y en el que su autor no pudo desplegar por completo su pensamiento por la escasez de recursos de que el Municipio disponia.

Un pedestal y un grupo forman el monumento.

Labrado en mármol blanco, y eligiendo las hojas de acanto para el adorno de las ménsulas, entra de lleno en ese gracioso estilo del renacimiento italiano, tan grande en su apogeo como pobre y mezquino en su caida.

Todo en la obra del Sr. Figueras está pensado y sentido, y si no es una creacion colosal, como las muchas que en Italia se admiran, es digna al ménos de general aplauso.

Calderon, cubierto con el traje de sacerdote, es el Calderon que todo el mundo concibe; pero como no al ministro del Señor dedicase la estátua, sino al poeta, se ha evitado en ella que el sacerdote domine, haciendo de modo que el traje talar venga únicamente á satisfacer el sentimiento del vulgo, que sólo así concibe al poeta.

No ha buscado el escultor una actitud dramática para la figura, ni por componerla ha sacrificado la verdad y el carácter á las exigencias de la línea ó el contorno. Calderon, sentado, cruza sus dos manos sobre un libro que descansa en sus rodillas, en la derecha tiene una pluma; no alza al cielo su cabeza en demanda de inspiracion, rico manantial de ella es su frente, y la inclina más bien al suelo para buscar en él vicios

que corregir, virtudes que ensalzar, miserias que destruir, provechosa enseñanza que llevar al teatro.

Al lado del poeta está la Fama, que, con una mano sobre el emblema de la comedia, sostiene el pedestal en que aquél descansa; linda alegoría cuyo mérito oscurece algun tanto la colocacion poco feliz de la graciosa figura, que considerada aisladamente resulta llena de belleza y de encanto, animando sus lábios una sonrisa de satisfaccion al acompañar génio tan grande.

Un cuerpo de cuatro frentes ligeramente cóncavos, sobre tres gradas rodeadas de una barra de hierro, forman el basamento. En él se han esculpido cuatro bajos relieves de bronce, que representan las últimas escenas de *La vida es sueño*, *El Alcalde de Zalamea*, *El escondido y la tapada* y *La danza de la muerte*, es decir, todos los géneros cultivados por el poeta, todas las fases de su teatro, desde la creacion filosófica y el auto sacramental hasta la comedia de capa y espada y el drama puramente local y de circunstancias, destinado á llevar el sentimiento de justicia á una sociedad que lo habia perdido por completo.

Cuatro ménsulas invertidas, de las que penden sencillas guirnaldas de laurel, enlazan con la estátua este primer cuerpo, formando á su vez otro cuerpo de cuatro frentes, en uno de los cuales se ha colocado, á manera de inscripcion, el nombre del poeta; la alegoría de la poesía y las armas, graciosamente expresadas por figuras infantiles, que llevan en su mano símbolos de la literatura y la guerra, campean en otro; un tercero ostenta la comedia y la tragedia, simbolizadas de un modo análogo, y en el cuarto nada se ha esculpido aún, porque destinado á llevar una inscripcion, se fijó por Real órden, emanada del Ministerio de Estado, el endecasílabo «*La vida es sueño, pero no tu gloria*,» que aparte de su mala construccion gramatical, fué imposible grabarlo en un solo renglon, como sus autores pretendian y el verso requiere.

Finalmente, el dia 2 de Enero de 1880, en que bajaba al sepulcro el que tan buen nombre dejó como poeta, al que debe Madrid el primer monumento á Calderon, Ayala, en fin, se inauguró la estátua del inmortal dramaturgo, levantada en la plaza de Santa Ana, frente al elegante teatro que fué un tiempo corral de la Pacheca.

Damos aquí por terminado un trabajo, cuya aridez no se nos oculta, y es resultado de nuestra insuficiencia, por una parte, y por otra de la índole misma del asunto, que abrazando puntos tan diversos, necesariamente han de ser bruscas las transiciones al reseñarlos. Difícil es sostener el mismo interés al considerar, v. g., á Calderon en sus relaciones con el teatro y las Bellas Artes, donde el campo se presenta tan florido, que al describir las diferentes moradas del poeta, en que la imaginacion se estrella necesariamente ante la fria relacion de documentos oficiales que es forzoso trascribir, de fechas que citar, de descripciones, las más veces vulgares, que hacer, y de las que no puede prescindirse, dado el carácter de la obra.

A pesar de todo, estaríamos satisfechos de este ligero bosquejo iconográfico, si sirviera mañana de base á otros trabajos más sérios que no luchasen como el nuestro con la premura del tiempo; y si el Gobierno, tomando en cuenta nuestras indicaciones, diese una prueba de respeto y veneracion al autor de *La vida es sueño*, é imitando el

ejemplo de los florentinos, que saben honrar y venerar el recuerdo de sus hijos ilustres, tratase de conservar la morada del poeta, fundando en ella un pequeño museo, una biblioteca y una academia de Calderon.

Nada más fácil, despues de nuestras ligeras observaciones, que conociendo el testamento, y sabiendo que los recibos dados por los que recogieron las mandas del poeta existen en San Pedro de los Naturales, reconstruir la morada del ilustre vate, tal como se hallaba en 25 de Mayo de 1681.

Solos, sin el prestigio de la gestion oficial, y guiados por los documentos citados, hemos hallado algunos objetos que á Calderon pertenecieron; tarea sencillísima sería para el Gobierno encontrar los demás, adquirir todos y sustituir los que á su investigacion se escapasen con otros análogos de la misma época, siguiendo las indicaciones del testamento.

Comprando ó alquilando despues la casa de la calle de Platerías, pudiera destinarse á consagrar en ella un culto al varon insigne que la ocupó tanto tiempo, reconstruyendo el piso principal que el poeta habitaba, guardando allí los muebles y objetos encontrados, llevando esta misma práctica al oratorio, estableciendo la comunicacion que con los pisos superiores existiría, y destinando uno de ellos á la biblioteca.

Esta conservaría un ejemplar de todas las ediciones de las obras de Calderon, y de cuanto sobre ellas y su autor se haya escrito. Allí mismo, en una seccion aparte, pudiera formarse el museo iconográfico, y finalmente, en la misma casa podría fundarse la Academia, compuesta de cierto número de individuos encargados de redactar diferentes ediciones de las obras del poeta, propagarlas con profusion, hacer juicios críticos de ellas, enriquecer la biblioteca con cuantos escritos se refieran á Calderon, ya fuesen nacionales ó extranjeros, dejando á la inmediata inspeccion de los académicos todos los asuntos de esta índole, cuya enumeracion vasta y detallada sería objeto de un reglamento.

Estas vagas indicaciones, tan á la ligera apuntadas, si no bastan á desarrollar nuestro pensamiento por completo, son á lo ménos suficientes para señalar al Gobierno un vacío que debe llenar, perpetuando la memoria del sin rival dramaturgo y estimulando de este modo á los que siguen el árduo y espinoso camino de la literatura, que se sentirán alentados al ver el testimonio de gratitud y cariño que la pátria guarda para los que la iluminaron con la llama de su génio.

NOTAS È ILUSTRACIONES

PÁG. 72, LÍNEA 4.

En corroboracion de nuestro aserto copiamos la Memoria de las apariencias, del auto *La viña del Señor*, que elegida al acaso, y comparada con otras de aquel tiempo, puede venir á demostrar hasta qué punto Calderon lo sacrificó todo á la verdad escénica, dentro de las condiciones de su época:

«El primer carro ha de ser un cenador en forma de cabaña, cuyos adornos han de constar de haces y manojos de trigo, y su pintura instrumentos de labranza; en medio dél ha de haber una elevacion, cuya peana ha de ser un cogollo de espigas, con una hostia en medio, tan grande, que á manera de aracelí pueda caber un niño dentro de ella, y ha de subir hasta ponerse encima de los bastidores, que han de formar el cenador ó cabaña.»

«El segundo carro ha de ser correspondiente al primero, con la diferencia de que sus adornos han de ser un emparrado, y su pintura instrumentos de vendimia, y su elevacion en un cogullo de hojas de parra, con un cáliz sin hostia, tan grande que subiendo otro niño delante dél, se muestre descubierto.»

«El tercer carro ha de ser en su primer cuerpo una fábrica de torre, que, continuada en el segundo, suba en buena proporcion á rematar coronada de almenas; este segundo cuerpo se ha de embeber á su tiempo en el primero, y dejar descubierta una persona en una cruz, con otras dos á sus piés.»

«El cuarto carro ha de ser una fábrica de palacio, enriquecida de jaspes y bronces, la cual se ha de abrir en bastidores á sus lados, y la fachada ha de caer al tablado con escalera para subir y bajar por ella. Dentro deste carro ha de haber puesta una mesa con viandas, lo más aparatosa que se pueda, y en su cabecera dos asientos para dos personas. En lo alto del respaldo se han de poner aparadores con jarros y fuentes plateados. La tabla de esta mesa ha de tener un escotillon, y por debajo dél ha de salir en elevacion una persona, hasta descubrir en una fuente, como degollada, la cabeza. Cerrada una vez esta apariencia, se vuelve á abrir segunda vez, y quitadas las viandas, ha de tener la mesa un cáliz y una hostia.—*Don Pedro Calderon de la Barca.*

PÁG. 72, LÍNEA 7.

Dice el Sr. Gonzalez Pedroso:

«Y ascendiendo este precio el de la representacion de dos autos con sucesivas acumulaciones, á 700, 800 y 950 ducados, vemos en 1680 ajustar cada compañía la representacion de un sólo auto en precio de 19.450 reales, renunciando, por supuesto, á toda ayuda de costa para sus individuos. No estorbó esta cláusula que aquel mismo año se pagasen 13.200 reales *de cuatro comediantas que entra Don Pedro Calderon, que llaman sobresalientes, por no ser de las que hay en las compañías.*»

PÁG. 75, LÍNEA 41.

Las obras de Ortiz, Santa María y otros autores de música didáctica, forman parte de la copiosa biblioteca que posee nuestro amigo el Sr. Barbieri, donde las hemos consultado.

PÁG. 77, LÍNEA 38.

En la imposibilidad de dar á conocer los nombres de todos los comediantes que en tiempo de Calderon representaron las obras de

este ingénio, y deseando por otra parte ofrecer alguna novedad en esta parte de nuestro trabajo, recurrimos al Sr. Barbieri, quien registrando los libros de la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena, y algunos manuscritos y documentos de la época de Calderon, que en gran número se encuentran en su biblioteca, nos ha ofrecido la siguiente lista, que publicamos á continuacion:

ÍNDICE ALFABÉTICO

de los autores de comedias, ó sean directores de compañías de cómicos españoles, contemporáneos á D. Pedro Calderon de la Barca.

Acacio Bernal (Juan). Acuña (Antonio de). Aguado (Simon). Almansa (Mateo de). * Alvarez Vallejo (Jerónimo). Alvarez Vallejo (Manuel). Arias de Peñafiel (Damian). Arriaga (Pedro de). Arroyo (Antonio de). Arteaga (Juan de). Ascanio (Juan Antonio). Ascanio (Pedro de). Avellaneda (Francisco de). Avellaneda (Sebastian de). * Avendaño (Cristóbal de). Avila (Jerónimo de).

Balbin (Domingo). Bella (Antonio la). Bermudez de Castro (Miguel).

Caballero (Alonso). Caballero (Cristóbal) álias *Plumilla*. Caballero (Diego). Calle (Francisco de la). Calle (Juan de la). Camacho (Pedro). Carrillo (José). Carrion (José). Carvajal (Juan Antonio de). Castilla (Agustin Manuel de). Castilla (Pedro Manuel de). Castro (Antonio de). Su verdadero apellido era Zúñiga. Castro (Lorenzo de). Castro (Manuel de). Cebrian (Pedro). Cintor (Gabriel). Cobalera (Antonio). Correa (Juan).

Escamilla (Antonio de). Espínola (vide *Spínola*). Estrada (Pedro de).

Fernandez Bravo (Miguel). * Fernandez Cabredo (Tomás). Figueroa (Roque de). Francisco (Manuel) *el Brillante*.

Galindo (Francisco). Garcerán (José). García (Francisco) *el Pupilo*. García (Jerónimo). García (Lorenzo). García (Manuel) *el Sevillano*. García de Prado (Antonio). Gomez (Francisco). Gonzalez (Juan) *el Granadino ó el Meon*. Gonzalez (Manuel). Gonzalez (Raimundo). Granados (Antonio de). Guerrero (José Antonio). Gutierrez (Francisco).

Heredia (Alonso de). * Hurtado de la Cámara (Lorenzo).

Jimenez (Luis) *el Manquillo*.

Labraña (Domingo). Laplana (Domingo de). Lara (Salvador de). Leon (Sebastian de). Leon Diez de Bascones (Melchor). Lopez (Adrian). Lopez (Francisco). Lopez (Fulgencio). Lopez Sustaete (Luis).

Malaguilla Mendieta (Juan de). Manuel Agustin (vide *Castilla*). Marin (Antonio). Martinez de los Rios (Juan). Marzo (Juan). Medina (Cristóbal de). Mendoza (Martin de). Miranda (Miguel de). Monzon (Luis de). Morales (Alonso de) *el Divino*. Morales (Segundo de). Morales Castañeda (Jerónimo de). Morales Medrano (Juan de).

Navas (Juan de). Nieva (Juan de). Nuñez (Estéban). Nuñez (Estéban) *el Pollo*.

Olmedo (Hipólito de). Olmedo Tofiño y Agüero (Alonso de). Orgaz (Antonio de). Ortegon (Pedro de). Ortiz (Cristóbal Santiago). Ortiz (Juan Francisco). Ortiz de Urbina (Pedro). Osorio (Francisco). Osorio (Rodrigo). Osorio de Velasco (Diego).

Pascual (Félix). Paz (Alonso de la). Perez (Juan). Pinedo (Baltasar de). Pinelo (Francisco). Porras (Gaspar de). Prado (Vide *García de Prado*). Prado (Bernardo de). Prado (Sebastian de).

Reinoso (Santiago de). Rios (Nicolás de los). Riquelme (Alonso). Riquelme (Jacinto). Rodriguez (Antonio). Rodriguez (Juan). Romero (Bartolomé). Rosa (Pedro de la). Rosales (Fernando de). Ruano (Isidoro). Rueda (Antonio de). Ruiz (Juan).

Salazar (Cárlos de). Salazar (José de) álias *Mahoma*. Salazar (Juan de). Sanchez de Vargas (Fernando). Sanchez de Echevarría (Felipe). Santa Ursula (Juan Antonio de). Santiago (Diego de). Sedeño (Diego). Segovia (Gaspar de). Sevillano (Juan). Solano (Francisco). Spínola (Juan Bautista).

Toledo (Luis de).

Valcázar (Pedro de). Valdés (Cristóbal de). Valdés (Gaspar de). Valdés (Pedro de). Valencia (Francisco de). Valenciano (Juan Jerónimo). Vallejo (Jerónimo). Vallejo (Manuel). Vallespir (Estéban) *el Mallorquin*. * Vega (Andrés de la). Vega (Bernardo de la). Vega (Toribio de la). Vela (Miguel). Verdugo de la Cuesta (José). Villaflor (Manuel de). Villalva (Antonio de). Villarroel (Cristóbal). Villegas (Antonio de). Villegas (Juan de). Vivas (Juan).

Tambien hubo compañías dirigidas por mujeres, que se titularon igualmente *autoras de comedias*. Las más principales fueron:

Angela de Leon. Antonia Manuela. Bárbara Coronel. Eufrasia María de la Reina, cuyo verdadero nombre era Catalina Hernandez. Fabiana Laura. Francisca Verdugo. Inés Gallo. Isabel de Castro. Juana de Ondarro. Magdalena Lopez, *la Camacha*. María de la Cruz, *la Alquilona*.

Los cinco autores cuyos nombres llevan el asterisco (*) fueron los primeros fundadores



URNA DONDE ESTAN DEPOSITADOS LOS RESTOS DE CALDERON

de la Cofradía de Nuestra Señora de la Novena.

Todos estos autores de comedias eran por lo general tambien actores, y á veces de los más principales: y varias de sus compañías no sólo representaban en los teatros de España, sino en los de Portugal, Francia, Italia y Flandes.

No se incluyen aquí los que actuaban en los teatros de nuestras posesiones de América.

PÁG. 79, LÍNEA 23.

Para formarse una idea de lo que sería una representacion en el estanque grande del Retiro, basta leer la fiesta que con el título de *La Circe ó el mayor encanto amor*, original de Calderon, tuvo lugar en él, dirigida por Cosme Lotti, á peticion de la excelentísima señora Condesa de Olivares, cuya fiesta detalladamente describe en el «Apéndice de documentos cómicos» de su *Tratado histórico sobre el orígen y progresos de la comedia*, D. Casiano Pellicer.

PÁG. 82, CASA DONDE VIVIÓ Y MURIÓ CALDERON.

El *Plano topográfico* hecho en Amberes, del que hemos tomado, como repetidas veces indicamos, nuestros grabados, ocupó á su autor bastante tiempo; y no podia ménos de suceder así tratándose de un trabajo de esta naturaleza, hecho con los pocos recursos que las artes industriales contaban en el siglo XVII.

Es, pues, muy posible, que cuando Texeira reprodujo la casa que más tarde habitó Calderon, sólo tuviese un piso, siendo luégo adquirida por los abuelos del poeta, «que la labraron y edificaron,» dándole la distribucion con que en el texto la citamos.

No hemos podido hallar ningun grabado de la época, que recuerde la fachada de la finca en cuestion, por lo cual nos limitamos á calcar el grupo de casas del plano de Texeira, en que va enclavada la de Calderon, vista por la parte interior de la manzana.

En esta línea de casas, que se corresponde con la numeracion hecha en el *plano del solar*, y que empieza en el ángulo de la izquierda del grupo, puede apreciarse la vivienda que nos ocupa, reproducida aquí como dato curioso.

PÁG. 87, AUTÓGRAFO.

La última página del autógrafo que acompañamos, pertenece al auto sacramental *La humildad coronada*, escrito para Toledo en 1644, siendo comisarios los Sres. D. Ignacio de la Palma, Juan Bernabé de Grijosa, Luis de Palma y Melchor Ortiz de Cisneros.

Se publicó en la coleccion de *Autos sacramentales alegóricos é historiales*, hecha en Madrid en la imprenta de Manuel Ruiz de Murga, el año 1717.—Quinta parte.

PÁG. 89, LÍNEA 26.

La estampa grabada por Ettenard, que se halla al frente del *Obelisco fúnebre* á la memoria de Calderon, y la de Fosman, que figura en la coleccion de Vera Tasis, aunque publicadas posteriormente á la muerte del poeta, fué tan poco el tiempo que medió desde la fecha del fallecimiento á la de estas publicaciones, que pueden considerarse las citadas estampas como contemporáneas á Calderon, y es posible que alguna de ellas se empezase viviendo éste.

En ámbas, la huella del buril ha hecho perder el recuerdo del dibujo, que indudablemente sería bueno, teniendo en cuenta, sobre todo en la de Fosman, que á pesar de la mala ejecucion del grabado recuerdan mucho el retrato al óleo que existe en San Pedro de los Naturales.

PÁG. 92, LÍNEA 22.

Philastre no Pallastre, como por un descuido al corregir las pruebas estampamos, no fué el autor del primitivo techo del teatro de la Opera.

Equivocadamente lo creimos así, y este error muy general nace de haber hecho aquél artista varias decoraciones para el régio coliseo, así como tambien los telones de boca y maniobras.

El *techo de la platea* se debe al pincel de D. Eugenio de Lucas; y así consta en la *Memoria histórico-artística* del Teatro Real de Madrid, publicada en 1850, que nos ha facilitado nuestro querido amigo D. Luis Carmena.

PÁG. 92, LÍNEA 38.

Estando entónces los cómicos congregados formando una vasta Hermandad con el título de Nuestra Señora de la Novena, que grandes elementos contaba y mucho favor tenia, es muy presumible que á esta Hermandad, compuesta exclusivamente de cuantos á la escena se dedicaban, se refiera Solís y Rivadeneyra en su carta.

Y tanto por la predileccion con que Calderon vió todo lo referente á esta sociedad religiosa, cuanto por haber sido ella la única tal vez que hizo el entierro del ilustre vate, séanos permitido dar una idea, siquiera sea muy ligera, de su orígen y fundacion:

En el año 1615, Cárlos Veluti, caballero

florentino, movido de su devoto celo, colocó en la esquina de su casa, que ocupaba la calle del Leon con vuelta á la de Santa María, una imágen de la Vírgen titulada del *Silencio.*

Mantúvose en dicho lugar, siendo objeto de gran veneracion por parte de todos los fieles; pero muy especialmente de los cómicos ó representantes que á la sazon por aquellos barrios vivian.

En la noche del 24 de Marzo de 1623, la imágen fué apedreada y arrojada al arroyo, de donde recogida por el Tribunal de la Inquisicion, éste la conservó en su poder.

D. Pedro Veluti, hijo y sucesor de Cárlos, impulsado por los mismos piadosos sentimientos que á su padre animáran, colocó en 2 de Julio del mismo año una copia exacta de la primera imágen, á la que cupo igual suerte.

Aumentando entónces la devocion de Veluti y sus vecinos los cómicos á medida que eran mayores los ultrajes hechos al culto católico, pusieron una nueva copia de la imágen el dia 18 de Diciembre de aquel año, pintada por Juan Francisco, el discípulo predilecto de Carducho.

Hablando de ella y de la época de su colocacion, dicen así los antiguos estatutos de la Hermandad de la Novena:

«En el mismo año, dia 18 de Diciembre, en que la Iglesia celebra la solemnidad de la Espectacion de la Vírgen Pura, se colocó el lienzo de la Señora, de mano de Juan Francisco, uno de los más acreditados discípulos de Vicencio Carducho, inundando la comarca del sitio, de exclamaciones devotas, clamores festivos, sonoros instrumentos, copiosas luces, precioso ornato é innumerable concurso, que descuidado por lo divertido, se halló en la noche de aquel alegre dia, sin acertar á distinguirla, segun la multitud de antorchas, luminarias y artificiosos juegos, que si no excedieron al resplandor del planeta Quarto, á lo ménos no echaron ménos su explendor radiante.»

Esta vez el lienzo fué respetado, y de dia en dia aumentaba el número de trofeos colocados á su alrededor, símbolos de otras tantas mercedes logradas, segun el dicho de sus peticionarios, por la intercesion de aquella Vírgen del *Silencio;* hasta que Catalina Flores, que tullida se arrastraba penosamente con dos muletas, encomendando á aquella Vírgen su curacion, oró fervorosamente por espacio de nueve dias, al cabo de los cuales pudo correr, libre por completo de su dolencia, á anunciar por todos los ámbitos de la villa tan extraño suceso.

La circunstancia de ser cómica la dicha Catalina, así como sus dos hijas Bernarda y Ana Ramirez, tan célebres entónces, movió á los que ejercian la misma profesion á establecer una Hermandad con el título de *Nuestra Señora de la Novena,* cuya fundacion y estatutos fueron aprobados en Junio de 1633 por el Consejo eclesiástico.

Una vez instituida la Hermandad, pensaron sus fundadores en edificar á sus expensas una capilla donde se conservase la imágen y pudiesen consagrarla por completo á su culto; pensamiento que vieron realizado, despues de muchas vicisitudes, el año 1671.

Tal es el orígen de la Congregacion de la Novena, cuya capilla subsiste todavía en la iglesia de San Sebastian, donde se halla la imágen en cuestion.

Esta Hermandad, cuyos primeros fundadores fueron los entónces muy conocidos *representantes* ó cómicos Andrés de la Vega, Cristóbal de Avendaño, Lorenzo Hurtado de la Cámara, Manuel A. Vallejo y Tomás Fernandez Cabredo, tuvo el carácter de una verdadera sociedad de socorros, extensiva á cuantos trabajaban en los coliseos, no sólo de Madrid, si que tambien de provincias, segun consta en las ordenanzas de la Hermandad.

A ella han pertenecido sucesivamente todos nuestros actores.

Coincidiendo con su fundacion, Manuel Vallejo, en Barcelona, solicitó y llevó á efecto la construccion de una bóveda en Santa Mónica, donde se diese sepultura á todos los cómicos de aquella capital que en ella fallecieren.

No fué, por consiguiente, la Hermandad de la Novena la única en España creada con igual fin, aunque sí fueron los cómicos de Madrid los solos que tributaron al poeta el sentido homenage de unas honras fúnebres.

(PÁG. 95, LÍNEA 38.)

En la *Gaceta* del 14 de Octubre de 1874, en su parte no oficial, leemos:

«Verificóse ayer, segun estaba anunciada, la traslacion de los restos de Calderon de la Barca á su antiguo enterramiento de la Sacramental de San Nicolás. Antes de salir de la iglesia la urna que contiene dichos restos, se extendió un acta, que han autorizado con su firma, D. Cosme Irarduy, en representacion del Ministro de Estado; el Rector de la iglesia de San Francisco, D. Casimiro de Paz; el general D. Pedro Pampillon, como hermano mayor presidente de la Sacramental, y un descendiente del finado, D. Ricardo Calderon de la

Barca, y como testigos, D. Leopoldo Zoilo Lopez, D. Rafael G. Santisteban y D. Enrique Sanchez Rodriguez.

«Cantóse un sencillo responso y se puso en marcha el cortejo. Seguia al carro fúnebre un coche de palacio, de gala; dos del Ayuntamiento, tambien de gala; el de la Sacramental; los de las Academias y Comisiones, y algunos otros.

«Al pasar por delante del Teatro Español, se hallaban los balcones del edificio ocupados por gran número de autores y actores, y desde el central fué arrojada por la Sra. D.ª Matilde Diez una corona, que la compañía que actúa en dicho coliseo dedica á la memoria del poeta.

En la puerta del cementerio, seis señores sacerdotes de los Naturales de San Pedro bajaron la urna y la condujeron á la capillita donde se hallaba ántes de trasladarse á San Francisco. Despues de esto firmaron el acta los circunstantes y se dió por terminado el acto oficial.

ADVERTENCIA

El escudo de armas que en lámina aparte acompañamos, pertenece á las familias de D. Diego de Henao y D.ª Inés Riaño.

Como dicho queda, esta señora, al fundar el Patronato Real de legos en la capilla de San José de la iglesia del Salvador, impuso al que desempeñase la capellanía la obligacion de usar el apellido Riaño á continuacion del propio.

De esta suerte, aquel escudo vino á ser el del poeta, quien cumplió con exageracion la cláusula testamentaria de su abuela, desde el momento que tomó posesion de la capellanía.

Creyendo conveniente que ilustrase esta obra algun asunto heráldico relativo á Calderon, hemos elegido el escudo que nos ocupa, por ser ménos conocido que el de los *Calderones*, y mediar la circunstancia que hemos indicado.

LA VIDA ES SUEÑO

PERSONAS.

BASILIO, *Rey de Polonia.*
SEGISMUNDO, *Príncipe.*
ASTOLFO, *Duque de Moscovia.*
CLOTALDO, *viejo.*
CLARIN, *gracioso.*
ESTRELLA, *Infanta.*
ROSAURA, *Dama.*

SOLDADOS.
GUARDAS.
MÚSICOS.
ACOMPAÑAMIENTO.
CRIADOS.
DAMAS.

La escena es la córte de Polonia, en una fortaleza poco distante, y en el campo.



IMP. Y LIT. DE A. GONZÁLEZ, MADRID

¡Ay mísero de mí! ¡Ay, infelice!.....

JORNADA PRIMERA

A un lado monte fragoso, y al otro una torre, cuya planta baja sirve de prision de Segismundo. La puerta, que da frente al espectador, está entreabierta. La accion principia al anochecer.

ESCENA PRIMERA

CLARIN. ROSAURA.

(Rosaura, vestida de hombre, aparece en lo alto de las peñas, y baja á lo llano; tras ella viene Clarin.)

ROSAURA.

Hipógrifo violento,
Que corriste parejas con el viento,
¿Dónde, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
Destas desnudas peñas,
Te desbocas, arrastras y despeñas?
Quédate en este monte,
Donde tengan los brutos su Faetonte;
Que yo, sin más camino
Que el que me dan las leyes del Destino,
Ciega y desesperada,
Bajaré la aspereza enmarañada
Deste monte eminente,
Que arruga al sol el ceño de su frente.
Mal, Polonia, recibes
A un extranjero, pues con sangre escribes
Su entrada en tus arenas,
Y apénas llega, cuando llega á penas.
Bien mi suerte lo dice;
Mas ¿dónde halló piedad un infelice?

CLARIN.

Di dos, y no me dejes
En la posada á mí cuando te quejes ;

Que si dos hemos sido
Los que de nuestra patria hemos salido
A probar aventuras,
Dos los que, entre desdichas y locuras,
Aquí habemos llegado,
Y dos los que del monte hemos rodado,
¿No es razon que yo sienta
Meterme en el pesar y no en la cuenta?

ROSAURA.

No te quiero dar parte
En mis quejas, Clarin, por no quitarte,
Llorando tu desvelo,
El derecho que tienes tú al consuelo.
Que tanto gusto habia
En quejarse un filósofo decia,
Que, á trueco de quejarse,
Habian las desdichas de buscarse.

CLARIN.

El filósofo era
Un borracho barbon: ¡Oh! ¡Quién le diera
Más de mil bofetadas!
Quejárase despues de muy bien dadas.
Mas ¿qué haremos, señora,
A pié, solos, perdidos y á esta hora,
En un desierto monte,
Cuando se parte el sol á otro horizonte?

ROSAURA.

¡Quién ha visto sucesos tan extraños!
Mas, si la vista no padece engaños
Que hace la fantasía,
A la medrosa luz que áun tiene el dia,
Me parece que veo
Un edificio.

CLARIN.

O miente mi deseo,
O termino las señas.

ROSAURA.

Rústico nace, entre desnudas pechas,
Un palacio tan breve,

Que al sol apénas á mirar se atreve.
Con tan rudo artificio
La arquitectura está de su edificio,
Que parece, á las plantas
De tantas rocas y de peñas tantas
Que al sol tocan la lumbre,
Peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARIN.

Vámonos acercando;
Que éste es mucho mirar, señora, cuando
Es mejor que la gente
Que habita en ella, generosamente
Nos admita.

ROSAURA.

La puerta
(Mejor diré funesta boca) abierta
Está, y desde su centro
Nace la noche, pues la engendra dentro. *(Suenan dentro cadenas.)*

CLARIN.

¡Qué es lo que escucho, cielos!

ROSAURA.

Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.

CLARIN.

¿Cadenita hay que suena?
Mátenme, si no es galeote en pena:
Bien mi temor lo dice.

ESCENA II

SEGISMUNDO, *en la torre.* ROSAURA. CLARIN.

SEGISMUNDO. *(Dentro.)*

¡Ay mísero de mí, ay infelice!

ROSAURA.

¡Qué triste voz escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARIN.

Yo con nuevos temores.

ROSAURA.

Clarin...

CLARIN.

Señora...

ROSAURA.

Huyamos los rigores
Desta encantada torre.

CLARIN.

Yo áun no tengo
Animo para huir, cuando á eso vengo.

ROSAURA.

¿No es breve luz aquella
Caduca exhalacion, pálida estrella,
Que en trémulos desmayos,
Pulsando ardores y latiendo rayos,
Hace más tenebrosa
La oscura habitacion con luz dudosa?
Sí, pues á sus reflejos
Puedo determinar (aunque de léjos)
Una prision oscura,
Que es de un vivo cadáver sepultura:
Y, porque más me asombre,
En el traje de fiera yace un hombre,
De prisiones cargado,
Y sólo de una luz acompañado.
Pues huir no podemos,
Desde aquí sus desdichas escuchemos:
Sepamos lo que dice.

(Ábrense las hojas de la puerta, y descúbrese Segismundo, con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.)

SEGISMUNDO.

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratais así,
Qué delito cometí
Contra vosotros naciendo;
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido:
Bastante causa ha tenido

Vuestra justicia y rigor;
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
Para apurar mis desvelos
(Dejando á una parte, cielos,
El delito de nacer),
¿Que más os pude ofender
Para castigarme más?
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿Qué privilegios tuvieron
Que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
Que la dan belleza suma,
Apénas es flor de pluma
O ramillete con alas,
Cuando las etéreas salas
Corta con velocidad,
Negándose á la piedad
Del nido, que deja en calma;
¿Y teniendo yo más alma
Tengo ménos libertad?
Nace el bruto, y con la piel
Que dibujan manchas bellas,
Apénas signo es de estrellas
(Gracias al docto pincel),
Cuando, atrevido y cruel,
La humana necesidad
Le enseña á tener crueldad,
Mónstruo de su laberinto;
¿Y yo, con mejor instinto,
Tengo ménos libertad?
Nace el pez, que no respira,
Aborto de ovas y lamas,
Y, apenas bajel de escamas
Sobre las ondas se mira,
Cuando á todas partes gira,
Midiendo la inmensidad
De tanta capacidad
Como le da el centro frio;
¿Y yo, con más albedrío,
Tengo ménos libertad?

Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata,
Y, apénas, sierpe de plata,
Entre las flores se quiebra,
Cuando, músico, celebra
De las flores la piedad,
Que le da la majestad
Del campo abierto á su huida;
¿Y, teniendo yo más vida,
Tengo ménos libertad?
¡En llegando á esta pasion,
Un volcan, un Etna hecho,
Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon!
¿Qué ley, justicia ó razon,
Negar á los hombres sabe
Privilegio tan süave,
Excepcion tan principal,
Que Dios le ha dado á un cristal,
A un pez, á un bruto y á un ave.

ROSAURA.

Temor y piedad, en mí,
Sus razones han causado.

SEGISMUNDO.

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

CLARIN. *(Ap. á su ama.)*

Di que sí.

ROSAURA.

No es sino un triste (¡Ay de mí!),
Que en estas bóvedas frias
Oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO.

Pues muerte aquí te daré,
Porque no sepas que sé *(Ásela.)*
Que sabes flaquezas mias.
Sólo porque me has oido,
Entre mis membrudos brazos
Te tengo de hacer pedazos.

CLARIN.

Yo soy sordo y no he podido
Escucharte.

ROSAURA.

Si has nacido
Humano, baste el postrarme
A tus piés para librarme.

SEGISMUNDO.

Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme
Y tu respeto turbarme.
¿Quién eres? Que aunque yo aquí
Tan poco del mundo sé,
Que cuna y sepulcro fué
Esta torre para mí,
Y aunque desde que nací
(Si esto es nacer) sólo advierto
Este rústico desierto,
Donde miserable vivo,
Siendo un esqueleto vivo,
Siendo un animado muerto;
Y aunque nunca ví ni hablé
Sino á un hombre solamente,
Que aquí mis desdichas siente,
Por quien las noticias sé
De cielo y tierra; y aunqué
Aquí, porque más te asombres
Y mónstruo humano me nombres,
Entre asombros y quimeras,
Soy un hombre de las fieras,
Y una fiera de los hombres;
Y aunque, en desdichas tan graves,
La política he estudiado,
De los brutos enseñado,
Advertido de las aves,
Y de los astros süaves
Los círculos he medido;
Tú sólo, tú, has suspendido
La pasion á mis enojos,
La suspension á mis ojos,
La admiracion á mi oido.

Con cada vez que te veo
Nueva admiracion me das,
Y cuando te miro más,
Aun más mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
Que mis ojos deben ser;
Pues cuando es muerte el beber,
Beben más; y desta suerte,
Viendo que el ver me da muerte,
Estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera;
Que no sé, rendido ya,
Si el verte muerte me da,
El no verte qué me diera.
Fuera, más que muerte fiera,
Ira, rabia y dolor fuerte;
Fuera muerte: desta suerte
Su rigor he ponderado,
Pues dar vida á un desdichado
Es dar á un dichoso muerte.

ROSAURA.

Con asombro de mirarte,
Con admiracion de oirte,
Ni sé qué pueda decirte,
Ni qué pueda preguntarte:
Sólo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es más desdichado.
Cuentan de un sábio, que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro (entre sí decia)
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna,

Yo en este mundo vivia,
Y, cuando entre mí decia:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte más importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues, volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mias,
Para hacerlas tú alegrías,
Las hubieras recogido.
Y, por si acaso mis penas
Pueden en algo aliviarte,
Oyelas atento, y toma
Las que de ellas me sobraren.
Yo soy...

ESCENA III

CLOTALDO. SOLDADOS. SEGISMUNDO. ROSAURA. CLARIN.

CLOTALDO. *(Dentro.)*

Guardas desta torre,
Que, dormidas ó cobardes,
Disteis paso á dos personas
Que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA.

Nueva confusion padezco.

SEGISMUNDO.

Este es Clotaldo, mi alcaide.
¿Aun no acaban mis desdichas?

CLOTALDO. *(Dentro.)*

Acudid, y vigilantes,
Sin que puedan defenderse,
O prendedles ó matadles.

VOCES. *(Dentro.)*

¡Traicion!

CLARIN.

Guardas desta torre,
Que entrar aquí nos dejasteis,
Pues que nos dais á escoger,
El prendernos es más fácil.

(Salen Clotaldo y los soldados: él con una pistola y todos con los rostros cubiertos.)

CLOTALDO. *(Ap. á los soldados, al salir.)*

Todos os cubrid los rostros;
Que es diligencia importante,
Miéntras estamos aquí,
Que no nos conozca nadie.

CLARIN.

¿Enmascaraditos hay?

CLOTALDO.

¡Oh! vosotros, que ignorantes
De aqueste vedado sitio
Coto y término pasasteis
Contra el decreto del Rey,
Que manda que no ose nadie
Examinar el prodigio
Que entre esos peñascos yace:
Rendid las armas y vidas,
O aquesta pistola, áspid
De metal, escupirá
El veneno penetrante
De dos balas, cuyo fuego
Será escándalo del aire.

SEGISMUNDO.

Primero, tirano dueño,
Que los ofendas ni agravies,
Será mi vida despojo
Destos lazos miserables;
Pues en ellos, vive Dios,
Tengo de despedazarme
Con las manos, con los dientes.
Entre aquestas peñas, ántes
Que su desdicha consienta
Y que llore sus ultrajes.

CLOTALDO.

Si sabes que tus desdichas,
Segismundo, son tan grandes,
Que ántes de nacer moriste,
Por ley del cielo; si sabes
Que aquestas prisiones son
De tus furias arrogantes

Un freno que las detenga,
Y una rueda que las pare:
¿Por qué blasonas? La puerta (*A los soldados.*)
Cerrad de esa estrecha cárcel;
Escondedle en ella.

SEGISMUNDO.

¡Ah, cielos,
Qué bien haceis en quitarme
La libertad! porque fuera
Contra vosotros gigante,
Que para quebrar al sol
Esos vidrios y cristales,
Sobre cimientos de piedra
Pusiera montes de jaspe.

CLOTALDO.

Quizá, porque no los pongas,
Hoy padeces tantos males.

(*Llévanse algunos soldados á Segismundo, y enciérranle en su prision.*)

ESCENA IV

ROSAURA. CLOTALDO. CLARIN. SOLDADOS.

ROSAURA.

Ya que ví que la soberbia
Te ofendió tanto, ignorante
Fuera en no pedirte humilde
Vida que á tus plantas yace.
Muévate en mí la piedad;
Que será rigor notable
Que no hallen favor en tí
Ni soberbias ni humildades.

CLARIN.

Y si humildad ni soberbia
No te obligan—personajes
Que han movido y removido
Mil Autos sacramentales,
—Yo, ni humilde ni soberbio,
Sino entre las dos mitades
Entreverado, te pido

Que nos remedies y ampares.

CLOTALDO.

¡Hola!

SOLDADOS.

Señor...

CLOTALDO.

A los dos
Quitad las armas, y atadles
Los ojos, porque no vean
Cómo ni de dónde salen.

ROSAURA.

Mi espada es esta, que á tí
Solamente ha de entregarse;
Porque, al fin, de todos eres
El principal, y no sabe
Rendirse á ménos valor.

CLARIN.

La mia es tal, que puede darse
Al más rüin: tomadla vos. *(A un soldado.)*

ROSAURA.

Y si he de morir, dejarte
Quiero, en fé desta piedad,
Prenda que pudo estimarse
Por el dueño que algun dia
Se la ciñó: que la guardes
Te encargo, porque aunque yo
No sé qué secreto alcance,
Sé que esta dorada espada
Encierra misterios grandes;
Pues sólo fiado en ella,
Vengo á Polonia á vengarme
De un agravio.

CLOTALDO. *(Ap.)*

¡Santos cielos!
¡Qué es esto! Ya son más graves
Mis penas y confusiones,
Mis ánsias y mis pesares.

¿Quién te la dió?

ROSAURA.

Una mujer.

CLOTALDO.

¿Cómo se llama?

ROSAURA.

Que calle
Su nombre es fuerza.

CLOTALDO.

¿De qué
Infieres ahora, ó sabes,
Que hay secreto en esta espada?

ROSAURA.

Quien me la dió, dijo: «Parte
A Polonia, y solicita
Con ingénio, estudio ó arte,
Que te vean esa espada
Los nobles y principales;
Que yo sé que alguno dellos
Te favorezca y ampare;»
Que, por si acaso era muerto,
No quiso entónces nombrarle.

CLOTALDO. *(Ap.)*

¡Válgame el cielo, qué escucho!
Aun no sé determinarme
Si tales sucesos son
Ilusiones ó verdades.
Ésta es la espada que yo
Dejé á la hermosa Violante,
Por señas que el que ceñida
La trajera, habia de hallarme
Amoroso como hijo,
Y piadoso como padre.
¿Pues qué he de hacer (¡Ay de mí!)
En confusion semejante,
Si quien la trae por favor,
Para su muerte la trae,

Pues que sentenciado á muerte
Llega á mis piés? ¡Qué notable
Confusion! ¡Qué triste hado!
¡Qué suerte tan inconstante!
Éste es mi hijo, y las señas
Dicen bien con las señales
Del corazon, que por verlo
Llama al pecho y en él bate
Las alas, y no pudiendo
Romper los candados, hace
Lo que aquel que está encerrado,
Y oyendo ruido en la calle,
Se asoma por la ventana:
Él así, como no sabe
Lo que pasa, y oye el ruido,
Va á los ojos á asomarse,
Que son ventanas del pecho,
Por donde en lágrimas sale.
¿Qué he de hacer? (¡Valedme, cielos!)
¿Qué he de hacer? Porque llevarle
Al Rey, es llevarle (¡Ay triste!)
A morir. Pues ocultarle
Al Rey, no puedo, conforme
A la ley del homenage.
De una parte el amor propio,
Y la lealtad de otra parte
Me rinden. Pero ¿qué dudo?
La lealtad al Rey, ¿no es ántes
Que la vida y que el honor?
Pues ella viva y él falte,
Fuera de que, si ahora atiendo
A que dijo que á vengarse
Viene de un agravio, hombre
Que está agraviado, es infame.
—No es mi hijo, no es mi hijo,
Ni tiene mi noble sangre.
Pero, si ya ha sucedido
Un peligro, de quien nadie
Se libró, porque el honor
Es de materia tan frágil,
Que con una accion se quiebra,
O se mancha con un aire:
¿Qué más puede hacer, qué más,

El que es noble, de su parte,
Que á costa de tantos riesgos
Haber venido á buscarle?
Mi hijo es, mi sangre tiene,
Pues tiene valor tan grande;
Y así, entre una y otra duda,
El medio más importante
Es irme al Rey, y decirle
Que es mi hijo y que le mate.
Quizá la misma piedad
De mi honor podrá obligarle;
Y si le merezco vivo,
Yo le ayudaré á vengarse
De su agravio; mas si el Rey,
En sus rigores constante,
Le da muerte, morirá
Sin saber que soy su padre.
—Venid conmigo, extranjeros; *(A Rosaura y Clarin.)*
No temais, no, de que os falte
Compañía en las desdichas,
Pues en duda semejante
De vivir ó de morir,
No sé cuáles son más grandes. *(Vánse.)*

Salon del Palacio Real en la córte.

ESCENA V

ASTOLFO *y* SOLDADOS, *que salen por un lado, y por el otro* LA INFANTA ESTRELLA *y* DAMAS. *Música militar, dentro, y salvas.*

ASTOLFO.

Bien, al ver los excelentes
Rayos, que fueron cometas,
Mezclan salvas diferentes
Las cajas y las trompetas,
Los pájaros y las fuentes;
Siendo, con música igual,
Y con maravilla suma,
A tu vista celestial,
Unos, clarines de pluma,
Y otras, aves de metal;
Y así os saludan, señora,
Como á su reina las balas,

Los pájaros como Aurora,
Las trompetas como á Pálas,
Y las flores como á Flora;
Porque sois, burlando el dia
Que ya la noche destierra,
Aurora en el alegría,
Flora en paz, Pálas en guerra,
Y Reina en el alma mia.

ESTRELLA.

Si la voz se ha de medir
Con las acciones humanas,
Mal habeis hecho en decir
Finezas tan cortesanas,
Donde os pueda desmentir
Todo ese marcial trofeo,
Con quien ya atrevida lucho;
Pues no dicen, segun creo,
Las lisonjas que os escucho,
Con los rigores que veo.
Y advertid que es baja accion,
Que sólo á una fiera toca,
Madre de engaño y traicion,
El halagar con la boca
Y matar con la intencion.

ASTOLFO.

Muy mal informada estais,
Estrella, pues que la fé
De mis finezas dudais,
Y os suplico que me oigais
La causa, á ver si la sé.
Falleció Eustorgio Tercero,
Rey de Polonia, y quedó
Basilio por heredero,
Y dos hijas, de quien yo
Y vos nacimos.—No quiero
Cansar con lo que no tiene
Lugar aquí.—Clorilene,
Vuestra madre y mi señora,
Que en mejor imperio ahora
Dosel de luceros tiene,
Fué la mayor, de quien vos

Sois hija; fué la segunda,
Madre y tia de los dos,
La gallarda Recisunda,
Que guarde mil años Dios;
Casó en Moscovia, de quien
Nací yo. Volver ahora
Al otro principio es bien.
Basilio, que ya, señora,
Se rinde al comun desden
Del tiempo, más inclinado
A los estudios, que dado
A mujeres, enviudó
Sin hijos; y vos y yo
Aspiramos á este Estado.
Vos alegais que habeis sido
Hija de hermana mayor;
Yo, que varon he nacido,
Y aunque de hermana menor,
Os debo ser preferido.
Vuestra intencion y la mia
A nuestro tio contamos:
Él respondió que queria
Componernos, y aplazamos
Este puesto y este dia.
Con esta intencion salí
De Moscovia y de su tierra,
Con esta llegué hasta aquí,
En vez de haceros yo guerra,
A que me la hagais á mí.
¡Oh! quiera amor, sabio Dios,
Que el vulgo, astrólogo cierto,
Hoy lo sea con los dos,
Y que pare este concierto
En que seais Reina vos,
Pero Reina en mi albedrío,
Dándoos, para más honor,
Su corona nuestro tio,
Sus triunfos vuestro valor,
Y su imperio el amor mio.

ESTRELLA.

A tan cortés bizarría
Ménos mi pecho no muestra,

Pues la imperial monarquía,
Para sólo hacerla vuestra
Me holgára que fuera mia;
Aunque no está satisfecho
Mi amor de que sois ingrato,
Si en cuanto decís, sospecho
Que os desmiente ese retrato
Que está pendiente del pecho.

ASTOLFO.

Satisfaceros intento
Con él... Mas lugar no da
Tanto sonoro instrumento, *(Tocan cajas.)*
Que avisa que sale ya
El Rey con su Parlamento.

ESCENA VI

EL REY BASILIO. ACOMPAÑAMIENTO. ASTOLFO. ESTRELLA. DAMAS. SOLDADOS.

ESTRELLA.

Sabio Táles...

ASTOLFO.

Docto Euclídes...

ESTRELLA.

Que entre signos...

ASTOLFO.

Que entre estrellas...

ESTRELLA.

Hoy gobiernas...

ASTOLFO.

Hoy resides...

ESTRELLA.

Y sus caminos...

ASTOLFO.

Sus huellas...

ESTRELLA.

Describes...

ASTOLFO.

Tasas y mides...

ESTRELLA.

Deja que en humildes lazos...

ASTOLFO.

Deja que en tiernos abrazos...

ESTRELLA.

Hiedra dese tronco sea.

ASTOLFO.

Rendido á tus piés me vea.

BASILIO.

Sobrinos, dadme los brazos,
Y creed, pues que leales
A mi precepto amoroso,
Venís con afectos tales,
Que á nadie deje quejoso
Y los dos quedeis iguales;
Y así, cuando me confieso
Rendido al prolijo peso,
Sólo os pido en la ocasion
Silencio, que admiracion
Ha de pedirla el suceso.
Ya sabeis (estadme atentos,
Amados sobrinos mios,
Córte ilustre de Polonia,
Vasallos, deudos y amigos),
Ya sabeis que yo en el mundo
Por mi ciencia he merecido
El sobrenombre de docto,
Pues, contra el tiempo y olvido,
Los pinceles de Timántes,
Los mármoles de Lisipo,
En el ámbito del orbe
Me aclaman el gran Basilio.
Ya sabeis que son las ciencias
Que más curso y más estimo,
Matemáticas sutiles,
Por quien al tiempo le quito,
Por quien á la fama rompo
La jurisdiccion y oficio
De enseñar más cada dia;
Pues, cuando en mis tablas miro

Presentes las novedades
De los venideros siglos,
Le gano al tiempo las gracias
De contar lo que yo he dicho.
Esos círculos de nieve,
Esos doseles de vidrio,
Que el sol ilumina á rayos,
Que parte la luna á giros;
Esos orbes de diamante,
Esos globos cristalinos,
Que las estrellas adornan
Y en que campean los signos,
Son el estudio mayor
De mis años, son los libros
Donde, en papel de diamante,
En cuadernos de zafiro,
Escribe con líneas de oro,
En caractéres distintos,
El cielo nuestros sucesos,
Ya adversos ó ya benignos.
Estos leo tan veloz,
Que con mi espíritu sigo
Sus rápidos movimientos
Por rumbos y por caminos.
¡Pluguiera al cielo, primero
Que mi ingénio hubiera sido
De sus márgenes comento
Y de sus hojas registro,
Hubiera sido mi vida
El primero desperdicio
De sus iras, y que en ellas
Mi tragedia hubiera sido,
Porque de los infelices
Aun el mérito es cuchillo,
Que á quien le daña el saber,
Homicida es de sí mismo!
Dígalo yo, aunque mejor
Lo dirán sucesos mios,
Para cuya admiracion
Otra vez silencio os pido.
En Clorilene, mi esposa,
Tuve un infelice hijo,
En cuyo parto los cielos

Se agotaron de prodigios.
Antes que á la luz hermosa
Le diese el sepulcro vivo
De un vientre (porque el nacer
Y el morir son parecidos)
Su madre infinitas veces,
Entre ideas y delirios
Del sueño, vió que rompia
Sus entrañas, atrevido,
Un mónstruo en forma de hombre;
Y entre su sangre teñido,
La daba muerte, naciendo
Víbora humana del siglo.
Llegó de su parto el dia,
Y los presagios cumplidos
(Porque tarde ó nunca son
Mentirosos los impíos),
Nació en horóscopo tal,
Que el sol, en su sangre tinto,
Entraba sañudamente
Con la luna en desafío;
Y siendo valla la tierra,
Los dos faroles divinos
A luz entera luchaban,
Ya que no á brazo partido.
El mayor, el más horrendo
Eclipse que ha padecido
El sol, despues que con sangre
Lloró la muerte de Cristo,
Este fué, porque anegado
El orbe en incendios vivos,
Presumió que padecia
El último parasismo:
Los cielos se oscurecieron,
Temblaron los edificios,
Llovieron piedras las nubes,
Corrieron sangre los rios.
En aqueste, pues, del sol,
Ya frenesí ó ya delirio,
Nació Segismundo, dando
De su condicion indicios,
Pues dió la muerte á su madre,
Con cuya fiereza dijo:

—«Hombre soy, pues que ya empiezo
Á pagar mal beneficios.»
—Yo, acudiendo á mis estudios,
En ellos y en todo miro
Que Segismundo sería
El hombre más atrevido,
El príncipe más cruel
Y el monarca más impío,
Por quien su reino vendria
Á ser parcial y diviso,
Escuela de las traiciones
Y academia de los vicios;
Y él, de su furor llevado,
Entre asombros y delitos,
Habia de poner en mí
Las plantas; y yo rendido
Á sus piés me habia de ver
(¡Con qué vergüenza lo digo!),
Siendo alfombra de sus plantas
Las canas del rostro mio.
¿Quién no da crédito al daño,
Y más al daño que ha visto
En su estudio, donde hace
El amor propio su oficio?
Pues, dando crédito yo
Á los hados que, adivinos,
Me pronosticaban daños
En fatales vaticinios,
Determiné de encerrar
La fiera que habia nacido,
Por ver si el sabio tenia
En las estrellas dominio.
Publicóse que el infante
Nació muerto; y, prevenido,
Hice labrar una torre
Entre las peñas y riscos
De esos montes, donde apénas
La luz ha hallado camino,
Por defenderle la entrada
Sus rústicos obeliscos.
Las graves penas y leyes
Que, con públicos edictos,
Declararon que ninguno

Entrase á un vedado sitio
Del monte, se ocasionaron
De las causas que os he dicho.
Allí Segismundo vive,
Mísero, pobre y cautivo,
Adonde solo Clotaldo
Le ha hablado, tratado y visto.
Este le ha enseñado ciencias,
Este en la ley le ha instruido
Católica, siendo solo
De sus miserias testigo.
Aquí hay tres cosas: la una,
Que yo, Polonia, os estimo
Tanto, que os quiero librar
De la opresion y servicio
De un Rey tirano, porque
No fuera señor benigno
El que á su patria y su imperio
Pusiera en tanto peligro.
La otra es considerar
Que, si á mi sangre le quito
El derecho que le dieron
Humano fuero y divino,
No es cristiana caridad;
Pues ninguna ley ha dicho
Que, por reservar yo á otro
De tirano y de atrevido,
Pueda yo serlo; supuesto
Que si es tirano mi hijo,
Porque él delitos no haga,
Vengo yo á hacer los delitos.
Es la última y tercera,
El ver cuánto yerro ha sido
Dar crédito fácilmente
Á los sucesos previstos;
Pues aunque su inclinacion
Le dicte sus precipicios,
Quizá no le vencerán;
Porque el hado más esquivo,
La inclinacion más violenta,
El planeta más impío,
Sólo el albedrío inclinan,
No fuerzan el albedrío.

Y así, entre una y otra causa
Vacilante y discursivo,
Previne un remedio tal
Que os suspenda los sentidos.
Yo he de ponerle mañana,
Sin que él sepa que es mi hijo
Y Rey vuestro, á Segismundo
(Que aquéste su nombre ha sido),
En mi dosel, en mi silla,
En fin, en el puesto mio,
Donde os gobierne y os mande,
Y donde todos rendidos
La obediencia le jureis;
Pues con aquesto consigo
Tres cosas, con que respondo
A las otras tres que he dicho.
Es la primera que, siendo
Prudente, cuerdo y benigno,
Desmintiendo en todo al hado,
Que dél tantas cosas dijo,
Gozareis del natural
Príncipe vuestro, que ha sido
Cortesano de unos montes,
Y de sus fieras vecino.
Es la segunda, que si él,
Soberbio, osado, atrevido
Y cruel, con rienda suelta
Corre el campo de sus vicios,
Habré yo piadoso entónces
Con mi obligacion cumplido;
Y luégo en desposeerle
Haré como Rey invicto,
Siendo el volverle á la cárcel,
No crueldad, sino castigo.
Es la tercera, que siendo
El Príncipe como os digo,
Por lo que os amo, vasallos,
Os daré Reyes más dignos
De la corona y el cetro,
Pues serán mis dos sobrinos,
Que junto en uno el derecho
De los dos, y convenidos
Con la fé del matrimonio,

Tendrán lo que han merecido.
Esto como Rey os mando,
Esto como padre os pido,
Esto como sabio os ruego,
Esto como anciano os digo.
Y si el Séneca español,
Que era humilde esclavo, dijo,
De su república un Rey ,
Como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO.

Si á mí el responder me toca,
Como el que, en efecto, ha sido
Aquí el más interesado:
En nombre de todos, digo
Que Segismundo parezca,
Pues le basta ser tu hijo.

TODOS.

Danos al Príncipe nuestro,
Que ya por Rey le pedimos.

BASILIO.

Vasallos, esa fineza
Os agradezco y estimo.
Acompañad á sus cuartos
A los dos atlantes mios,
Que mañana le vereis.

TODOS.

¡Viva el grande Rey Basilio!

(Éntranse todos acompañando á Estrella y á Astolfo, quédase el Rey.)

ESCENA VII

CLOTALDO. ROSAURA. CLARIN. BASILIO.

CLOTALDO.

¿Podréte hablar? *(Al Rey.)*

BASILIO.

¡Oh Clotaldo!
Tú seas muy bien venido.

CLOTALDO.

Aunque viniendo á tus plantas

Era fuerza haberlo sido,
Esta vez rompe, señor,
El hado triste y esquivo
El privilegio á la ley,
Y á la costumbre el estilo.

BASILIO.

¿Qué tienes?

CLOTALDO.

Una desdicha,
Señor, que me ha sucedido,
Cuando pudiera tenerla
Por el mayor regocijo.

BASILIO.

Prosigue.

CLOTALDO.

Este bello jóven,
Osado ó inadvertido,
Entró en la torre, señor,
Adonde al Príncipe ha visto,
Y es...

BASILIO.

No os aflijais, Clotaldo;
Si otro dia hubiera sido,
Confieso que lo sintiera:
Pero ya el secreto he dicho,
Y no importa que él lo sepa,
Supuesto que yo lo digo.
Vedme despues, porque tengo
Muchas cosas que advertiros,
Y muchas que hagais por mí;
Que habeis de ser, os aviso,
Instrumento del mayor
Suceso que el mundo ha visto:
Y á esos presos, porque al fin
No presumais que castigo
Descuidos vuestros, perdono. *(Vase.)*

CLOTALDO.

¡Vivas, gran señor, mil siglos!

ESCENA VIII

CLOTALDO. ROSAURA. CLARIN.

CLOTALDO.

(*Ap.* Mejoró el cielo la suerte.
Ya no diré que es mi hijo,
Pues que lo puedo excusar.)
Extranjeros peregrinos,
Libres estais.

ROSAURA.

Tus piés beso
Mil veces.

CLARIN.

Y yo los *viso,*
Que una letra más ó ménos
No reparan dos amigos.

ROSAURA.

La vida, señor, me has dado;
Y pues á tu cuenta vivo,
Eternamente seré
Esclavo tuyo.

CLOTALDO.

No ha sido
Vida la que yo te he dado,
Porque un hombre bien nacido,
Si está agraviado, no vive;
Y supuesto que has venido
A vengarte de un agravio,
Segun tú propio me has dicho,
No te he dado vida yo,
Porque tú no la has traido;
Que vida infame no es vida.
(*Ap.* Bien con aquesto le animo.)

ROSAURA.

Confieso que no la tengo,
Aunque de tí la recibo:
Pero yo, con la venganza,
Dejaré mi honor tan limpio,
Que pueda mi vida luégo,

Atropellando peligros,
Parecer dádiva tuya.

CLOTALDO.

Toma el acero bruñido
Que trajiste, que yo sé
Que él baste, en sangre teñido
De tu enemigo, á vengarte;
Porque acero que fué mio...
(Digo: este instante, este rato
Que en mi poder le he tenido),
Sabrá vengarte.

ROSAURA.

En tu nombre
Segunda vez me le ciño,
Y en él juro mi venganza,
Aunque fuese mi enemigo
Más poderoso.

CLOTALDO.

¿Eslo mucho?

ROSAURA.

Tanto, que no te lo digo,
No porque de tu prudencia
Mayores cosas no fio,
Sino porque no se vuelva
Contra mí el favor que admiro
En tu piedad.

CLOTALDO.

Antes fuera
Ganarme á mí con decirlo;
Pues fuera cerrarme el paso
De ayudar á tu enemigo.
(*Ap.* ¡Oh si supiera quién es!)

ROSAURA.

Porque no pienses que estimo
En poco esa confianza,
Sabe que el contrario ha sido
No ménos que Astolfo, Duque

De Moscovia.

CLOTALDO.

(*Ap.* Mal resisto
El dolor, porque es más grave,
Que fué imaginado, visto.
Apuremos más el caso.)
Si moscovita has nacido,
El que es natural señor
Mal agraviarte ha podido:
Vuélvete á tu patria, pues,
Y deja el ardiente brío
Que te despeña.

ROSAURA.

Yo sé
Que, aunque mi Príncipe ha sido,
Pudo agraviarme.

CLOTALDO.

No pudo,
Aunque pusiera, atrevido,
La mano en tu rostro. (*Ap.* ¡Ay, cielos!)

ROSAURA.

Mayor fué el agravio mio.

CLOTALDO.

Dilo ya, pues que no puedes
Decir más que yo imagino.

ROSAURA.

Sí dijera; mas no sé
Con qué respeto te miro,
Con qué afecto te venero,
Con qué estimacion te asisto,
Que no me atrevo á decirte
Que es este exterior vestido
Enigma, pues no es de quien
Parece: juzga advertido,
Si no soy lo que parezco,
Y Astolfo á casarse vino
Con Estrella, si podrá
Agraviarme.—Harto te he dicho. (*Vánse Rosaura y Clarin.*)

CLOTALDO.

¡Escucha, aguarda, detente!
¿Qué confuso laberinto
Es éste, donde no puede
Hallar la razon el hilo?
¡Mi honor es el agraviado,
Poderoso el enemigo,
Yo vasallo, ella mujer:
Descubra el cielo camino!...
Aunque no sé si podrá,
Cuando, en tan confuso abismo,
Es todo el cielo un presagio,
Y es todo el mundo un prodigio.

JORNADA SEGUNDA

Salon del Palacio Real.

ESCENA PRIMERA

BASILIO. CLOTALDO.

CLOTALDO.

Todo, como lo mandaste,
Queda efectuado.

BASILIO.

Cuenta,
Clotaldo, cómo pasó.

CLOTALDO.

Fué, señor, desta manera:
Con la apacible bebida
Que, de confecciones llena,
Hacer mandaste, mezclando
La virtud de algunas yerbas,
Cuyo tirano poder
Y cuya secreta fuerza,
Así al humano discurso
Priva, roba y enajena,
Que deja vivo cadáver
A un hombre, y cuya violencia,
Adormecido, le quita
Los sentidos y potencias...
—No tenemos que argüir
Que aquesto posible sea,
Pues tantas veces, señor,
Nos ha dicho la experiencia,
Y es cierto, que de secretos
Naturales está llena
La Medicina, y no hay

Animal, planta, ni piedra
Que no tenga calidad
Determinada. Y si llega
Á examinar mil venenos
La humana malicia nuestra,
Que den la muerte, ¿qué mucho
Que, templada su violencia,
Pues hay venenos que maten,
Haya venenos que aduerman?
Dejando aparte el dudar,
Si es posible que suceda,
Pues que ya queda probado
Con razones y evidencias...
—Con la bebida, en efecto,
Que el ópio, la adormidera
Y el beleño compusieron,
Bajé á la cárcel estrecha
De Segismundo; con él
Hablé un rato de las letras
Humanas, que le ha enseñado
La muda naturaleza,
De los montes y los cielos,
En cuya divina escuela
La retórica aprendió
De las aves y las fieras.
Para levantarle más
El espíritu y la empresa
Que solicitas, tomé
Por asunto la presteza
De un águila caudalosa,
Que, despreciando la esfera
Del viento, pasaba á ser
En las regiones supremas
Del fuego, rayo de pluma
O desasido cometa.
Encarecí el vuelo altivo,
Diciendo: «Al fin eres reina
De las aves; así á todas
Es justo que las prefieras.»
Él no hubo menester más;
Que, en tocando esta materia
De la majestad, discurre
Con ambicion y soberbia;

Porque, en efecto, la sangre
Le incita, mueve y alienta
A cosas grandes, y dijo:
—¡Que en la república inquieta
De las aves, tambien haya
Quien les jure la obediencia!
En llegando á este discurso,
Mis desdichas me consuelan,
Pues, por lo ménos, si estoy
Sujeto, lo estoy por fuerza;
Porque voluntariamente
A otro hombre no me rindiera.
Viéndole ya enfurecido
Con esto, que ha sido el tema
De su dolor, le brindé
Con la pócima, y apénas
Pasó desde el vaso al pecho
El licor, cuando las fuerzas
Rindió al sueño, discurriendo
Por los miembros y las venas
Un sudor frio, de modo
Que, á no saber yo que era
Muerte fingida, dudára
De su vida. En esto llegan
Las gentes de que tú fias
El valor de esta experiencia;
Y, poniéndole en un coche,
Hasta tu cuarto le llevan,
Donde prevenida estaba
La majestad y grandeza
Que es digna de su persona.
Allí en tu cama le acuestan,
Donde, al tiempo que el letargo
Haya perdido la fuerza,
Como á tí mismo, señor,
Le sirvan, que así lo ordenas.
Y si haberte obedecido
Te obliga á que yo merezca
Galardon, sólo te pido
(Perdona mi inadvertencia)
Que me digas ¿qué es tu intento
Trayendo desta manera
A Segismundo á palacio?

BASILIO.

Clotaldo, muy justa es esa
Duda que tienes, y quiero
Sólo á tí satisfacerla.
A Segismundo, mi hijo,
El influjo de su estrella
(Bien lo sabes) amenaza
Mil desdichas y tragedias:
Quiero examinar si el cielo,
Que no es posible que mienta,
Y más habiéndonos dado
De su rigor tantas muestras,
En su cruel condicion,
O se mitiga ó se templa
Por lo ménos; y, vencido,
Con valor y con prudencia
Se desdice; porque el hombre
Predomina en las estrellas.
Esto quiero examinar
Trayéndole donde sepa
Que es mi hijo, y donde haga
De su talento la prueba.
Si magnánimo la vence,
Reinará; pero, si muestra
El ser cruel y tirano,
Le volveré á su cadena.
Ahora preguntarás
Que, para aquesta apariencia,
¿Qué importa haberle traido
Dormido desta manera?
Y quiero satisfacerte,
Dándote á todo respuesta.
Si él supiera que es mi hijo
Hoy, y mañana se viera
Segunda vez reducido
A su prision y miseria,
Cierto es de su condicion
Que desesperara en ella;
Porque, sabiendo quién es,
¿Qué consuelo habrá que tenga?
Y así he querido dejar
Abierta al daño la puerta
Del decir que fué soñado

Cuanto vió. Con esto llegan
A examinarse dos cosas:
Su condicion, la primera;
Pues él despierto procede
En cuanto imagina y piensa:
Y el consuelo la segunda;
Pues, aunque ahora se vea
Obedecido, y despues
A sus prisiones se vuelva,
Podrá entender que soñó,
Y hará bien cuando lo entienda;
Porque en el mundo, Clotaldo,
Todos los que viven sueñan.

CLOTALDO.

Razones no me faltáran
Para probar que no aciertas;
Mas ya no tiene remedio;
Y, segun dicen las señas,
Parece que ha despertado,
Y hácia nosotros se acerca.

BASILIO.

Yo me quiero retirar:
Tú, como ayo suyo, llega,
Y de tantas confusiones
Como su discurso cercan,
Le saca con la verdad.

CLOTALDO

¿En fin, que me das licencia
Para que lo diga?

BASILIO.

Sí;
Que podrá ser, con saberla,
Que conocido el peligro,
Más fácilmente se venza. *(Vase.)*

ESCENA II

CLARIN. CLOTALDO.

CLARIN. *(Ap.)*

A costa de cuatro palos,
Que el llegar aquí me cuesta,

De un alabardero rubio
Que barbó de su librea,
Tengo de ver cuanto pasa;
Que no hay ventana más cierta
Que aquella que, sin rogar
A un ministro de boletas,
Un hombre se trae consigo;
Pues para todas las fiestas,
Despojado y despejado,
Se asoma á su desvergüenza.

CLOTALDO.

(*Ap.* Éste es Clarin, el criado
De aquella (¡ay cielos!), de aquella
Que, tratante de desdichas,
Pasó á Polonia mi afrenta.)
Clarin, ¿qué hay de nuevo?

CLARIN.

Hay,
Señor, que tu gran clemencia,
Dispuesta á vengar agravios
De Rosaura, la aconseja
Que tome su propio traje.

CLOTALDO.

Y es bien, porque no parezca
Liviandad.

CLARIN.

Hay que, mudando
Su nombre, y tomando, cuerda,
Nombre de sobrina tuya,
Hoy tanto honor se acrecienta,
Que dama en palacio ya
De la singular Estrella
Vive.

CLOTALDO.

Es bien que de una vez
Tome su honor por mi cuenta.

CLARIN.

Hay que ella está esperando
Que ocasion y tiempo venga

En que vuelvas por su honor.

CLOTALDO.

Prevencion segura es esa;
Que, al fin, el tiempo ha de ser
Quien haga esas diligencias.

CLARIN.

Hay que ella está regalada,
Servida como una reina,
En fé de sobrina tuya;
Y hay que, viniendo con ella,
Estoy yo muriendo de hambre,
Y nadie de mí se acuerda.
Sin mirar que soy Clarin,
Y que si el tal Clarin suena,
Podrá decir cuanto pasa
Al Rey, á Astolfo y á Estrella:
Porque Clarin y criado
Son dos cosas que se llevan
Con el secreto muy mal.
Y podrá ser, si me deja
El silencio de su mano,
Se cante por mí esta letra:
Clarin que rompe el albor,
No suena mejor.

CLOTALDO.

Tu queja está bien fundada;
Yo satisfaré tu queja,
Y en tanto sírveme á mí.

CLARIN.

Pues ya Segismundo llega.

ESCENA III

MÚSICOS, *cantando*, *y* CRIADOS, *dando de vestir á* SEGISMUNDO, *que sale como asombrado*. CLOTALDO. CLARIN.

SEGISMUNDO.

¡Válgame el cielo, qué veo!
¡Válgame el cielo, qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
Con mucha duda lo creo.

¿Yo en palacios suntuosos?
¿Yo entre telas y brocados?
¿Yo cercado de criados
Tan lucidos y briosos?
¿Yo despertar de dormir
En lecho tan excelente?
¿Yo en medio de tanta gente
Que me sirva de vestir?
Decir que sueño es engaño:
Bien sé que despierto estoy.
¿Yo Segismundo no soy?
Dadme, cielos, desengaño.
Decidme, ¿qué pudo ser
Esto que á mi fantasía
Sucedió mientras dormia,
Que aquí me he llegado á ver?
Pero, sea lo que fuere,
¿Quién me mete á discurrir?
Dejarme quiero servir,
Y venga lo que viniere.

CRIADO 1.º *(Ap. al criado 2.º y á Clarin.)*

¡Qué melancólico está!

CRIADO 2.º

¿Pues á quién le sucediera
Esto, que no lo estuviera?

CLARIN.

A mí.

CRIADO 2.º

Llega á hablarle ya.

CRIADO 1.º *(A Segismundo.)*

¿Volverán á cantar?

SEGISMUNDO.

No:
No quiero que canten más.

CRIADO 2.º

Como tan suspenso estás,
Quise divertirte.

SEGISMUNDO.

Yo
No tengo de divertir

Con sus voces mis pesares;
Las músicas militares
Sólo he gustado de oir.

CLOTALDO.

Vuestra Alteza, gran señor,
Me dé su mano á besar,
Que el primero os ha de dar
Esta obediencia mi honor.

SEGISMUNDO *(Ap.)*

¡Clotaldo es!—¿Pues cómo así,
Quien en prision me maltrata,
Con tal respeto me trata?
¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTALDO.

Con la grande confusion
Que el nuevo estado te dá,
Mil dudas padecerá
El discurso y la razon;
Pero yo librarte quiero
De todas (si puede ser),
Porque has, señor, de saber
Que eres Príncipe heredero
De Polonia. Si has estado
Retirado y escondido,
Por obedecer ha sido
A la inclemencia del Hado,
Que mil tragedias consiente
A este imperio, cuando en él
El soberano laurel
Corone tu augusta frente.
Mas, fiando á tu atencion
Que vencerás las estrellas,
Porque es posible vencellas
Un magnánimo varon,
A Palacio te han traido,
De la torre en que vivias,
Miéntras al sueño tenias
El espíritu rendido.
Tu padre, el Rey, mi señor,
Vendrá á verte; y dél sabrás,
Segismundo, lo demás.

SEGISMUNDO.

Pues vil, infame, traidor,
¿Qué tengo más que saber,
Despues de saber quién soy,
Para mostrar desde hoy
Mi soberbia y mi poder?
¿Cómo á tu pátria le has hecho
Tal traicion, que me ocultaste
A mí, pues que me negaste,
Contra razon y derecho,
Este estado?

CLOTALDO.

¡Ay de mí triste!

SEGISMUNDO.

Traidor fuiste con la ley,
Lisonjero con el Rey,
Y cruel conmigo fuiste;
Y así el Rey, la ley y yo,
Entre desdichas tan fieras,
Te condenan á que mueras
A mis manos.

CRIADO 2.º

¡Señor!...

SEGISMUNDO.

No
Me estorbe nadie, que es vana
Diligencia; y ¡vive Dios!
Si os poneis delante vos,
Que os eche por la ventana.

CRIADO 2.º

Huye, Clotaldo.

CLOTALDO.

¡Ay de tí!
¡Qué soberbia vas mostrando,
Sin saber que estás soñando! *(Vase.)*

CRIADO 2.º

Advierte....

SEGISMUNDO.

Aparta de aquí.

CRIADO 2.º

Que á su Rey obedeció.

SEGISMUNDO.

En lo que no es justa ley
No ha de obedecer al Rey;
Y su Príncipe era yo.

CRIADO 2.º

Él no debió examinar
Si era bien hecho ó mal hecho.

SEGISMUNDO.

Que estais mal con vos, sospecho,
Pues me dais que replicar.

CLARIN.

Dice el Príncipe muy bien,
Y vos hicisteis muy mal.

CRIADO 2.º

¿Quién os dió licencia igual?

CLARIN.

Yo me la he tomado.

SEGISMUNDO.

¿Quién
Eres tú, dí?

CLARIN.

Entremetido;
Y deste oficio soy jefe,
Porque soy el mequetrefe
Mayor que se ha conocido.

SEGISMUNDO.

Tú sólo, en tan nuevos mundos,
Me has agradado.

CLARIN.

Señor,
Soy un grande agradador
De todos los Segismundos.

ESCENA IV

ASTOLFO. SEGISMUNDO. CLARIN. CRIADOS. MÚSICOS.

ASTOLFO.

¡Feliz mil veces el dia,
Oh Príncipe, que os mostrais,
Sol de Polonia, y llenais
De resplandor y alegría
Todos esos horizontes
Con tan divino arrebol;
Pues que salís, como el sol,
De los senos de los montes!
Salid, pues, y aunque tan tarde
Se corona vuestra frente
Del laurel resplandeciente,
Tarde muera.

SEGISMUNDO.

Dios os guarde.

ASTOLFO.

El no haberme conocido,
Sólo por disculpa os doy
De no honrarme más. Yo soy
Astolfo; Duque he nacido
De Moscovia, y primo vuestro:
Haya igualdad en los dos.

SEGISMUNDO.

Si digo que os guarde Dios,
¿Bastante agrado no os muestro?
Pero ya que, haciendo alarde
De quien sois, desto os quejais,
Otra vez que me veais
Le diré á Dios que no os guarde.

CRIADO 2.º *(A Astolfo.)*

Vuestra alteza considere
Que, como en montes nacido,
Con todos ha procedido.
Astolfo, señor, prefiere... *(A Segismundo.)*

SEGISMUNDO.

Cansóme, cómo llegó

Grave á hablarme, y lo primero
Que hizo, se puso el sombrero.

CRIADO 2.º

Es Grande.

SEGISMUNDO.

Mayor soy yo.

CRIADO 2.º

Con todo eso, entre los dos
Que haya más respeto es bien
Que entre los demás.

SEGISMUNDO.

¿Y quién
Os mete conmigo á vos?

ESCENA V

ESTRELLA. DICHOS.

ESTRELLA.

Vuestra Alteza, señor, sea
Muchas veces bien venido
Al dosel que, agradecido,
Le recibe y le desea,
Adonde, á pesar de engaños,
Viva augusto y eminente,
Donde su vida se cuente
Por siglos, y no por años.

SEGISMUNDO. *(A Clarin.)*

Dime tú ahora, ¿quién es
Esta beldad soberana?
¿Quién es esta diosa humana,
A cuyos divinos piés
Postra el cielo su arrebol?
¿Quién es esta mujer bella?

CLARIN.

Es, señor, tu prima Estrella.

SEGISMUNDO.

Mejor dijeras el sol.
Aunque el parabien es bien *(A Estrella.)*
Darme del bien que conquisto,

De sólo haberos hoy visto
Os admito el parabien:
Y así, de llegarme á ver
Con el bien que no merezco,
El parabien agradezco,
Estrella, que amanecer
Podeis, y dar alegría
Al más luciente farol.
¿Qué dejais que hacer al sol,
Si os levantais con el dia?
Dadme á besar vuestra mano,
En cuya copa de nieve
El aura candores bebe.

ESTRELLA.

Sed más galan cortesano.

ASTOLFO. *(Ap.)*

Soy perdido.

CRIADO 2.º

(Ap. El pesar sé
De Astolfo, y le estorbaré.)
Advierte, señor, que no
Es justo atreverse así,
Y estando Astolfo...

SEGISMUNDO.

¿No digo
Que vos no os metais conmigo?

CRIADO 2.º

Digo lo que es justo.

SEGISMUNDO.

A mí,
Todo eso me causa enfado.
Nada me parece justo
En siendo contra mi gusto.

CRIADO 2.º

Pues yo, señor, he escuchado
De tí, que en lo justo es bien
Obedecer y servir.

SEGISMUNDO.

Tambien oiste decir

Que por un balcon, á quien
Me canse, sabré arrojar.

CRIADO 2.º

Con los hombres como yo
No puede hacerse eso.

SEGISMUNDO.

¿No?
¡Por Dios! que lo he de probar.

(Cógele en los brazos y éntrase, y todos tras él, volviendo á salir inmediatamente.)

ASTOLFO.

¿Qué es esto que llego á ver?

ESTRELLA.

Idle todos á estorbar. *(Vase.)*

SEGISMUNDO. *(Volviendo.)*

Cayó del balcon al mar:
¡Vive Dios! que pudo ser!

ASTOLFO.

Pues medid con más espacio
Vuestras acciones severas;
Que lo que hay de hombres á fieras,
Hay desde un monte á un palacio.

SEGISMUNDO.

Pues en dando tan severo
En hablar con entereza,
Quizá no hallareis cabeza
En que se os tenga el sombrero. *(Vase Astolfo.)*

ESCENA VI

BASILIO. SEGISMUNDO. CLARIN. CRIADOS.

BASILIO.

¿Qué ha sido esto?

SEGISMUNDO.

Nada ha sido.
A un hombre, que me ha cansado,
Deste balcon he arrojado.

CLARIN. *(A Segismundo.)*

Que es el Rey está advertido.

BASILIO.

¿Tan presto una vida cuesta
Tu venida, al primer dia?

SEGISMUNDO.

Díjome que no podia
Hacerse, y gané la apuesta.

BASILIO.

Pésame mucho que cuando,
Príncipe, á verte he venido,
Pensando hallarte advertido.
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vea;
Y que la primera accion
Que has hecho en esta ocasion,
Un grave homicidio sea.
¿Con qué amor llegar podré
Á darte ahora mis brazos,
Si de sus soberbios lazos,
Que están enseñados sé
Á dar muerte? ¿Quién llegó
Á ver desnudo el puñal
Que dió una herida mortal,
Que no temiese? ¿Quién vió
Sangriento el lugar, adonde
Á otro hombre le dieron muerte,
Que no sienta? Que el más fuerte
Á su natural responde.
Yo así, que en tus brazos miro
Desta muerte el instrumento,
Y miro el lugar sangriento,
De tus brazos me retiro;
Y aunque en amorosos lazos
Ceñir tu cuello pensé,
Sin ellos me volveré,
Que tengo miedo á tus brazos.

SEGISMUNDO.

Sin ellos me podré estar,
Como me he estado hasta aquí;
Que un padre que contra mí
Tanto rigor sabe usar,

Que su condicion ingrata
De su lado me desvia,
Como á una fiera me cria,
Y como á un mónstruo me trata,
Y mi muerte solicita;
De poca importancia fué
Que los brazos no me dé,
Cuando el sér de hombre me quita.

BASILIO.

Al cielo y á Dios pluguiera
Que á dártele no llegára;
Pues ni tu voz escuchára,
Ni tu atrevimiento viera.

SEGISMUNDO.

Si no me le hubieras dado,
No me quejára de tí;
Pero una vez dado, sí,
Por habérmele quitado;
Pues, aunque el dar la accion es
Más noble y más singular,
Es mayor bajeza el dar,
Para quitarlo despues.

BASILIO.

¡Bien me agradeces el verte,
De un humilde y pobre preso,
Príncipe ya!

SEGISMUNDO.

Pues en eso
¿Qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
Si viejo y caduco estás,
Muriéndote, ¿qué me das?
¿Dasme más de lo que es mio?
Mi padre eres y mi Rey;
Luego toda esta grandeza
Me da la naturaleza
Por derecho de su ley.
Luego, aunque esté en tal estado,
Obligado no te quedo,
Y pedirte cuentas puedo

Del tiempo que me has quitado
Libertad, vida y honor;
Y así, agradéceme á mí
Que yo no cobre de tí,
Pues eres tú mi deudor.

BASILIO.

Bárbaro eres y atrevido:
Cumplió su palabra el cielo;
Y así, para él mismo apelo,
Soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quién eres
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves
Donde á todos te prefieres,
Mira bien lo que te advierto:
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando,
Aunque ves que estás despierto. *(Vase.)*

SEGISMUNDO.

¿Que quizá soñando estoy,
Aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y creo
Lo que he sido y lo que soy,
Y aunque ahora te arrepientas,
Poco remedio tendrás.
Sé quién soy, y no podrás,
Aunque suspires y sientas,
Quitarme el haber nacido
Desta corona heredero;
Y si me viste, primero,
A las prisiones rendido,
Fué porque ignoré quién era:
Pero ya informado estoy
De quién soy, y sé que soy
Un compuesto de hombre y fiera.

ESCENA VII

ROSAURA, *en traje de mujer.* SEGISMUNDO. CLARIN. CRIADOS.

ROSAURA. *(Ap.)*

Siguiendo á Estrella vengo,
Y gran temor de hallar á Astolfo tengo;

Que Clotaldo desea
Que no sepa quién soy, y no me vea,
Porque dice que importa al honor mio:
Y de Clotaldo fio
Su efecto, pues le debo, agradecida,
Aquí el amparo de mi honor y vida.

CLARIN. *(A Segismundo.)*

¿Qué es lo que te ha agradado
Más de cuanto aquí has visto y admirado?

SEGISMUNDO.

Nada me ha suspendido,
Que todo lo tenia prevenido;
Mas, si admirarme hubiera
Algo en el mundo, la hermosura fuera
De la mujer. Leia
Una vez yo en los libros que tenia,
Que, lo que á Dios mayor estudio debe,
Es el hombre, por ser un mundo breve;
Mas ya que lo es recelo
La mujer, pues ha sido un breve cielo;
Y más beldad encierra
Que el hombre, cuanto va de cielo á tierra;
Y más si es la que miro.

ROSAURA. *(Ap.)*

El Príncipe está aquí; yo me retiro.

SEGISMUNDO.

Oye, mujer, detente;
No juntes el ocaso y el oriente,
Huyendo al primer paso;
Que juntos el oriente y el ocaso,
La luz y sombra fria,
Serás, sin duda, síncopa del dia.
Pero ¿qué es lo que veo?

ROSAURA.

Lo mismo que estoy viendo, dudo y creo.

SEGISMUNDO. *(Ap.)*

Yo he visto esta belleza
Otra vez.

ROSAURA. *(Ap.)*

Yo esta pompa, esta grandeza

He visto reducida
A una estrecha prision.

SEGISMUNDO.

(*Ap.* Ya hallé mi vida.)
Mujer, que aqueste nombre
Es el mejor requiebro para el hombre,
¿Quién eres? que, sin verte,
Adoracion me debes, y de suerte
Por la fé te conquisto,
Que me persuado á que otra vez te he visto.
¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA.

(*Ap.* Disimular me importa.)—Soy de Estrella
Una infelice dama.

SEGISMUNDO.

No digas tal; dí el sol, á cuya llama
Aquella estrella vive,
Pues de tus rayos resplandor recibe.
Yo ví, en reino de olores,
Que presidia, entre escuadron de flores,
La deidad de la rosa,
Y era su emperatriz por más hermosa;
Yo ví, entre piedras finas,
De la docta academia de sus minas,
Preferir el diamante,
Y ser su emperador por más brillante;
Yo, en esas córtes bellas
De la inquieta república de estrellas,
Ví en el lugar primero,
Por rey de las estrellas, al lucero;
Yo, en esferas perfetas,
Llamando el sol á córtes los planetas,
Le ví que presidia,
Como mayor oráculo del dia.
Pues ¿cómo, si entre flores, entre estrellas,
Piedras, signos, planetas, las más bellas
Prefieren, tú has servido
La de ménos beldad, habiendo sido,
Por más bella y hermosa,
Sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

ESCENA VIII

CLOTALDO, *que se queda al paño.* SEGISMUNDO. ROSAURA. CLARIN. CRIADOS.

CLOTALDO. *(Ap.)*

A Segismundo reducir deseo,
Porque, en fin, le he criado... Mas ¡qué veo!

ROSAURA.

Tu favor reverencio;
Respóndate retórico el silencio:
Cuando tan torpe la razon se halla,
Mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISMUNDO.

No has de ausentarte, espera.
¿Cómo quieres dejar de esa manera
A oscuras mi sentido?

ROSAURA.

Esta licencia á vuestra Alteza pido.

SEGISMUNDO.

Irte con tal violencia
No es pedirla, es tomarte la licencia.

ROSAURA.

Pues, si tú no la das, tomarla espero.

SEGISMUNDO.

Harás que de cortés pase á grosero;
Porque la resistencia
Es veneno cruel de mi paciencia.

ROSAURA.

Pues cuando ese veneno,
De furia, de rigor y saña lleno,
La paciencia venciera,
Mi respeto no osára ni pudiera.

SEGISMUNDO.

Sólo por ver si puedo,
Harás que pierda á tu hermosura el miedo,
Que soy muy inclinado

A vencer lo imposible: hoy he arrojado
De ese balcon á un hombre, que decia
Que hacerse no podia;
Y así, por ver si puedo, cosa es llana
Que arrojaré tu honor por la ventana.

CLOTALDO. *(Ap.)*

Mucho se va empeñando.
¿Qué he de hacer, cielos, cuando
Tras un loco deseo
Mi honor, segunda vez, á riesgo veo?

ROSAURA.

No en vano prevenia
A este reino infeliz, tu tiranía,
Escándalos tan fuertes
De delitos, traiciones, iras, muertes.
Mas ¿qué ha de hacer un hombre
Que no tiene de humano más que el nombre.
Atrevido, inhumano,
Cruel, soberbio, bárbaro y tirano,
Nacido entre las fieras?

SEGISMUNDO.

Porque tú ese baldon no me dijeras,
Tan cortés me mostraba,
Pensando que con eso te obligaba;
Mas, si lo soy hablando deste modo,
Has de decirlo, vive Dios, por todo.
—Hola, dejadnos solos; y esa puerta
Se cierre, y no entre nadie. *(Vánse Clarin y los criados.)*

ROSAURA.

¡Yo soy muerta!
—Advierte...

SEGISMUNDO.

Soy tirano,
Y ya pretendes reducirme en vano.

CLOTALDO.

(Ap. ¡Oh qué lance tan fuerte!
Saldré á estorbarlo, aunque me dé la muerte.)
Señor, atiende, mira... *(Llega.)*

SEGISMUNDO.

Segunda vez me has provocado á ira,
Viejo caduco y loco.
¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco?
¿Cómo hasta aquí has llegado?

CLOTALDO.

De los acentos desta voz llamado,
A decirte que seas
Más apacible, si reinar deseas;
Y no, por verte ya de todos dueño,
Seas cruel, porque quizá es un sueño.

SEGISMUNDO.

A rabia me provocas,
Cuando la luz del desengaño tocas.
Veré, dándote la muerte,
Si es sueño ó es verdad.

(Al ir á sacar la daga se la detiene Clotaldo, y se pone de rodillas.)

CLOTALDO.

Yo desta suerte
Librar mi vida espero.

SEGISMUNDO.

Quita la osada mano del acero.

CLOTALDO.

Hasta que gente venga,
Que tu rigor y cólera detenga,
No he de soltarte.

ROSAURA.

¡Ay cielos!

SEGISMUNDO.

Suelta, digo,
Caduco, loco, bárbaro, enemigo,
O será desta suerte, *(Luchan.)*
Dándote ahora entre mis brazos muerte.

ROSAURA.

¡Acudid todos presto,
Que matan á Clotaldo! *(Vase.)*

(Sale Astolfo á tiempo que cae Clotaldo á sus piés, y él se pone en medio.)

ESCENA IX

ASTOLFO. SEGISMUNDO. CLOTALDO.

ASTOLFO.

¿Pues qué es esto,
Príncipe generoso?
¿Así se mancha acero tan brioso
En una sangre helada?
Vuelva á la vaina tan lucida espada.

SEGISMUNDO.

En viéndola teñida
En esa infame sangre.

ASTOLFO.

Ya su vida
Tomó á mis piés sagrado;
Y de algo ha de servirle haber llegado.

SEGISMUNDO.

Sírvate de morir; pues, desta suerte,
Tambien sabré vengarme, con tu muerte,
De aquel pasado enojo.

ASTOLFO.

Yo defiendo
Mi vida; así la majestad no ofendo.
(Saca Astolfo la espada, y riñen.)

CLOTALDO.

No le ofendas, señor.

ESCENA X

BASILIO. ESTRELLA *y* ACOMPAÑAMIENTO. SEGISMUNDO. ASTOLFO. CLOTALDO.

BASILIO.

¿Pues, aquí espadas?

ESTRELLA. *(Ap.)*

¡Astolfo es, ay de mí, penas airadas!

BASILIO.

¿Pues qué es lo que ha pasado?

ASTOLFO.

Nada, señor, habiendo tú llegado. *(Envainan.)*

SEGISMUNDO.

Mucho, señor, aunque hayas tú venido.
Yo á ese viejo matar he pretendido.

BASILIO.

¿Respeto no tenias
A esas canas?

CLOTALDO.

Señor, ved que son mias:
Que no importa vereis.

SEGISMUNDO.

Acciones vanas,
Querer que tenga yo respeto á canas;
Pues áun esas podria *(Al Rey.)*
Ser que viese á mis plantas algun dia.
Porque áun no estoy vengado
Del modo injusto con que me has criado. *(Vase.)*

BASILIO.

Pues ántes que lo veas,
Volverás á dormir adonde creas
Que cuanto te ha pasado,
Como fué bien del mundo, fué soñado.
(Vánse el Rey, Clotaldo y el acompañamiento.)

ESCENA XI

ESTRELLA. ASTOLFO.

ASTOLFO.

¡Qué pocas veces el hado
Que dice desdichas, miente,
Pues es tan cierto en los males,
Cuanto dudoso en los bienes!
¡Qué buen astrólogo fuera,
Si siempre casos crueles
Anunciára; pues no hay duda
Que ellos fueran verdad siempre!
Conocerse esta experiencia
En mí y Segismundo puede,
Estrella, pues en los dos
Hace muestras diferentes.

En él previno rigores,
Soberbias, desdichas, muertes,
Y en todo dijo verdad,
Porque todo, al fin, sucede;
Pero en mí, que al ver, señora,
Esos rayos excelentes,
De quien el sol fué una sombra
Y el cielo un amago breve,
Que me previno venturas,
Trofeos, aplausos, bienes,
Dijo mal, y dijo bien;
Pues sólo es justo que acierte
Cuando amaga con favores
Y ejecuta con desdenes.

ESTRELLA.

No dudo que esas finezas
Son verdades evidentes;
Mas serán para otra dama,
Cuyo retrato pendiente
Al cuello trajisteis, cuando
Llegasteis, Astolfo, á verme;
Y siendo así, esos requiebros
Ella sola los merece.
Acudid á que ella os pague;
Que no son buenos papeles
En el consejo de amor,
Las finezas ni las fees
Que se hicieron en servicio
De otras damas y otros Reyes.

ESCENA XII

ROSAURA, *que se queda al paño.* ESTRELLA. ASTOLFO.

ROSAURA. *(Ap.)*

¡Gracias á Dios, que llegaron
Ya mis desdichas crueles
Al término suyo, pues
Quien esto ve nada teme!

ASTOLFO.

Yo haré que el retrato salga
Del pecho, para que entre
La imágen de tu hermosura.

Donde entra Estrella, no tiene
Lugar la sombra, ni estrella
Donde el sol; voy á traerle.
—*(Ap.* Perdona, Rosaura hermosa,
Este agravio, porque, ausentes,
No se guardan más fé que ésta
Los hombres y las mujeres.) *(Vase.)*

(Adelántase Rosaura.)

ROSAURA. *(Ap.)*

Nada he podido escuchar,
Temerosa que me viese.

ESTRELLA.

¡Astrea!

ROSAURA.

Señora mia.

ESTRELLA.

Heme holgado que tú fueses
La que llegaste hasta aquí,
Porque de tí solamente
Fiára un secreto.

ROSAURA.

Honras,
Señora, á quien te obedece.

ESTRELLA.

En el poco tiempo, Astrea,
Que há que te conozco, tienes
De mi voluntad las llaves;
Por esto, y por ser quien eres,
Me atrevo á fiar de tí
Lo que áun de mí muchas veces
Recaté.

ROSAURA.

Tu esclava soy.

ESTRELLA.

Pues, para decirlo en breve,
Mi primo Astolfo (bastára
Que mi primo te dijese,
Porque hay cosas que se dicen
Con pensarlas solamente)

Ha de casarse conmigo,
Si es que la fortuna quiere
Que, con una dicha sola,
Tantas desdichas descuente.
Pesóme que, el primer dia,
Echado al cuello trajese
El retrato de una dama:
Habléle en él cortesmente;
Es galan y quiere bien,
Fué por él, y ha de traerle
Aquí; embarázame mucho
Que él á mí á dármele llegue:
Quédate aquí, y cuando venga
Le dirás que te le entregue
A tí. No te digo más;
Discreta y hermosa eres;
Bien sabrás lo que es amor. *(Vase.)*

ESCENA XIII

ROSAURA.

¡Ojalá no lo supiese!
¡Válgame el cielo! ¿Quién fuera
Tan atenta y tan prudente,
Que supiera aconsejarse
Hoy en ocasion tan fuerte?
¿Habrá persona en el mundo,
A quien el cielo inclemente
Con más desdichas combata,
Y con más pesares cerque?
¿Qué haré en tantas confusiones,
Donde imposible parece
Que halle razon que me alivie,
Ni alivio que me consuele?
Desde la primer desdicha,
No hay suceso, ni accidente,
Que otra desdicha no sea,
Que unas á otras suceden,
Herederas de sí mismas.
A la imitacion del Fénix,
Unas de las otras nacen,
Viviendo de lo que mueren,
Y siempre de sus cenizas

Está el sepulcro caliente.
Que eran cobardes, decia
Un sabio, por parecerle
Que nunca andaba una sola;
Yo digo que son valientes,
Pues siempre van adelante,
Y nunca la espalda vuelven:
Quien las llevare consigo,
A todo podrá atreverse,
Pues, en ninguna ocasion,
No haya miedo que le dejen.
Dígalo yo, pues en tantas
Como á mi vida suceden,
Nunca me he hallado sin ellas,
Ni se han cansado hasta verme,
Herida de la fortuna,
En los brazos de la muerte.
¡Ay de mí! ¿Qué debo hacer,
Hoy, en la ocasion presente?
Si digo quién soy, Clotaldo,
A quien mi vida le debe
Este amparo y este honor,
Conmigo ofenderse puede;
Pues me dice que, callando,
Honor y remedio espere.
Si no he de decir quién soy
A Astolfo, y él llega á verme:
¿Cómo he de disimular?
Pues, aunque fingirlo intenten
La voz, la lengua y los ojos,
Les dirá el alma que mienten!
¿Qué haré?—Mas ¿para qué estudio
Lo que haré, si es evidente
Que por más que lo prevenga,
Que lo estudie y que lo piense,
En llegando la ocasion,
Ha de hacer lo que quisiere
El dolor? Porque ninguno
Imperio en sus penas tiene.
Y pues á determinar
Lo que ha de hacer no se atreve
El alma, llegue el dolor
Hoy á su término; llegue

La pena á su extremo, y salga
De dudas y pareceres
De una vez; pero, hasta entónces,
¡Valedme, cielos, valedme!

ESCENA XIV

ASTOLFO, *que trae el retrato.* ROSAURA.

ASTOLFO.

Este es, señora, el retrato...
Mas ¡ay Dios!

ROSAURA.

¿Qué se suspende
Vuestra Alteza? ¿Qué se admira?

ASTOLFO.

De oirte, Rosaura, y verte.

ROSAURA.

¿Yo Rosaura? Hase engañado
Vuestra Alteza; si me tiene
Por otra dama; que yo
Soy Astrea, y no merece
Mi humildad tan grande dicha,
Que esa turbacion le cueste.

ASTOLFO.

Basta, Rosaura, el engaño,
Porque el alma nunca miente;
Y aunque como á Astrea te mire,
Como á Rosaura te quiere.

ROSAURA.

No he entendido á vuestra Alteza.
Y así no sé responderle:
Sólo lo que yo diré,
Es que Estrella (que lo puede
Ser de Vénus) me mandó
Que en esta parte le espere,
Y, de la suya, le diga
Que aquel retrato me entregue,
(¡Que está muy puesto en razon!)
Y yo misma se lo lleve.

Estrella lo quiere así,
Porque áun las cosas más leves,
Como sean en mi daño,
Es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO.

Aunque más esfuerzos hagas,
¡Oh qué mal, Rosaura, puedes
Disimular! Dí á los ojos
Que su música concierten
Con la voz; porque es forzoso
Que desdiga y que disuene
Tan destemplado instrumento,
Que ajustar y medir quiere
La falsedad de quien dice
Con la verdad de quien siente.

ROSAURA.

Ya digo que sólo espero
El retrato.

ASTOLFO.

Pues que quieres
Llevar al fin el engaño,
Con él quiero responderte.
Dirásle, Astrea, á la Infanta
Que yo la estimo de suerte,
Que, pidiéndome un retrato,
Poca fineza parece
Enviársele, y así,
Porque le estime y le precie,
Le envio el original;
Y tú llevársele puedes,
Pues ya le llevas contigo,
Como á tí misma te lleves.

ROSAURA.

Cuando un hombre se dispone,
Restado, altivo y valiente,
A salir con una empresa,
Aunque por trato le entreguen
Lo que valga más, sin ella,
Necio y desairado, vuelve.
Yo vengo por un retrato,

Y aunque un original lleve,
Que vale más, volveré
Desairada; y así, déme
Vuestra Alteza ese retrato,
Que sin él no he de volverme.

ASTOLFO.

Pues ¿cómo, si no he de darle,
Le has de llevar?

ROSAURA.

Desta suerte.
¡Suéltale, ingrato! *(Trata de quitársele.)*

ASTOLFO.

¡Es en vano!

ROSAURA.

¡Vive Dios, que no ha de verse
En manos de otra mujer!

ASTOLFO.

¡Terrible estás!

ROSAURA.

¡Y tú aleve!

ASTOLFO.

Ya basta, Rosaura mia.

ROSAURA.

¿Yo tuya?.... Villano, mientes. *(Están asidos ámbos del retrato.)*

ESCENA XV

ESTRELLA. ROSAURA. ASTOLFO.

ESTRELLA.

Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

ASTOLFO. *(Ap.)*

Aquésta es Estrella.

ROSAURA.

(Ap. Déme,
Para cobrar mi retrato,
Ingenio el amor.) Si quieres *(A Estrella.)*

Saber lo que es, yo, señora,
Te lo diré.

ASTOLFO. *(Ap. á Rosaura.)*

¿Qué pretendes?

ROSAURA.

Mandásteme que esperase
Aquí á Astolfo, y le pidiese
Un retrato de tu parte.
Quedé sola, y como vienen
De unos discursos á otros
Las noticias fácilmente,
Viéndote hablar de retratos,
Con su memoria acordéme
De que tenia uno mio
En la manga. Quise verle,
Porque una persona sola
Con locuras se divierte;
Cayóseme de la mano
Al suelo: Astolfo, que viene
A entregarte el de otra dama,
Le levantó, y tan rebelde
Está en dar el que le pides,
Que en vez de dar uno, quiere
Llevar otro; pues el mio
Áun no es posible volverme,
Con ruegos y persuasiones:
Colérica é impaciente
Yo, se le quise quitar.
Aquel que en la mano tiene,
Es mio: tú lo verás
Con ver si se me parece.

ESTRELLA.

Soltad, Astolfo, el retrato. *(Quítasele de la mano.)*

ASTOLFO.

Señora...

ESTRELLA.

No son crueles,
A la verdad, los matices.

ROSAURA.

¿No es mio?

ESTRELLA.

¿Qué duda tiene?

ROSAURA.

Ahora dí que te dé el otro.

ESTRELLA.

Toma tu retrato, y véte.

ROSAURA. *(Ap.)*

Yo he cobrado mi retrato:
Venga ahora lo que viniere. *(Vase.)*

ESCENA XVI

ESTRELLA. ASTOLFO.

ESTRELLA.

Dadme ahora el retrato, vos,
Que os pedí, que aunque no piense
Veros ni hablaros jamás,
No quiero, no, que se quede
En vuestro poder, siquiera
Porque yo tan neciamente
Le he pedido.

ASTOLFO.

(Ap. ¿Cómo puedo
Salir de lance tan fuerte?)
Aunque quiera, hermosa Estrella,
Servirte y obedecerte,
No podré darte el retrato
Que me pides, porque...

ESTRELLA.

Eres
Villano y grosero amante.
No quiero que me le entregues;
Porque yo tampoco quiero,
Con tomarle, que me acuerdes
Que te le he pedido yo. *(Vase.)*

ASTOLFO.

Oye, escucha, mira, advierte...

—¡Válgate Dios por Rosaura!
¿Dónde, cómo ó de qué suerte,
Hoy á Polonia has venido
A perderme y á perderte? *(Vase.)*

Prision del Príncipe en la torre.

ESCENA XVII

SEGISMUNDO, *como al principio, con pieles y cadena, echado en el suelo.* CLOTALDO. DOS SOLDADOS Y CLARIN.

CLOTALDO.

Aquí le habeis de dejar,
Pues hoy su soberbia acaba
Donde empezó.

UN CRIADO.

Como estaba,
La cadena vuelvo á atar.

CLARIN.

No acabes de dispertar,
Segismundo, para verte
Perder, trocada la suerte,
Siendo tu gloria fingida
Una sombra de la vida,
Y una llama de la muerte.

CLOTALDO.

A quien sabe discurrir
Así, es bien que se prevenga
Una estancia, donde tenga
Harto lugar de argüir.
—Éste es al que habeis de asir, *(A los criados.)*
Y en este cuarto encerrar.
(Señalando la pieza inmediata.)

CLARIN.

¿Por qué á mí?

CLOTALDO.

Porque ha de estar
Guardado en prision tan grave,
Clarin que secretos sabe,
Donde no pueda sonar.

CLARIN.

¿Yo, por dicha, solicito
Dar muerte á mi padre?—No.
¿Arrojé del balcon yo
Al Ícaro de poquito?
¿Yo sueño ó duermo? ¿A qué fin
Me encierran?

CLOTALDO.

Eres Clarin.

CLARIN.

Pues ya digo que seré
Corneta, y que callaré,
Que es instrumento ruin. *(Llévanle, y queda solo Clotaldo.)*

ESCENA XVIII

BASILIO, *rebozado.* CLOTALDO. SEGISMUNDO, *adormecido.*

BASILIO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

¡Señor! ¿Así
Viene vuestra Majestad?

BASILIO.

La necia curiosidad
De ver lo que pasa aquí
A Segismundo (¡ay de mí!),
Deste modo me ha traido.

CLOTALDO.

Mírale allí, reducido
A su miserable estado.

BASILIO.

¡Ay Príncipe desdichado,
Y en triste punto nacido!
Llega á dispertarle, ya
Que fuerza y vigor perdió,
Con el ópio que bebió.

CLOTALDO.

Inquieto, señor, está,

Y hablando.

BASILIO.

¿Qué soñará
Ahora? Escuchemos, pues.

SEGISMUNDO. *(Entre sueños.)*

Piadoso Príncipe es
El que castiga tiranos:
Clotaldo muera á mis manos,
Mi padre bese mis piés.

CLOTALDO.

Con la muerte me amenaza.

BASILIO.

A mí con rigor y afrenta.

CLOTALDO.

Quitarme la vida intenta.

BASILIO.

Rendirme á sus plantas traza.

SEGISMUNDO. *(Entre sueños.)*

Salga á la anchurosa plaza
Del gran teatro del mundo
Este valor sin segundo:
Porque mi venganza cuadre,
Vean triunfar de su padre
Al Príncipe Segismundo. *(Despierta.)*
Mas ¡ay de mí! ¿Dónde estoy?

BASILIO.

Pues á mí no me ha de ver: *(A Clotaldo.)*
Ya sabes lo que has de hacer.
Desde allí á escucharle voy. *(Retírase.)*

SEGISMUNDO.

¿Soy yo por ventura? ¿Soy
El que, preso y aherrojado,
Llego á verme en tal estado?
¿No sois mi sepulcro vos,
Torre?—Sí.—¡Válgame Dios,
Qué de cosas he soñado!

CLOTALDO. *(Ap.)*

A mí me toca llegar,
A hacer la deshecha ahora.
—¿Es ya de dispertar hora? *(A Segismundo.)*

SEGISMUNDO.

Sí; hora es ya de dispertar.

CLOTALDO.

¿Todo el dia te has de estar
Durmiendo?—Desde que yo,
Al águila que voló
Con tardo vuelo, seguí,
Y te quedaste tú aquí,
¿Nunca has dispertado?

SEGISMUNDO.

No;
Ni áun agora he dispertado;
Que, segun, Clotaldo, entiendo,
Todavía estoy durmiendo;
Y no estoy muy engañado.
Porque, si ha sido soñado
Lo que ví palpable y cierto,
Lo que veo será incierto;
Y no es mucho que rendido,
Pues veo estando dormido,
Que sueñe estando despierto.

CLOTALDO.

Lo que soñaste me dí.

SEGISMUNDO.

Supuesto que sueño fué,
No diré lo que soñé;
Lo que ví, Clotaldo, sí.
Yo disperté, yo me ví
(¡Qué crueldad tan lisonjera!)
En un lecho, que pudiera,
Con matices y colores,
Ser el catre de las flores
Que tejió la primavera.
Aquí mil nobles, rendidos
A mis piés, nombre me dieron

De su Príncipe, y sirvieron
Galas, joyas y vestidos.
La calma de mis sentidos
Tú trocaste en alegría,
Diciendo la dicha mia,
Que, aunque estoy desta manera.
Príncipe en Polonia era.

CLOTALDO.

Buenas albricias tendria.

SEGISMUNDO.

No muy buenas: por traidor,
Con pecho atrevido y fuerte,
Dos veces te daba muerte.

CLOTALDO.

¿Para mí tanto rigor?

SEGISMUNDO.

De todos era señor,
Y de todos me vengaba;
Sólo á una mujer amaba...
Que fué verdad, creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto sólo no se acaba. *(Vase el Rey.)*

CLOTALDO.

(Ap. Enternecido se ha ido
El Rey de haberle escuchado.)
Como habíamos hablado
De aquella águila, dormido,
Tu sueño imperios han sido;
Mas en sueños fuera bien
Honrar entónces á quien
Te crió en tantos empeños,
Segismundo; que áun en sueños
No se pierde el hacer bien. *(Vase.)*

ESCENA XIX

SEGISMUNDO.

Es verdad; pues reprimamos
Esta fiera condicion,
Esta furia, esta ambicion,

Por si alguna vez soñamos;
Y sí haremos, pues estamos
En mundo tan singular,
Que el vivir sólo es soñar;
Y la experiencia me enseña
Que el hombre que vive, sueña
Lo que es, hasta dispertar.
Sueña el Rey que es rey, y vive,
Con este engaño, mandando,
Disponiendo y gobernando;
Y este aplauso, que recibe
Prestado, en el viento escribe,
Y en cenizas le convierte
La muerte (¡Desdicha fuerte!):
¿Que hay quien intente reinar,
Viendo que ha de dispertar
En el sueño de la muerte?
Sueña el rico en su riqueza,
Que más cuidados le ofrece;
Sueña el pobre que padece
Su miseria y su pobreza;
Sueña el que á medrar empieza;
Sueña el que afana y pretende;
Sueña el que agravia y ofende;
Y en el mundo, en conclusion,
Todos sueñan lo que son,
Aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que estoy aquí
Destas prisiones cargado,
Y soñé que en otro estado
Más lisonjero me ví.
¿Qué es la vida?—Un frenesí.
¿Qué es la vida?—Una ilusion,
Una sombra, una ficcion,
Y el mayor bien es pequeño:
Que toda la vida es sueño,
Y los sueños sueño son.

JORNADA TERCERA

Un calabozo en la torre de Segismundo.

ESCENA PRIMERA

CLARIN.

En una encantada torre,
Por lo que sé, vivo preso:
¿Qué me harán por lo que ignoro,
Si por lo què sé me han muerto?
¡Que un hombre con tanta hambre
Viniese á morir viviendo!
Lástima tengo de mí;
Todos dirán: «Bien lo creo»;
Y bien se puede creer,
Pues, para mí, este silencio
No conforma con el nombre
Clarin, y callar no puedo.
Quien me hace compañía
Aquí, si á decirlo acierto,
Son arañas y ratones:
¡Miren qué dulces jilgueros!
De los sueños desta noche,
La triste cabeza tengo
Llena de mil chirimías,
De trompetas y embelecos,
De procesiones, de cruces,
De disciplinantes; y éstos,
Unos suben, otros bajan,
Unos se desmayan viendo
La sangre que llevan otros;
Mas yo, la verdad diciendo,
De no comer me desmayo;
Que en una prision me veo,
Donde ya todos los dias

En el filósofo leo
Nicomedes, y las noches
En el concilio *Niceno*.
Si llaman santo al callar,
Como en calendario nuevo,
San Secreto es para mí,
Pues le ayuno y no le huelgo;
Aunque está bien merecido
El castigo que padezco,
Pues callé, siendo criado,
Que es el mayor sacrilegio.
(Ruido de cajas y clarines, y voces dentro.)

ESCENA II

SOLDADOS. CLARIN.

SOLDADO 1.º *(Dentro.)*

Ésta es la torre en que está.
Echad la puerta en el suelo.
Entrad todos.

CLARIN.

¡Vive Dios!
Que á mí me buscan, es cierto,
Pues que dicen que aquí estoy.
¿Qué me querrán?

SOLDADO 1.º *(Dentro.)*

Entrad dentro. *(Salen varios soldados.)*

SOLDADO 2.º

Aquí está.

CLARIN.

No está.

TODOS LOS SOLDADOS.

Señor...

CLARIN. *(Ap.)*

¿Si vienen borrachos éstos?

SOLDADO 1.º

Tú nuestro príncipe eres;
Ni admitimos ni queremos,
no al señor natural,

Y no á príncipe extranjero.
A todos nos dá los piés.

LOS SOLDADOS.

¡Viva el gran Príncipe nuestro!

CLARIN. *(Ap.)*

Vive Dios, que va de veras.
¿Si es costumbre en este Reino
Prender uno cada dia
Y hacerle príncipe, y luégo
Volverle á la torre? Sí,
Pues cada dia lo veo:
Fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS.

Danos tus plantas.

CLARIN.

No puedo,
Porque las he menester
Para mí, y fuera defecto
Ser príncipe desplantado.

SOLDADO 2.º

Todos á tu padre mesmo
Le dijimos que á tí solo
Por Príncipe conocemos,
No al de Moscovia.

CLARIN.

¿A mi padre
Le perdisteis el respeto?
Sois unos tales por cuales.

SOLDADO 1.º

Fué lealtad de nuestro pecho.

CLARIN.

Si fué lealtad, yo os perdono.

SOLDADO 2.º

Sal á restaurar tu imperio.
¡Viva Segismundo!

TODOS.

¡Viva!

CLARIN. *(Ap.)*

¿Segismundo dicen? Bueno:
Segismundos llaman todos
Los príncipes contrahechos.

ESCENA III

SEGISMUNDO. CLARIN. SOLDADOS.

SEGISMUNDO.

¿Quién nombra aquí á Segismundo?

CLARIN. *(Ap.)*

¡Mas qué soy príncipe huero!

SOLDADO 1.º

¿Quién es Segismundo?

SEGISMUNDO.

Yo.

SOLDADO 2.º *(A Clarin.)*

Pues ¿cómo, atrevido y necio,
Tú te hacías Segismundo?

CLARIN.

¿Yo Segismundo? Eso niego.
Vosotros fuisteis los que
Me segismundeasteis: luego
Vuestra ha sido solamente
Necedad y atrevimiento.

SOLDADO 1.º

Gran Príncipe Segismundo
(Que las señas que traemos
Tuyas son, aunque por fé
Te aclamamos señor nuestro),
Tu padre, el gran Rey Basilio.
Temeroso que los cielos
Cumplan un hado, que dice
Que ha de verse á tus piés puesto.
Vencido de tí, pretende
Quitarte accion y derecho,
Y dársele á Astolfo, duque
De Moscovia. Para esto
Juntó su córte; y el vulgo,

Penetrando ya y sabiendo
Que tiene Rey natural,
No quiere que un extranjero
Venga á mandarle. Y así,
Haciendo noble desprecio
De la inclemencia del hado,
Te ha buscado donde preso
Vives, para que asistido
De sus armas, y saliendo
Desta torre á restaurar
Tu imperial corona y cetro,
Se la quites á un tirano.
Sal, pues, que en ese desierto,
Ejército numeroso
De bandidos y plebeyos,
Te aclama: la libertad
Te espera; oye sus acentos.

VOCES. *(Dentro.)*

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO.

¿Otra vez (¡qué es esto, cielos!)
Quereis que sueñe grandezas,
Que ha de deshacer el tiempo?
¿Otra vez quereis que vea,
Entre sombras y bosquejos,
La majestad y la pompa
Desvanecida del viento?
¿Otra vez quereis que toque
El desengaño, ó el riesgo,
A que el humano poder
Nace humilde y vive atento?
Pues no ha de ser, no ha de ser,
Mirarme otra vez sujeto
A mi fortuna; y pues sé
Que toda esta vida es sueño:
Idos, sombras, que fingís
Hoy á mis sentidos muertos
Cuerpo y voz, siendo verdad
Que ni teneis voz ni cuerpo;
Que no quiero majestades
Fingidas, pompas no quiero

Fantásticas, ilusiones
Que, al soplo ménos ligero
Del aura, han de deshacerse,
Bien como el florido almendro,
Que por madrugar sus flores,
Sin aviso y sin consejo,
Al primer soplo se apagan,
Marchitando y desluciendo
De sus rosados capullos
Belleza, luz y ornamento.
Ya os conozco, ya os conozco,
Y sé que os pasa lo mesmo
Con cualquiera que se duerme:
Para mí no hay fingimientos,
Que, desengañado ya,
Sé bien que *la vida es sueño.*

SOLDADO 2.º

Si piensas que te engañamos,
Vuelve á esos montes soberbios
Los ojos, para que veas
La gente que aguarda en ellos
Para obedecerte.

SEGISMUNDO.

Ya
Otra vez ví aquesto mesmo,
Tan clara y distintamente
Como ahora lo estoy viendo;
Y fué sueño.

SOLDADO 2.º

Cosas grandes
Siempre, gran señor, trajeron
Anuncios; y esto sería,
Si lo soñaste primero.

SEGISMUNDO.

Dices bien, anuncio fué;
Y caso que fuese cierto,
Pues que la vida es tan corta,
Soñemos, alma, soñemos
Otra vez; pero ha de ser

Con atencion y consejo
De que hemos de dispertar
Deste gusto al mejor tiempo;
Que, llevándolo sabido,
Será el desengaño ménos,
Que es hacer burla del daño
Adelantarle el consejo.
Y con esta prevencion
De que cuando fuese cierto,
Es todo el poder prestado,
Y ha de volverse á su dueño,
Atrevámonos á todo.
—Vasallos, yo os agradezco
La lealtad; en mí llevais
Quien os libre, osado y diestro,
De extranjera esclavitud.
Tocad al arma, que presto
Vereis mi inmenso valor.
Contra mi padre pretendo
Tomar armas, y sacar
Verdaderos á los cielos.
Puesto he de verle á mis plantas...
(*Ap.* Mas, si ántes desto dispierto,
¿No será bien no decirlo,
Supuesto que no he de hacerlo?)

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

ESCENA IV

CLOTALDO. SEGISMUNDO. CLARIN. SOLDADOS.

CLOTALDO.

¿Qué alboroto es éste, cielos?

SEGISMUNDO.

Clotaldo.

CLOTALDO.

Señor... (*Ap.* En mí
Su rigor prueba.)

CLARIN. (*Ap.*)

Yo apuesto
Que le despeña del monte. (*Vase.*)

CLOTALDO.

A tus reales plantas llego:
Ya sé que á morir.

SEGISMUNDO.

Levanta,
Levanta, padre, del suelo,
Que tú has de ser norte y guia
De quien fie mis aciertos;
Que ya sé que mi crianza
A tu mucha lealtad debo.
Dame los brazos.

CLOTALDO.

¿Qué dices?

SEGISMUNDO.

Que estoy soñando, y que quiero
Obrar bien, pues no se pierde
El hacer bien, áun en sueños.

CLOTALDO.

Pues señor, si el obrar bien
Es ya tu blason, es cierto
Que no te ofenda el que yo
Hoy solicite lo mesmo.
¡A tu padre has de hacer guerra!
Yo aconsejarte no puedo
Contra mi Rey, ni valerte.
A tus plantas estoy puesto,
Dame la muerte.

SEGISMUNDO.

¡Villano,
Traidor, ingrato! (*Ap.* Mas ¡cielos!
El reportarme conviene,
Que áun no sé si estoy despierto.)
Clotaldo, vuestro valor
Os envidio y agradezco.
Idos á servir al Rey,
Que en el campo nos veremos.
—Vosotros tocad al arma.

CLOTALDO.

Mil veces tus plantas beso. *(Vase.)*

SEGISMUNDO.

A reinar, fortuna, vamos;
No me despiertes, si duermo;
Y, si es verdad, no me aduermas.
Mas, sea verdad ó sueño,
Obrar bien es lo que importa;
Si fuere verdad, por serlo;
Si no, por ganar amigos
Para cuando despertemos. *(Vánse, tocando cajas.)*

Salon del Palacio Real.

ESCENA V

BASILIO. ASTOLFO.

BASILIO.

¿Quién, Astolfo, podrá parar, prudente,
La furia de un caballo desbocado?
¿Quién detener de un rio la corriente,
Que corre al mar soberbio y despeñado?
¿Quién un peñasco suspender, valiente,
De la cima de un monte desgajado?
Pues todo fácil de parar se mira,
Más que de un vulgo la soberbia ira.
Dígalo en bandos el rumor partido,
Pues se oye resonar en lo profundo
De los montes el eco repetido,
Unos ¡*Astolfo!* y otros ¡*Segismundo!*
El dosel de la jura, reducido
A segunda intencion, á horror segundo,
Teatro funesto es, donde importuna
Representa tragedias la fortuna.

ASTOLFO.

Señor, suspéndase hoy tanta alegría;
Cese el aplauso y gusto lisonjero,
Que tu mano feliz me prometia;
Que si Polonia (á quien mandar espero)
Hoy se resiste á la obediencia mia,
Es porque la merezco yo primero.
Dadme un caballo, y de arrogancia lleno,
Rayo descienda el que blasona trueno. *(Vase.)*

BASILIO.

Poco reparo tiene lo infalible,
Y mucho riesgo lo previsto tiene:
Si ha de ser, la defensa es imposible,
Que quien la excusa más, más la previene.
¡Dura ley! ¡fuerte caso! ¡horror terrible!
Quien piensa huir el riesgo, al riesgo viene:
Con lo que yo guardaba me he perdido;
Yo mismo, yo mi pátria he destruido.

ESCENA VI

ESTRELLA. BASILIO.

ESTRELLA.

Si tu presencia, gran señor, no trata
De enfrenar el tumulto sucedido,
Que de uno en otro bando se dilata
Por las calles y plazas dividido,
Verás tu reino en ondas de escarlata
Nadar, entre la púrpura teñido
De su sangre, que ya con triste modo,
Todo es desdichas y tragedias todo.
Tanta es la ruina de tu imperio, tanta
La fuerza del rigor duro, sangriento,
Que visto admira, y escuchado espanta.
El sol se turba, y se embaraza el viento;
Cada piedra un pirámide levanta,
Y cada flor construye un monumento,
Cada edificio es un sepulcro altivo,
Cada soldado un esqueleto vivo.

ESCENA VII

CLOTALDO. BASILIO. ESTRELLA.

CLOTALDO.

¡Gracias á Dios, que vivo á tus piés llego!

BASILIO.

Clotaldo, ¿pues qué hay de Segismundo?

CLOTALDO.

Que el vulgo, mónstruo despeñado y ciego,
La torre penetró, y de lo profundo

Della sacó su Príncipe, que luégo
Que vió segunda vez su honor segundo,
Valiente se mostró, diciendo, fiero,
Que ha de sacar al cielo verdadero.

BASILIO.

Dadme un caballo, porque yo en persona
Vencer valiente un hijo ingrato quiero;
Y en la defensa ya de mi corona,
Lo que la ciencia erró, venza el acero. *(Vase.)*

ESTRELLA.

Pues yo al lado del sol seré Belona:
Poner mi nombre junto al suyo espero;
Que he de volar sobre tendidas alas
A competir con la deidad de Pálas. *(Vase, y tocan al arma.)*

ESCENA VIII

ROSAURA, *que detiene á* CLOTALDO.

ROSAURA.

Aunque el valor que se encierra
En tu pecho, desde allí
Da voces, óyeme á mí,
Que yo sé que todo es guerra.
Bien sabes que yo llegué
Pobre, humilde y desdichada
A Polonia, y amparada
De tu valor, en tí hallé
Piedad. Mandásteme (¡ay cielos!)
Que disfrazada viviese
En Palacio, y pretendiese,
Disimulando mis celos,
Guardarme de Astolfo. En fin,
Él me vió, y tanto atropella
Mi honor, que viéndome, á Estrella
De noche habla en un jardin:
Deste la llave he tomado,
Y te podré dar lugar
De que en él puedas entrar
A dar fin á mi cuidado.
Así altivo, osado y fuerte,
Volver por mi honor podrás,

Pues que ya resuelto estás
A vengarme con su muerte.

CLOTALDO.

Verdad es que me incliné,
Desde el punto que te ví,
A hacer, Rosaura, por tí
(Testigo tu llanto fué)
Cuanto mi vida pudiese.
Lo primero que intenté,
Quitarte aquel traje fué;
Porque, si acaso, te viese
Astolfo en tu propio traje,
Sin juzgar á liviandad
La loca temeridad
Que hace del honor ultraje.
En este tiempo trazaba
Cómo cobrar se pudiese
Tu honor perdido, aunque fuese
(Tanto tu honor me arrastraba)
Dando muerte á Astolfo. ¡Mira
Qué caduco desvarío!
Si bien, no siendo Rey mio,
Ni me asombra ni me admira.
Darle pensé muerte, cuando
Segismundo pretendió
Dármela á mí, y él llegó,
Su peligro atropellando,
A hacer en defensa mia
Muestras de su voluntad,
Que fueron temeridad,
Pasando de valentía.
¿Pues cómo yo ahora (advierte),
Teniendo alma agradecida,
A quien me ha dado la vida
Le tengo de dar la muerte?
Y así, entre los dos partido
El efecto y el cuidado,
Viendo que á tí te la he dado,
Y que dél la he recibido,
No sé á qué parte acudir,
No sé á qué parte ayudar,
Si á tí me obligué con dar,

Dél lo estoy con recibir;
Y así, en la accion que se ofrece,
Nada á mi amor satisface;
Porque soy persona que hace,
Y persona que padece.

ROSAURA.

No tengo que prevenir
Que en varon tan singular,
Cuanto es noble accion el dar,
Es bajeza el recibir.
Y este principio asentado,
No has de estarle agradecido,
Supuesto que si él ha sido
El que la vida te ha dado,
Y tú á mí, evidente cosa
Es, que él forzó tu nobleza
A que hiciese una bajeza,
Y yo una accion generosa.
Luego estás dél ofendido,
Luego estás de mí obligado,
Supuesto que á mí me has dado
Lo que dél has recibido;
Y así debes acudir
A mi honor en riesgo tanto,
Pues yo le prefiero cuanto
Va de dar á recibir.

CLOTALDO.

Aunque la nobleza vive
De la parte del que da,
El agradecerla está
De parte del que recibe.
Y pues ya dar he sabido,
Ya tengo, con nombre honroso,
El nombre de generoso:
Déjame el de agradecido;
Pues le puedo conseguir
Siendo agradecido, cuanto
Liberal, pues honra tanto
El dar como el recibir.

ROSAURA.

De tí recibí la vida,

Y tú mismo me dijiste,
Cuando la vida me diste,
Que la que estaba ofendida
No era vida: luego yo
Nada de tí he recibido;
Pues vida *no-vida* ha sido
La que tu mano me dió.
Y si debes ser primero
Liberal que agradecido
(Como de tí mismo he oido),
Que me des la vida espero,
Que no me la has dado; y pues
El dar engrandece más,
Si ántes liberal, serás
Agradecido despues.

CLOTALDO.

Vencido de tu argumento,
Antes liberal seré.
Yo, Rosaura, te daré
Mi hacienda, y en un convento
Vive; que está bien pensado
El medio que solicito;
Pues huyendo de un delito
Te recoges á un sagrado:
Que cuando desdichas siente
El Reino, tan dividido,
Habiendo noble nacido,
No he de ser quien las aumente.
Con el remedio elegido
Soy con el Reino leal,
Soy contigo liberal,
Con Astolfo agradecido;
Y así escoge el que te cuadre,
Quedándose entre los dos;
Que no hiciera ¡vive Dios!
Más cuando fuera tu padre.

ROSAURA.

Cuando tú mi padre fueras,
Sufriera esa injuria yo:
Pero no siéndolo, no.

CLOTALDO.

Pues ¿qué es lo que hacer esperas?

ROSAURA.

Matar al Duque.

CLOTALDO.

¿Una dama,
Que padre no ha conocido,
Tanto valor ha tenido?

ROSAURA.

Sí.

CLOTALDO.

¿Quién te alienta?

ROSAURA.

Mi fama.

CLOTALDO.

Mira que á Astolfo has de ver...

ROSAURA.

Todo mi honor lo atropella.

CLOTALDO.

Tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA.

¡Vive Dios, que no ha de ser!

CLOTALDO.

Es locura.

ROSAURA.

Ya lo veo.

CLOTALDO.

Pues véncela.

ROSAURA.

No podré.

CLOTALDO.

Pues perderás...

ROSAURA.

Ya lo sé.

CLOTALDO.

Vida y honor.

ROSAURA.

Bien lo creo.

CLOTALDO.

¿Qué intentas?

ROSAURA.

Mi muerte.

CLOTALDO.

Mira
Que eso es despecho.

ROSAURA.

Es honor.

CLOTALDO.

Es desatino.

ROSAURA.

Es valor.

CLOTALDO.

Es frenesí.

ROSAURA.

Es rabia, es ira.

CLOTALDO.

En fin, ¿que no se da medio
A tu ciega pasion?

ROSAURA.

No.

CLOTALDO.

¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA.

Yo.

CLOTALDO.

¿No hay remedio?

ROSAURA.

No hay remedio.

CLOTALDO.

Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA.

Perderme, de otra manera. *(Vase.)*

CLOTALDO.

Pues si has de perderte, espera,
Hija, y perdámonos todos. *(Vase.)*

Campo.

ESCENA IX

SEGISMUNDO, *vestido de pieles.* SOLDADOS, *marchando.* CLARIN.

(Tocan cajas.)

SEGISMUNDO.

Si este dia me viera
Roma en los triunfos de su edad primera,
¡Oh, cuánto se alegrára,
Viendo lograr una ocasion tan rara,
De tener una fiera
Que sus grandes ejércitos rigiera,
A cuyo altivo aliento
Fuera poca conquista el firmamento!
Pero el vuelo abatamos,
Espíritu, no así desvanezcamos
Aqueste aplauso incierto,
Si ha de pesarme, cuando esté despierto,
De haberlo conseguido
Para haberlo perdido;
Pues miéntras ménos fuere,
Ménos se sentirá si se perdiere. *(Tocan un clarin.)*

CLARIN.

En un veloz caballo
(Perdóname, que fuerza es el pintallo
En viniéndome á cuento),
En quien un mapa se dibuja atento,
Pues el cuerpo es la tierra,
El fuego el alma que en el pecho encierra,
La espuma el mar, y el aire es el suspiro,
En cuya confusion un caos admiro,
Pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento,

Mónstruo es de fuego, tierra, mar y viento;
De color remendado,
Rucio, y á su propósito rodado,
Del que bate la espuela;
Que en vez de correr vuela;
Á tu presencia llega
Airosa una mujer.

SEGISMUNDO.

Su luz me ciega.

CLARIN.

¡Vive Dios, que es Rosaura! *(Retírase.)*

SEGISMUNDO.

El cielo á mi presencia la restaura.

ESCENA X

ROSAURA, *con vaquero, espada y daga.* SEGISMUNDO. SOLDADOS.

ROSAURA.

Generoso Segismundo,
Cuya majestad heróica
Sale al dia de sus hechos
De la noche de sus sombras;
Y, como el mayor planeta,
Que en los brazos de la aurora
Se restituye luciente
Á las plantas y á las rosas,
Y sobre montes y mares,
Cuando coronado asoma,
Luz esparce, rayos brilla,
Cumbres baña, espumas borda;
Así amanezcas al mundo,
Luciente sol de Polonia,
Que á una mujer infelice,
Que hoy á tus plantas se arroja,
Ampares por ser mujer
Y desdichada: dos cosas
Que, para obligarle á un hombre,
Que de valiente blasona,
Cualquiera de las dos basta,
Cualquiera de las dos sobra.
Tres veces son las que ya

Me admiras, tres las que ignoras
Quién soy, pues las tres me viste
En diverso traje y forma.
La primera me creiste
Varon, en la rigurosa
Prision, donde fué tu vida
De mis desdichas lisonja.
La segunda me admiraste
Mujer, cuando fué la pompa
De tu majestad un sueño,
Una fantasma, una sombra.
La tercera es hoy, que, siendo
Mónstruo de una especie y otra,
Entre galas de mujer
Armas de varon me adornan.
Y porque, compadecido,
Mejor mi amparo dispongas,
Es bien que de mis sucesos
Trágicas fortunas oigas.
De noble madre nací
(En la córte de Moscovia),
Que, segun fué desdichada,
Debió de ser muy hermosa.
En ésta puso los ojos
Un traidor, que no le nombra
Mi voz por no conocerle,
De cuyo valor me informa
El mio; pues siendo objeto
De su idea, siento ahora
No haber nacido gentil,
Para persuadirme, loca,
A que fué algun dios de aquellos
Que en metamorfósis llora
Lluvia de oro, cisne y toro,
En Dánae, Leda y Europa.
Cuando pensé que alargaba,
Citando aleves historias,
El discurso, hallo que en él
Te he dicho, en razones pocas,
Que mi madre, persuadida
A finezas amorosas,
Fué, como ninguna, bella,
Y fué infeliz como todas.

Aquella necia disculpa
De fé y palabra de esposa,
La alcanzó tanto, que áun hoy
El pensamiento la llora;
Habiendo sido un tirano
Tan Enéas de su Troya,
Que la dejó hasta la espada.
Envaínese aquí su hoja,
Que yo la desnudaré
Antes que acabe la historia.
Deste, pues, mal dado nudo,
Que ni ata ni aprisiona,
O matrimonio ó delito,
Si bien todo es una cosa,
Nací yo tan parecida,
Que fuí un retrato, una copia,
Ya que en la hermosura no,
En la dicha y en las obras;
Y así, no habré menester
Decir que, poco dichosa
Heredera de fortunas,
Corrí con ella una propia.
Lo más que podré decirte
De mí, es el dueño que roba
Los trofeos de mi honor,
Los despojos de mi honra.
Astolfo... ¡ay de mí!—Al nombrarle
Se encoleriza y se enoja
El corazon, propio efecto
De que enemigo le nombra.
—Astolfo fué el dueño ingrato,
Que olvidado de las glorias
(Porque en un pasado amor
Se olvida hasta la memoria),
Vino á Polonia, llamado
De su conquista famosa,
A casarse con Estrella,
Que fué de mi ocaso antorcha.
¿Quién creerá, que habiendo sido
Una estrella quien conforma
Dos amantes, sea una Estrella
La que los divida ahora?
Yo ofendida, yo burlada,

Quedé triste, quedé loca,
Quedé muerta, quedé *yo*,
Que es decir, que quedó toda
La confusion del infierno
Cifrada en mi Babilonia;
Y declarándome muda,
(Porque hay penas y congojas
Que las dicen los afectos
Mucho mejor que la boca),
Dije mis penas callando,
Hasta que una vez á solas,
Violante mi madre (¡ay cielos!)
Rompió la prision, y, en tropa,
Del pecho salieron juntas,
Tropezando unas con otras.
No me embaracé en decirlas;
Que en sabiendo una persona
Que, á quien sus flaquezas cuenta,
Ha sido cómplice en otras,
Parece que ya le hace
La salva y le desahoga;
Que á veces el mal ejemplo
Sirve de algo. En fin, piadosa
Oyó mis quejas, y quiso
Consolarme con las propias:
Juez que ha sido delincuente,
¡Qué fácilmente perdona!
Escarmentando en sí misma,
Y por negar á la ociosa
Libertad, al tiempo fácil,
El remedio de su honra,
No le tuvo en mis desdichas;
Por mejor consejo toma
Que le siga, y que le obligue,
Con finezas prodigiosas,
A la deuda de mi honor;
Y para que á ménos costa
Fuese, quiso mi fortuna
Que en traje de hombre me ponga.
Descuelga una antigua espada,
Que es esta que ciño: ahora
Es tiempo que se desnude,
Como prometí, la hoja,

Pues confiada en sus señas,
Me dijo: «Parte á Polonia,
Y procura que te vean
Ese acero que te adorna,
Los más nobles; que en alguno
Podrá ser que hallen piadosa
Acogida tus fortunas,
Y consuelo tus congojas.»
Llegué á Polonia, en efecto:
Pasemos, pues que no importa
El decirlo, y ya se sabe
Que un bruto que se desboca
Me llevó á tu cueva, adonde
Tú de mirarme te asombras.
Pasemos que allí Clotaldo
De mi parte se apasiona;
Que pide mi vida al Rey;
Que el Rey mi vida le otorga;
Que informado de quien soy,
Me persuade á que me ponga
Mi propio traje, y que sirva
A Estrella, donde ingeniosa
Estorbe el amor de Astolfo,
Y el ser Estrella su esposa.
Pasemos que aquí me viste
Otra vez confuso, y otra
Con el traje de mujer
Confundiste entrambas formas;
Y vamos á que Clotaldo,
Persuadido á que le importa
Que se casen y que reinen
Astolfo y Estrella hermosa,
Contra mi honor me aconseja
Que la pretension deponga.
Yo, viendo que tú, ¡oh valiente
Segismundo! A quien hoy toca
La venganza, pues el cielo
Quiere que la cárcel rompas
De esa rústica prision,
Donde ha sido tu persona,
Al sentimiento una fiera,
Al sufrimiento una roca,
Las armas contra tu pátria

Y contra tu padre tomas,
Vengo á ayudarte, mezclando
Entre las galas costosas
De Diana, los arneses
De Pálas; vistiendo ahora,
Ya la tela y ya el acero,
Que entrambos juntos me adornan.
Ea, pues, fuerte caudillo,
A los dos juntos importa
Impedir y deshacer
Estas concertadas bodas:
A mí, porque no se case
El que mi esposo se nombra,
Y á tí porque, estando juntos
Sus dos Estados, no pongan
Con más poder y más fuerza
En duda nuestra victoria.
Mujer, vengo á persuadirte
Al remedio de mi honra;
Y varon, vengo á alentarte
A que cobres tu corona.
Mujer, vengo á enternecerte
Cuando á tus plantas me ponga;
Y varon, vengo á servirte
Con mi acero y mi persona.
Y así piensa que si hoy
Como mujer me enamoras,
Como varon te daré
La muerte en defensa honrosa
De mi honor; porque he de ser,
En su conquista amorosa,
Mujer para darte quejas,
Varon para ganar honras.

SEGISMUNDO. *(Ap.)*

¡Cielos, si es verdad que sueño,
Suspendedme la memoria,
Que no es posible que quepan
En un sueño tantas cosas!
¡Válgame Dios, quién supiera
O saber salir de todas,
O no pensar en ninguna!
¿Quién vió penas tan dudosas?

Si soñé aquella grandeza
En que me ví, ¿cómo ahora
Esta mujer me refiere
Unas señas tan notorias?
Luego fué verdad, no sueño.
Y si fué verdad (que es otra
Confusion, y no menor),
¿Cómo mi vida le nombra
Sueño? Pues ¿tan parecidas
A los sueños son las glorias,
Que las verdaderas son
Tenidas por mentirosas,
Y las fingidas por ciertas.
¡Tan poco hay de unas á otras,
Que hay cuestion sobre saber
Si lo que se ve y se goza,
Es mentira ó es verdad!
¿Tan semejante es la copia
Al original, que hay duda
En saber si es ella propia?
Pues si es así; y ha de verse
Desvanecida entre sombras
La grandeza y el poder,
La majestad y la pompa,
Sepamos aprovechar
Este rato que nos toca,
Pues sólo se goza en ella
Lo que entre sueños se goza.
Rosaura está en mi poder,
Su hermosura el alma adora...
Gocemos, pues, la ocasion,
El amor las leyes rompa
Del valor y la confianza
Con que á mis plantas se postra.
Esto es sueño; y pues lo es,
Soñemos dichas ahora,
Que despues serán pesares.
Mas ¡con mis razones propias
Vuelvo á convencerme á mí!
Si es sueño, si es vanagloria,
¿Quién por vanagloria humana
Pierde una divina gloria?
¿Qué pasado bien no es sueño?

¿Quién tuvo dichas heróicas,
Que entre sí no diga, cuando
Las revuelve en su memoria:
«Sin duda que fué soñado
Cuanto ví?»—Pues si esto toca
Mi desengaño, si sé
Que es el gusto llama hermosa,
Que la convierte en cenizas
Cualquiera viento que sopla:
Acudamos á lo eterno,
Que es la fama vividora
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.
Rosaura está sin honor;
Más á un Príncipe le toca
El dar honor que quitarle.
¡Vive Dios! que de su honra
He de ser conquistador,
Antes que de mi corona.
Huyamos de la ocasion,
Que es muy fuerte.—Al arma, *(A un soldado.)*
Que hoy he de dar la batalla
Antes que la oscura sombra
Sepulte los rayos de oro
Entre verdinegras ondas.

ROSAURA.

¡Señor! ¿Pues así te ausentas?
¿Pues ni una palabra sola
No te debe mi cuidado,
Ni merece mi congoja?
¿Cómo es posible, señor,
Que ni me mires ni oigas?
¿Aun no me vuelves el rostro?

SEGISMUNDO.

Rosaura: al honor le importa,
Por ser piadoso contigo,
Ser cruel contigo ahora.
No te responde mi voz,
Porque mi honor te responda;
No te hablo, porque quiero
Que te hablen por mí mis obras;

No te miro, porque es fuerza,
En pena tan rigurosa,
Que no mire tu hermosura
Quien ha de mirar tu honra. *(Vase, y los soldados con él.)*

ROSAURA.

¿Qué enigmas, cielos, son estas?
Despues de tanto pesar,
¡Aun me queda que dudar
Con equívocas respuestas!

ESCENA XI

ROSAURA. CLARIN.

CLARIN.

Señora, ¿es hora de verte?

ROSAURA.

¡Ay, Clarin! ¿Dónde has estado?

CLARIN.

En una torre encerrado,
Brujuleando mi muerte,
Si me da ó si no me da;
Y á figura que me diera,
Pasante quínola fuera
Mi vida; que estuve ya
Para dar un estallido.

ROSAURA.

¿Por qué?

CLARIN.

Por que sé el secreto
De quién eres, y en efecto,
Clotaldo... Pero ¿qué ruido
Es éste?

ROSAURA.

¿Qué puede ser?

CLARIN.

Que del palacio sitiado
Sale un escuadron armado
A resistir y vencer
El del fiero Segismundo.

ROSAURA.

Pues ¿cómo cobarde estoy,
Y ya á su lado no soy
Un escándalo del mundo,
Cuando ya tanta crueldad
Cierra sin órden ni ley? *(Vase.)*

ESCENA XII

CLARIN. Soldados, *dentro.*

VOCES DE UNOS.

¡Viva nuestro invicto Rey!

VOCES DE OTROS.

¡Viva nuestra libertad!

CLARIN.

¡La libertad y el Rey vivan!
Vivan muy enhorabuena,
Que á mí nada me da pena,
Como en cuenta me reciban;
Que yo, apartado este dia
En tan grande confusion,
Haga el papel de Neron,
Que de nada se dolia.
Si bien me quiero doler
De algo, y ha de ser de mí.
Escondido, desde aquí
Toda la fiesta he de ver;
El sitio es oculto y fuerte
Entre estas peñas.—Pues ya
La muerte no me hallará,
Dos higas para la muerte.

(Escóndese: tocan cajas, y suena ruido de armas.)

ESCENA XIII

BASILIO, CLOTALDO *y* ASTOLFO, *huyendo.* CLARIN, *oculto.*

BASILIO.

¡Hay más infelice rey!
¡Hay padre más perseguido!

CLOTALDO.

Ya tu ejército, vencido,

Baja sin tino ni ley.

ASTOLFO.

Los traidores, vencedores
Quedan.

BASILIO.

En batallas tales,
Los que vencen son leales,
Los vencidos los traidores.
Huyamos, Clotaldo, pues.
Del cruel, del inhumano
Rigor de un hijo tirano.

(Disparan dentro y cae Clarin, herido, de donde está.)

CLARIN.

¡Válgame el cielo!

ASTOLFO.

¿Quién es
Este infelice soldado,
Que á nuestros piés ha caido
En sangre todo teñido?

CLARIN.

Soy un hombre desdichado
Que, por quererme guardar
De la muerte, la busqué.
Huyendo della, encontré
Con ella; pues no hay lugar
Para la muerte secreto:
De donde claro se arguye
Que quien más su efecto huye,
Es quien se llega á su efeto.
Por eso tornad, tornad
A la lid sangrienta luégo,
Que, entre las armas y el fuego,
Hay mayor seguridad
Que en el monte más guardado,
Pues no hay seguro camino
A la fuerza del destino
Y á la inclemencia del hado;
Y así, aunque á libraros vais
De la muerte, con huir,
Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que murais. *(Cae dentro.)*

BASILIO.

¡Mirad que vais á morir,
Si está de Dios que murais!
¡Qué bien (¡ay cielos!) persuade
Nuestro error, nuestra ignorancia,
A mayor conocimiento,
Este cadáver que habla
Por la boca de una herida,
Siendo el humor que desata
Sangrienta lengua que enseña
Que son diligencias vanas
Del hombre, cuantas dispone
Contra mayor fuerza y causa.
Pues yo, por librar de muertes
Y sediciones mi pátria,
Vine á entregarla á los mismos
De quien pretendí librarla.

CLOTALDO.

Aunque el hado, señor, sabe
Todos los caminos, y halla
A quien busca entre lo espeso
De las peñas, no es cristiana
Determinacion, decir
Que no hay reparo á su saña.
Sí hay, que el prudente varon,
Victoria del hado alcanza;
Y si no estás reservado
De la pena y la desgracia,
Haz por donde te reserves.

ASTOLFO.

Clotaldo, señor, te habla
Como prudente varon
Que madura edad alcanza,
Yo como jóven valiente.
Entre las espesas matas
De ese monte está un caballo,
Veloz aborto del aura;
Huye en él, que yo, entre tanto,
Te guardaré las espaldas.

BASILIO.

Si está de Dios que yo muera,

O si la muerte me aguarda
Aquí, hoy la quiero buscar
Esperando cara á cara. *(Tocan al arma.)*

ESCENA XIV

SEGISMUNDO. ESTRELLA. ROSAURA. Soldados. Acompañamiento. BASILIO. ASTOLFO. CLOTALDO.

UN SOLDADO.

En lo intrincado del monte,
Entre sus espesas ramas,
El Rey se esconde.

SEGISMUNDO.

¡Seguidle!
No quede en sus cumbres planta
Que no examine el cuidado,
Tronco á tronco y rama á rama.

CLOTALDO.

¡Huye, señor!

BASILIO.

¿Para qué?

ASTOLFO.

¿Qué intentas?

BASILIO.

Astolfo, aparta.

CLOTALDO.

¿Qué quieres?

BASILIO.

Hacer, Clotaldo,
Un remedio que me falta.
—Si á mí buscándome vas, *(A Segismundo.)*
Ya estoy, Príncipe, á tus plantas. *(Arrodillándose.)*
Sea dellas blanca alfombra
Esta nieve de mis canas.
Pisa mi cerviz, y huella
Mi corona; postra, arrastra
Mi decoro y mi respeto;
Toma de mi honor venganza;

Sírvete de mí cautivo,
Y tras prevenciones tantas,
Cumpla el hado su homenage,
Cumpla el cielo su palabra.

SEGISMUNDO.

Córte ilustre de Polonia,
Que de admiraciones tantas
Sois testigos, atended,
Que vuestro Príncipe os habla.
Lo que está determinado
Del cielo, y, en azul tabla,
Dios con el dedo escribió,
De quien son cifras y estampas
Tantos papeles azules
Que adornan letras doradas,
Nunca engaña, nunca miente;
Porque quien miente y engaña,
Es quien, para usar mal dellas,
Las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
Por excusarse á la saña
De mi condicion, me hizo
Un bruto, una fiera humana.
De suerte que, cuando yo
Por mi nobleza gallarda,
Por mi sangre generosa,
Por mi condicion bizarra,
Hubiera nacido dócil
Y humilde, sólo bastara
Tal género de vivir,
Tal linaje de crianza,
A hacer fieras mis costumbres:
¡Qué buen modo de estorbarlas!
Si á cualquier hombre dijesen:
«Alguna fiera inhumana
Te dará muerte», ¿escogiera
Buen remedio en despertarlas
Cuando estuvieran durmiendo?
Si dijeran: «Esta espada
Que traes ceñida, ha de ser
Quien te dé la muerte», vana
Diligencia de evitarlo

Fuera entónces desnudarla,
Y ponérsela á los pechos.
Si dijesen: «Golfos de agua
Han de ser tu sepultura,
En monumentos de plata»,
Mal hiciera en darse al mar
Cuando, soberbio, levanta
Rizados montes de nieve,
De cristal crespas montañas.
Lo mismo le ha sucedido
Que á quien, porque le amenaza
Una fiera, la despierta;
Que á quien, temiendo la espada,
La desnuda; y que á quien mueve
Las olas de una borrasca.
Y cuando fuera (escuchadme)
Dormida fiera mi saña,
Templada espada mi furia,
Mi rigor quieta bonanza,
La fortuna no se vence
Con injusticia y venganza,
Porque ántes se incita más;
Y así, quien vencer aguarda
A su fortuna, ha de ser
Con cordura y con templanza;
No ántes de venir el daño
Se reserva ni se guarda
Quien le previene; que aunque
Puede humilde (cosa es clara)
Reservarse dél, no es
Sino despues que se halla
En la ocasion, porque aquesta
No hay camino de estorbarla.
Sirva de ejemplo este raro
Espectáculo, esta extraña
Admiracion, este horror,
Este prodigio; pues nada
Es más que llegar á ver
Con prevenciones tan varias,
Rendido á mis piés á un padre,
Y atropellado á un monarca.
Sentencia del cielo fué;
Por más que quiso estorbarla

Él, no pudo; y ¿podré yo,
Que soy menor en las canas,
En el valor y en la ciencia,
Vencerla?—Señor, levanta, *(Al Rey.)*
Dame tu mano; que ya
Que el cielo te desengaña
De que has errado en el modo
De vencerla, humilde aguarda
El cuello á que tú te vengues:
Rendido estoy á tus plantas.

BASILIO.

Hijo, que tan noble accion
Otra vez en mis entrañas
Te engendra: Príncipe eres.
A tí el laurel y la palma
Se te deben: tú venciste;
Corónente tus hazañas.

TODOS.

¡Viva Segismundo, viva!

SEGISMUNDO.

Pues que ya vencer aguarda
Mi valor grandes victorias,
Hoy ha de ser la más alta
Vencerme á mí.—Astolfo dé
La mano luégo á Rosaura,
Pues sabe que de su honor
Es deuda, y yo he de cobrarla.

ASTOLFO.

Aunque es verdad que la debo
Obligaciones, repara
Que ella no sabe quién es;
Y es bajeza y es infamia
Casarme yo con mujer...

CLOTALDO.

No prosigas, tente, aguarda;
Porque Rosaura es tan noble
Como tú, Astolfo, y mi espada
Lo defenderá en el campo;
Que es mi hija y esto basta.

ASTOLFO.

¿Qué dices?

CLOTALDO.

Que yo hasta verla
Casada, noble y honrada
No la quise descubrir.
La historia desto es muy larga;
Pero, en fin, es hija mia.

ASTOLFO.

Pues siendo así, mi palabra
Cumpliré.

SEGISMUNDO.

Pues porque Estrella
No quede desconsolada,
Viendo que Príncipe pierde
De tanto valor y fama,
De mi propia mano yo
Con esposo he de casarla
Que en méritos y fortuna,
Si no le excede, le iguala.
Dame la mano. *(A Estrella.)*

ESTRELLA.

Yo gano
En merecer dicha tanta.

SEGISMUNDO.

A Clotaldo, que leal
Sirvió á mi padre, le aguardan
Mis brazos, con las mercedes
Que él pidiere que le haga.

UN SOLDADO.

Si así á quien no te ha servido
Honras: á mí, que fuí causa
Del alboroto del Reino,
Y de la torre en que estabas
Te saqué, ¿qué me darás?

SEGISMUNDO.

La torre; y porque no salgas
Della nunca, hasta morir

Has de estar allí con guardas;
Que el traidor no es menester,
Siendo la traicion pasada.

BASILIO.

Tu ingénio á todos admira.

ASTOLFO.

¡Qué condicion tan mudada!

ROSAURA.

¡Qué discreto y qué prudente!

SEGISMUNDO.

¿Qué os admira? ¿Qué os espanta,
Si fué mi maestro un sueño,
Y estoy temiendo, en mis ánsias,
Que he de dispertar y hallarme,
Otra vez en mi cerrada
Prision?—Y cuando no sea,
El soñarlo sólo basta,
Pues así llegué á saber
Que toda la dicha humana,
En fin, pasa como un sueño,
Y quiero hoy aprovecharla
El tiempo que me durare,
Pidiendo de nuestras faltas
Perdon, pues de pechos nobles
Es tan propio el perdonarlas.

LA VIDA ES SUEÑO

AUTO SACRAMENTAL

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

PERSONAS.

EL PODER.
LA SABIDURÍA.
EL AMOR.
LA SOMBRA.
LA LUZ.
EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS.
EL HOMBRE.
LA TIERRA.
EL AIRE.
EL FUEGO.
EL ENTENDIMIENTO.
EL ALBEDRÍO.
MÚSICOS.



MEMORIA DE LAS APARIENCIAS

El primer carro ha de ser un globo, lo más capaz que pueda dar de sí la fachada del carro. Su primer cuerpo ha de estar pintado de boscajes, y entre ellos varios animales, y el globo lineado como mapa de esfera terrestre, y entre sus líneas cuajado de rosas y flores, lo más hermoso que se pueda. Ha de haber delante dos árboles de recortado, en que descanse á su tiempo el medio globo, que se ha de abrir en dos mitades; y de la que quede fija, ha de salir una mujer, caballera en un leon corpóreo.

El segundo carro ha de ser otro globo, igual en sus tamaños al primero, con diferencia de que su pintura ha de ser en su primer cuerpo de nubarrones y estrellas, y en su globo lineado como esfera celeste, con signos é imágenes del zodiaco, y todo con resplandores. Tambien se ha de abrir á su tiempo, descansando la mitad, que cae en dos columnas de recortado, pintadas como pirámides de fuego, y ha de salir de la otra mitad, que queda fija, otra mujer, caballera en una salamandra, tambien corpórea.

El tercer carro ha de ser otro globo igual á los dos, con diferencia de que su pintura sea de color de mar, cuajado entre ondas cerúleas, todo de diversos pescados. Su mitad ha de descansar sobre otros dos piés, pintados de ovas, conchas y corales y demás adornos marinos, y salir dél otra mujer, caballera en un delfin corpóreo.

El cuarto carro, en correspondencia de los tres, ha de ser pintado de color de aire, cuajado de diversas aves. Ha de descansar su medio globo en dos bichas, con dos pájaros en su remate; la mujer que ha de salir de él ha de venir sobre un águila corpórea.

En uno destos globos ha de haber en lo bajo del tablado hecha una gruta, que ha de abrirse á su tiempo, y verse en ella un hombre dormido sobre un peñasco; y porque una mejor con su pintura, podrá ser en el globo terrestre.—*D. Pedro Calderon de la Barca.*

JORNADA ÚNICA

Region fantástica del universo, recien sacada de la nada.—Se ven las esferas del Aire, del Agua, de la Tierra y del Fuego.

ESCENA PRIMERA

De sus respectivas esferas salen LA TIERRA, *cabalgando en un leon*, EL FUEGO *en una salamandra*, EL AGUA *en un delfin*, *y* EL AIRE *en un águila. Apéanse, y asiendo á un tiempo de una corona que habrá en el escenario, luchando en rueda, por llevársela.—Dentro las voces del* PODER, LA SABIDURÍA *y* EL AMOR.—MÚSICA.

AGUA.

¡Mia ha de ser la corona!

AIRE.

¡El laurel ha de ser mio!

TIERRA.

¡No hará miéntras yo no muero!

FUEGO.

¡No será miéntras yo vivo!

AGUA.

Este lazo de los cuatro,
Nunca hasta aquí dividido,
No ha de romperse si yo
No reino.

TIERRA.

Que en el principio
Dios hizo el cielo y la tierra
Se dirá; luégo debido
Me es el vasallaje, siendo
La que á los tres me anticipo,
Pues será de fé que á mí
A par del cielo me hizo.

AIRE.

Tierra, que árida y vacía

Estás, que así ha de decirlo
La misma letra, si soy
El Aire, á cuyos alivios
Has de beber los alientos,
¿Por qué compites conmigo?

AGUA.

El Espíritu de Dios,
Inspirado de sí mismo,
Sobre las aguas fluctúa,
Que son la faz del abismo;
Luego si sobre las aguas
El Espíritu divino
De Dios es llevado, al Agua
Debeis los demás rendiros.

FUEGO.

Un globo y masa confusa
Que poéticos estilos
Llamarán *caos*, y *nada*
Los profetas, compusimos
Los cuatro; pues ¿por qué, siendo
Hija hermosa de mis visos,
La luz la primera criatura
Con que á todos ilumino,
Quereis que el Fuego no sea
De los cuatro el preferido? *(Luchan los cuatro.)*

TIERRA.

¿Tú el preferido?—Agua, deja
Libres los términos mios...

AGUA.

Déjeme el Aire los brazos
De mis mares y mis rios.

AIRE.

En dejándome á mí el Fuego-
La presa de mis suspiros.

FUEGO.

Cuando me deje la Tierra,
Opaco cuerpo que ciño,
Resplandecer y lucir. *(Luchando siempre.)*

TIERRA.

Con Aire y Agua compito.

AIRE.

Yo con el Agua y el Fuego,
Que son los dos con quien lidio.

AGUA.

Yo con el Aire y la Tierra.

FUEGO.

Yo con la Tierra y contigo.

(Dicen dentro á un mismo tiempo iguales Poder, Sabiduría y Amor los versos que repetirá la música, y los cuatro ELEMENTOS *se suspenden.)*

LOS TRES.

Agua, Tierra, Fuego y Aire...

MÚSICA.

Agua, Tierra, Fuego y Aire...

LOS TRES.

Que contrariamente unidos...

MÚSICA.

Que contrariamente unidos...

LOS TRES.

Y unidamente contrarios...

MÚSICA.

Y unidamente contrarios...

LOS TRES.

En lucha estais, dividíos.

LOS CUATRO ELEMENTOS.

¿Quién nos lo manda?

ESCENA II

LOS CUATRO ELEMENTOS. *Se desasen, partiendo la corona: y salen* EL PODER, *anciano venerable, y* SABIDURÍA *y* AMOR, *de galanes.*

PODER.

El Poder,
Que eternamente infinito
Pudo...

SABIDURÍA.

La Sabiduría,
Que supo desde el principio

Disponerlo así.

AMOR.

El Amor,
Que de los dos procedido,
Tambien lo quiso.

AGUA.

¿De suerte
Que un mismo Poder...

AIRE.

Que un mismo
Saber...

TIERRA.

Que un mismo querer...

FUEGO.

En tres personas distinto...

AGUA.

Y en sola una voluntad...

AIRE.

Juntarnos y dividirnos...

LOS CUATRO ELEMENTOS.

Quiso, supo, pudo?

LOS TRES.

Sí,
Porque pudo, supo y quiso.

AGUA.

A esa voz...

AIRE.

A ese precepto...

TIERRA.

A ese imperio...

FUEGO.

A ese dominio...

AGUA.

Yo me humillo.

AIRE.

Yo obedezco.

TIERRA.

Yo me postro.

FUEGO.

Yo me rindo.

LOS CUATRO.

Y de la pasada lid
En la pretension desisto.

PODER.

Oid, que no por eso cesa
Vuestro campal desafío,
Que aunque enemigos no os quiero,
Tampoco no os quiero amigos.
A ser vuestras cualidades
Una, ¿no fuera preciso
Con natural simpatía
Uno en otro convertiros,
Y que os mezclárades juntos
Para no durar distintos?
Y ahora, á contrario, á ser varias
Las cualidades, ¿no es visto
Que tambien habia de hacer
La antipatía lo mismo,
Y os desavinierais para
No conservaros contiguos?
Luégo convino que haya
Cualidades en que uniros,
Y que haya cualidades
En que oponeros convino;
Pues en una parte opuestos,
Y en otra parte benignos,
Es fuerza que eslabonados
Cuando vaya á dividiros
El ódio, os tenga el amor;
Y que, amigos y enemigos,
Dureis conformes y opuestos
Lo que duraren los siglos.

SABIDURÍA.

Y ya que el Sumo Poder
A los cuatro ha dividido,
Mantenidos en igual

Balanza, igual equilibrio,
Entre la Sabiduría
A dar los puestos y oficios
Que habeis de tener, vea el orbe,
Que si la creacion ha sido
Atribucion del Poder,
Lo es de la ciencia el arbitrio;
Divididas, pues, las aguas
De las aguas, su nativo
Curso en el cielo un hermoso
Firmamento cristalino
Forme, para que elevado
El fuego á eminente sitio,
En él temple sus ardores,
Comunicándose tibio
Al aire; el aire ciñendo
En vagoroso circuito
Al agua que se quedó
Inferior, haga lo mismo,
Templando sus humedades;
Y ella, en undoso recinto
Componga una agregacion
De cristales, cuyos vidrios,
Siempre inquietos, nunca rompan
De sus márgenes los grillos
Para que desocupados
De la tierra los distritos,
Los hombros descubra, en quien
Descanse el grave, el prolijo
Peso de tanto eminente
Universal edificio.

AMOR.

Y ya que la agregacion
De alegóricos sentidos
Da la creacion al Poder,
Y el órden de sus designios
A la Sabiduría; bien
Dará al Amor el cariño
De verlos con nuevos dones
Ufanos y enriquecidos.
Y así, al Fuego adornen sol
Y luna, estrellas y signos,

Presidiendo al dia y la noche,
Uno en rayos y otro en visos.
Al Aire pueblen las aves,
Hermoseando sus vacíos
Los matices de las alas,
Los cánticos de los picos.
Al Agua habiten los peces,
Primeros bajeles vivos,
Que surquen su esfera á tornos,
Que naden su seno á giros.
Troncos, plantas, frutos, flores,
En vistosos laberintos
La tierra cubran, en quien,
Ya familiares, ya esquivos,
Diversos brutos habiten,
Teniendo para su asilo
Los domésticos las selvas,
Los montaraces los riscos.
Y pues del Poder criados,
Y de la Ciencia instruidos,
Y adornados del Amor
Os veis, sed agradecidos
Al Señor, cuyo Poder,
Ciencia y amor os bendijo;
Bendecidle, pues, vosotros
En dulces cantos é himnos.

FUEGO.

Sí haremos, porque en el dia
Del Señor, los regocijos
Tambien son cultos; y supuesto
Que las cuatro esferas fuimos
Organizadas debajo
De compás métrico y ritmo,
Vaya de música y baile,
Diciendo todas conmigo... *(Cantando.)*
Cuanto en Fuego, Aire, Agua y Tierra...

MÚSICA.

Cuanto en Fuego, Aire, Agua y Tierra...

FUEGO.

Vuela, sulca, nada y yerra...

MÚSICA.

Vuela, sulca, nada y yerra...

FUEGO.

Y en sí las obras encierra...

MÚSICA.

Y en sí las obras encierra...

FUEGO.

De Poder, Ciencia y Amor...

MÚSICA.

De Poder, Ciencia y Amor...

FUEGO.

¡Bendecid al Señor!

MÚSICA.

¡Bendecid al Señor!

FUEGO.

Ángeles, criaturas bellas,
Cielo, sol, luna y estrellas,
Con vuestro hermoso esplendor...

MÚSICA.

¡Bendecid al Señor!

AIRE. *(Canta.)*

Nubes de blando rocío,
Primavera, invierno, estío,
Niebla, luz, sombra y albor...

MÚSICA.

¡Bendecid al Señor!

TIERRA. *(Canta.)*

Montes, valles y collados,
Y cuanto en selvas y prados
Hay desde el cedro á la flor...

MÚSICA.

¡Bendecid al Señor!

AGUA. *(Canta.)*

Mares, rios, balsas, fuentes,
Y cuanto en vuestras corrientes
Vive á merced de su amor...

MÚSICA.

¡Bendecid al Señor!

FUEGO.

Ya, Señor, que el hacimiento
De gracias abrió el camino
Para que, quebrado el hielo
Del temor, pueda contigo,
O por ser lenguas el Fuego,
O por ser el más activo,
Hablar de parte de todos,
Que me escuches te suplico.
El duelo en que nos hallaste
Fué, no tan sólo nacido
De nuestras contrariedades,
Mas tambien de nuestros bríos;
Procurando cada uno
Ser al otro preferido;
Porque siendo, como es,
Este inferior edificio
De la fábrica del orbe
Un conquistado dominio,
Reino aparte de tu imperio
Y colonia de tu impíreo,
Para mantenerse en paz
Y justicia, le es preciso
Tener uno que prefiera
A los demás; pues no ha sido
Posible que se conserve
Neutral un cetro diviso,
Y no teniendo heredero
Tú, que pueda preferirnos,
Uno de los cuatro es fuerza
Que haya, Señor, de regirnos,
Si no es ya que tus favores
De nuestra razon movidos,
Nos provean de un virey,
Alcaide, juez ó ministro,
A quien en tu nombre demos
La obediencia, que no es digno,
Que alumbre el Fuego, la Tierra
Fructifique, el centro frio
Divida climas, el Aire

Aliente, y todos remisos
No sepamos para quién
Tanto aparato previno,
Beneficios que, no usados,
Dejen de ser beneficios.

LOS CUATRO.

Esto es, Señor, lo que humildes
Todos á tus piés pedimos.

PODER.

Gran córte del universo,
Leales vasallos mios,
Desistid de la contienda
Que los cuatro habeis tenido,
Pues, por poneros en paz,
Quiero un secreto deciros,
Que hasta ahora de mi mente
Para ninguno ha salido.
Yo, que sin necesidad
De criaturas, de edificios,
De pompas y majestades,
En principio, sin principio,
Para fin, tambien sin fin,
Dentro estaba de mí mismo,
Por ostentarme criador,
Saqué, con sólo decirlo,
Del ejemplar de mi idea
Las obras, que ya habeis visto.
Estando, pues, en mi trono,
Cercado de los ministros,
Que más hermosos, más puros
Crié para mi servicio,
Les revelé cómo habia,
Por mostrarme más benigno,
Más liberal, más amable,
Para mi esposa elegido,
Y reina suya, á la humana
Naturaleza, cuyo hijo,
Heredero por la gracia
Sería del imperio mio.
Uno, pues, de los vasallos,
El más sábio, hermoso y lindo,
De su ciencia y su hermosura

Soberbio y desvanecido,
Por no jurar vasallaje
A inferior sér, atrevido
Se opuso á mis providencias;
Dispuesto á sus precipicios,
Tocó al arma en mis Estados,
Y con opuestos caudillos,
Vinieron á la batalla
Las virtudes y los vicios.
Ya alentado el bronce suena,
Ya responde el parche herido,
Ya cruje armado el acero...
Mas ¿para qué lo repito,
Si en arrastrados despojos,
Es con eterno castigo
El clarin de mi victoria
La trompa de su gemido?
Viendo mi primer cuidado
En esta parte perdido,
Pues la criatura mejor
Oponerse al Criador quiso,
Escarmentado (bien puedo
Es esta frase decirlo,
Que no es baja voz que á mí
Me escarmienten los delitos),
Quise, acudiendo á mis ciencias,
Consultarme á mí conmigo,
Si en la segunda criatura,
Sugeto hermoso que elijo
Para mi heredero, habia
De sucederme lo mismo;
A cuyo efecto mi eterna
Sabiduría me dijo...

SABIDURÍA.

Yo, que sé todas las ciencias,
De que son fieles testigos
Los astros (pues que no hay
En todo ese azul zafiro,
Encuadernado volúmen,
De quien el sol es registro,
Ninguno que por su nombre
No llame, adverso ó propicio);

Yo, para quien el presente
Tiempo solamente es fijo,
Pues si miro hácia el pasado,
Y si hácia el futuro miro,
Es tiempo presente todo,
Futuro ó pasado siglo;
Habiendo con mi presencia
En ese dorado libro
De once hojas de cristal,
Previsto al hombre, he previsto
Que si del lóbrego seno
De la tierra, el duro silo
De sus entrañas, el ciego
Vientre de su obscuro limbo
(Donde sin sér, alma y vida,
Discurso, eleccion ni aviso,
En metáfora de cárcel
Hasta ahora le has tenido),
Le sacas á luz, no ménos
Ingrato y desconocido
Te será el hombre que el ángel,
Poniendo en tan gran conflicto
A todo el género humano,
Que, á sombra de su delito,
Sea el ámbito del orbe
Tan heredad del abismo,
Que nazcan de sus raíces
El pasmo, el susto, el peligro;
El adulterio, el rencor,
El hurto y el homicidio.
Pero ¿qué mucho, si habiendo
Una vez introducido
La palidez de la muerte
Sus últimos parasismos,
Será tan universal
El morir? Pues si yo mismo
En tu nombre, para enmienda
De sus errores, admito
Humano sér: áun yo...

PODER.

Cesa,
Que el Amor se ha enternecido.

AMOR.

Sí; pero no sin consuelo,
Que pueda servir de alivio.
Los amenazados riesgos
No son, Poder, tan precisos,
Que hayan de ser, pues no fueran
Coartando al hombre el arbitrio,
Ni mérito las virtudes,
Ni demérito los vicios.
Si todo este suntuoso
Aparato, en quien admiro
En el Fuego lo brillante,
En el Aire lo lucido,
En el mar lo prodigioso,
Como en la Tierra lo rico,
Para el hombre lo criaste,
Y es él el que te ha debido
La tarea de seis dias,
¿No disuena á un Amor pío
Hacerlo para él, y no
Hacerle á él? y si los cinco
Talentos que le has de dar
Han de ser cinco sentidos,
Si tres potencias los tres,
Y si uno razon y juicio,
Deja que el Entendimiento,
Con el racional instinto
Le advierta del bien y el mal,
Dándole un libre Albedrío
Con que use del mal ó el bien,
Que ya una vez concebido
En tu soberana idea,
No ser el que en ella ha sido,
Dejando de ser, sin ser,
En darle por merecido
El castigo ántes del yerro;
Pues no puede haber castigo,
Como no ser el que fuera.
Y así, como Amor te pido,
Nazca el hombre y sepa el hombre
Que aqueste imperio y tu empíreo
Por sí mismo ha de ganarle,
O perderle por sí mismo.

PODER.

Aquello (vuelvo al discurso)
La Sabiduría me dijo,
Y esto me dijo el Amor,
Cuando me tenia indeciso
Si en la segunda criatura
Me sucediera lo mismo
Que en la primera; con que
De la ciencia prevenido,
Y movido del Amor,
Que aunque en los tres no distingo
Mayor ni menor esmero,
Ni postrero, siempre inclino
Más el Poder al Amor,
A sacar me determino
De la prision del no sér
A ser este oculto hijo,
Que ya de mi mente ideado
Y de la tierra nacido,
Ha de ser príncipe vuestro.
Y así, sin que haya sabido
Quién es, por dejar abierto
A la experiencia un resquicio,
Hoy del damasceno campo,
A un hermoso alcázar rico,
Que á oposicion de azul cielo,
Será verde paraiso,
Le trasladaré, y en él,
Despues que con mis auxilios
Le haya su luz ilustrado,
Le daré el raro prodigio
De la Gracia por esposa.
Si procediere benigno,
Atento, prudente y cuerdo,
Obedecedlo y servidlo,
Durando en su vasallaje;
Mas si procediere altivo,
Soberbio é inobediente,
No le conozcais dominio,
Arrojadle de vosotros;
Pues, como el Amor ha dicho,
Puesta su suerte en sus manos,
El logro ó el desperdicio,

O por sí le habia ganado,
O por sí le habia perdido.
¿Juráislo así?

LOS CUATRO ELEMENTOS.

Sí juramos.

TIERRA.

Y yo, en fé de que lo admito,
De los limos de la tierra
Con este polvo te sirvo,
Para su formacion.

AGUA.

Yo,
Para amasar ese limo,
Te daré el cristal.

AIRE.

Yo luégo,
Porque cobre el quebradizo
Barro, en su materia, forma,
Te daré el vital suspiro,
Que hiriendo en su faz le anime.

FUEGO.

Y yo, aquel fuego nativo,
Que con natural calor
Siempre le conserve vivo.

PODER.

Venid, pues, y al hombre hagamos. *(Los elementos entre sí.)*

AGUA.

¿*Hagamos*, en plural dijo?

AIRE.

Sí.

AGUA.

Pues ¿cómo, si con solo
Hágase, todo se hizo,
Hágase no dijo al hombre?

FUEGO.

Ese es evidente indicio,
Que puso en él más cuidado
Que en todo.

PODER.

¿Qué aguardais? Idos
A esperarle y recibirle
En el alcázar que os digo,
Donde, guiado de la Gracia,
Sean aplausos festivos
Su primer salva.

FUEGO.

Primero
Iremos, Señor, contigo,
Hasta el damasceno campo,
Volviendo á decir el himno...

MÚSICA.

Cuanto en Fuego, Aire, Agua y Tierra.

(La Sombra sale por una parte, y por otra se van: y la Sombra repite lo que cantan.)

SOMBRA.

Cuanto en Fuego, Aire, Agua y Tierra.

MÚSICA.

Vuela, brilla, sulca y yerra...

SOMBRA.

Vuela, brilla, sulca y yerra...

MÚSICA.

Y en sí las sombras encierra...

SOMBRA.

Y en sí las sombras encierra...

MÚSICA.

De Poder, Ciencia y Amor,
¡Bendecid al Señor! *(Vánse.)*

SOMBRA.

De Poder, Ciencia y Amor,
¡Bendecid al Señor!

ESCENA III

LA SOMBRA.

¿Cuándo el acento fué rayo veloz,
Trueno el eco, relámpago la voz,
Flecha el aire, dogal
El suspiro, el anhélito puñal,

Sino hoy, que contra mí
Las cláusulas del cántico que oí,
El relámpago, el rayo, el trueno son
Dogal, flecha y puñal del corazon?
¡Oh qué mal ejemplar
Al áspid mi quebranto ha de dejar;
Pues siendo el áspid yo
Que, de la luz huyendo, se escondió,
Resulta ser en él
La música el conjuro más cruel!
Pero miente el dolor,
Que si él se da á partido, no el furor,
La ira, la rabia, el pasmo, el frenesí,
Que ha introducido en mí
Que del no sér pasando el hombre al sér,
Esposo de la luz haya de ser,
Siendo la sombra en tálamo feliz,
A su opuesta, jurada emperatriz
Del universo; pero no haré tal;
¡Oh, máteme el dolor ántes que el mal!
¡Ni del profundo horror,
Cuna del susto y tumba del pavor,
En quien es el vivir,
Morir eterno para no morir!
¡Pátria horrible y crüel
Del ódio infame, del rencor infiel,
Escuela del penar,
Mansion del llanto, casa del pesar;
Reino de confusion
Babel del siglo, lóbrega mansion
Del espanto, el asombro y la crueldad!
¡Ah del centro, de cuya obscuridad
La Sombra arrastra el lóbrego capúz!
¡Ah del negado auxilio de la luz,
Línea del mal, antípoda del bien,
Ciudad sin Dios! ¡Ah del abismo!

ESCENA IV

LA SOMBRA. — *Sale* EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS.

PRÍNCIPE.

¿Quién pudo á su invocacion
Obligarme, rompiendo la prision,

De infaustos calabozos, á salir
A perturbar de tanto azul zafir
El puro rosicler,
Pues demudaron, al llegarme á ver,
Desde el mayor hasta el menor farol,
Su faz la luna, y su semblante el sol?
¿Quién, pues, quién me llamó?

SOMBRA.

¿Quién pudiera, lucero, sino yo,
Que sombra soy, valerme de quien es
Príncipe de tinieblas?

PRÍNCIPE.

Dime, pues,
¿Qué es tu intento?

SOMBRA.

Yo fuí
Pálida tez del caos...

PRÍNCIPE.

Ya lo ví,
Cuando en pálida tez
Apagó mi esplendor tu lobreguez.

SOMBRA.

Nació la luz, con que,
Arrugándome el manto...

PRÍNCIPE.

Ya lo sé,
Huyendo de ella, con cobarde ardid
Rodeaste el orbe.

SOMBRA.

Rota, pues, la lid
Entre los dos, el cuarto dia llegó.

PRÍNCIPE.

En que el sol de la luz se apoderó.

SOMBRA.

Viéndose, pues, con ella iluminar...

PRÍNCIPE.

Los ámbitos del Aire, Tierra y Mar...

SOMBRA.

Se tomó para sí...

PRÍNCIPE.

El dia, y te dejó la noche á tí.

SOMBRA.

No solamente esa disparidad...

PRÍNCIPE.

Os tiene en interior enemistad...

SOMBRA.

Pero causa mayor
Nos tiene en otra enemistad peor.

PRÍNCIPE.

Esa es la que no sé.

SOMBRA.

No me atajes, que yo te la diré.
En la mágia que aprendí
En el monte de la luna,
Templo de la noche, una
Proposicion anteví,
En que autoridades sumas
(Que ahora no importa alegar,
Pues su fama ha de volar
Con las alas de sus plumas),
Símbolo á la luz harán
De Gracia, de Culpa á mí.
Mira si con causa aquí
Místicos sentidos dan
A mis rencores disculpa;
Pues la luz, por mi desgracia,
Será imágen de la Gracia
Y la Sombra de la Culpa.
Este principio asentado,
A que Luz y Sombra son
Culpa y Gracia, mi pasion
Pase á segundo cuidado.
Este rey, cuyo Poder,
Cuya Ciencia y cuyo Amor
Le han ostentado señor
De cuanto se llega á ver,
Tiene un hijo. No te asombre,

Que hasta hoy oculto le encierra
En el vientre de la Tierra,
Primera madre del Hombre;
Asómbrete que de todo
Príncipe quiere que sea,
A cuyo efecto su idea
Le está sacando del lodo
En que yace, para hacer
Que, de todo el mundo dueño,
Sea otro mundo pequeño,
Última obra del Poder,
Última obra de la Ciencia,
En alma y vida que cobra,
Del Amor última obra
En la divina asistencia;
Que... mas decirlo no es bien
A quien puede verlo; llega,
Pues á los dos no se niega
Ver lo que espíritus ven.
Mira el seno en que le tuvo,
Despues de haberle formado
En su mente encarcelado.
Mira, despues que le hubo
Dado la materia el limo,
Cómo, informe el embrion,
Quedó sin vital accion.
Mira...

PRÍNCIPE.

Pasmo, lloro y gimo
Al verlo.

SOMBRA.

Cuán liberal,
Despues que la estátua obró,
Y en un suspiro la dió
Vida y alma racional,
Como, en su gracia criado
En original justicia,
Le da contra mi malicia
Luz la luz; con que guiado
Lo traslada á un paraíso,
Adonde cobre, despues
Que haya sabido quién es,

Sobrenatural aviso
De ciencias del mal y el bien.

PRÍNCIPE.

¡Oh humana naturaleza!
¡Con qué horror, con qué tristeza
Mis pasadas ruinas ven
Tus dichas ya; y más despues
Que sé que es, por mi desgracia,
La hermosa Luz de la Gracia
La primer cosa que ves!

País peñascoso.—Una gruta.

ESCENA V

EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS *y* LA SOMBRA, *á un lado.* EL HOMBRE, *en la gruta, vestido de pieles, y* LA LUZ DE LA GRACIA, *con un hacha en la mano.*

GRACIA.

Hombre, imágen de tu Autor,
De esa enorme cárcel dura
Rompe la prision obscura
A la voz de tu Criador.

HOMBRE.

¿Qué acento, qué resplandor
Ví, si es esto ver; oí,
Si es oir esto? que, hasta aquí,
Del no sér pasando al sér,
No sé más que no saber
Qué soy, qué seré ó qué fuí.

GRACIA.

Sigue esta luz, y sabrás
De ella lo que fuiste y eres;
Mas de ella saber no esperes
Lo que adelante serás;
Que eso tú solo podrás
Hacer que sea malo ó bueno.

HOMBRE. *(Sale de la gruta.)*

De mil confusiones lleno
Te sigo. ¡Oh qué torpe el paso
Primero doy!

LUZ.

No es acaso

Que de libertad ajeno
Nazca el Hombre.

HOMBRE.

Pues ¿por qué,
Si ese hermoso luminar
(Que á un tiempo ver y cegar
Hace) otra criatura fué,
Apenas nacer se ve,
Cuando con la majestad
De su hermosa claridad
Azules campos corrió,
Teniendo más alma yo,
Tengo ménos libertad?
¿Por qué, si es que es ave aquella
Que, ramillete de pluma,
Va con ligereza suma
Por esa campaña bella,
Nace apenas, cuando en ella
Con libre velocidad
Discurre la variedad
Del espacio en que nació,
Teniendo más vida yo,
Tengo ménos libertad?
¿Por qué, si es bruto el que á bellas
Manchas salpicó la piel
(Gracias al docto pincel
Que áun puso primor en ellas),
Apenas nace y las huellas
Estampa, cuando á piedad
De bruta capacidad,
Uno y otro laberinto
Corre, yo, con más instinto,
Tengo ménos libertad?
¿Por qué, si es pez el que en frio
Seno nace y vive en él,
Siendo argentado bajel,
Siendo escamado navío,
Con alas que le dan brío
Surca la vaga humedad
De tan grande inmensidad
Como todo un elemento,
Teniendo yo más aliento,

Tengo ménos libertad?
¿Qué mucho, pues, si se ve
Torpe el hombre en su creacion,
Que tropiece la razon
Donde ha tropezado el pié?
Y pues hasta ahora no sé
Quién soy, quién seré, quién fuí,
Ni más de que ví y oí,
Vuelva á sepultarme dentro
Ese risco, en cuyo centro
Se duela mi autor de mí!

LUZ.

Sí hará, y aunque te han dejado,
A manera de dormido,
Tus sentidos sin sentido,
De mirarte á tí admirado,
De esa suerte transformado
Irás tras mi luz al real
Palacio, donde leal
Aplausos todos te den.

MÚSICA. *(Dentro.)*

¡Ven, Hombre, ven!

LUZ.

Y pues en ventura igual
La Gracia te lleva á que sepas del bien,
No apagues su luz, y sepas del mal.

MÚSICA.

Y pues en ventura igual, etc.

ESCENA VI

EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS, LA SOMBRA.

SOMBRA.

¿Qué dirás, si el juicio aplicas
A una obra tan superior?

PRÍNCIPE.

¿Quién es el Hombre, Señor,
Que tanto le magnificas?
Pues aunque en barro le diste
Primer materia, si toco

Lo inmortal del alma, poco
Ménos que el ángel le hiciste.
Y áun en más le sublimaste,
Pues siguiendo el esplendor
De la Gracia, de tu honor
Y gloria le coronaste,
Vistiendo su desnudez
Rico aparente vestido,
Que en el místico sentido
Significará tal vez
La cándida estola hermosa,
Que, de virtudes tesoro,
Será en él ropaje de oro
Que dé el esposo á la esposa.
¡Y esto en trono soberano,
Donde tan liberal obras,
Que sobre todas las obras
De tu poderosa mano
Rey le constituyes; pues
En su terrenal esfera,
Desde el ave hasta la fiera
Todo se rinde á sus piés.

MÚSICA. *(Dentro.)*

¡Venid, corred, volad, Elementos,
A dar obediencia al Príncipe nuestro!

PRÍNCIPE.

¿Y tan de balde, ay de mí,
Como que no esté sujeto
A más que á un leve preceto?

SOMBRA.

¿Precepto dijiste?

PRÍNCIPE.

Sí.

SOMBRA.

Pues contra todo ese sér,
Majestad, pompa y honor
Vuelva á vivir mi dolor,
Si hay precepto que romper;
No en sofistería aparente
Lo fundo.

PRÍNCIPE.

Dímelo, pues.

SOMBRA.

¿La Sombra imágen no es
De la Culpa?

PRÍNCIPE.

Es evidente.

SOMBRA.

La Culpa, si introducida
Se ve, ¡qué será, no advierte,
Otra imágen de la muerte!

PRÍNCIPE.

Es cierto.

SOMBRA.

Miéntras la vida
Duráre, tambien el sueño
¿De la muerte no será
Otra imágen?

PRÍNCIPE.

Claro está.

SOMBRA.

Luégo posible ès mi empeño,
Si al Hombre en su paz le asombra,
Sueño que de muerte es
Imágen, muerte despues
Que es culpa, y culpa que es Sombra;
Confeccionemos, pues, lleno
De ópio, beleño y cicuta,
En flor, en planta ó en fruta,
Tal hechizo ó tal veneno,
Que, de sentidos ajeno,
Rompa el precepto, y postrado,
Deshecho y aniquilado,
Duerma letargo tan fiero,
Que inhábil para heredero
Despierte del real estado.

PRÍNCIPE.

El veneno ó el hechizo
Fácil á los dos será

De confeccionar; mas ya
Que suponga que se hizo,
¿Cómo ha de lograr su fin?

SOMBRA.

Si á mí áspid me han de llamar,
Y á tí basilisco, ¿entrar
Quién nos quitará al jardin?
Ven, y el disfraz pensaremos,
Que entre sus troncos y flores
Oculte nuestros rencores,
Por más que ahora escuchemos...

ELLOS Y MÚSICA.

Venid, corred, volad, Elementos,
A dar la obediencia al Príncipe vuestro. *(Vánse.)*

Jardin.

ESCENA VII

Salen LOS ELEMENTOS *cantando, y sacando en las manos ricos vestidos para* EL HOMBRE. EL ENTENDIMIENTO, EL ALBEDRÍO, LA LUZ, *con el hacha, y* EL HOMBRE *detrás, y miéntras cantan le van vistiendo como dicen los versos.*

MÚSICA.

Venid, corred, volad, Elementos,
A dar la obediencia al Príncipe vuestro.

TIERRA.

Flores, su senda cubrid;
¡Venid, venid!

AGUA.

Fuentes, sus espejos sed;
¡Corred, corred!

AIRE.

Auras, su calor templad:
¡Volad, volad!

FUEGO.

Rayos, su pompa asistid;
¡Lucid, lucid!

MÚSICA Y LOS CUATRO.

Y en fin, jurándole rey
De alcázar, monte y jardin,
¡Venid, corred, volad, lucid!

LUZ.

Ya que en vuestro poder queda,
Donde ántes de confirmarme,
O por sí pueda ganarme,
O por sí perderme pueda,
Servidle hasta ver si atento,
Para rey y esposo mio,
Usa bien de su Albedrío,
O mal de su Entendimiento. *(Vase.)*

ESCENA VIII

EL HOMBRE, LOS ELEMENTOS, EL ALBEDRÍO, LA LUZ, EL ENTENDIMIENTO.

LOS CUATRO ELEMENTOS. *(Cantan.)*

Por tí, á su obediencia
Todos le ofrecemos...

TIERRA.

La Tierra sus flores.

AGUA.

El Agua su espejo.

AIRE.

Sus auras el Aire.

FUEGO.

Sus luces el Fuego.

MÚSICA.

Sirviéndole á un tiempo
Luces, auras, espejos y flores,
El Agua, la Tierra, el Aire y el Fuego.

HOMBRE.

¡Cielos! ¿qué es eso que veo?
¿Qué es esto, cielos, que miro,
Que si lo dudo me admiro,
Y me admiro si lo creo?
¿Yo de galas adornado,
De músicas aplaudido,
De sentidos guarnecido,
De potencias ilustrado?
¿En este instante no era
Del centro la masa dura
Mi triste prision obscura?

Pues ¿quién me trajo á una esfera
Tan rica, tan suntuosa
Y tan florida, que en ella
La más reluciente estrella
Aun no se atreve á ser rosa?
Otra vez vuelva á dudar,
Y otras mil, quién soy, quién fuí
O quién seré.

ENTENDIMIENTO.

De eso á mí
Me ha tocado el informar;
Polvo fuiste, polvo eres,
Y polvo despues serás.

ALBEDRÍO. *(Al Hombre.)*

Ya que en su servicio estás,
¿Para qué afligirte quieres,
Sin ver cuánto escandaliza
Que pase tu mal humor
El que es Juéves del Señor
A Miércoles de Ceniza?
Si fuiste polvo, ya eres
La más perfecta criatura
Que vió del sol la luz pura;
Y pues á todas prefieres,
No sólo en lo humano, no
Sólo en lo racional, pero
En ser príncipe heredero
Del Rey, que hoy te declaró,
Goza la felicidad,
Sin que te entristezca nada.

HOMBRE.

Más tu despejo me agrada,
Que aquella severidad.
Saber de los dos intento
Quién sois en servicio mio.

ALBEDRÍO.

Yo soy tu libre Albedrío.

HOMBRE.

Y tú ¿quién?

ENTENDIMIENTO.

Tu Entendimiento.

HOMBRE.

¿Cómo el primer dia tan cano
Estás?

ENTENDIMIENTO.

Éste es el claro indicio
De que las canas del juicio
Amanecen más temprano
Que las del poco saber.

ALBEDRÍO.

Si por mí lo dices, yo
Sé lo que me basta.

HOMBRE.

No
Más; y pues que mi sér
Sé ya que á todos prefiere,
¿Quién me mete á discurrir?
Dejarme quiero servir,
Y venga lo que viniere.
Cantad.

ENTENDIMIENTO.

Sea la cancion
Algun verso que le acuerde
Lo que gana ó lo que pierde
En seguir más mi opinion
Que no la del Albedrío

HOMBRE.

Tú, miéntras me halaga el canto,
Vuelve á encarecerme cuánto
Es superior el sér mio. *(Vánle vistiendo miéntras cantan.)*

ESCENA IX

DICHOS.—*Salen* LA SOMBRA *y* EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS, *de villanos.*

MÚSICA.

Sobre áspid y basilisco
Seguro pisará el Hombre.
Si de basilisco y áspid
Los peligros reconoce.
Y atento al precepto,
Mira que se esconden
Infestando flores y frutos,

El uno en los frutos y el otro en las flores.

PRÍNCIPE. *(Aparte.)*

A mala ocasion venimos,
Pues le avisa en esas voces
Sagaz el Entendimiento
Que si el precepto no rompe...

ÉL Y MÚSICA.

Sobre áspid y basilisco
Seguro pisará el hombre.

SOMBRA. *(Aparte.)*

Ya que aquí de jardineros
El disfraz nos desconoce,
No nos demos por vencidos
Del Entendimiento noble...

ÉL Y MÚSICA.

Si de basilisco y áspid
Los peligros reconoce.

SOMBRA.

Pues, villano el Albedrío,
Será posible le informe
Al contrario; y así, ocultos,
Hasta tener ocasiones
De introducir el veneno,
Prosigan nuestros rencores...

ÉL Y MÚSICA.

Infestando las flores y frutos,
El uno en los frutos y el otro en las flores.

HOMBRE.

En fin, ¿que heredero soy
De este imperio?

ALBEDRÍO.

¿Quién lo duda?

ENTENDIMIENTO.

Quien sepa que no lo eres
Hasta lograr la ventura
De que, confirmado en Gracia,
Ella sea esposa tuya.
Bien esa letra lo ha dicho,
Pues ha dicho que se ocultan

Basilisco y áspid donde
Pueda ser que alguna fruta
Avenenada...

HOMBRE.

Suspende
La voz. (*Ap.* ¡Cuánto me disgusta
Su anciano temor!) Y dime *(A Albedrío.)*
Tú, porque su enfado suplas,
¿Cómo, si príncipe soy,
Un sepulcro fué mi cuna?

ALBEDRÍO.

Si el Albedrío en las penas
No es posible que concurra,
No le toca al Albedrío
Responder á esta pregunta.

ENTENDIMIENTO.

Al Entendimiento sí,
Que á él le es dado que discurra.
Los justos juicios del Rey,
Tu padre, por causas justas,
Hasta hoy no te declararon;
Y ser las entrañas duras
De la Tierra tu prision,
Fué porque en alta fortuna
Tengas entendido...

HOMBRE.

¿Qué?

ENTENDIMIENTO.

Que si á la ley no te ajustas,
Quedó en la cuna labrada
La materia de la tumba.

HOMBRE.

Ya temia yo que habia
De ser tu respuesta angustia.
No me hables más, que me afliges.—
Y dime tú, que me adulas,
¿Sobre príncipe heredero,
Es verdad que la criatura
Más perfecta soy del orbe?

ALBEDRÍO.

Tú mismo al verte lo juzga.—
Agua, el espejo.
(Va á llegar la Sombra, y al ver el espejo se retira.)

PRÍNCIPE. *(Ap. á Sombra.)*

En él puedes,
Pues basilisco me anuncian
Que es veneno de la vista,
Poner la mortal cicuta.

SOMBRA. *(Al Príncipe.)*

Sí haré, mas ¡ay infelice!

PRÍNCIPE. *(A la Sombra.)*

¿De qué te asombras y turbas?

SOMBRA. *(Al Príncipe.)*

De haber visto en el cristal
Un rasgo, viso ó figura
De un espejo no manchado,
Cuya siempre intacta luna
No ha de empañar el aliento
De la Sombra de la Culpa.
(Llega el Agua, y se mira el Hombre al espejo.)

AGUA.

En este cuajado vidrio
Del agua que el valle inunda,
Puedes verte al natural
Retratado.

HOMBRE.

¡Oh sábia, oh suma
Omnipotencia! ¿Yo soy
Aquel que allí se dibuja,
Como aquellos, que hasta aquí
No llegué á mirarlos nunca,
Son los ojos que lo ven,
Los lábios que lo pronuncian,
Y así las demás facciones?...
Otra vez repite, y muchas,
Que es verdad que soy la obra
Que la potencia absoluta
Guardó para la postrera.

¡Qué fábrica tan augusta
Si fuera primera, no
Llegára á tener segunda.
Dices bien: la más perfecta
Criatura soy.

ENTENDIMIENTO.

Es sin duda,
Supuesto que el Hacedor
Te hizo á semejanza suya;
Pero si de él recibiste
La perfeccion que te ilustra,
¿De qué te glorias, supuesto
Que la gozas sin ser tuya?

HOMBRE.

Sí es, supuesto que la gozo:
Y no tu vejez caduca
Siempre á mis gustos opuesta
Esté, ó podrá ser que alguna
Vez me halles...

ALBEDRÍO.

Fuego, la espada

PRÍNCIPE. *(Ap. á Sombra.)*

Pon el veneno en su punta,
Pues áspid de acero es
Cualquiera espada desnuda.
(Va á llegar la Sombra, y se retira al ver la espada.)

SOMBRA. *(Al Príncipe.)*

Sí haré. Mas no, no haré tal.

PRÍNCIPE. *(A Sombra.)*

¿Otra vez al ir te asustas?

SOMBRA. *(Al Príncipe.)*

Sí, que está en su guarnicion
Un adorno que la cruza,
De quien es fuerza que yo
Atemorizada huya.
(Llega el Fuego, y cíñele la espada.)

FUEGO.

Ésta, señor, es la espada

De aquellos dos córtes, cuya
Cuchilla templada al fuego
Está del alma, tan pura,
Que no hay hierro que no ablande,
No deshaga, no consuma
Y purifique.

ENTENDIMIENTO.

Sí; pero
Advierte que, si la empuñas,
Se significan en ella
Las cuatro virtudes juntas:
La hoja es la Justicia; el pomo
La Fortaleza, y se aunan
En ser la Templanza el puño,
Y la vaina la Cordura.
Si usas mal de ella, con ella
Te herirás; mas si bien usas,
Vencerás tus enemigos.

HOMBRE.

¿Qué enemigos? ¿Habrá alguna
Criatura que contra mí,
Ni imagine, ni presuma
Oponerse?

ALBEDRÍO.

Aire, el sombrero.

PRÍNCIPE. *(A Sombra.)*

Puesto que en el Aire triunfas
Del ave, cuando tus sombras
Sus resplandores sepultan,
Y son del aire las aves,
Pon el hechizo en sus plumas.
(Va á llegar y tambien se retira.)

SOMBRA. *(Al Príncipe.)*

Sí haré. Mas tampoco puedo.

PRÍNCIPE. *(A Sombra.)*

¿Tercera vez te atribulas?

SOMBRA. *(Al Príncipe.)*

Sí, que entre las demás aves,
Volar miro al cielo una

Tan remontada, que, llena
De gracia, hasta el sol se encumbra,
Donde no puede alcanzarla
Todo el velo de la Culpa.

AIRE.

Las plumas que de tu fama
Serán alas con que subas
Al más eminente sólio,
El dia que en reales nupcias,
Siendo esposo de la Gracia,
Te corone su hermosura,
Son éstas.

ALBEDRÍO.

¡Qué bien te está
De sus tremoladas plumas
El rizado airon!

ENTENDIMIENTO.

Alhajas
De Aire adornan, mas no ilustran:
Dígalo el pavon, y toma
Ejemplo en la pompa suya,
No sea su deshecha rueda
La rueda de tu fortuna.

HOMBRE.

Este sábio Entendimiento
Mucho mi paciencia apura.

ALBEDRÍO.

Pues para que te diviertas,
Sin que su vejez te pudra,
Tierra, llega, llega, y goce
En tus flores la blandura
De sus aromas.

PRÍNCIPE. *(A Sombra.)*

Y en flores,
Que son edades caducas,
¿Pondrás el veneno?

SOMBRA. *(Al Príncipe.)*

Sí...
Pero tambien me perturba

Una cándida azucena,
Junto á una rosa purpúrea,
De cuyo vírgen albor
Quiere el cielo se produzca
Un enamorado lirio,
Que en lo cárdeno me ofusca,
Sombra de mi misma sombra.

PRÍNCIPE. *(A Sombra.)*

Si hasta las flores te angustian,
De este prodigioso árbol
Que á su sombra nos oculta,
Toma esa manzana; en ella
Nuestras iras ejecuta,
Y ya que en la flor no puedas,
Pon el veneno en la fruta.

SOMBRA. *(Al Príncipe.)*

Muestra; que nunca más áspid,
Si es que me vale la industria...

TIERRA.

En estas flores la Tierra,
Para tu halago tributa
Sus matices, y...

SOMBRA.

Eso á mí
Toca; que tú, Tierra inculta,
Silvestres flores le dieras,
A no ser mi agricultura
La que diera á sus primores
Arreboles que las pulan.
Y pues te toca el que nazcan,
Y á mí me toca el que luzcan,
Más mias son.

TIERRA.

¿Cuándo la Tierra
Rendir sus frutos rehusa?

HOMBRE.

¿Quién eres, bella zagala,
Que sobre la Tierra triunfas,
Tan dueño de sus caudales,

Que para tí los usurpas,
Sin que ella te los defienda:
Y nueva aurora segunda,
Das á entender que amaneces
En bella oposicion suya,
Compitiendo con las selvas
Donde las flores madrugan!

SOMBRA.

Soy, no tan sólo en la Tierra
Agricultora, que estudia
Esmerar sus obras; pero
Tan sábia, que en ella apura,
Y en los demás elementos,
Las cualidades ocultas.
Caractéres para mí
En valles, montes y grutas,
Son sus plantas las estrellas,
En su campaña cerúlea,
Mis oráculos de fuego
Son, del Agua las espumas
Mis libros: y porque lea
Lo que sus vuelos anuncian,
Siendo para mí del año
Cualquiera estacion fecunda,
Los pájaros en el viento
Forman abriles de pluma.

HOMBRE.

¡Qué raro bello prodigio!—
Albedrío, ¿viste nunca
Hermosura más discreta?

ALBEDRÍO.

Yo no entiendo de hermosuras;
Mas para que á mí me agrade
Basta ver que á tí te gusta.

ENTENDIMIENTO.

Y para que á mí me ofenda,
Ver que tú no lo repugnas.
Advierte, Señor, que anda
Con humano rostro una
Serpiente en estos jardines,
Tan incautamente astuta,

Que Agua, Fuego, Tierra y Aire,
Siendo negra noche obscura,
De su belleza engañados,
Por aurora la saludan.
Teme, pues, que puede ser,
Si la miras, si la escuchas,
Tu culpa escucharla y verla.

HOMBRE.

¿Qué importará, si en disculpa
De esa culpa, mis sentidos,
Por más que tú los acusas,
En viendo sus bellos ojos,
Quedan vanos de su culpa!

SOMBRA.

Pues porque tu entendimiento
No cauteloso me arguya,
Y la verdad de mis mágias
A experiencia se reduzca,
Toma esta dorada poma;
Si una vez su sabor gustas,
Verás que no solamente
En tí mis ciencias infunda;
Pero que inmortal te haga,
Para que no puedas nunca
Igualándote al poder
Del Rey, perder de esta augusta
Majestad la accion, que hoy
No puedes decir que es tuya.
Del tiempo, que allá en la Tierra
Te ocultó, venga la injuria:
Come, y como el Rey, serás
Eterno edades futuras.

HOMBRE.

Mucho me ofreces, y mucho
De la poma la dulzura
Brindando está el apetito.

ALBEDRÍO.

Pues ¿qué esperas? pues ¿qué dudas?
Llega, y come de ella.

ENTENDIMIENTO.

No,

Albedrío, á eso le induzcas;—
Ni tú á tocarle te atrevas. *(De rodillas.)*

HOMBRE.

No entre los dos te introduzcas
A embarazarlo tú.

ENTENDIMIENTO.

Mira
Que quizá en el Aire fundas
Altas torres, y que suelen
Ser soñadas las venturas;
Y podrá ser, si despiertas,
Que entre fantasmas confusas
Todo esto vuelva á la nada.

HOMBRE.

Ya ese es tema de locura
Más que lealtad: quita, quita,
Villano.

ENTENDIMIENTO.

Atiende, que usas
Muy mal de tu Entendimiento,
Si atropellado le injurias.

HOMBRE.

Peor usas tú de tu dueño,
Pues atrevido le luchas,
Sin ver que desde ese muro
Puedo arrojarte á esas duras
Peñas.

ENTENDIMIENTO.

No podrás, sin que
A tí mismo te destruyas.

HOMBRE.

¿Cómo que no podré? Pero
Las fuerzas lo dificultan,
No el valor.—Llega, Albedrío;
Tú á despeñarle me ayuda.

ALBEDRÍO.

Sí haré, pues sin mí no puedes.

AGUA.

Mira...

TIERRA.

Advierte...

FUEGO.

Atiende...

AIRE.

Escucha...

HOMBRE.

¡Nadie á mi furia se oponga,
O teman todos mi furia!

(Arrójanle entre los dos al vestuario, como precipitado.)

ENTENDIMIENTO. *(Dentro.)*

¡Ay de tí, más que de mí!

PRÍNCIPE. *(Aparte.)*

Bien se ha logrado la industria.

LOS ELEMENTOS.

¿Qué has hecho, Hombre?

HOMBRE.

Despeñar
A mi Entendimiento, y una
Vez despeñado, sin él
Comer la vedada fruta.
Muestra. Mas ¿qué es esto? ¡Cielo! *(Come.)*

(Terremoto.)

FUEGO.

Es que mis rayos se anublan.

TIERRA.

Que se estremecen mis montes.

AGUA.

Que mis cristales se enturbian.

AIRE.

Que mis vientos se embravecen.

ESCENA X

DICHOS.—*Sale* LA LUZ *con un hacha encendida.*

LUZ.

Pues todo el orbe caduca,
Grande daño hay. Elementos,

¿Qué es esto?

SOMBRA.

¿A quién la preguntas,
Si mejor de tí podrás
Saberlo, viendo la pura *(Apágale el hacha.)*
Luz de la Gracia apagada
De la Sombra de la Culpa? *(Vase con el Príncipe.)*

ESCENA XI

EL HOMBRE, EL ALBEDRÍO, LA LUZ, LOS CUATRO ELEMENTOS.

HOMBRE.

¡Ay de mí infeliz, que todo
El orbe he dejado á escuras!

LUZ.

¡Ay dél, pues será tu error
Miserable herencia suya!

HOMBRE.

Albedrío, ¿dónde (¡ay triste!)
Estás?

ALBEDRÍO.

En vano me buscas,
Que nadie con Albedrío
Padece: él á las holguras
Induce, mas no á las penas. *(Vase.)*

ESCENA XII

DICHOS, *ménos* EL ALBEDRÍO.

HOMBRE.

¿Tierra?...

TIERRA.

¿Qué es lo que procuras
De mí, si ya son sangrientas
Espinas mis rosas rubias?

HOMBRE.

¿Agua?...

AGUA.

No esperes de mí,
Sino procelosas lluvias,

Que tal vez el mundo aneguen.

HOMBRE.

¿Fuego, Aire?...

AIRE.

En mí no presumas
Más que ráfagas que talen.

FUEGO.

Y en mí rayos que destruyan.

HOMBRE.

Todos ¡ay de mí! sus iras
Sin albedrío ejecutan;
Mas no sin entendimiento,
Que áun despeñado me acusa.
¿Qué frenesí, qué letargo,
Qué ira, qué rabia, qué furia,
Se va de mí apoderando?
El áspid era sin duda,
El que con humano rostro,
Bien que inhumana hermosura,
Me dió la hechizada poma;
Pues helado el pecho, muda
La voz, balbuciente el labio,
Turbada la vista, ruda
La razon, ciego el discurso,
Torpe el sentido, confusa
La vida, y suspensa el alma,
Me han dejado la escultura
Del barro no más; pues sólo,
Bronca informe estátua bruta,
Tengo ojos, y no ven;
Tengo oidos, y no escuchan;
Tengo manos, y no tocan;
Tengo labios, y no gustan;
Tengo piés, y no se mueven;
Tengo voz, y no pronuncia;
Y en fin, sin Entendimiento,
Ni Albedrío que me acudan,
Tengo aliento, que no alienta,
Y corazon, que no pulsa.
Hasta la piadosa llama
Que á estos jardines me alumbra,

A fuer de luz recien muerta,
Ya no arde, sino ahuma.
¿Qué mucho, pues, ¡ay de mí!
Si todos me desahucian,
Que en brazos de letal sueño,
Negra Sombra de la Culpa,
Pues dejó á la muerte viva,
Deje á la vida difunta. *(Cáese como aletargado.)*

AGUA.

¡Qué asombro!

AIRE.

¡Qué pasmo!

FUEGO.

¡Qué ánsia!

TIERRA.

¡Qué pena!

LUZ.

¡Qué desventura!

ESCENA XIII

EL HOMBRE, *dormido,* LA LUZ, LOS CUATRO ELEMENTOS.—*Salen* PODER, CIENCIA Y AMOR.

PODER.

¿De qué son vuestros lamentos?

LUZ.

Si á humano modo te ajustas,
Á preguntar lo que sabes,
Dígalo esta luz ya obscura.

FUEGO.

Dígalo la mia eclipsada.

TIERRA.

Díganlo mis flores mústias.

AIRE.

Destemplados mis alientos.

AGUA.

Mis claras corrientes turbias.

LUZ.

Y en fin, dígalo, Señor,

Ver que, deshecha tu hechura...

LOS CUATRO.

Dejando viva á la muerte,
Dejó á la vida difunta.

PODER.

¡Oh eterna sabiduría,
Bien sus peligros anuncias!
¡Oh eterno Amor, mal el Hombre
De tus beneficios usa!
¿Qué mucho, pues, que tal vez
Digan sacras Escripturas
Que me pesó de haber hecho
Al Hombre? Y pues su fortuna,
Puesta en sus manos, no fué
Bastante á que se reduzca,
Retírate, Gracia, tú. *(Hácelo la Luz.)*
Vosotros, ya sin ninguna
Obediencia, retiradle *(A los Elementos.)*
A él tambien; que á la profunda
Tierra de donde salió
Es bien que se restituya.
Dejádsele allí á esa fiera
Poderosa Sombra injusta,
Que contra su Entendimiento
Cautelosamente triunfa.
Sufra, llore, gima y sienta
Cuánto un pecado le muda,
Al ver de un instante á otro
Que el que en su primera cuna
Durmió en brazos de la Gracia,
Despierta en los de la Culpa.

LOS CUATRO.

Sufra, llore, gima, sienta...

TIERRA.

El que por su desventura...

FUEGO.

Dejando á la muerte viva...

AGUA.

Dejó á la vida difunta.

LOS CUATRO.

Sufra, sienta, gima y llore...

AIRE.

Quien, malogrando fortunas...

AGUA.

Vino en brazos de la Gracia,
Y vuelve en los de la Culpa.

MÚSICA.

¡Sienta, gima, llore y sufra!
(Vánse los Elementos, llevándose al Hombre.)

ESCENA XIV

EL PODER, LA SABIDURÍA, EL AMOR.

PODER.

¿Todavía enternecido,
Amor, te muestras?

AMOR.

¿Quién duda
Que el Amor siempre es Amor?
Y aunque tu sentencia es justa,
Tambien lo es su apelacion:
Que si en la celeste curia
Decretado está que el Hombre
La falta del Angel supla,
Capaz está de la enmienda.

PODER.

Es infinita la injuria
Contra infinito Poder,
Y no puede dar ninguna
Satisfaccion infinita
Por sí el Hombre.

SABIDURÍA.

Pues es una
La voluntad de los tres,
Si el Poder pone la suya,
Si la Sabiduría pone
Con la obediencia la industria,
Y el Amor pone la obra,
Persona hay que enmiende y supla
La insuficiencia del Hombre;
Pues la humanidad conjunta

A la Sabiduría, como
Hipostáticas se unan,
Satisfaccion infinita
Tendrá la infinita culpa.

LOS DOS.

¿Qué determinas, pues?

PODER.

Que
Lo decretado se cumpla. *(Vase.)*

SABIDURÍA.

¡Albricias, Hombre, que yo,
Que anteviendo tus fortunas,
Tambien anteví el reparo,
Iré á enmendar tus angustias! *(Vase.)*

AMOR.

¡Albricias, Hombre, que ya
Puedes pensar que se escuchan,
Anticipando sus tiempos
A las edades futuras,
Angélicas voces, que
Den á todas las criaturas,
Con paz al Hombre en la Tierra,
Gloria á Dios en las alturas.

La gruta en que apareció el hombre al principio.

ESCENA XV

Salen LOS ELEMENTOS *con* EL HOMBRE, *como primero, vestido de pieles.*

AGUA.

Aquí le hemos de dejar.

FUEGO.

¡Oh humana naturaleza!
Vuelva su sér donde empieza,
Como rio que del mar
Sale, y vuelve al mar despues. *(Pónenle una cadena.)*

TIERRA.

Bien es, pues salió de mí,
Que á mí se me vuelva.

AIRE.

Así

Lo dirá el *Eclesiastés*. *(Vánse.)*

ESCENA XVI

EL HOMBRE. *(En sueños.)*

Ya, ya sé quién soy, y aunque
La Tierra fuese mi madre,
Competir puedo á mi padre;
Pues sé sus ciencias, y sé
Que inmortal príncipe soy
Del orbe. Y pues ya me ví
Su dueño... Mas ¡ay de mí *(Despierta.)*
Infeliz! ¿Adónde estoy?
¿Esta no es de mi fortuna
La primera prision fiera?
¿No es esta aquella primera
Bóveda que fué mi cuna?
¿No es esta la desnudez
En que primero me ví?
¿Qué se hicieron ¡ay de mí!
La majestad, la altivez,
El obsequio, el aparato,
Las músicas, los olores,
Plumas, cristales y flores,
Y en fin, el sublime ornato
De reales ropas, cercado
De gentes, cuyo desvelo
Me asistió? ¡Válgame el cielo,
Qué de cosas he soñado!...
Pero ¿qué me desconfia
Presumir que sueño fué,
Si por lo ménos saqué
De él, segun mi fantasía,
Saber quién soy? No encerrado
Viva, pues: salga á buscar
El alcázar, y á cobrar,
Pues es mio, el alto estado
En que me ví... Pero ¡cielos!
El orgullo reprimamos,
Por si ahora tambien soñamos:
Mas no, que heróicos anhelos
Me llaman; y así iré. ¡Ay triste
Que áun es hoy mayor mi pena

De lo que fué. ¿Qué cadena
Es ésta, que me resiste
Que salir pueda? Y áun no
Pára en eso mi fortuna,
Pues no hay criatura ninguna
De que ya no tiemble yo,
Viendo en todas cuatro esferas,
Que afilan contra mí graves
Uñas y picos las aves,
Presas y garras las fieras.
Si miro al sol, me da enojos,
Pues no me alumbra y me abrasa;
Frio el Aire, me traspasa;
Si piso, todo es abrojos
La Tierra; el Agua, que fué
Claro espejo, me retrata
Feo; si la sed me mata,
Turbia está; y si el hambre ve
Frutas, que á ellas no me atreva
Dice, y por partido toma
Que pan de dolores coma,
Y agua de lágrimas beba!
¿Quién me dirá cuál ha sido
En mis mudanzas más cierto,
Lo que allá soñé despierto,
O lo que aquí veo dormido?
¡Oh Luz, cuya llama bella,
Deslumbrado me alumbró!
¿Quién me dirá de tí?

ESCENA XVII

EL HOMBRE.—*Sale* LA SOMBRA.

SOMBRA.

Yo,
Que ya estoy en lugar de ella.

HOMBRE.

¡Horrible aspecto que asombra,
Mira que es contrario asunto,
Que lo que á la Luz pregunto,
Me lo responda la Sombra!
¿Quién eres?

SOMBRA.

¿No me conoces?

HOMBRE.

No, porque nunca te ví,
Ni áun á lo léjos oí
El sonido de tus voces.

SOMBRA.

Esa es tu pena más fiera,
Y ésta mi astucia más rara;
Porque ¿qué al Hombre faltara,
Si su culpa conociera?

HOMBRE.

¿Luego eres mi Culpa?

SOMBRA.

Sí.

HOMBRE.

De tí huiré.

SOMBRA.

¿Cómo podrás?
Si donde quiera que vas,
Se va tu Culpa tras tí?
Ni ¿dónde has de ir, si, aherrojado,
Llevas arrastrando al pié
La cadena que forjé
Del hierro de tu pecado?

HOMBRE.

Ahora ví, á su yerro atento,
Ser por quien mi desvarío,
Aplaudiendo al Albedrío,
Despeñó al Entendimiento.

SOMBRA.

Es verdad.

HOMBRE.

¿Luego no fué
Sueño?

SOMBRA.

Sí fué; que, pasada,
¿Qué ventura no es soñada?

HOMBRE.

La que pasó; bien se ve
En la distancia que haber
Suele entre cierto y fingido,
Que uno no ha sido, otro ha sido,
Aunque ha dejado de ser.
Y así, pues sé que es verdad
Que aunque en este estado estoy,
Príncipe heredero soy,
Y que aquella majestad
No fué sueño, iré á cobralla.

SOMBRA.

Sueño fué para ese empeño,
Que toda *La Vida es Sueño.*

HOMBRE.

Luego ésta lo es: con que se halla
Tu réplica convencida,
Porque si *La Vida es*
Sueño, ¿no es fuerza despues
Que duerma esta triste vida,
Que á mejor vida despierte?

SOMBRA.

No, que si para estos lazos
Despertase allá en mis brazos,
Será aquí en los de la muerte.

HOMBRE.

¿Quién, para pedir aliento
Al Poder que me ha criado,
En tal lucha despeñado
No hubiera á su Entendimiento?

ESCENA XVIII

EL HOMBRE, LA SOMBRA.—EL ENTENDIMIENTO.

ENTENDIMIENTO.

¿Qué importa que me despeñes
Tú, para que yo no muera,
Y en cualquier conflicto quiera
Que por mí te desempeñes?

HOMBRE.

¡Qué lealtad!

SOMBRA.

Es vano intento;
Porque ¿qué importa á mi brío,
Si no cobra su Albedrío,
Que cobre á su Entendimiento,
El dia que merecer
Ni desmerecer podrá
Sin él?

ENTENDIMIENTO.

Llámale, y vendrá.

HOMBRE.

No me querrá obedecer,
Que es vasallo muy infiel.

ENTENDIMIENTO.

Aunque no quiera; pues...

HOMBRE.

Dí.

ENTENDIMIENTO.

Como él te llevó tras sí,
Tras tí puedes traerle á él;
O yo le traeré arrastrando,
Como tú el afecto dés.

HOMBRE.

Sí doy.

ESCENA XIX

EL HOMBRE, LA SOMBRA.—*Saca* EL ENTENDIMIENTO AL ALBEDRÍO *como por fuerza.*

ENTENDIMIENTO.

Pues ya está á tus piés.

ALBEDRÍO.

Fuerza es que obedezca, cuando
Trocado tu afecto ví;
Pues del modo que cruel
Puedes despeñarle á él,
Puede él arrastrarme á mí:
¿Qué me quieres, pues?

ENTENDIMIENTO.

Que apliques

Una vez tu libre accion
Al fuero de la razon.

HOMBRE.

Que voluntario supliques
Al Poder que me crió,
Que perdone mi delito.

SOMBRA.

Siendo, como es, infinito,
Pues lo infinito ofendió,
¿Qué satisfaccion podrás
Dar tú, que infinita sea,
Por más que cobrarte vea
Tu Entendimiento, y por más
Que vea que tu Albedrío
Se sujeta á la razon?

ENTENDIMIENTO.

Ya que dar satisfaccion
No pueda, podrá su pío
Llanto al cielo enternecer,
Para que la dé quien pueda;
Pues poder al Poder queda,
Saber le queda al Saber,
Y amor al Amor, con que
Entera satisfaccion
Le saque de tu prision.

SOMBRA.

¿Quién ha dicho eso?

ENTENDIMIENTO.

La Fé.

SOMBRA.

¿Y cuándo eso será?

ENTENDIMIENTO.

Cuando
En este valle, que hoy ves,
Que de las lágrimas es,
Logre, gimiendo y llorando,
Que haciendo al abismo guerra,
Digan edades futuras...

MÚSICA. *(Dentro.)*

¡Gloria á Dios en las alturas,
Y paz al Hombre en la Tierra!

SOMBRA.

¿Qué lejanas voces ¡cielos!
Tan desde otro siglo suenan
Misteriosas, que áun en éste
Me afligen y me atormentan?

HOMBRE.

¡Cielos! ¿Qué lejanas voces
Tan misteriosas son éstas,
Que áun á vista del peligro
Me alivian y me consuelan?

SOMBRA.

Si de Sombra pasé á Sueño,
Si de Sueño á Culpa, y de ella
A Muerte, que introducida
Me trajo á matar resuelta...

HOMBRE.

Si de miserias pasé
A dichas, si luégo de ellas
A las miserias volví...

SOMBRA.

¿Qué me acobardan suspensas
Unas dulces voces?

HOMBRE.

Bien
Puede ser de las miserias
Volver á cobrar las dichas,
Pues dulces voces me alientan.

SOMBRA.

Por más que digan sonoras...

HOMBRE.

Puesto que repitan tiernas...

MÚSICA.

Gloria á Dios, etc.

SOMBRA.

Y pues él queda seguro,

En fé de que mis cadenas
No podrán su Entendimiento
Ni su Albedrío romperlas,
Iré á saber del Lucero,
Pues siempre fueron sus ciencias
Mi oráculo, dónde ó cómo
Se oyen, y quién las alienta. *(Vase.)*

ESCENA XX

EL HOMBRE, EL ENTENDIMIENTO, EL ALBEDRÍO.

HOMBRE.

Pues la Sombra se retira,
Sin proseguir en mi ofensa,
¿Quién duda que nueva aurora
Con nuevo sol amanezca?
Llega, Entendimiento, tú:
Tú, Albedrío, llega, llega;
Desatadme estas prisiones.

ENTENDIMIENTO.

No es posible deshacerlas,
Por más que los dos pongamos
Él la maña y yo la fuerza.

HOMBRE.

¡Ay infeliz! ¡Qué venturas,
Que por mí pude perderlas,
Por mí no pueda ganarlas!

ALBEDRÍO.

¿De quién, siendo así, te quejas?

HOMBRE.

De tí, villano.

ALBEDRÍO.

¿Hice yo
Más que estar á tu obediencia?

ENTENDIMIENTO.

Sí, pues entre el bien y el mal,
Al mal le inclinaste.

ALBEDRÍO.

Hicieras
Lo que ahora; que el Albedrío
Inclina, pero no fuerza.

HOMBRE.

Calla, calla, que me afliges.—
Dime tú, que me consuelas,
¿Cúya aquella voz sería?

ENTENDIMIENTO.

No sé; pero alguna seña,
O aviso, ó rasgo, ó bosquejo,
En alegórica idea
Hoy de místico sentido,
Pienso que nos representa
Futuras venturas, pues
Dijo, si bien se me acuerda...

MÚSICA. *(Dentro).*

Gloria á Dios, etc.

ESCENA XXI

EL HOMBRE, EL ENTENDIMIENTO, EL ALBEDRÍO.—*Fuera de la gruta* LA SABIDURÍA, *de peregrino.*

PEREGRINO.

Gloria á Dios, etc.

ALBEDRÍO.

Oid, que un galan peregrino,
Las incultas asperezas
Penetrando del desierto,
Hácia esta parte atraviesa.

ENTENDIMIENTO.

Fatigado del camino,
Por estar todas sus sendas
Llenas de abrojos y espinas,
Bien en el cansancio muestra
Que desnudez, hambre y sed
Le afligen.

HOMBRE.

Si es en las penas
Consuelo, bien que penoso,
Tener compañero en ellas,
Llamadle ambos.

LOS DOS.

¿Peregrino?

SABIDURÍA.

Si las dos voces concuerdan,
A un tiempo, de Entendimiento
Y Albedrío, bien espera
El Hombre que á ellas responda.—
¿Quién me llama?

HOMBRE.

Quien desea
Valerse de vos en tantas
Desdichas como le cercan.
El Hombre soy, despojado
De la más feliz herencia,
Por sugestion de un delito.

SABIDURÍA. *(Aparte.)*

Pues le llora y le confiesa,
¿Qué aguarda mi piedad?

HOMBRE.

Una
Pálida, triste, funesta,
No sé si Sombra, si Culpa
O Muerte, que todo en ella
Concurre, en esta prision,
Amarrado á sus cadenas
Me tiene, sin que Albedrío
Ni Entendimiento romperlas
Puedan; ved si podeis vos;
Porque una vez rota, pueda
Ir en busca de mi pátria,
Que su perdida grandeza,
Aunque pasó como sueño,
Como verdad atormenta.

SABIDURÍA. *(Quítale la cadena.)*

Ya estás libre, que yo solo
Quebrantarlas puedo.

HOMBRE.

Deja
Que humildemente rendido
Me eche á tus plantas, y en ellas
Confiese que tú rompiste
Las ataduras, que eran
Eslabones de mi Culpa;

Y porque en su recompensa
(Sacrificios de alabanzas)
Tu nombre invocado vea
El mundo, que, en hacimientos
De gracias, gracias te vuelva,
Voto hago... Pero no puedo
Proseguir, porque la negra
Sombra que dije, en mi busca
Vuelve; sal á detenerla
Al paso, miéntras que de estos
Montes la fuga me ausenta,
Donde, en fé de tu piedad,
Su ira de vista me pierda.—
Entendimiento, Albedrío,
Venid, de aquí huyamos.

ALBEDRÍO.

Esa
Palabra gozando está
De Dios.

(Huye con el Hombre y el Entendimiento.)

ESCENA XXII

SABIDURÍA.

En fin, Hombre, dejas
Tus prisiones en mis manos,
Bien que con la diferencia
De estar en tí como propias,
Y estar en mí como ajenas.

(Pónese la cadena, y recuéstase en la gruta.)

Mas yo las haré tan mias,
Que á la Culpa lo parezcan,
Hallándome en tu lugar:
Sea cabal la fineza,
¡Oh Poder! ¡oh Amor! ya que
Tosca piel y basta jerga
Vistió la Sabiduría
De humana naturaleza.

ESCENA XXIII

LA SABIDURÍA.—EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS, LA SOMBRA.

SOMBRA.

En fin, Lucero, ¿no sabes

Quién fuese el dueño de aquellas
Misteriosas voces?

PRÍNCIPE.

No,
Que sin duda aquí se encierra
Algun misterio, que Dios
Para sí solo reserva.

SOMBRA.

Ya que el dueño no me digas,
Dime lo que infieres de ellas.

PRÍNCIPE.

Que si al Hombre no le damos
La muerte, ántes que suceda
Su cumplimiento, perdido
Es nuestro rencor.

SOMBRA.

Pues muera
En su prision, ántes que
Ese socorro le venga.

PRÍNCIPE.

Llega, que rendido, ó bien
Al sueño ó á la tristeza,
Allí está.

SOMBRA.

¿No habia de estar,
Si se forjó la cadena
De su yerro y de su llama?
¿Quién habia de romperla?

PRÍNCIPE.

Toma, y pues su culpa fué
De un árbol la fruta, sea
De otro la rama el castigo.

SOMBRA.

No sé si podré.

PRÍNCIPE.

¿Ahora tiemblas?
¡Siempre pronta al daño, y tarda
Siempre á la ejecucion! Llega,

Que contigo estoy.

SOMBRA.

Si tú
Me influyes, ¿qué aguardo? ¡Muera
En su Culpa el Hombre! *(Hiere á la Sabiduría.)*

SABIDURÍA.

Antes
Será para que sin ella
Viva, siendo en ámbos troncos,
Dél la culpa, y mia la pena.

SOMBRA.

¿Qué es esto, cielos? *(Terremoto.)*

PRÍNCIPE.

Mejor,
«¿Qué es esto, abismos?» dijeras;
Pues cielos y abismos, unos
Se obscurecen y otros tiemblan.
¿A quién heriste? *(Terremoto.)*

SOMBRA.

No sé;
Engañáronme las señas
De humano traje y prisiones;
Pero bien caro me cuesta,
Pues, muerta la vida, vino
A ser la muerte la muerta.
(Caen á sus piés Sombra y Príncipe de las Tinieblas.)

PRÍNCIPE.

Muerta la muerte, el pecado
Con ella morir es fuerza.

ESCENA XXIV

LA SABIDURÍA.—LA SOMBRA Y EL PRÍNCIPE DE LAS TINIEBLAS, *á sus piés.*—*Salen, como asombrados,* HOMBRE, ENTENDIMIENTO Y ALBEDRÍO.

HOMBRE.

¿Qué mortal terror ó eclipse
Los Elementos alteran
Segunda vez contra mí?

ENTENDIMIENTO.

Toda la naturaleza
Sentimiento hace.

ALBEDRÍO.

¡Qué asombro!

HOMBRE.

Si es porque rompí la fiera
Prision, á ella volveré;
Mas ¿qué es lo que miro en ella?

ALBEDRÍO.

Al Peregrino abrazado
A un cruzado leño, y puesta
La Sombra á sus piés, y el fiero
Príncipe de las Tinieblas.

HOMBRE.

¿Quién me dirá si teatro
Que á la vista representa
Viva muerte y muerta vida,
Es victoria ó es tragedia?

SABIDURÍA.

Victoria y tragedia es, puesto
Que porque no te se siguiera,
Y tú pudieras salvarte,
En tu prision, con tus señas,
Ellos me han dado la muerte,
Y yo á ellos; de manera,
Que es tragedia y es victoria;
Pues que, supliendo tu ausencia,
He dado á infinita culpa
Infinita recompensa.

SOMBRA.

Ya que sincopado el tiempo,
En representable escena,
El término de tres dias
A solo un instante abrevias,
Volviendo de mí triunfante
A segunda vida, vuelva
Tambien yo á segunda ira.

PRÍNCIPE.

Y yo á segunda soberbia.
¿Cómo su culpa en tu muerte
Pudo quedar satisfecha,
No pudiendo el Hombre en culpa

Merecer satisfacerla?

SABIDURÍA.

Pudiendo en Gracia; pues siendo
Verdadero hombre, á quien ella
Ni llegó, ni llegar pudo
El que hizo propia la ajena,
Bien el Hombre por el Hombre
La deuda pagada deja.

PRÍNCIPE.

Si corrompida la masa
De su formacion primera,
Comprende su primer culpa
A toda su descendencia,
¿Cómo, si es deuda pagada,
Queda obligado á la deuda?

SABIDURÍA.

Como contra la comun
Mancha de esa triste herencia,
Habrá Elemento que dé
A la Gracia tal materia,
Que en el umbral de la vida
Esté á cobrarla á la puerta.

SOMBRA.

Si todos los Elementos
Se amotinan y rebelan
Contra él, ¿qué Elemento habrá
Que estar en su favor quiera?

SABIDURÍA.

Vuelto él á la Gracia, todos
Volverán á la obediencia.

ESCENA XXV

DICHOS.—LA LUZ, *con el hacha encendida.*

LUZ.

Con que volviendo á vivir
La Luz que dejaste muerta,
Pues ya es materia de Gracia,
Dé la Gracia la respuesta.
El Agua es el Elemento,

Y porque mejor lo veas,
Ella misma lo dirá.—
¡Armoniosa Sirena
De las ondas del Jordán!...

ESCENA XXVI

Dichos.—*Sale* EL AGUA *con una concha.*

AGUA.

Esta clara, pura, tersa,
Natural Agua, que yo
Del Jordán en las riberas
En esta concha cogí,
Lave del Hombre la ofensa.

(Canta.)

Pues que santificadas
Sus ondas bellas,
A mejor paraiso
Le abren las puertas.

PRÍNCIPE.

Cuando esa primera mancha
Lavarse con Agua pueda,
¿Quién de la culpa actual
Librarle podrá, si es fuerza
Volverle ella á la prision,
Siempre que él á pecar vuelva?

PODER.

Pues es obra del Poder
Dar poder á quien le absuelva,
Como él su culpa confiese,
Elemento habrá que tenga
Materia tambien, en quien
Otro Sacramento sea
Preservacion de este daño,
Dando al espíritu fuerzas;
Con que en aumentos de Gracia,
Pueda durar en la enmienda.

SOMBRA.

¿Qué materia ó qué Elemento
Puede ser?

ESCENA XXVII

DICHOS.—LA TIERRA.

TIERRA.

El de la Tierra,
Que en las espigas y vides
Dará remota materia
Al más alto Sacramento,
Diciendo cuando la ofrezca...

(Canta.)

Creced, vides y espigas,
Pues os espera
La ventura de veros
Viandas eternas.

PRÍNCIPE.

¿Qué es ser eterna vianda?
¿Vides y espigas sustentan
Más que el cuerpo?

SABIDURÍA.

Sí, que al alma
Sustentan tambien.

SOMBRA.

¿Cuándo esa
Maravilla será?

ESCENA XXVIII

DICHOS.—EL AIRE.

AIRE.

Cuando
Esa remota materia
Sea próxima, y al Aire
Formar y pronunciar veas
Tan misteriosas palabras,
Que el pan en carne convierta,
Y el vino en sangre, la voz
De la Sabiduría inmensa;
El dia que diga...

SABIDURÍA.

¡Esto es
Mi carne y mi sangre mesma!

PRÍNCIPE.

Que el vino que es vino, el pan
Que es pan, carne y sangre sea,
Es dura proposicion.

AIRE.

No es.

PRÍNCIPE.

¿Por qué razon?

AIRE.

Por ésta.
(*Canta.*)
¡Qué mucho de una cosa
Que otra hacer pueda,
Voz que de nada hizo
Cielos y tierra!

SOMBRA.

¿Y quién me dirá en qué forma
Maravilla tan inmensa
Se manifestará?

ESCENA XXIX

DICHOS.—EL FUEGO, EL AMOR.

FUEGO.

El Fuego,
Si atiendes, si consideras
Que el Fuego es Amor. (*Sale el Amor.*)

AMOR.

Y Amor
El que hace la fineza,
Puesto que amando hasta el fin,
Dejó ese tesoro en prendas;
Y pues la forma preguntas,
La forma, Sombra, es aquella.

FUEGO.

Debajo de cuya blanca
Nube de cándida oblea,
El Fuego de Amor contiene,
Con real divina asistencia,
En carne y sangre, alma y vida;

Porque mires, porque adviertas...

(*Canta.*)

Si en finezas varias
Amor se muestra,
¿Qué será en la fineza
De las finezas?

SOMBRA.

De suerte, ¡ay de mí!...

PRÍNCIPE.

¡Ay de mí!

SOMBRA.

Que en Aire, Agua, Fuego y Tierra...

PRÍNCIPE.

Concha, espiga, voz y afecto...

SOMBRA.

Tiene, goza, incluye y sella...

PRÍNCIPE.

Perdon, vénia, amparo, asilo...

SOMBRA.

Piedad, refugio y clemencia...

LOS DOS.

¿El Hombre en su culpa?

TODOS.

Sí.

SOMBRA.

Pues ¿qué aguarda?...

PRÍNCIPE.

Pues ¿qué espera?

SOMBRA.

¡Mi ira!

PRÍNCIPE.

¡Mi rabia!

SOMBRA.

¡Mi furia!

PRÍNCIPE.

Que á no mirar no se ausenta...

LOS DOS.

¿La Luz de la Gracia viva,

Cuando va la Culpa muerta? *(Vánse Sombra y Príncipe.)*

ESCENA ÚLTIMA

EL PODER, LA SABIDURÍA, EL AMOR, LA LUZ, EL HOMBRE, EL ALBEDRÍO, EL ENTENDIMIENTO, LOS ELEMENTOS.

HOMBRE.

Absorto y confuso estoy,
Gran Poder, Amor y Ciencia;
Si esto tambien es dormir,
Á nunca despertar duerma.

PODER.

Hombre, que hice á imágen mia
Yo te saqué de la tierra;
En real alcázar te puse;
Perdióle tu inobediencia;
A la tierra te volví,
Y vuelvo á buscarte en ella,
Donde, cobrado en mi Gracia,
Quiero que tu esposa sea.
Mira, pues, lo que me debes.

SABIDURÍA.

Mira lo que á mí me cuestas.

AMOR.

Mira lo que yo te amo.

PODER.

Y pues cuanto vives sueñas,
Porque al fin *La Vida es Sueño*.
No otra vez tanto bien pierdas;
Porque volverás á verte
Aun en prision más estrecha,
Si con culpa en el letal
Ultimo sueño despiertas.

HOMBRE.

La enmienda ofrezco á tus plantas.

ENTENDIMIENTO.

Yo, aconsejarle á la enmienda.

ALBEDRÍO.

Yo, inclinarle á lo mejor.

LUZ.

Yo, á que siempre en mi Luz tenga
Auxilios que le iluminen.

FUEGO.

Pues en feliz norabuena...

AGUA.

Porque á todo el universo...

AIRE.

Conste en todas cuatro esferas...

TIERRA.

Se publique cómo el Hombre...

LAS CUATRO. *(Cantan.)*

En Aire, Agua, Fuego y Tierra,
Concha, espiga, voz y afecto,
Tiene, goza, incluye y sella,
Gracia, vénia, amparo, asilo,
Piedad, refugio y clemencia.

HOMBRE.

Y pues es de perdon dia,
Nuestros defectos le tengan,
Para que puedan mejor
Repetir las voces nuestras.

MÚSICA.

¡Gloria á Dios en las alturas,
Y paz al Hombre en la Tierra!

(Tocan chirimías, y cerrándose los carros, se da fin al auto.)

LA VIDA ES SUEÑO

CONSIDERACIONES CRÍTICAS

POR

D. RAFAEL GINARD DE LA ROSA


FERMANT.

I

Es la hora del crepúsculo. Cae luz opaca de los cielos, á trechos cubiertos de fantásticos nubarrones, sobre vasto anfiteatro de montañas. El sol poniente tiñe de sombría escarlata los lejanos horizontes de un mar tempestuoso, que se distingue apenas entre los dentellados picos de granito y jaspe. Las constelaciones de la tarde parpadean lúgubremente en las grietas de la montaña desgarrada como por los hachazos de un titan. El arco de la luna menguante riela luchando con la luz crepuscular. Todo sombra y misterio en el cielo, todo austeridad y rudeza en la tierra. Hasta el centelleo de los astros es hosco y siniestro. En el cielo ni una sonrisa, ni un halago, ni una voluptuosidad de la luz y del azul; en la tierra ni un bosque, ni un árbol, ni un ave. Dante no habria imaginado nada igual. Goethe hubiese arremolinado allí sus danzas de brujas del Walpurgis. Pero ni siquiera son allí posibles los espectros. Sólo es verosímil en aquel paraje la silueta trágica del hombre. Una especie de creacion de piedra, la orgía del mundo mineral, abruptos peñascos, montaña coronada de nubes, monolitos de pizarra, verdaderos obeliscos de una ciudad de gigantes, horribles desgarraduras, cauces de torrentes furiosos, hielos centenarios en el hueco de las rocas, desmelenadas y secas malezas pendientes sobre el abismo, raices de vegetacion oculta y que no rompe la petrea costra de los montes, musgos amarillentos tapizando las convexidades viscosas y deformes del suelo, silencio profundo en el espacio, sólo turbado por el graznido del águila salvaje, que cruza azorada sobre aquel amontonamiento de un mundo torturado por el terremoto, y que parece creado para morada del hombre de la edad de piedra.

Tal es el lugar de la escena.

Y allí está, en efecto, el hombre, en la torre convertida en caverna por las injurias del tiempo. Arrastra una cadena; aplánase sobre su cabeza la bóveda de su sepulcro; un peñasco es su lecho, una piel su vestidura, luz mortecina encendida en un hueco de la roca, su lámpara. Allí está Segismundo, el singular Adan de aquel nuevo

y espectral Edem. No le arrullan las hojas del espléndido vergel, no le deleitan las flores, ni le aduermen los cuatro rios bíblicos, ni le saludan las aves, ni le acompaña en la soledad la sombra del Creador, ni la dulce compañera de sus carnes y de sus huesos formada. Sólo Segismundo, y encadenado, goza de la vida cuanto le permite la longitud de su cadena. Los bramidos de su voz se escuchan á distancia. Su rostro, de indecible belleza, donde campean ojos leoninos, expresa los sufrimientos, las violencias del hombre material, y las aspiraciones, los ensueños, toda la meditacion de que es capaz un espíritu perfecto.

Es un gigante y tiene que encorvarse bajo su prision; es un atleta y tiene que permanecer inactivo entre los eslabones de su cadena; es una *fiera de los hombres*, y tiene que sufrir dia y noche el aullido del lobo salvaje, que llega á olfatear á los umbrales de su prision, y que envidiar el vuelo majestuoso del águila, que se eleva hasta perderse de vista, y al que su fantasía supera en ambiciones y en orgullo. Y como las bestias solitarias son melancólicas y graves, la soledad ha hecho del *mónstruo humano* un soñador. Y como sólo la naturaleza le ha ofrecido espectáculos para la meditacion y el ensueño, la naturaleza tan sólo ofrece tema á sus desvaríos, que bien pronto han de parar mientes en los hombres y en la sociedad. Conoce, ya por vagas enseñanzas de su carcelero, el sistema de los mundos y la existencia de los séres. En sus delirios, ora envidia á las coloridas aves, al parlero manantial, al manchado bruto, al monstruoso pez; ora su pupila centelleante y furiosa templa su irritado fulgor en el suave rielar de la estrella ó se enciende aún más con los resplandores del sol. Hombre primitivo, pasa rápidamente de un afecto á otro. Unas veces, en la contemplacion del mundo exterior, expresa su entusiasmo con frases de sin igual belleza; otras, recordando la cadena que le aprisiona, rompe en imprecaciones furiosas. Súbitos enternecimientos suavizan su áspera condicion: iba quizá á devorar como el tigre, y acaricia como el perro. Él mismo se define *hombre-fiera*.

Tal es el héroe del poema.

II

Los primeros versos del poema son ya como portada grandiosa del vasto edificio. El gongorismo de la frase préstase en esta ocasion admirablemente al tono oportuno:

> Hipógrifo violento,
> Que corriste parejas con el viento,

versos criticados hasta en libros en que se pretende educar, y en que se pervierte el sentido literario de nuestra juventad, son, no obstante, los únicos que convienen á la arrebatadora escena que ofrece el poeta. La idea del corcel, del viento tempestuoso, de la caida vertiginosa por las rocas; todo ese movimiento lleno de calor y de fuerza, viene como indicando la irrupcion de la vida en el país de los sueños. Salvaje es el teatro de la escena, segun lo pinta Rosaura. Rompe á través de matorrales de

> ... monte eminente
> Que arruga al sol el ceño de su frente,

imágen digna de un pintor, y que como ninguna otra expresa con sobriedad y de un rasgo sólo la imponente cima caldeada y enrojecida por la luz del dia, esas arrugas centenarias de las montañas donde anida el buitre y serpentean los rayos de la tormenta.

El miedo cómico de Clarin templa la grandeza del asunto acomodándolo á las proporciones humanas. Clarin siente tan sólo hallarse

En un desierto monte
Cuando se parte el sol á otro horizonte,

hora crepuscular é incierta, en que la tierra se presenta vaga y el cielo temeroso, preocupacion natural en un pobre diablo, á quien no agitan otros sentimientos que el deseo de buen lecho, abundante pitanza y abrigado hogar. De esta suerte, en el fondo del cuadro tiembla el miedo con aquella realidad pasmosa, que aumenta el efecto de la escena, como ciertas figuras dislocadas de Rembrant, ó como aquella música de *Dinorah* en el fondo de los bosques y en el terror de la soledad.

Las pinceladas con que Rosaura dibuja la prision de Segismundo, son maestras. Se salen del teatro y escapan al talento del mejor tramoyista y pintor escénico; como que la pintura está hecha para los incopiables espacios del poema. La *ruda arquitectura del edificio*, que parece al pié de las inmensas rocas

Peñasco que ha rodado de la cumbre,

tiene el ambiente y el color de un paisaje, con más el misterio y el espanto de las convulsiones de la naturaleza.

Toda esta primera escena es de lo más bello que ha producido el teatro español. Parece como sinfonía grandiosa, solemne y característica, que prepara la aparicion de Segismundo. *La medrosa luz que aún tiene el dia*, la boca de la caverna que *engendra dentro á la noche*, la idea del alma en pena que asalta á Clarin en su terror cómico, el trágico espanto de Rosaura, convertida en *inmóvil bulto de fuego y hielo*; aquellas sombras, aquellas montañas siniestras, aquella lámpara de desmayado fulgor, aquel rumor de cadenas, aquella noche que avanza; todo está dibujado con increible vigor, todo está debidamente armonizado para que resalte la aparicion de Segismundo y asombre su voz de fantasma, *voce per umbras:*

¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!

III

Y vienen las célebres décimas; la única tirada de versos que de nuestro antiguo teatro sabe de memoria la generacion presente, y que repetirán con deleite las generaciones futuras. ¿Por qué? Débese algo, sin duda, á la forma que es perfecta, colorida, propia y llena de brochazos de mano maestra; débese tambien á que esos versos tienen, al par de la inspiracion del poeta, la exactitud y la simetría del geómetra, como que en cada décima se vierte el pensamiento en cantidad igual, y ese pensamiento se

repite con la regularidad del estribillo en la cancion, del golpe del émbolo en la máquina; y más que nada porque en esas décimas se expresan sentimientos humanos y universales, anhelos del deseo, aspiraciones eternas á la plenitud de libertad de que disfrutan

El pez, el bruto y el ave.

El siglo XVIII, que sabia de memoria esos versos, como los sabrá el siglo XX, halló reparos que hacerles. Se les tachó de gongorinos, de impropios, de absurdos. Creemos que en cuanto ha puesto la pluma Calderon en *La vida es sueño,* todo es, si no perfecto, bello y natural, incluso ese gongorismo de que se le acusa.

La naturaleza entera pesa sobre el sublime solitario, y como no la conoce objetivamente apenas, en sus delirios preséntase abultada, monstruosa, espectral, como el ciego de nacimiento concibe el sol, y el sordo el trueno, por las descripciones que del mundo exterior se le han hecho. Y así es que el gongorismo con que esmalta el poeta las bellas décimas, es en este caso naturalísimo, y escapa á la crítica como rayo de luz en demasía vivo á los ojos, como vibracion en demasía intensa al oido. Por eso no comprendemos las refundiciones, ni la *sana crítica* aplicada á esa sublime concepcion. La fantasía exaltada de Segismundo, su pupila obliterada por el confuso amontonamiento de los sueños, le abultan el espectáculo del mundo exterior. Ve en la apariencia de las cosas, formas, colores, excrecencias, sombras y exageraciones, que no percibe la pupila habituada en la experiencia diaria y constante. El fenómeno ha sido ya observado por los viajeros en países habitados por razas inferiores ó bárbaras. Crece en ellas la fantasía á merced de la atrofía de la inteligencia. Tierra y cielo están para el salvaje beduino, para el brutal australiano, llenos de misterio y de ensueño. Hay una especie de interposicion de fantasmas entre su pupila y la naturaleza, semejante al confuso revolotear de las aves en los lugares solitarios, durante los largos crepúsculos del verano. Entre esos hombres, las preocupaciones, la supersticion, los agüeros, acompañan á todos los actos de la vida. Su país es el país de los encantos, de las brujas, de los duendes, de las hadas, de los silfos, de los mónstruos, de los gigantes, de los titanes. En él tambien, el asombro y el terror engendran las religiones. Es más; llevad á uno de esos salvajes al seno de las sociedades cultas, y vereis de qué extraño modo interpreta nuestras costumbres.

Segismundo es no tan sólo un salvaje; es un visionario. Ve mal y se expresa con la inexactitud y la vehemencia de sus impresiones.

Pero áun cuando no fuera así, ¿tenemos derecho á retocar el gran lienzo del maestro? ¿Nos es lícito mutilarlo para que pueda pasar ante el vulgo sin los colores propios con que fué trazado? Si se quiere poner en escena *La vida es sueño,* póngase íntegra y sin correcciones. Si el público frívolo é ignorante la tacha, esto demostrará, cuando más, que es urgente educar al público. Porque el cielo azul aparezca cubierto de nubes y el sol de manchas, ¿haremos barrer el cielo, mandaremos lavar el sol? Toda restauracion es mala y peligrosa. Raspar la Vénus griega, corregir el friso del Partenon, dar luz á las sombras de Ribera, idealidad al realismo de Velazquez, color al dibujo de Flaxman, dibujo al color de Goya, es tanto como decir francamente que no se quieren ni Vénus, ni Partenon, ni Ribera, ni Velazquez, ni

Flaxman, ni Goya, y que nos debemos satisfacer con la máquina fotográfica y el yeso de la escultura industrial.

No en manera alguna; respetemos supersticiosamente á Calderon. No le retoquemos: dejémosle en el nimbo de gloria en que se nos aparece con sus defectos y sus bellezas. Pongámosle en manos de la juventud escolar con entera confianza. Se trata de aprender á volar, y el maestro es el águila. Que vuela demasiado alta: consolémonos con que hay otros muchos que rastrean. Que es desigual y tempestuosa, que á veces desgarra con uñas y pico el buen sentido y la poética convencional. ¡Dejadla que se alimente de esos carneros! Que sus personajes serían monstruosos en la vida real. No es la vida real tan bella que merezca la pena de verla á todas horas, en todas partes. Sobre todo, si tantas tachas tiene Calderon, contentaos con Moratin.

El gongorismo calderoniano, por otra parte, no es ya un peligro en nuestro tiempo. La antigua poesía no nos puede contagiar el gongorismo, como la antigua patología no nos contagiará la lepra. Pero aceptad á la antigua poesía con el gongorismo, como aceptais á Job con su lepra. Hoy la moda es otra; hoy el *frasеismo* ha sustituido ventajosamente al gongorismo, y Dios sabe los disparates que esta moda engendra. Aun así, la posteridad sería injusta si rechazase grandes obras contemporáneas plagadas de ese vicio, lo mismo que si, bajo pretexto de embellecerlas, podara atrevidamente sus exuberancias y dislates.

Sí, conservemos al poeta sagrado; no lo mutilemos, como no mutilaríamos la pátria. Es ya un tesoro nacional, un cofre de antigua y preciosa pedrería, donde entre deslumbradoras esmeraldas y diamantes suele encontrarse alguna que otra piedra falsa, donde por casualidad una moneda de cobre aparece en montones de ricas doblas, no sin que para el numismático tenga quizá más valor la modesta pieza de cobre que la áurea moneda.

IV

Y llegamos sin salir de las primeras escenas á una de las situaciones más interesantes del poema dramático. Rosaura, al oir aquella grande voz que habla en el crepúsculo, en medio de la soledad, poseida de sentimientos piadosos, revela su presencia al prisionero. Este, altivo y ruboroso de que un sér humano haya sorprendido su secreto, amenaza á la jóven con la muerte, ásela violentamente y la arrastra á la caverna como fiera pronta á devorar su presa.

Póstrase Rosaura á los piés del mónstruo con la timidez y el temor propios de su sexo; implora piedad, y entónces Segismundo cambia repentinamente de sentimientos y abandona á su víctima. ¿Qué fenómeno se ha operado en el alma del feroz solitario?

Rosaura dice tan sólo en el momento en que Segismundo va á realizar su amenaza:

Si has nacido
Humano, baste el postrarme
A tus piés para librarme.

Apenas oida su voz, apenas vista su actitud, Segismundo siéntese suspendido por su presencia, enternecido por su acento, por su respeto turbado. Dícele que sólo un hombre ha visto desde que nació, que es *una fiera de los hombres*, y las palabras apasionadas y candentes brotan de sus lábios. Admírala estático, desea mirarla eternamente, y segun más la mira se siente muerto por su mirada; bebe la agonía en sus ojos, y sin embargo, está muriendo por ver, aunque ve que el ver le dá muerte.

¿Qué sentimiento es este? ¿La piedad? No suele usar tan exaltado lenguaje. ¿Es el asombro de ver á una criatura humana? No llega á tanto la ignorancia de Segismundo. Conoce á los hombres, y por eso justamente los odia. Clotaldo, su carcelero, le da idea completa de lo que es la humanidad. Sólo el amor es capaz de inspirar ese lenguaje; y en efecto, esos admirables versos respiran amor.

Segismundo, hombre primitivo, tiene maravilloso instinto. Rosaura en el primer acto se le presenta en traje de varon. Segismundo ve inmediatamente en Rosaura la hembra. Y decimos la hembra, porque el acceso vehemente de pasion amorosa que se despierta en él, no es tan sólo la platónica adoracion á la mujer, sino esa corriente magnética que liga y conmueve á los sexos contrarios. Siente Segismundo la proximidad y el contacto de la hembra con salvaje energía. Se verifica en él un movimiento de la sangre y del sistema nervioso, un fenómeno puramente fisiológico que en nada se relaciona con los afectos sublimes del espíritu. Sabe que Rosaura es un hombre, que es su enemigo por ende, que pertenece á la execrada raza de los que sin ley ni razon le privan de su libertad, va á despedazarla entre sus hercúleos brazos, engañado por el disfraz de la ardiente aventurera; mas al percibir la fragancia para él desconocida, pero penetrante y enervadora, de aquella flor caida en su desierto, el sistema muscular del atleta es invadido por el fluido nervioso del amante, y en aquella naturaleza fuerte, vehementísima y casta, se verifica la misteriosa explosion de los sentidos en que arden todos los fuegos del amor sexual.

Nunca poeta alguno ha comprendido mejor las leyes fisiológicas del amor. Es esa página del gran poema la más profunda é intencionada. Adan, en la Biblia y en Milton, es grosero é ignorante; es una masa de carne en la cual el sistema nervioso duerme profundo sueño. Preciso es que la voz del Creador señale á Eva como la madre de la especie humana, para que Adan repare en su compañera, y áun despues se muestra pasivo y como sometido al yugo, más que por amorosa adhesion, por docilidad impropia en la iniciativa que caracteriza al sexo fuerte.

Nótese cómo Segismundo experimenta en su sér, en órden natural y perfectamente lógico, los impulsos del hombre primitivo: primero la fuerza, el valor, el instinto de conservacion, y se agita en sus cadenas, conmueve la vieja torre que le sirve de prision con los rugidos de su voz de fiera, con las sacudidas que el leon imprime á su jaula, acomete á quien se le acerca, amenaza al cielo y á la tierra; despues el amor, el deseo, el instinto de reproduccion, y coge en sus trémulas manos las aterciopeladas de Rosaura, mírala con entrañable pasion, con *ojos hidrópicos* de deleite, estréchala, inocente y ya iniciado en el misterio supremo, sobre su ancho pecho, la dirige las más ardientes frases de pasion que puede poner un poeta en lábios humanos.

¡Sublime escena! En el inmenso sueño del primer acto hay esa realidad, esa adi-

vinacion del poeta, esa página que la escuela modernísima llamada *realista* debe estudiar como un modelo. Pero decimos mal; Calderon no adivina, no presiente, ni traza casualmente, y á la manera que los grandes poetas, esos versos que son revelaciones. Ha hecho lo que ha querido hacer: escribe lo que quiso escribir. El sentimiento que la presencia y las humildes súplicas de Rosaura provocan en el adusto prisionero, no es en manera alguna la piedad; no conoce este sentimiento; su natural feroz es inaccesible á la misericordia. Es que la voz celeste de la mujer llega á su oido por vez primera; es que al contacto de aquel cuerpo femenino, lleno de fecundidad y de gracia, corre por sus venas y agita su corazon la lava sensual y enervadora del amor. De haber sido la piedad la que embargase su ánimo, su lenguaje sería otro, y sabido es que justamente Calderon suele distinguirse por la oportunidad con que hace hablar á sus personajes.

¡Y cuán natural es el sentimiento que exalta á Segismundo! ¿Quién no recuerda las emociones primeras del amor, que no pocas veces se renuevan en otra edad, si bien ya perdidas la primitiva espontaneidad y la ilusion llena de vagas aspiraciones? ¿Quién no ha sentido el delirio inocente, y sin embargo viril, que inspira al hombre en la primavera de la vida, no ya la voz de la mujer, no ya el brillo magnetizador de sus ojos, ni el contacto de su mórbida mano, ni el aroma de su cabello, ni el hálito enloquecedor de sus lábios, ni el extremecimiento de serpiente de su talle, sino que tan sólo la flor que dejó caer al descuido, el guante que olvidó y que llevamos á la abrasada boca, ¡qué más! el rumor de sus pasos, y hasta el roce de sus vestidos. Esto bastaba para sumergirnos en deliciosos delirios confinantes del ensueño y la locura. En esa edad en que el hombre comienza y el niño acaba, en ese vago crepúsculo matinal en que tantas aves cantan, tantos rayos irradian, tantas flores se abren en los profundos espacios del alma, el instinto vela, la ignorancia interroga, el misterio deja caer lentamente el velo á compás que la aurora crece y el cénit se ilumina. Entónces ignoramos lo que es la mujer, y su encuentro repentino es el choque de dos estrellas, la mayor de las sorpresas, la más inesperada de las transformaciones. Y como ignoramos el misterio mujer, nos precipitamos en él con la admirable ceguedad del instinto, con tanta mayor violencia cuanto más profundamente ha dormido esa fuerza en la etérea region del alma, en el mecanismo de los nervios. La suprema ignorancia se transforma entónces en deseo supremo.

Y una vez despierto ese instinto en Segismundo, influye decididamente en su existencia. Conviértese en una de las grandes pasiones que han de hacer dolorosa su vida. Por lo pronto, el amor, no purificado por las lágrimas y las penas, es tan sólo brutal deseo que se manifiesta en la segunda jornada, en pocos minutos, arrostrándolo todo y atropellando el decoro de dos mujeres. Más tarde, el sufrimiento depura esta pasion, la idealiza indeciblemente, la convierte de lodo informe en nube. Tal es el proceso de las pasiones humanas, vicios en su orígen, virtudes al fin.

Y nótese el arte esquisito, el sentido profundo con que Calderon prepara esa divina escena. Pudo haber hecho que Rosaura apareciese á los ojos del prisionero en traje de mujer, y áun así el efecto habria sido grande, pues no habiendo visto Segismundo á mujer alguna, la adivinacion y el despertar del instinto hubiese sido el mis-

mo. Pero el sublime poeta quiso que Rosaura vistiese de hombre y usase el lenguaje de varon, para que engañado por completo Segismundo por el disfraz, sólo la voz del instinto y la ley fisiológica del amor, le impulsasen hácia la jóven.

Desde el momento en que el prisionero ha comprendido que en el mundo hay algo más que ódio y furor, desde el punto en que se despiertan en él desconocidos sentimientos, nuevas aspiraciones, su desesperacion se hace más profunda.

Encariñado por primera vez en su vida, con la consoladora que le depara la fortuna, ¡con qué brio la defiende contra Clotaldo! Dirígese al cielo, y la blasfemia brota de sus lábios:

...¡Ah cielos,
Qué bien haceis en quitarme
La libertad, porque fuera
Contra vosotros gigante,
Que para quebrar al sol
Esos vidrios y cristales,
Sobre cimientos de piedra
Pusiera montes de jaspe!

Nunca el Cáucaso tembló á los ecos de más poderosa imprecacion.

V

De los episodios del poema no haremos especial estudio, con ser tan bellos y dar tan grande animacion y vida á la escena: la figura de Segismundo llena por completo el cuadro, y ni el magnífico monólogo de la primera jornada de Clotaldo, ni el torrente de límpidos y sonoros versos que la galantería más perfecta y el amor más cortesano ponen en boca de Astolfo y de Estrella, ni las graciosísimas escenas en que Clarin interviene, serán bastantes á apartarnos del objeto principal de este trabajo.

Del monte pasamos al régio alcázar de Basilio, monarca de Polonia. No lo busqueis entre los reyes de esta nacion. Algunos grandes duques de Moscou se llamaron Basilio. En la infancia de Calderon era gran duque Basilio V Chiuski, elevado al sólio en 1606, depuesto en 1610, muerto en 1611. Fué un mal príncipe, y Rusia bajo su reinado un país en que ardian las guerras civiles. En esta época Polonia y Rusia se ponen en contacto. Rusia ofrece el trono, vacante por la caida de Basilio, á un hijo de Segismundo III, rey de Polonia.

¿Tenia Calderon noticia de esos movimientos políticos del Norte europeo? Creemos que sí, porque fuera muy casual que en poema cuyo teatro era Polonia, y donde figura un príncipe moscovita, coincidiesen dos nombres septentrionales. El pueblo español, fué siempre extraño en aquel siglo á esas naciones, pero los cortesanos no podian ignorar las intrigas que nuestros diplomáticos seguian en las córtes del Norte. El oro de España favoreció en una ocasion á un pretendiente al trono de Polonia, archiduque de Austria, contra Segismundo III, que venció al cabo. Este rey fué contemporáneo de Calderon, y casi del Segismundo de *La vida es sueño*. Murió

en 1632, y el príncipe de nuestro poeta nació de su mente antes de 1635. ¿Quién conoce ahora á Segismundo III? Su homónimo reina desde hace dos siglos casi, y probablemente reinará en tanto viva *La vida es sueño*.

Por otra parte, Calderon conocia indudablemente el modo de ser político de los Estados del Norte. El rey Basilio habla como rey de Polonia á su Parlamento, es decir, á la Dieta. En tiempo de Calderon, Rusia era el gran ducado de Moscovia, y en la comedia Astolfo es gran duque. Tambien en aquellos siglos Rusia estuvo sometida á la supremacía de Polonia, y alguna vez hasta á su dominacion: en la comedia Polonia aparece siempre como superior á Rusia: los príncipes de este país acuden á la córte polaca como á un centro superior en poder y cultura.

No busqueis tampoco el palacio del rey Basilio entre las ruinas góticas de que está cubierta la pátria polaca. Calderon eligió á Polonia para teatro de su accion dramática, porque en su tiempo era país de misterio y de consejas. Era comarca polar, el extremo nebuloso de Europa. Allí comenzaba el ensueño; más allá, en Moscovia, el terror. En todo el Nórte de Europa se verificaba entónces una especie de deshielo de nacionalidades que atraia la atencion de las naciones meridionales. Aparecian allí pueblos no sospechados y otros que no habian intervenido en la vida europea desde las invasiones de los bárbaros; súbitos desbordamientos é inundaciones indicaban que más allá del Báltico y el Niemen se agitaba un Océano de hombres. Hablábase de Gustavo Wasa, de Gustavo Adolfo, de Ivan el Terrible, como de reyes fantásticos, no obstante que el segundo de esos reyes llegó con sus legiones al Rhin. En Polonia reinaron por entónces dos Segismundos.

En cuanto á este país, tuvo en algun tiempo costas sobre el Báltico y sobre el mar Negro, lo cual es sensible para los detractores de Calderon. De todas suertes, un poeta no tiene obligacion de saber geografía; un crítico sí.

En el siglo XIV y en el siglo XV casi siempre poseyó Polonia extensas costas sobre el Báltico y el mar Negro. Sobre el Báltico tenia la Samoyicia, sobre el mar Negro la Podolia. En los mapas del tiempo de Cárlos V, en 1556, Polonia aparece señora de la costa del Báltico, desde Dantzick hasta Memel.

En el siglo XVII, en tiempo de Calderon, seguia poseyendo Polonia, cuando ménos, las costas del Báltico: como que poseia casi todas las de la Prusia actual, desde la Pomerania á la Curlandia. No era, pues, Calderon tan ignorante en estas materias, como tambien en otras muchas en que hoy se le concede escaso crédito. Somos celosos de toda supremacía: escatimamos al génio el saber, al saber el génio, y estas raterias parece que nos consuelan de nuestra inferioridad.

Por lo demás, si el teatro de los sucesos está fijado por el poeta en Polonia, la época no la indica en manera alguna. Parece que el hablar de armas de fuego señala ya una fecha que debió caer dentro del siglo XV á lo más. Tal debió ser la mente de Calderon; pero ¿qué importan estos datos para el efecto del poema y su trascendencia en la historia de la literatura? No fatigaremos al lector con erudicion tan fácil como intempestiva.

VI

El rey Basilio es casi un rey oriental, uno de aquellos reyes pastores de las llanuras del Asia menor, de que nos habla la Biblia. Es un rey patriarcal y Mago, atento á los grandiosos y sobrenaturales fenómenos del cielo, y al cuidado de la dicha de su pueblo, sometido como él al influjo de los astros. La figura del rey Basilio es más que venerable; es sagrada. Hay en él algo de Pontífice, que oficia en mágica torre, con su tiara cuajada de constelaciones, su blanca y larguísima barba desgreñada por el viento del infinito. Tiene una especie de serenidad estelar. Habla como si bajase de las alturas de un Sinaí con los decretos del destino en la mano. Su grandioso palacio, batido por el mar, próximo á siniestras montañas, está lleno de prodigios y de fantasmas. En la terraza de aquel palacio el rey conversa con el astro. Ve desde allí los aterradores cometas, las auroras boreales, los eclipses, la luz que nace, la sombra que huye. De sus contemplaciones resulta el presagio. Vive más que en la tierra en los cielos. Tuvo un hijo, que al nacer mató á su madre, y allí yace sepultado en el seno de los montes, donde á veces se vuelven sus ojos preñados de lágrimas. Se envenenó para él la vida en sus mismas fuentes, en la mujer. Vivió abstraido en sus contemplaciones, *más inclinado á estudios,* dice Astolfo, *que dado á mujeres.* Las únicas inquietudes que le asaltan son la suerte de su pueblo, que rige más como padre que como rey, y las desventuras de aquel hijo á quien el cielo condena á perpétua clausura, y por el cual su viejo corazon llora amargamente. Colocado á tanta altura sobre los hombres, tiene de rey lo poco que le deja la sabiduría. Es un pastor de hombres. Nada más conmovedor que el final de su bellísimo parlamento de la primera jornada:

Esto como rey os mando,
Esto como padre os pido,
Esto como sábio os ruego,
Esto como anciano os digo;
Y si el Séneca español,
Que era humilde esclavo, dijo,
De su república, un rey,
Como esclavo os lo suplico.

Y en efecto, tiene Basilio de rey el poder, de padre el afecto á sus pueblos, por quienes sacrifica á su propio hijo, de sábio la modestia, de anciano la prudencia, de esclavo la humildad. Jamás poeta alguno ha creado figura régia más venerable, hasta en sus errores, y jamás la historia tampoco ha ofrecido á los hombres rey como el rey Basilio. Salomon, comparado con él, es vanidoso, David mundano, Nestor un charlatan, el rey Lear un loco furioso. La plenitud de la majestad real, y entendemos por tal el poder concedido á un hombre sobre los demás hombres, brilla con sin igual resplandor en el rey Basilio. La majestad no la dá el predominio de las grandes pasiones tiránicas que imponen respeto á la especie humana. Majestad es superioridad en todo; ser mayor que todos es ser majestuoso. Mayor en el poder y en la humildad, mayor en el saber y en la modestia. Por esa rara combinacion de sublimes cualidades, la creacion calderoniana es majestuosa. El rey Basilio tiene la majestad de Salomon

en el trono, de Job en el estercolero. Parécenos que en él quiso darnos Calderon su bello ideal de un rey. No en vano le llamó Basilio; βασιλεύς, rey.

Con profunda ternura ama el rey á Segismundo. Lo ha sacrificado á la salud de su pueblo, mas no se resigna á que la sentencia sea definitiva. Quiere probar si han mentido las estrellas, y por si su comportamiento confirma el celeste presagio, le saca del sueño para volverle al sueño, de suerte que crea despues que aquel poder, que aquella libertad de que ha disfrutado sólo son el ensueño de su sueño. ¡Prevision paternal en la que Calderon dice cuanto puede decirse de un padre! En otra escena el rey se retira sin proferir una palabra, con aquel mutismo tan celebrado en el poeta clásico. Acaba de despertar Segismundo en su prision, de nuevo cargado de cadenas, y al primer lamento que le arranca la pena, rómpese el corazon del padre, inmútase su rostro venerable, y con ademan de supremo dolor, tanto más profundo cuanto más silencioso, se retira mudo y sombrío.

Y despues, vencido por la generosidad de aquel hijo, vencedor de los hados, ¡con qué entrañable grito de pasion paternal le abre los brazos y le estrecha sobre su seno! No hay nada parecido á ese momento del poema en las creaciones del arte griego, superior en lo de pintar la profundidad de los efectos humanos.

VII

Los demás personajes de la comedia forman un grupo bellísimo, de proporciones en alto grado artísticas. Rosaura, amazona ardientísima; Estrella, princesa ideal y fria; Clotaldo, anciano venerable en quien el antiguo honor vive; Astolfo, mancebo galante y vanidoso, y en el fondo Clarin, sonriendo.

Rosaura es encantadora y terrible como la Vénus armada de los antiguos. Tiene de mujer la pasion y el vago perfume que embriaga á Segismundo, pero es adusta, varonil, vengadora de su honor. Ciñe espada y presenta la acerada punta á quien la requiere de amores. Es una española, llevada por un capricho del poeta á Polonia. Nos la imaginamos morena, de ojos centelleantes, de lábios rojos, con lava en vez de sangre bajo la tez, poco sensible á los halagos del amor desde el punto en que tocó el desengaño. Es firme y decidida, y no desmiente ni un momento su carácter. Resiste fieramente á Segismundo, lucha á brazo partido con Astolfo, ruega á Clotaldo que dé muerte al príncipe moscovita, se basta á sí misma contra todos, acude despues armada al campo de Segismundo en demanda de venganza. Diríase que Calderon tuvo en Rosaura presente á alguna de las heroinas de Ariosto.

Forma singular contraste con este carácter el de Estrella, vaga aparicion que ilumina con luz suave y pura el poema. Toda amor, ternura y coquetería, si se enoja llora, si se apasiona rie. Los furores de Medea que agitan á Rosaura le son desconocidos. Marcha por senda de flores con la calma de los afortunados, sin espasmos voluptuosos, ni parasismos de iracundia. Habituada á la galantería esquisita y un tanto vanal de Astolfo, más la sorprende que enoja el atrevimiento de Segismundo. Difícil es que estas dos naturalezas se comprendan, y puede augurarse que una vez

enlazados no se han de consumir en el mismo fuego. Y sin embargo, al arrebatado Segismundo conviene la recatada Estrella, así como al prudente Astolfo cuadra la romancesca Rosaura. Complétanse estas parejas por la desemejanza de los caractéres. La antítesis que resulta es de un efecto bellísimo. Véase cómo, contra lo que acostumbra Calderon, áun en los personajes secundarios de este poema diversifica los caractéres y los contrapone con habilidad suma.

Astolfo es un príncipe caballeresco, valiente, generoso, y en medio de estas buenas cualidades, profundamente corrompido. Quiso Calderon oponer esta naturaleza, muelle y refinada por la educacion, al asperísimo é inculto Segismundo. Este tiene la embravecida amargura, y tambien la pureza de las olas del mar; aquél, brillante como el cristal de un lago, oculta en su fondo el cieno de las pasiones humanas. Astolfo es el hombre de la sociedad, Segismundo el hombre de las soledades. Segismundo, homicida en un rapto de cólera, violentador de una mujer en un instante de pasion, no habria seducido con artes de galanteador, de él ignoradas, á Rosaura, ni la hubiese abandonado despues para contraer más ventajoso enlace.

Astolfo no ama siquiera. El deseo le llevó á los brazos de Rosaura, la vanidad y la ambicion á los de Estrella. Como las mujeres superiores suelen gustar, en virtud de la ley de las compensaciones, de hombres de baja estofa moral, Rosaura desdeña al sublime Segismundo, y persigue loca de amor al veleidoso y vulgar Astolfo. La cultura brillante de éste, su versatilidad, su frio amor, atraen fatalmente á la apasionada Rosaura, en tanto que la majestad salvaje y la rudeza de Segismundo le inspiran repulsion y hastío. ¿Ni qué tiene ella que buscar fuerza y pasion sintiéndola bullir en su seno? Más bien completan su naturaleza la inconstancia y las facultades amables y ligeras que embellecen la existencia, sin elevarla á peligrosas alturas, donde sólo las almas grandes hallan aire respirable.

Clotaldo, fuera de este círculo, está bien en el grupo que forman el rey Basilio y su córte, de rodillas á los piés del monarca, sirviéndole con acrisolada lealtad, siendo el brazo de aquella inteligencia superior. Brillan en Clotaldo las más sutiles nociones del honor, que eran en el siglo XVII preocupacion constante de las gentes cortesanas. Luchan en él los deberes paternales con los del vasallo, con innatural pero bellísima violencia. Ama á Segismundo y le consagra pensamientos de ternura casi paterna. Lo ha criado y llora sus extravíos, así como despues aplaude entusiasta su rehabilitacion y heroismo. Aquellas leyes del honor, que tantas distinciones establecian, le enredan en sutiles redes cuando trata vengar la ofensa de su hija. Pueden más en él las razones del vasallo que las de la ira y la venganza. En su diálogo con Rosaura fluctúa entre opuestos sentimientos. Por su parte Rosaura demuestra esquisita finura de sentidos. Así como Segismundo adivina en Rosaura la mujer, Rosaura adivina en Clotaldo el padre:

...no sé
Con qué respeto te miro,
Con qué afecto te venero,
Con qué estimacion te asisto.

Clotaldo participa algo de las ideas de su rey y señor Basilio. Vive como él en el

mundo sobrenatural y mágico de la astrología, áun cuando en puesto inferior. Para él tambien

Es todo el cielo un presagio,
Y es todo el mundo un prodigio.

Rie á mandíbula batiente, con inextinguible buen humor, Clarin, el gracioso de la comedia. Y nótese con cuánta sobriedad interviene Clarin en la sublime accion del poema. La costumbre, más que el convencimiento, obligó á Calderon á introducir en escena al gracioso. Y sin embargo, ¡cuánto perderia *La vida es sueño* sin ese personaje gesticulador y sonriente, si Calderon, más atento que á la realidad al buen gusto convencional de los retóricos, lo hubiese relegado como poco digno de tomar parte en tan noble drama! Clarin es esencial á *La vida es sueño*. Es el único personaje que representa lo real en medio del desvarío de los ensueños. Aun cuando como hemos indicado interviene en la comedia mucho ménos que otros graciosos en otras comedias, derrama en ella la sal ática del sarcasmo y la luz del buen sentido. Es un bufon filósofo práctico cuando extraña la inquietud de Segismundo, pues él por su parte no se preocuparía mucho de ser príncipe en Polonia. Muéstrase filósofo moral cuando dice que es *un grande agradador de todos los Segismundos*, es decir, de todos los príncipes ganosos de adulaciones. Como Sancho Panza, paga los desatinos y locuras del príncipe y de su ama. Vése encerrado en una torre por lo que sabe y á nadie ha dicho, él, charlatan perpétuo. Su craso materialismo estalla en sarcasmos en la soledad de su prision, y el *quid pro quo* confundiéndole con Segismundo aumenta su humorismo, que rie de las insensateces humanas. Pero Calderon hace que hasta la suerte de ese pobre bufon sea trágica y predestinada. Le mata cuando justamente cree hallar en su miedo seguro refugio contra la muerte. Así, hasta el gracioso, contra lo usado en las comedias, se somete á la predestinacion que domina en el poema. Clarin, que de todo rie, confirma las leyes del destino, desmentidas por Segismundo.

VIII

El monólogo de Segismundo de la segunda jornada, es el monólogo del deslumbramiento. En pocos versos expresa el mayor de los asombros. Es el despertar de Adan en el Paraiso. En vez de la caverna el palacio, flores en vez de cadenas, muchedumbre donde habia soledad, hartura donde privaciones, melodiosas orquestas despues del bramar del viento y del trueno.

Penetra en la escena como un poseido. Va y viene, palpa las ricas vestiduras que le cubren, los muebles opulentos, las admirables tapicerías; como fiera suelta y hambrienta, precipítase, tendida la melena y centelleante la pupila, sobre la orgía que le espera.

El poeta hace hablar á su héroe de admirable manera. No es personaje romancesco que para producir efecto se expresa en lenguaje elevado y sentencioso. Segismundo tiene la profunda realidad de un hombre lanzado en el drama, como en la vida real.

Así es que al contemplarse despierto en medio de los explendores de la córte, despues de haber vivido la vida del salvaje, por más que estuviese instruido en las ciencias y aleccionado en la experiencia que pueden enseñar los libros, rompe Segismundo en acentos que se conforman con su natural grosero é incivil.

No es el príncipe el que habla, ni tampoco el discípulo de Clotaldo y de la naturaleza, sino el hombre primitivo, suelto repentinamente, y víctima de los espejismos de un sueño, en plena realidad social.

Y de tal suerte Calderon aspira á darle ese carácter, que hasta en las palabras y frases que emplea Segismundo se nota la rusticidad de su carácter. Los personajes sérios de Calderon usan de palabras escogidas y atildadas no pocas veces gongorinas. Segismundo al despertar es casi ménos delicado en la eleccion de sus palabras que Clarin.

Véase en las siguientes frases de su monólogo si no hay la manera dura é incorrecta que usa el pueblo, y que repite el príncipe-pueblo:

Yo despertar de dormir...
Que me sirva de vestir...
Decir que sueño es engaño...
¿Quién me mete á discurrir?...

Pudiera ser casual ese estilo popular puesto en boca de un príncipe y de un sábio, si por otra parte el fondo de las ideas manifestadas por Segismundo en su monólogo, no fuesen ya por sí sólas de un materialismo craso y de una imprevision záfia:

Dejarme quiero servir
Y venga lo que viniere.

Esta frase, subrayada por la sonrisa idiota del que deslumbrado por acontecimiento imprevisto lo deja todo en manos de la inconstante suerte, cuidando poco de las consecuencias prósperas ó adversas de la aventura en que se ha enredado, es en alto grado propia del príncipe Segismundo. Esto hace Clarin, más tarde, cuando se ve convertido en príncipe apógrifo. Esto hace Sancho Panza cuando en la Insula se le tributan honores inusitados. La naturaleza ha querido que el hombre sea en su raíz más honda un animal, y así Segismundo en esa escena se muestra igual á Clarin y por debajo de Sancho Panza. Mas ¡cómo centellean la sensibilidad y la inteligencia humanas en torno del rudo instinto del bruto! ¡Qué exclamaciones de estupor! ¡Qué rugidos de placer! ¡Qué contraste tan bello, qué lucha tan colosal entre el recelo y el deleite, la certidumbre y la duda! ¡Y con qué rapidez y sobriedad expresado todo! Nada de descripciones, ni de largos discursos, ni de vaga meditacion. Tan pronto visto como sentido, tan pronto sentido como expresado el efecto del mundo real en las penumbras del sueño.

Segismundo comprende en seguida que sus dudas no tienen solucion por el momento, y que sólo la experiencia puede dársela; mas como hombre sin freno moral, ni práctica de la vida, comienza á mostrar inmediatamente su nativo y violento carácter.

Fuerte, áspero y más propenso al furor que á la suave tristeza, prefiere la vibracion guerrera de las músicas militares al blando plañir de los coros que hablan con

voces de consuelo á su inquieto espíritu, y despide mal humorado á los cantantes que le rodean.

Viene Clotaldo, su carcelero, que más prudente que el rey, no queria hacer la temerosa prueba; y Segismundo, comprendiendo el misterio que le rodea, muestra su arrogancia y su poder, y á manera que el pueblo al romper sus cadenas y erigirse en soberano, venga ante todo sus agravios, precipítase, daga en mano, sobre Clotaldo, que se retira profiriendo la frase primera que debe recordar al príncipe la posibilidad del sueño. Pero no le presta oidos, ha llegado al colmo de su irritacion; sólo logra calmarle Clarin con una burda frase aduladora, que trae la risa á sus lábios y le reconcilia por el momento con la humanidad en lo que tiene de más miserable y bajo, en la vil ralea de los cortesanos. ¡Con qué interés y satisfaccion pregunta el príncipe al lacayo que le adula: *¿Quién eres tú, di!* Y luégo añade, sin parar mientes en lo grosero de la respuesta:

Tú sólo en tan nuevos mundos
Me has agradado.

Y Clarin replica con sarcasmo refinadísimo:

Señor,
Soy un grande agradador
De todos los Segismundos.

Así se forman las privanzas reales, así en las gradas del trono ó en la tribuna de las arengas, la adulacion infame y desmedida enloquece á príncipes y pueblos y les embriaga con incienso de lisonja: así el gran poeta muestra que para el papel de cortesano no bastan tributos de respeto y de adhesion comedidos y razonables, sino que han de llevarse los halagos hasta el absurdo: ante un trono ocupado por un déspota, no basta estar de rodillas, sino que es preciso besar el polvo y arrastrarse por el lodo. Así siempre lograron su objeto los cenagosos cortesanos con los reyes, los viles demagogos con los pueblos. La noble independencia que con su oposicion ó su silencio reprueba ó no asiente al ménos á los deseos sin freno del poder, el que le concede no más respeto que el que naturalmente inspira, y no busca en el vocabulario impudente de la adulacion las palabras, las frases que se arrastran, ya puede esperar, que si entró por la puerta saldrá por la ventana.

Así terminan, en efecto, las severas amonestaciones del cortesano digno que pone reparos á los excesos del príncipe: así la cortesanía lisonjera de Astolfo de nada le sirve para evitar desabridas respuestas del poderoso.

Respecto á la belleza artística de esas escenas, júzguela el lector. El auditorio constantemente se exalta y aplaude las frases que el poeta pone en lábios de Segismundo. El sublime: *¡Mayor soy yo!* el: *diré á Dios que no os guarde*, el: *Pues en dando tan severo...* serán, en tanto la muchedumbre se apasione por el arte, de grandísimo efecto, por que pintan con admirables brochazos y vivo color todo un carácter y toda una situacion. Y es que en las obras de arte el estilo es todo. A la manera que en un cuadro los efectos de luz determinan más que el dibujo y que el color la belleza, así en una obra poética el estilo hace los efectos de la luz y arranca el grito de admiracion á las almas sensibles y cultas.

IX

La aparicion de Estrella lleva á Segismundo á otro órden de ideas y de sentimientos. Queda como absorto ante la belleza de la mujer, que, segun despues dice confidencialmente á Clarin, es la más admirable de cielo y tierra. Sólo la mujer le sorprende de cuanto ve en aquel mundo nuevo: todo lo demás lo tenia previsto.

Así no es de extrañar, que al dirigirse á Estrella, su lenguaje, hasta entónces grosero y violento, se idealice y colore con todos los matices del iris. Su galantería se hace tan expresiva como la del mismo Astolfo, con más el acento conmovido y balbuciente de un novicio en amores. Su atrevimiento, sin embargo, ofende á Estrella, que no está habituada á que á las palabras sucedan tan pronto los halagos, y á que las manos pretendan completar la pasion que el lábio expresa. Verdad es que Segismundo no procede como disoluto, sino como ignorante de las leyes sociales. Tanto la princesa como el cortesano, que persigue á Segismundo con sus severas amonestaciones, pudieran ser más indulgentes con un pobre mónstruo, en los montes criado entre cadenas, y que acaba de recobrar su libertad, y con ella el poder de servir á sus sentidos, ávidos de regalo y de emociones. Mas la sociedad nunca toleró las demasías que repugnan á sus costumbres y que rompen el freno puesto á la pasion. Si Segismundo en vez de estrechar la mano á su prima, la hubiese tratado con frio y ceremonioso respeto, sin perjuicio de desplegar despues los recursos de la seduccion, hasta dar en tierra con su virtud, córte y pueblo habrian visto natural y plausible su conducta; pero de buenas á primeras asir de la mano á la doncella, y ante el mundo revelar con franqueza salvaje el sentimiento, ó mejor dicho, la sensacion que le domina, y convertir así una recepcion oficial de palacio en escena amorosa del género realista, no era posible que se tolerase en buena moral y en la *buena sociedad*, como decimos ahora.

Estrella, por toda reprimenda, le dice: *Sed más galan cortesano;* que es como invitarle á la seduccion cortés, al galanteo corruptor, que si no mata como el rayo, ahoga como la serpiente. Segismundo cree de buena fé no haber faltado á ninguna conveniencia, y en su punto de vista, cualquiera se encolerizaría de las ingerencias del cortesano.

La escena que sigue entre el príncipe y el rey, es grandiosa. ¡Qué diálogo! Padre é hijo, frente á frente, tienen de qué reprocharse. Ambos se muestran sublimes en aquella confrontacion trágica. El padre habla del cielo, el hijo de la tierra. El hijo injuria, el padre reprende.

En esta admirable escena, la figura de Segismundo sigue siendo naturalísima, á pesar de su violencia. Segismundo trata á su padre con la rudeza propia de sus antecedentes. Dejando aparte las vanalidades morales que corren como cosa incontrovertible, es lo cierto que el amor filial en el hombre no está á la altura en intensidad ni en delicadeza del amor paternal. Y tanto en este como en aquel, el hombre no se halla más adelantado que los animales de las especies superiores. Esos afectos originados por los lazos de la sangre, suelen aflojarse extraordinariamente por causas externas. La *fuerza de la sangre*, sobre la que Cervantes ha escrito bellísima novela, no

es tan decisiva como vulgarmente se cree. Muchos hijos, muchos padres, no sienten latir esa misteriosa fuerza con el brio y la espontaneidad que supone el inmortal novelista. Suele ser en la mayoría de los padres y los hijos vago instinto que la educacion, el trato, los sacrificios mútuos, perfeccionan hasta elevarlo á la categoría de sentimiento; pero sin esas circunstancias, duerme en el alma y sólo se manifiesta en momentos extraordinarios. La ciencia popular de la vida, en esto como en todo superior á la ciencia de los libros, ha comprendido admirablemente esas relaciones fundamentales de la familia humana. *El trato,* dice, *engendra el cariño.*

Y no obstante, Segismundo se expresa y piensa como hijo: sabe el amor y el respeto que debe á su padre, y en medio de su iracundia natural, contiénese mucho, y no por cierto á causa de las venerables canas de Basilio, pues no respeta las de Clotaldo, sino porque siente vivo y latente en su seno el amor filial que le impide extremar sus furores.

Su argumentacion vigorosa, inflexible, justa, equitativa, y en la que sólo falta el amor, se dirige contra su padre, hiriéndole en el corazon sin piedad. Habla el lenguaje de la razon, y su padre no puede oponerle otra cosa que sus apelaciones al cielo y sus creencias supersticiosas en la astrología. Así Segismundo se hace fuerte en su derecho, sin considerar lo que debe á los sentimientos filiales. Y como siempre se dá la razon á quien la expresa con vehemencia, el espectador aplaude á Segismundo, sin dejar de compadecer y admirar á Basilio.

Difícilmente se hallará en el teatro de nacion alguna escena parecida, entre un padre y un hijo, con mayor vigor escrita, con más profundidad pensada. Basilio comprende que nada tiene que oponer á la lógica de su hijo, si no es un consejo aplicable á toda la vida humana:

Mira bien lo que te advierto,
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando
Aunque ves que estás despierto.

Ser humildes y blandos en la vida: tal es la suprema sabiduría, la sentencia más alta y el consejo más sublime que puede darse al hombre extraviado por el desvarío de las pasiones.

X

Y hé aquí á Clarin y á Segismundo, mano á mano, conferenciando sobre la beldad de la mujer. El príncipe es digno del lacayo, y el lacayo del príncipe. Entre el sublime Segismundo y el grotesco Clarin, existe misteriosa simpatía. Diríase que, como Sancho y Don Quijote, se completan y agradan. Clarin no contradice los delirios y las fantasías de Segismundo, y éste no oye las inepcias de Clarin, desvanecido como está por su lisonjero incienso, donde todos, su padre, sus parientes, Clotaldo, los cortesanos, le motejan é injurian. En la soledad de su espíritu recréase en conversar con Clarin, único que logra seguirle el humor y agradarle en tan nuevos mundos. Ins-

pira sentimientos de compasion ese noble príncipe, que en su soledad sólo halla simpatía en el pueblo que no le abandona y le comprende, como á su igual, y que adulado por Clarin, es alzado más tarde sobre el pavés por soldados y villanos. Y en verdad que el pueblo ve más hondo que la córte: adivina en Segismundo un jefe resuelto y brusco capaz de la violencia, pero que por su gallardía, ingénio y bravura, parece destinado á regirle por caminos de gloria.

Interrumpe el comenzado diálogo de Clarin y Segismundo la presencia de Rosaura. No es posible analizar friamente esa escena: la comprenderá quien la sienta. ¿Cómo pintar, si no es con sus propias palabras, los diferentes afectos que agitan al príncipe en presencia de la mujer adivinada en el monte, en el palacio deseada? ¿Cómo hacer autopsia en la pasion, en la impaciencia, en la amargura, en la ira, en el desenfreno de esa bella escena?

Las primeras palabras de Segismundo á Rosaura son ligeras, galantes, gongorinas, como las hubiese dirigido á otra mujer cualquiera; pero apenas conoce en ella á la consoladora de la primer jornada, á la que encendió su sangre por vez primera, exclama: *¡Ya hallé mi vida!* y brota de su alma un lirismo encantador, versos hechos de notas musicales, frases palpitantes de pasion y de una complexion tal, que parece extraño al leerlos que no se canten; hasta tal punto hay en su fondo oculta y misteriosa música, esa grande música, esa orquesta invisible, esa melodía infinita que se exhala de los versos del poeta, del marmol del estatuario, del lienzo del pintor.

¡Mujer! dice Segismundo; y su voz se extingue en las sílabas de este encantado nombre. No sabe decir más, no puede decir más. Mujer, es el gran todo para su alma. Si despues, dominando el primer arranque y sustituyendo á la pasion la galantería, la compara al sol, al lucero, al diamante y á la rosa, es porque toda la naturaleza canta y reverencia la sublime creacion de la mujer. Todas las radiaciones del cielo, todos los fuegos y los perfumes de la tierra se contienen en la mujer. Fué creada la última, y reune las perfecciones y corrige las deformidades de los séres que la precedieron. En ella se agotó el génio del poder creador. Tuvo que descansar de sus tareas, dice el Génesis, como si tomase fuerzas para crear á la mujer. Y sólo cuando hubo reposado la hizo surgir de la carne y de los huesos del hombre, radiante de belleza, de gracia y de majestad. No creemos que ningun poeta haya expresado mejor que Calderon esa supremacía de la mujer. Segismundo, Adan de un nuevo paraiso, saluda su aparicion con exclamaciones de entusiasmo, con lirismo arrebatador, digno del primero de los hombres en presencia de la primera de las mujeres.

Con despego acoge la altanera Rosaura las frases corteses del príncipe, sin atender, con la imprudencia propia del bello sexo, que se cree autorizado para todo á causa de su debilidad, á que el carácter de Segismundo no tiene nada de blando ni de comedido. Pero en esta ocasion la repulsa no hiere al príncipe en el orgullo, sino en el corazon. Al oir que le apellidan bárbaro, cruel, tirano, ántes de dar suelta á la cólera, una lágrima desesperada y amarguísima brota de su alma, anúdase su garganta, mide todo el abismo de su soledad en el mundo de una sola mirada; contémplase rodeado de todas aquellas hostilidades, sin defensa contra ellas, á no ser el empleo de la fuerza bruta, y sin conocer que su conducta motiva su desventura, é ignorando ya

qué hacer, si mostrarse blando y suave ó cruel y soberbio, exclama con acento preñado de sollozos:

> Porque tú ese baldon no me dijeras
> Tan cortés me mostraba,
> Pensando que con esto te obligaba...

Y tragando su llanto, secándolo al fuego de su ira, da lugar al escándalo que sigue, de un brio, de un arranque, de un efecto fuertísimo en la escena, y que colma la medida de las locas acciones de Segismundo.

Terminó la realidad soñada. El palacio, las músicas, las bellas mujeres, los servidores sumisos, el poder, el deleite, todo huye y se desvanece en los aires. Cae de nuevo el príncipe en brazos del sueño, y vuelve á la oscura prision y á la odiada cadena, que cuanto le ha pasado:

> Como fué bien del mundo fué soñado.

XI

La vida es sueño tiene pasmosa realidad como ninguna otra obra de las apellidadas filosóficas, que por punto general necesitan, para producir el deseado efecto, de velos y sombras, de nieblas y celajes, interpuestos entre la creacion y el espectador, á la manera que la luz en demasía viva se templa con cuerpos opacos, si bien á las veces esas precauciones del poeta muestran que marcha indeciso y teme presentar su pensamiento al desnudo poco confiado quizá en el éxito.

Calderon no vacila un momento. Inunda la escena de radiaciones y fulgores, presenta de cuerpo entero á su protagonista, lo lanza en la pasion y en el drama con sublime desenfado. No busqueis en su creacion la fantasmagoría, ni los símbolos, ni las alusiones de misterioso sentido. Todo en él es franco y audaz. ¿Qué quiere demostrar? ¿Que la vida es sueño? Pues hace que el protagonista palpe las realidades de la vida y las crea soñadas, no por medio de la varita de un encantador, ni por conjuro nigromántico, sino en virtud de intriga dramática, en cuyo secreto está el espectador.

Por eso mismo Segismundo no tiene que esforzarse en demostrar la certidumbre que le domina de que ha sido soñada su efímera libertad. Durmióse prisionero, despertó príncipe, volvió al sueño y de nuevo despertó entre cadenas. ¿Puede dudar ni un momento que ha soñado? La tarde en que Rosaura llegó al albergue de Segismundo, fué para éste tempestuosa, y como nunca agitada en su vida. Acababa de invocar con vehemencia á la naturaleza entera, pidiéndola cuenta de su esclavitud excepcional, en medio de la libertad de todos los séres. Interrumpido por Rosaura en su áspera y tristísima meditacion, habia experimentado en el alma la vaga é inquietante florescencia del primer amor. Despues, contrariado por Clotaldo, hostigado como una fiera hasta el fondo de su cubil, el pobre mónstruo se habia arrojado sobre durísimo lecho, en brazos de la desesperacion; y aún más excitado por las imágenes de grandeza y de poderío que Clotaldo suscita en él, entregóse al sueño reparador de las

fuerzas físicas y morales, aquel dia agotadas. Ved los elementos del sueño de Segismundo; hay en ellos bastantes sobrexcitaciones que determinen despues el error del prisionero.

¿Qué tiene, pues, de extraño que al despertar en la suntuosa córte de su padre se crea todavía en los brazos del sueño? Y si despues persiste en su error, nadie osará tacharle de crédulo en demasía. Ignora que es príncipe en Polonia, no conoce á su padre, la trasformacion de Rosaura le confunde, aquel palacio suntuoso le ha fascinado, el contraste que resulta para él entre su vida de prisionero y su existencia de príncipe, la pasmosa realidad que revisten á veces los sueños, hasta el punto de que ya despiertos creemos que aún no han terminado, y nos cuesta un esfuerzo la vuelta á la realidad, todo se conjura para que, no Segismundo, que al cabo no tiene experiencia de la vida, ni clara nocion del mundo, sino el hombre más experimentado, ménos impresionable y cándido, incurra en el mismo error: con tanta habilidad ha preparado el poeta ese efecto escénico y moral. No hay nada violento, nada que se salga de los límites de la escena y que invada la esfera del poema épico, en la ficcion que hace de la vida real de Segismundo un ensueño.

Por otra parte, ya hemos dicho que los acontecimientos que preceden al sueño real de Segismundo, son como esbozos del sueño ficticio que le espera. Clotaldo mismo ¿no levanta su ánimo á la empresa haciéndole contemplar el impetuoso vuelo del águila? Así se comprende, que vuelto de nuevo á sus cadenas, aún continúe el ensueño; así reconoce que ha soñado cuando con sublime melancolía exclama:

¡Sí, de dispertar es hora!

XII

Ya otra vez, en el solitario monte en que Segismundo arrastra sus cadenas, en sueños amenaza todavía á Clotaldo y á su padre. Este escucha aquella amenaza, palpitante el corazon y lleno de inquietud. El amor paternal, no la curiosidad, como dice, le ha llevado allí á presenciar la cruelísima escena del despertar de su hijo. Pocas palabras pronuncia, pero hiere con ellas las más delicadas fibras del sentimiento, y cuando no pudiendo resistir las desgarradoras frases del príncipe, se retira silencioso, ya hemos dicho que llega el rey Basilio á la sublimidad trágica.

De nuevo narcotizado y cubierto de rústicas pieles, con la cadena al pié, despierta Segismundo en medio de la salvaje montaña donde ha vivido su primera juventud.

Al verse de nuevo encadenado, el pasado placer es un sueño, sin realidad en el presente. Ni el suntuoso palacio, ni el lecho de flores donde se le prodigaron los obsequios debidos á la majestad y al poder, ni las armoniosas orquestas que saludaron su aparicion en la córte, ni sus venganzas en enemigos y contradictores, nada tiene realidad á sus ojos; todo es un sueño, todo ménos la imágen divina de aquella mujer del primer amor, de Rosaura, que protesta contra las sombras del sueño, que se destaca llena de vida y de realidad sobre fondo de quimeras y de delirios.

Y en aquel momento, ¡qué frase arranca á Segismundo el ternísimo recuerdo!

Sólo á una mujer amaba...
Que fué verdad creo yo,
En que todo se acabó,
Y esto sólo no se acaba.

Sí, todo en la vida pasa; placeres, juventud, poder, grandezas, triunfos y aplausos; todo pasa con vertiginosa rapidez. Tan sólo quedan de aquella balumba de sucesos que se alejan, tal cual amigo querido, tal cual mujer adorada, éste ó aquel corazon simpático y fiel, porque en las pasiones humanas sólo el amor da largo tiempo calor de vida y permanencia al recuerdo. En la humareda del incendio, en la tumultuosa nube que se levanta sobre edificio consumido por las llamas, todo es bruma, vapor, ceniza, vanidad disipada en el ambiente y entregada á los caprichos del viento, sin perjuicio que allí donde prendió la llama brille inextinguible el fuego; así en la vida todo lo que flota en torno del hombre, todo lo que no tiene en él mismo su raíz, se desvanece sin dejar huella de su paso; sólo en lo que el corazon se interesa, sólo en el amor, las llamas centellean largo tiempo ántes de apagarse.

Todo ha pasado para Segismundo.

El palacio de sus ensueños se desvaneció; aquel artificio de fuego de una noche se disipó relampagueando y tronante, y entre todas las apariciones de aquel ensueño, sólo una, la que hirió su alma, sigue á su lado, hace palpitar su corazon y le arranca el grito de pasion más grande que ha lanzado hombre alguno torturado por la dicha perdida y el amor imposible.

Mas algo queda á Segismundo. En su noche apunta indecisa y misteriosa la aurora del inmenso sol que en la conciencia se levanta y que debe iluminar el resto de su vida: la virtud. Todo es un sueño, sí, los honores reales y la cadena de un prisionero: sólo la virtud tiene realidad para el príncipe. Quiere hacer el bien hasta en sueños. De sus luchas con el mundo no ha sacado sino contradicciones, amarguras y dolor. Reprimir las pasiones: hé ahí la sabiduría. Segismundo se transfigura. El llanto al pasar por su alma la limpia de las manchas originales, que el dolor purifica como el fuego y como el agua. Miéntras fué dichoso, príncipe y omnipotente, pudo abusar de los dones de la naturaleza y del nacimiento; infeliz prisionero, vuelve sobre sí mismo y halla que sólo en la calma de los sentidos, en el freno puesto al apetito, está la dicha de la existencia. Resignacion para sufrir el dolor, moderacion para usar del placer. Segismundo se penetra de esta gran verdad. El desengaño, que á tantos hombres pervierte y desalienta, le infunde nuevas fuerzas y más justas miras. En adelante el poema será la rehabilitacion del héroe. Luchas sublimes estallarán en su conciencia, entre el instinto, pronto á desbordarse, y los deberes austeros del sér racional; pero el hombre vencerá á la bestia, y paso á paso, el sér material, esclavo de sus pasiones, irá espiritualizándose, hasta llegar á la perfeccion. El poema se remonta: parte de la materia, y pasando por la pasion llega al espíritu. Segismundo, despues de haber sido un sér sensitivo, pasa á ser un ente racional. ¿Por qué caminos? Por los del sufrimiento y la experiencia. No es tan dramático el Segismundo de la tercera jornada como el de la segunda, porque la lucha no se exterioriza, sino que tiene

lugar en los espacios invisibles de la conciencia; pero en cambio, si no deleita los ojos ni despierta las sensaciones, hace pensar hondamente al espectador, con el análisis que el héroe aplica á su pensamiento y á sus más íntimos impulsos.

XIII

La revolucion estalla en Polonia. Pueblo y córte luchan. Vacila el viejo palacio del rey, combatido por las olas populares. Corre ya la sangre; se batalla en la ciudad, en el campo, en la montaña. El pueblo reclama como rey á Segismundo, y va á buscarle á la soledad en que está encadenado; un ejército de bandidos y plebeyos le aclama, la libertad le espera, el poder se le ofrece de nuevo. Puede romper otra vez sus cadenas.

Segismundo duda. ¿Será tambien aquello un sueño? Pero al cabo triunfa el deseo, y arrollando la duda acepta de buen grado el sueño. Pero ¡con qué restricciones! Áun en sueños ha de obrar bien.

Rugen en su seno las pasiones. En voz alta amenaza á su padre, pero interiormente la razon le contradice poniendo vallas á su cólera. De buen grado daria muerte á Clotaldo, y le perdona, no obstante que la entereza del viejo arrostra altiva su furor. Al frente de inmenso ejército pudiera arrollarlo todo, pero de nuevo la experiencia sujeta la rienda á la ambicion.

Es más, llega Rosaura, la mujer querida, pidiéndole proteccion contra su propio enemigo. Allí está, deslumbrante de belleza, altiva y al par humilde, llenos de lágrimas los hermosos ojos, suplicante y rendida. Allí está oponiendo la débil resistencia de espada en mano femenina; puede obligarla tomando su defensa y aceptando su amparo. ¿Quién osará oponérsele en medio del fragor de una discordia civil, entre el desenfreno de la soldadesca, dispuesta á aplaudirle hasta el crímen, al frente de inmenso ejército, si ya ántes, en la córte, en el palacio de su padre, estuvo á punto de vencer la resistencia de Rosaura? Y luégo su aparicion le revela que no fué soñada la dicha y el poder disfrutado. No, no es sueño; él ha sido príncipe, ha sido señor casi de las gracias de la mujer adorada; afuera la duda, léjos de él la incertidumbre. No ha soñado, no ha soñado; está de nuevo despierto, puede usar y abusar de la realidad. Pero ¿y si en aquel momento está soñando? Y Segismundo torna á caer en el vago abismo de la inmensa duda.

Y en vano intenta saltar al otro lado de la vertiginosa pendiente. Desafía al sueño; si lo es, *¡soñemos dichas ahora!* exclama; mas de nuevo retrocede, de nuevo la austera voz del deber se sobrepone á la pasion. La conciencia le grita, la razon le cierra el paso, ambas inflexibles, serenas, olímpicas, mostrándole los eternos cielos con el dedo, apoyándole en su inminente caida, diciéndole al oido esas cosas severas y amargas que dicen siempre al crímen y al vicio, y el alma de Segismundo dobla al fin la rodilla ante la razon y la conciencia, y marcha, sin mirar á Rosaura, á batallar rudamente, buscando en el estruendo de las armas, en la fatiga del combate, calma á los sentidos y cilicio á la liviandad.

Pero aún le restan terribles pruebas. Vencerá en todas puesto que á sí propio se vence. Verá á sus piés, de rodillas, al rey, su padre, á quien combate como enemigo, realizándose así á un tiempo su victoria y su venganza. Y no sólo levantará del suelo al venerable anciano, sino que le pedirá el perdon de sus demasías. Dará la mano de Rosaura al príncipe Astolfo, que le disputaba el trono, y que al dejárselo le arrebata algo más, el amor, y encarnizada su virtud hasta los límites de la crueldad, encerrará en su prision á aquel que por librarlo de ella alzó contra el usurpador el pendon de las rebeliones.

Todo se consumó. Era violento, vedle dulce y blando; era rebelde, vedle humilde; era insaciable en sus apetitos, vedle sóbrio y casto. Ha domado sus pasiones, se ha vencido en titánica lucha; su maestro ha sido un sueño. Es más, no se cree por eso despierto, ni en posesion de la realidad. Aún duda, aún contempla la vida con secreto terror. Sólo en la virtud fia para desvanecer los fantasmas del ensueño y hacerlo agradable. Teme el despertar eterno. Se propone, como leyes de su vida, la dulzura, la justicia, la mansedumbre, porque ya sabe que

La fortuna no se vence
Con injusticia y venganza.

La figura de Segismundo se va elevando en todo el poema. Fiera en la primer jornada, salvaje en la segunda, en la tercera se hace hombre y toma su cruz, y sube al Calvario, y se crucifica voluntariamente; clava en la cruz á sus apetitos, á sus pasiones, á su amor, á sus ódios, les da á beber la hiel y el vinagre, y ya allí, cerca de las nubes, va tomando proporciones colosales; no es ya el héroe del poema, es el Hombre, es el género humano. Muestra á la inmensidad, que le recibe llena de júbilo y de calma, las taladradas manos, el costado herido, la frente sangrienta, y le grita con voz que retumba en el infinito y asombra á todas las literaturas: *¿Estás satisfecha?...* Y su cabellera de oro flota en los cielos, en las radiaciones de los astros, crin de fiera trasformada en nebulosa, bruto hecho estrella, Táuro convertido en constelacion.

XIV

Tal es el inmenso poema. Hemos procurado exponer sus bellezas y sus puntos culminantes. Fáltanos la tarea más grave, la de penetrar su sentido, si es esto posible. En las anteriores páginas contemplamos objetivamente el poema: en las que siguen lo examinaremos subjetivamente. Antes como espectadores; ahora como críticos.

Por lo pronto sacamos de este estudio el convencimiento de que no hay en literatura alguna poema de importancia superior á *La vida es sueño*. Hay quizá mayores bellezas en las obras de carácter filosófico que nos han legado los antiguos y en algunas de los modernos tiempos; pero si nos dejan asombrados, no nos dejan satisfechos. Sólo en el inmortal poema de Calderon gústase la plenitud y el reposo perfectos de que disfrutan el matemático que ha resuelto su problema, el navegante que ha descubierto su

América. Se puede descansar despues de una lectura meditada de la obra de Calderon. No es posible el reposo en pos de la *Divina Comedia* ó de *Fausto*.

Las bellezas de la creacion calderoniana son, por otra parte, de un órden superior. Pertenecen por entero al estilo del poeta, no parecido á ningun otro, y que conserva en la historia de las letras poderosísima y original personalidad. Y cuenta que el estilo es el escritor, más aún que el hombre, como se ha dicho. El estilo es la individualidad del poeta. Sin él podrán admirarse la profundidad del pensar, la limpieza del decir, pero el arte nada tendrá que hacer, ni que estudiar en el escritor.

El verso calderoniano es instrumento de arte de maravillosos efectos. Unas veces suavísimo, como melodía italiana, cae en cláusulas de cristal á manera de perlas sobre timbales de plata; otras, duro, desabrido, nervioso, se enreda en períodos de complexion gramatical á que la mejor prosa no llega, como enroscándose en torno de un pensamiento hasta aprisionarlo todo, y entónces compararíamos el estilo calderoniano á esa profunda y trabajada música del otro lado del Rhin, donde los cielos negros y los relámpagos deslumbradores se suceden, dejándonos unas veces en tinieblas, otras inundados de luz.

Calderon juega con el pensamiento de una manera inimitable. A veces lo presenta con lisura y trasparencia, con aquella fuerza de líneas y redondez de formas, que recuerdan las estátuas griegas. Pero las más de las veces complácese en formar nudos de conceptos, en los cuales el ovillo del pensamiento se enmaraña, en que se cruzan las palabras, se encabritan las frases, cabalgan los versos, chocan las ideas, se atropellan y enzarzan los hemistiquios, se cortan el paso los consonantes, balumba de la que surge el asombro: así de la confusa madeja de tinieblas y luz del crepúsculo sale triunfante el sol. Estos juegos son familiares á Calderon. Su musa desdeña los caminos llanos y conocidos y se va por los vericuetos, desgarrándose el manto en las zarzas, desgreñándose la cabellera en las ramas, sublime como diosa, descompuesta como Furia.

Tiene mucho que estudiar el estilo de Calderon, porque es profundo como el mar, misterioso como la selva. Los alemanes se han enamorado de ese estilo, creyéndose dentro de él en su pátria, donde el pensamiento es hondo y el cielo brumoso, no obstante que en Calderon todo es luz y color.

El sol, que es el supremo resplandor en los cielos, y la mujer, que es la suprema belleza en la tierra, ocupan incesantemente al poeta. Sus ojos parecen deslumbrados por esas dos grandes apariciones, y de contínuo van de una á otra. En *La vida es sueño*, ellas ofrecen al poeta sus más brillantes frases:

Pues que salís como el sol
De los senos de los montes!...
¿Qué dejais hacer al sol
Si os levantais con el dia?

¡Mujer, que aqueste nombre
Es el mejor requiebro para el hombre!...

Calderon usa de pocos colores, pero ¡con qué fuerza! De la naturaleza sólo conoce los grandes fenómenos y las grandes masas, los astros, el cielo, el águila, el mar, la

tempestad, el rayo. Pasa indiferente al lado de las florecillas que esmaltan los campos y que encantan á Garcilaso; no se detiene en éxtasis al soplo del aura estremecedora que penetra de fria opacidad las sombras del bosque en los estivos meses, y que deleita á Fray Luis de Leon y extasía á Virgilio. Como los profetas hebreos, como Homero, varía poco sus imágenes, pero con ser siempre las mismas, siempre parecen nuevas. Siempre es el sol que resplandece, el águila que vuela impetuosa, la rosa radiante, el manchado bruto, el astro que centellea; pero segun coloca esas imágenes presentan distinto aspecto y nueva vida. Y es que los grandes poetas gustan de las grandes imágenes. Tienen en la retina poderoso telescopio que no les consiente distinguir la oruga que se arrastra á sus piés, el insecto que cruza la atmósfera. Su ingénio consiste en que con tan escasos colores en la paleta, con tan pocos recursos poéticos, diversifiquen tanto sus inspiraciones sin producir la monotonía. Sí, Calderon es un poeta colorista. Sus frases tienen el brillo de la acuarela y los tonos un tanto extraños, cuando no chocantes, de esos bellos triunfos del color que han inmortalizado á nuestro Fortuny.

Pero sobre todo, Calderon es un poeta pensador. No hay lógica como la suya. Nadie como él ajusta la argumentacion rigurosa de un ergotista á las armonías del verso y á las fantasías del poeta. Sus personajes piensan con vigor dialéctico que asombra. El silogismo se implanta en su brillante poesía con la exactitud matemática del marco que cierra el cuadro, del sencillo y severo pedestal que sostiene arrebatadora é inspirada estátua. El pensamiento de Calderon es frio, correcto, rectilíneo, como las rayas del pentágrama musical, sobre las cuales la inspiracion derrama á manos llenas lluvia de notas maravillosas, sinfonías sublimes. Compararíamos su génio á esas catedrales bizantinas en su principio y terminadas por el estilo gótico, si no admiráramos la unidad rigurosa á que se somete el poeta. Aquellos monumentos muestran al par del arco romano la ojiva germánica, al par de las líneas rectas la crestería de las agujas cargadas de follaje, el frontis cuajado de santos, de ángeles y de demonios; así Calderon piensa con la severidad del filósofo, habla con el lenguaje del poeta, como si hubiera en su cerebro dos génios creadores, el uno de la verdad, el otro de la belleza en el arte.

XV

Es prurito de la crítica buscar no tan sólo los consiguientes sino tambien los antecedentes de toda la obra literaria. Constitúyese en genealogista indagadora y escrupulosa, que sacude una por una las ramas del árbol genealógico de la creacion artística, frecuentemente con el propósito de privar al ingénio original del fruto de sus trabajos, descubriendo allá en remotos siglos la semilla de donde han brotado; si bien otras veces, deseosa de hallar la filiacion de las ideas de un sábio ó de los poemas de un vate, en los pasados tiempos, para así aquilatar con la antigüedad y la universalidad del abolengo, la pureza y la trascendencia del vástago. Escusado parece que afirmemos, dado el supersticioso respeto que Calderon nos inspira, que al registrar el

pasado literario de su obra obedecemos al segundo y no al primero de aquellos propósitos.

A mayor abundamiento, esta parte de nuestro trabajo pudiera suprimirse, sin que el conjunto padeciese por omision, pues estudiados los antecedentes literarios de *La vida es sueño,* resulta la evidencia de que Calderon no tuvo á la vista ni en la mente ningun poema anterior. Copió del natural, y de la copia resulta el Hombre entero, ó lo que es lo mismo, la Humanidad.

Es claro que no nos referimos á la fábula que sirve de base á la accion dramática de *La vida es sueño*, y que algun crítico ha hallado en Boccaccio ó en *Las mil y una noches*. Nos referimos al orígen, más que literario, filosófico é histórico de *La vida es sueño*, á su parentesco con otros poemas.

Pero no nos cansaremos en repetir que si alguna relacion resulta, no hay que atribuirla al poeta, sino á ese misterioso agente, á ese polo magnético de cada siglo, que atrae con incontrastable fuerza y desde distintos extremos del horizonte á todos los pensadores. Hay puntos de cita para los espíritus cultivados en una misma época y en un mismo país. La civilizacion coincide en ciertos hechos. Hay momentos en que toda la humanidad se pone á contemplar el Océano, y sucesivamente descubre el Africa meridional, la América, el Pacífico, la Australia. En otros momentos vuelve los ojos al cielo y surge el lúgubre Saturno con su anillo, los asteroides, las manchas del sol y la gravitacion del universo. En nuestro siglo, ¿no hemos visto aparecer al propio tiempo las múltiples aplicaciones de la electricidad y del vapor? ¿No hemos presenciado, aislados y no obstante universales, el movimiento romántico en las letras y el movimiento revolucionario en la política?

Así no debe causarnos extrañeza que Calderon plantee el problema de la vida y suscite la duda de la propia existencia, en el siglo en que poetas y filósofos se veian solicitados por el mismo pensamiento. Sin imitar á nadie, aborda el mismo asunto, pero con una diferencia: tiene conocimiento de lo que hace, hay premeditacion en lo que escribe. No creemos ofender á los inmortales génios Esquilo, Lucrecio, Dante, Shakespeare, Cervantes, si aseguramos que poco ó nada pensaron en la importancia trascendental y filosófica de sus obras, si afirmamos que jamás se propusieron los maravillosos resultados que despues ha descubierto en ellas la crítica elevada y madura de nuestro siglo. Pues bien, en Calderon hay el propósito deliberado, no sólo de plantear sino tambien de resolver, y esto lo demostraremos más adelante, un inmenso problema; el de la vida humana.

Posible es, no obstante, que no viese todos los remates del edificio que construia, ni penetrase todos los detalles de la creacion que lanzaba en los espacios del arte, porque el génio procede por intuiciones y por instinto, más que por reflexion; pero es lo cierto que ya notamos en el poema calderoniano la superioridad indicada: la de la premeditacion, lo cual acerca á Calderon á nuestro siglo de una manera extraordinaria, pues raro es el poeta moderno que no se prometa en sus obras, cumpla ó no su propósito, un fin superior al de servir de deleite ó de distraccion á los lectores, con lo que se conformaban nuestros antepasados. Homero cantaba para distraer al pueblo griego. Shakespeare se proponia provocar el terror del populacho de Lóndres. Cer-

vantes mismo se contentaba con excitar la risa de su siglo. Sí, lo repetimos, Calderon es un génio á la manera de los modernos. No procede tan sólo por adivinacion; junta á esta elevada facultad la cantidad de meditacion compatible con las inspiraciones del poeta.

No pretendemos por eso convertir á Calderon en pensador profundo, que desde el fondo de su estudio mide la órbita de los planetas que apuntan y llegan á su ocaso en la conciencia humana. Calderon, sin duda alguna, no sabia de la ciencia de su tiempo sino lo suficiente para el adorno é ilustracion de sus obras. No era ni filósofo, ni teólogo, ni artista. Era algo ménos y mucho más. Era un génio.

Ser un génio es la ignorancia suprema, que si la ciencia es fuente de grandes progresos, sólo la ignorancia es madre de intuiciones maravillosas. Ser un génio es ser una cima, es ser una altura. Desde ella se asiste á espectáculos en los valles invisibles. Y hay cierta impasibilidad, cierta inercia en la mision del génio. La cima refleja ántes que el valle la luz del sol naciente, pero ¿sabe que la refleja? Así el génio ignora á dónde marcha cuando dirige el paso hácia oscuras y nunca vistas regiones. Cuentan los viajeros que los cartagineses dejaron en las islas Azores un caballo de bronce cuyo ginete señalaba hácia el Occidente un punto misterioso. ¿Qué punto era este? ¿La América, entónces desconocida? ¡Quién sabe! De la misma suerte, cuando el génio tiende la mano hácia lejanos confines, en vano se le preguntará que América anuncia á la humanidad. Él mismo no lo sabe. Está en punto á claravidencia de su destino á la altura del caballo de bronce de las Azores. Su mano designa algo oscuro y misterioso que él mismo ignora, pero ¿sabe acaso el iman á qué punto del firmamento señala cuando se vuelve al polo?

Y esa ignorancia del efecto futuro de sus obras resultaría para el génio creador la más grande de las sorpresas, porque miéntras más alto vuela, su candidez es mayor. Cuando Galileo se vió obligado á retractarse de la verdad científica, cuando Colon halló al paso de sus carabelas, ántes que la onda espumosa el argumento teológico, debieron sentir la estupefaccion de lo desconocido. Newton ignoraba que con su descubrimiento echaba la honda base de toda la ciencia futura.

Calderon era un génio de su siglo y de todos los siglos, pero iluminado ya por el alba de tiempos en que la humanidad tiene conciencia de sí misma. No habia medido exactamente el alcance de su obra, pero sabia que llegaría léjos. Creyó, sin duda, haber tocado los problemas más graves del mundo moral, cuando surgió de su cerebro la prodigiosa creacion; pero no estaba ni con mucho satisfecho de su obra. Tan es así, que en los últimos años de su vida, vuelve sobre ella y quiere en cierto modo completarla con el Auto sacramental. Parecíale que la posteridad sin el Auto no comprendería la comedia.

No tenemos, pues, la pretension orgullosa de revelar el génio de Calderon, que por sí mismo, y sin los andadores de la crítica, se revela y deslumbra. Cuanto digamos de su trabajo, cuantos puntos de vista descubramos en él, no debieron pasar desapercibidos para el poeta. En el caos de su creacion, en los limbos de su pensamiento se dibujaban ya, con mayor ó menor claridad, todas las ideas que hallamos en el admirable poema. No pecaremos de atrevidos al afirmar que Calderon tuvo idea, si no

exacta, aproximada, de los inmensos vuelos del pensamiento contenido en *La vida es sueño*.

XVI

Se ha comparado á Segismundo con Hamlet. En nada se parecen, y sin embargo, son hermanos gemelos. Pertenecen ámbos á la raza pensadora que vuelve sobre sí misma, que analiza su pensamiento y hace autopsia de sus impresiones. Pero en Segismundo el pensamiento está dominado por la accion. Hamlet, por el contrario, siéntese preso en las redes del pensamiento. Segismundo es un hombre. Hamlet un espectro.

La crítica ha hecho la observacion de que á Segismundo le preocupa profundamente el problema de la vida. ¿Es un sueño? ¿Es una realidad? Por el contrario, Hamlet se consagra á la solucion del problema de la muerte. ¿Qué hay más allá de la tumba? ¿Morir es dormir? Y si es dormir, ¿cuáles son los ensueños de ese sueño?

En virtud de esta observacion, más que semejanzas notamos disparidad entre Segismundo y Hamlet. Ambos se preocupan en una tésis filosófica, que es en el fondo la preocupacion de todo hombre que piensa; pero el uno, el más positivo, como nacido en la mente de poeta meridional, plantea el problema más útil é interesante, el de la vida. Por el contrario, Shakspeare, poeta de una raza melancólica, persigue la solucion del misterio de ultratumba.

¡Ni qué vale al lado de la duda de Segismundo la de Hamlet! Este vacila ante lo desconocido; aquel, ante lo que la humanidad considera real y positivo, excepcion hecha de algunos pensadores. Hamlet siembra su pensamiento en los estériles páramos de la nada y de la muerte; siniestras y envenenadas flores producirá su duda al género humano. El suicidio, la locura, el escepticismo, la desesperacion; hé ahí los males que inocula el poeta inglés en la literatura moderna. Werther, René, Rolla, Fausto, Manfredo; hé ahí la triste y melancólica descendencia de Hamlet, série de espectros devorados por la nostalgia de la muerte. Segismundo, al contrario, hace brotar gérmenes de vida y de esperanza infinita. La justicia, la bondad, la mansedumbre, la paz entre los hombres, la sobriedad en el placer, la resignacion en el dolor, eso enseña Segismundo á la especie humana. Si no ha tenido descendencia literaria, atribúyase su esterilidad á que en la triste vida terrenal sólo son fecundos los frutos del mal y de la muerte. Aun así, el triunfo definitivo es siempre de la bondad, de la verdad y de la belleza.

Tanto hay de una figura á otra, en fuerza, en color, en claridad y hermosura, cuanto va del ardiente sol de España al de los brumosos cielos que cubren el Támesis. Quizá en la nebulosa vaguedad que circunda á Hamlet consista su mayor belleza; pero preferimos la magnífica y poderosa luz que baña al gran Segismundo. Entre la melancólica Niobe cubierta con un velo por la deficiencia del creador y el Apolo de Belvedere, que se baña altivo en la profusa luz del cielo griego; entre el Dios del Sinaí, que ruge y relampaguea invisible é inaccesible detrás de oscura nube, y el Dios del

Gólgotha que muere como el último de los hombres, ¿qué artista, qué creyente dilataría la eleccion? Sí, de todas las figuras simbólicas creadas por todas las literaturas, ninguna tan bella, ninguna tan definida, ninguna tan humana como la de nuestro Segismundo. Fáltale quizá el carácter de universalidad que otras figuras han logrado, pero esta es la obra lenta de los siglos. Segismundo pertenece á la raza de los inmortales, é inmortal surgirá sobre la ruina de las sociedades modernas.

Tampoco hallamos acertado que se compare á Segismundo con Fausto. El poeta aleman ocúpase en el problema de la inmortalidad del hombre: Espronceda ha tenido el mismo pensamiento; Byron, en *Manfredo*, ha creado tambien algo semejante; pero no hallamos vestigios en esos poemas de que hayan nacido al calor de la obra de Calderon, ni que la tengan presente en manera alguna. En estos momentos se trata de comparar y áun de establecer lazos de parentesco entre *Fausto* y *El mágico prodigioso*. No vemos el punto de contacto, si no es en el orígen legendario. De sábios que venden su alma al diablo está llena la Edad Media, como los tiempos modernos de discretos que se venden á la política; pero nos parece forzado suponer que Goethe buscase en Calderon la fuente de su poema, cuando la tenia más próxima en el *Fausto* de Marlow y en la leyenda germánica. Convengamos en que Calderon es inimitable. Obra en la que nuestro poeta haya puesto mano, es obra inabordable para otro poeta, por grande que sea. Los génios, como las cimas, se contemplan á lo léjos, y quizá se admiran, quizá se arrojan su sombra, y de aquí Esquilo en la sombra que proyecta Homero, pero jamás se imitan. Calderon y Goethe no se comunican, entre otras razones, por antipatía: la efusion lírica del poeta español se helaría en el pensamiento profundo del poeta aleman. Sería como fuego arrojado en el fondo de un pozo de nieve. En Goethe todo es armonía, correccion, belleza constante; trabaja sus poemas como el escultor su estátua. Calderon es la tempestad y el caos de donde surgen las creaciones.

Si en alguna produccion extraña buscó el poeta la idea inicial de *La vida es sueño*, cosa que en absoluto no creemos, pero que pudiera aventurarse de cierto modo relativo, y atendiendo á la oculta afinidad que suele establecerse entre las obras maestras de un mismo siglo, entre dos poetas contemporáneos, á la manera que dos cuerdas puestas en la misma onda sonora se trasmiten las vibraciones que á una de ellas agita, si nuestro poeta tuvo presente la obra de otro poeta, sólo en la de Cervantes debemos fijarnos, en *Don Quijote de la Mancha*.

Calderon en Segismundo crea, en efecto, una especie de Don Quijote épico. Hay en el tipo algo que se parece al héroe manchego. Su deseo de grandes empresas, sus locuras á vueltas de razones maduras y discretísimas, todo revela que Calderon tuvo presente la grande obra de Cervantes. Aún más; Clotaldo, hablando de Segismundo (jornada segunda, escena primera), emplea una frase que recuerda el *Quijote*:

En tocando esta materia
De la majestad, discurre
Con ambicion y soberbia.

Así hace pensar Cervantes á su creacion en tocando la materia de libros de caballería. Segismundo se enfurece y exalta en su prision, ni más ni ménos que en la sole-

dad de su aposento el hidalgo manchego, cuando prueba el temple de las armas por él fabricadas:

Viéndole ya enfurecido
Con esto, que ha sido el tema
De su dolor...

Que los doctos y curiosos ahonden esta mina literaria, que aquí de pasada señalamos á su atencion, por si en ella encuentran una série de hechos que demuestren la fraternidad que existe entre el génio de Calderon y el génio de Cervantes, confraternidad que tiene el carácter de paternidad, pues Cervantes precedió á Calderon en su siglo. Al morir Cervantes contaba Calderon diez y seis años. La admiracion deslumbró en su aurora al jóven poeta, y durante toda su larga vida conservó en la retina la imágen de aquel soberbio sol poniente que habia presidido á la fecundacion y florecimiento de su juventud literaria. No es extraño que la obra del manco de Lepanto fuese lectura favorita del héroe de Constanti, ni que todas las creaciones del númen calderoniano tengan el carácter exaltado, soñador, vehemente y sobrenatural del personaje de Cervantes. El Petrarca, Lope de Almeida, el Alcalde de Zalamea, Eusebio, Justina, son figuras que encuadran tanto en la escena como en el poema. La locura caballeresca de Don Quijote parece que ha contagiado á esos personajes de la dramática calderoniana, segun lo que exageran y abultan, unos sus celos, otros su fervor religioso, otros su indomable y pundonorosa energía. Verdad es que esta circuntancia parece característica de toda la literatura nacional, desde *El Romancero del Cid* hasta *El convidado de piedra*. Por todas partes se ven los Quijotes sublimes de la guerra, del amor, del honor, de la virtud, de la soberbia, de la religion y del deber. Y es que el *Quijote* contiene en admirable síntesis toda la literatura española, como *La Iliada* contiene toda la literatura griega; es que, ¡cosa admirable! Don Quijote es además de una síntesis literaria una síntesis del carácter nacional con sus desvaríos quijotescos y su buen sentido *sanchesco*, permítasenos la palabra, doble y magnífica expresion de estos locos anhelos que nos llevan á la conquista del mundo, á los espantos de la intolerancia, á los heroismos patrióticos y á estas groseras concupiscencias que nos hacen ser, en momentos dados, pueblo de pan y toros. Y como de este carácter, bien definido en nosotros, participan en más ó en ménos todos los pueblos, no es extraño que Don Quijote y Sancho, y hasta sus ruines cabalgaduras, hayan adquirido carta de ciudadanía por toda la tierra. Y tampoco es extraño que Calderon, desde bien jóven, reflejase quizá sin pensarlo la idea madre que irradia en el *Quijote*.

De todas suertes, resulta que *La vida es sueño* es una obra excepcional por sus antecedentes, por sus consiguientes solitaria. No ha dado la vuelta al mundo como Don Juan, como el Cid, como Fausto.

Varios poetas, en diversas lenguas, han reproducido en distinta forma las ideas humanitarias, encarnadas en esos tipos de eterna belleza. Sólo Segismundo permanece aparte, inabordable, inaccesible, especie de Himmalaya literario cuya cumbre nunca pisó otra planta que la de su sublime creador.

Segismundo no ha dejado descendencia literaria. Sus abuelos en las modernas letras no existen. Pero vamos á aventurar con timidez una idea. Quizá Segismundo

tiene tan sólo un antepasado colosal, para el desconocido, en la antigua literatura, tendido sobre el Cáucaso, ligado por broncínea cadena, con el águila feroz sobre el corazon, las Oceanidas llorosas á sus piés, entre el rayo que surca la nube y el terremoto que agita la montaña: ese vago antepasado se llama Prometeo.

XVII

El teatro griego empieza en Esquilo. El teatro español termina en Calderon. El crepúsculo del alba y el de la tarde en la naturaleza y en el arte revisten casi los mismos caractéres. Empezar y acabar, cuna y sepulcro, parécense extraordinariamente. Esquilo anuncia en sus tragedias las obras de sus sucesores; Calderon resume magníficamente en sus comedias las creaciones que le precedieron. En Esquilo está la fuente de todos los rios de las letras griegas; Calderon es el Océano que recibe en su seno las aguas de todas las Hipocrenes españolas. Esquilo suministra á Sófocles, á Eurípides, los tipos de la tragedia. Calderon condensa y sintetiza las comedias de Lope, de Alarcon, de Rojas, de Tirso y de Moreto. Esquilo es un prólogo, Calderon un epílogo. Diríase que la raíz del teatro griego es Esquilo, que la flor del teatro español es Calderon. Todo está contenido, como en la semilla, en Esquilo; todo está contenido, como en el fruto, en Calderon. En Esquilo se escucha el balbuceo del arte; en Calderon se oye el estertor. Es el primero niño que deletrea misterioso alfabeto; es el segundo viejo que cierra fatigado el libro del arte. Tienen ámbos puerilidades y chocheces de la edad. Repentinamente desfallecen, y es que el uno aún no tiene fuerzas, y es que el otro ya las ha perdido. Y sin embargo, despues de Esquilo no hay nada que pueda comparársele en el teatro griego; ántes de Calderon no hay quien le supere en el teatro español. Colocados en los estremos del arte, Esquilo, que es el principio, tiene el candor; Calderon, que es el fin, tiene la ciencia. Y al propio tiempo, como los estremos se tocan, Esquilo y Calderon son dos sublimes artistas.

Ya se ha hecho la observacion de la semejanza que existe en el estilo de los dos grandes poetas. El Océano de Esquilo llama á su cabalgadura *alado mónstruo que rige sin otro freno que su voluntad:* la Rosaura de Calderon, dice, *hipógrifo violento.* Para Esquilo, las olas rien; para Calderon, los montes bostezan. Para Esquilo, el rayo es el *rizo del fuego.* Para Calderon, los árboles movidos por el viento, cuerdas de una cítara. Ambos obligan á la naturaleza á contorsiones y actitudes inesperadas. Las montañas de Calderon arrugan el ceño; los volcanes de Esquilo tienen mandíbulas de fuego. Se han forjado estos dos poetas una naturaleza á su voluntad, que se acomoda á los caprichos de su fantasía, que adopta la forma que les conviene: ¡tan blanda es y maleable en manos de estos divinos forjadores de ideas!

Personalmente, Calderon reproduce á Esquilo al través de veinte siglos. Esquilo combate en Salamina, en Platea, en Maraton, donde derrama su sangre en defensa de la pátria, más afortunado que Calderon, quien es herido combatiendo en Cataluña por una mala causa; Esquilo es eupatrida, ejerce una especie de sacerdocio. Calderon termina su vida al pié de los altares. Esquilo es acusado de impiedad, y quizá por ello

desterrado. A Calderon se le impone silencio, sostiene ante el fanatismo su derecho al canto y á la inspiracion, su memoria es objeto de suspicacias, sus obras maestras son prohibidas. Esquilo, ya muerto, es amparado por los eupatridas, su nombre venerado, sus restos deificados, se le levantan templos y el sacerdocio pagano le considera como ornamento de la religion más aún que del arte. Tributa parecidos honores á Calderon la Congregacion de Sacerdotes madrileños, que vela por el reposo de su ilustre compañero, á quien sin duda estima más como ejemplar presbítero que como inspirado poeta. Esquilo canta la religion de sus conciudadanos, es un poeta hierático, misterioso, simbólico; sus tragedias son fiestas religiosas, sus personajes dioses; su accion sobrenatural. Calderon canta más el cielo que la tierra, es poeta sacerdotal; la mitad de sus obras, los Autos, es contínua exposicion de los dogmas católicos. Puede asegurarse que Esquilo es el poeta del Paganismo, y Calderon el poeta del Catolicismo. Ambos aceptan las maravillas de la religion sin vacilaciones. Esquilo expone las fábulas paganas, Calderon los milagros cristianos; en el poeta griego las Euménides se presentan aterradoras en la escena; en el poeta español el Demonio juega gran papel en sus creaciones. Esquilo es siempre, y ante todo, griego; Calderon español de pura raza. Así como los personajes extranjeros de Esquilo se expresan y conducen como helenos, los de Calderon visten, hablan, piensan y obran como españoles.

No obstante estas analogías, Calderon debia desconocer hasta la existencia de Esquilo. No vemos que en sus obras citase al poeta heleno, ni tampoco se sabe si poseia el griego lo suficiente para haber leido los códices de algunas tragedias de Esquilo que andaban entónces por España. En la Universidad de Salamanca, donde estudió nuestro poeta, existia uno de esos códices, al que bien pudiera haberse dirigido ansioso de conocer el teatro griego. Pero estas son suposiciones aventuradas que hasta ahora nada demuestran.

No obstante, áun cuando Calderon desconociese á Esquilo, conocia cuando ménos la fábula de Prometeo, que era vulgar en Europa, desde que el Renacimiento puso de moda los mitos y los símbolos del viejo paganismo. Calderon es quizá el poeta español que más profundo estudio hizo de las antigüedades y la mitología de los pueblos muertos. Sus obras están llenas de alusiones á los dioses, los héroes, las costumbres y la historia de griegos y romanos. No pocas de sus comedias versan sobre asunto clásico. En general, sus alusiones son rigurosamente exactas bajo el punto de vista histórico, áun cuando los caractéres, como hemos dicho, sean más bien españoles que griegos ó romanos.

Conocia, pues, Calderon la fábula de Prometeo. En varias de sus comedias la cita. Es más, Calderon ha escrito una zarzuela, titulada *La estátua de Prometeo*, que no llega á la cima del Cáucaso, deteniéndose en sus laderas, en la primera parte de la trilogia de Esquilo, *Prometeo, encendedor del fuego*. Es una bucólica dramática, en la que pinta la felicidad de un pueblo primitivo é ignorante, que se ve sumido en la anarquía y el desconcierto, á causa del robo de Prometeo.

El Prometeo de Calderon ha enseñado, como el de Esquilo, las ciencias y las artes á la especie humana. Tambien roba un rayo al sol. Expresa el supremo deseo de

poseer el fuego de los cielos, negado á la especie humana, é instrumento de todo arte y fecundo generador:

«...de frutos y flores
Y alma de montes y selvas.»

Prometeo dice á Minerva:

«Si yo pudiese llevar
Un rayo suyo, que fuera,
Su actividad aplicada
A combustible materia,
Encendida lumbre, que
Desmintiendo las tinieblas
De la noche, en breve llama
Supliese del sol la ausencia,
Fuera don bien como tuyo,
Pues moralmente se viera
Que quien da luz á las gentes,
Es quien da á las gentes ciencia.»

La ciencia es la preocupacion constante del poeta en la segunda jornada. La estátua construida por Prometeo se anima al contacto de la celeste llama usurpada á los dioses. Desciende de su pedestal y vive entre los hombres. El conflicto que su presencia origina, la discordia que desata, parece indicar que la ciencia es madre de humanas contiendas; pero hay allí un pensamiento que corrige esa idea estrecha y rigurosa, y que en alas de la música se repite á manera de estribillo, condensando las miras del poeta:

Que quien da las ciencias, da
Voz al barro y luz al alma.

Al final de la zarzuela se anuncia la proximidad del castigo del Titan: se escucha el aleteo del ave de Júpiter, *ave boreal*, que acude al festin *del negro manjar de los hígados* de Prometeo. Pero Calderon no pasa de ahí; su obra termina con un matrimonio.

Los gigantes jamás proceden de Pigmeos. Podrán degenerar, y de aquí el Don Juan, de Tirso, convertido en el Don Juan, de Molière; pero sea como quiera, en su abolengo hay forzosamente gigantes. Parécenos que así como en filiacion intelectual Calderon procede de Esquilo, así Segismundo, gigante, desciende de Prometeo, titan.

Esto no priva de su originalidad al Segismundo de nuestro poeta. Visto á cierta luz el prisionero de Polonia, recuerda al prisionero del Cáucaso; pero Calderon engendra á su mito sin acudir á antiguos moldes que probablemente no conocia. Pintaba al hombre en Segismundo, y le resultó la humanidad.

Y en verdad que hay notables semejanzas, mejor dicho, coincidencias, entre ámbas creaciones. En los comienzos de Prometeo, encadenado en la cima del Cáucaso por la Violencia y la Fuerza, en virtud de las órdenes de Zeus, como Segismundo por las del rey Basilio, llegan á consolarle las llorosas Oceanides, temblorosa turba de bellas figuras que le hablan con melancólico acento, y que sólo tienen igual en expresion y gracia en Rosaura, la gallarda amazona, á quien conduele y arranca lágrimas el aherrojado Segismundo. El lamentar de las Oceanides, confuso y clamoroso como el vasto

murmúrio de los mares, como el plañido de las ondas del Egeo en los salvajes acantilados de Leucade, no ofrece al dios encadenado el consuelo firme y decidido de la aventurera Rosaura al príncipe prisionero. Aquellas hablan el lenguaje de las misteriosas deidades, vago como el suspiro del viento, como el aleteo de las aves: Rosaura se expresa en la lengua ardiente y apasionada de las hijas de la tierra. Esas dos creaciones similares, las compararíamos, las Oceanides, al lamento que exhala la naturaleza personificada en las hijas del mar; Rosaura, al grito de piedad entrañable que arranca á la humanidad el sufrimiento del hombre.

El mismo Océano, que viene tambien á consolar á Prometeo, ofrece igualmente cierta confusa semejanza con los personajes de *La vida es sueño.* Es *Clotaldo* cuando ofrece sincera amistad al prisionero, y le aconseja sumision á la voluntad que le oprime. Es *Clarin* en cierta cómica actitud que han hallado los críticos de Esquilo. Y si no pareciera tan semejante Rosaura á las Oceanides, ahí está en la escena Esquiliana la ninfa Io, que llega tambien á las cumbres do yace Prometeo encadenado, por tábano furioso perseguida, como Rosaura por el aguijon de su rencor y sus celos.

Prometeo invoca tambien á la naturaleza que le contempla piadosa, y se personifica en el coro. Quéjase, y su lamento retumbando en las abruptas montañas, atrae á las tímidas Oceanides. Prometeo, como Segismundo, tiene el conocimiento de las ciencias y las artes humanas. Este es quizá el tormento de ámbos, pues en tanto el Titan deplora que todo su saber no le sirva para romper los lazos que le oprimen, Segismundo envidia el vuelo de las aves, el nadar de los peces, el correr de los arroyos.

La crítica ha agotado sus invenciones en torno de Prometeo. Algunos ven en él el anuncio de la venida del Salvador del mundo. Otros á la humanidad luchando con los obstáculos que se oponen al progreso. Así tambien nuestro Segismundo, con tanto derecho como Prometeo, simboliza la humanidad aprisionada en las cadenas de la servidumbre, de la ignorancia y el fanatismo, cadenas que se han de romper, no por medio de las revoluciones y de la violencia, sino con la reforma del hombre interior, con la dulzura, con la humildad, con la perseverancia en la práctica de todas las virtudes. Por eso Segismundo, libre un momento y dejándose arrastrar por sus pasiones, pierde de nuevo la libertad, de buen grado concedida, y si más tarde una revolucion le restaura en el goce de sus derechos, más que en el triunfo de la fuerza, confía en el que con la virtud consiga sobre sus pasiones. No parece sino que Calderon adivinó el porvenir de los pueblos europeos, á quienes no basta para la conquista del derecho el efímero triunfo de las revoluciones, sino que han de justificarlo con incesante y pacífico progreso para ser merecedores del inmenso beneficio de la libertad.

¡Qué profecía y qué leccion!

XVIII

Para Calderon tenia indudablemente grandísima importancia *La vida es sueño.* Debió creerla siempre obra de trascendencia filosófica, poema humanitario de los más altos, por más que de los moldes del génio, *currente rota*, suele salir unas veces olím-

pica estátua, otras despreciable cacharro. Lo que hay que ser es génio; el resto lo hace ya la inspiracion, ya tambien la casualidad.

En la larga existencia del poeta, varias veces vuelve sobre el grandioso pensamiento de *La vida es sueño.* En algunas de sus obras se encuentran las señales del paso de esa idea. Es como el granito de la corteza terrestre; por do quiera aparece al través del mundo calderoniano. Circula por sus poemas dramáticos como la sávia de todo un bosque tomada por las raíces en el mismo terreno. Hay materia para un trabajo curioso en ese fenómeno, á la par literario y filosófico. Sería en verdad espectáculo maravilloso ver cómo el génio reproduce sus concepciones, las trasforma y diversifica, sin perder de vista el tipo primitivo: quizá fuese tan útil esa tarea para el progreso de la crítica literaria, como lo han sido para las ciencias los estudios antropológicos y la averiguacion del orígen de las especies. El orígen de las ideas, ¿no es tambien objeto digno de indagaciones y de estudio?

Por lo pronto en el Auto sacramental tenemos demostracion completa de que *La vida es sueño* era en Calderon una idea fija. Escribió aproximadamente la comedia en 1635, en la fuerza de la juventud, y en el momento de los grandes triunfos. Era entónces soldado, con puntas y ribetes de cortesano; desengaños sufridos, ó el volver sobre sí mismo en medio de una existencia agitada, laboriosa y triunfal por lo que hace á la gloria, engendraron al melancólico Segismundo, que ve en el mundo real un ensueño.

Pasan los años, crecen las tristezas, menguan las esperanzas, el soldado se convierte en sacerdote, el punto de vista se eleva, el horizonte se engrandece hasta confundirse en el infinito, y Segismundo se trasforma en Adan, mejor dicho, en el *Hombre,* como dice el poeta usando de sublime antonomasia. El Auto sacramental *La vida es sueño* nace entónces, en 1673, próximo ya á la tumba el poeta, como si hubiese querido en última y suprema mirada abarcar el mundo entero y toda la humanidad, ántes de sepultarse en el sueño de la muerte.

Comienza el Auto sacramental en region fantástica, donde luchan los elementos Tierra, Fuego, Aire y Agua, disputándose la supremacía en la creacion. El Poder, la Sabiduría y el Amor los conciertan, y los elementos entonan el himno en honor del Creador. Nótese que para Calderon la Sabiduría es la Ciencia.

Solicitan entónces los elementos que entre ellos elijan uno que los enfrene y mande, ó que al efecto designen á quien le plazca. El Poder, la Sabiduría y el Amor, anuncian entónces la creacion del Hombre; júntanse los elementos para esta obra suprema, corona del universo, y marchan en busca del Hombre, que como Segismundo, yace encadenado, y á quien espera tambien suntuoso palacio y obediencia de todas las fuerzas y elementos, hasta que con sus demasías ponga término á su efímero dominio. El Poder tiene, pues, como el rey Basilio, un hijo, encerrado en las entrañas de la tierra, *primera madre del Hombre.*

Y en efecto, el Hombre, al abrir los ojos á la luz, comienza por echar de ménos la libertad de que disfruta toda la naturaleza. Colocado entre el Albedrío y el Entendimiento (respectivamente Clarin y el Criado 1.º de la comedia), presta oidos á aquel que le halaga, dando riendas á su instinto, y despeña al Entendimiento, que opo-

ne reparos prudentes á sus deseos cuando salen de los límites de lo justo y racional.

Niéganle entónces obediencia los Elementos; anúblase la luz, estremécese la tierra, las ondas se encrespan, los vientos se embravecen. En vano el Hombre solicita de esas enormes fuerzas naturales la rota obediencia; la Tierra sólo produce espinas, sólo diluvios el Agua, sólo huracanes el Aire, tan sólo rayos el Fuego; y el Hombre, lleno de desesperacion, perseguido por las hostilidades indómitas de la naturaleza, contra él sublevada, siéntese inferior á sí mismo, torpes los sentidos, la razon oscurecida, la voluntad vacilante, compuesto de barro,

Bronca informe estátua bruta.

El poeta libra al Hombre de sus cadenas por la intervencion de la Sabiduría. Restáurase su perdida dicha, y los Elementos le juran de nuevo obediencia.

Tal es el Auto sacramental. En esta obra se esclarecen en gran manera las dudas que pudiera suscitar la comedia. Dejando á un lado el simbolismo religioso del Auto, de su lectura resulta un hecho que, si no estuvo en la mente de Calderon, salta á los ojos del lector reflexivo. No quisiéramos inventar nada llevados del deseo de esclarecer las divinas profundidades del pensamiento de Calderon; si en algo nos excedemos, impónganos, quien pueda y sepa, el merecido correctivo, que sufriremos agradecidos si es justo, pacientes si severo.

En la comedia, Segismundo, en sublime monólogo, cita al tribunal de su conciencia, á la naturaleza entera, no sin preguntar ántes al cielo el delito por que se le castiga. Nota los privilegios de que gozan los séres animados é inferiores á él, el ave que centellea en el cielo como joyel alado de deslumbradoras piedras preciosas, exhalando el canto triunfal de su libertad; el bruto manchado, que en las selvas brama y satisface el apetito y disputa y defiende su existencia; el pez monstruoso, aborto del Océano, que se entrevee en la azulada onda, en la opacidad de las profundas aguas, dueño del infinito espacio de los mares; el arroyo que con inmensa alegría cruza los campos, acariciando rosas, reflejando cielos, desparramando notas de eterna sinfonía; todos esos séres, ave, bruto, pez y arroyo, materia orgánica y materia inorgánica, tienen más libertad que el hombre, teniendo ménos alma, ménos instinto, ménos albedrío, ménos vida. ¡Injusticia de la creacion! Ante ella, Segismundo

Quisiera arrancar del pecho
Pedazos del corazon.

En el Auto, el Hombre siente tambien que sobre él pesan las fuerzas de la naturaleza, como dura cadena. En vano les exige sumision y obediencia: se le resisten de contínuo: burlan su nativa debilidad. El rayo le hiere, le azota el viento, el frio le hiela, le abrasa el calor, el hambre le postra, todas las inclemencias le persiguen; cada flor esconde una serpiente, cada matorral una fiera, cada onda de los mares un mónstruo, cada punto de los cielos un espantoso meteoro. Sus sentidos apenas le bastan para distinguir el peligro y precaverse. Y no obstante, su destino le señala forzosamente el puesto de rey de la creacion. Tiene que conquistar su reino paso á paso, batalla tras batalla. Su corona es irrenunciable, le taladra las sienes, le abrasa la frente, pero no puede arrojarla léjos de sí. Está obligado á ser monarca á toda costa, sin remision, sin descanso. Mil veces volverá á los cielos los ojos y tenderá las tré-

mulas manos al infinito, pidiéndole el rayo que concluya con su existencia y la de su desventurada especie. Será en vano su súplica. Ni siquiera puede optar entre vencer ó morir. Ha de vencer siempre. La victoria es su deber, su derecho y su martirio. Los elementos son sus enemigos. Ha de verlos á sus piés sometidos, ha de vencerlos, uno á uno, y todos juntos. La Tierra ha de rendir sus frutos, sus flores, sus especies, sus minas; el Fuego ha de encender su hogar y forjar sus armas y sus instrumentos de trabajo y de victoria; el Agua ha de domar sus ondas al paso de sus bajeles; el Aire, su última conquista, debe dejar al hombre sus espacios, sólo á las aves y á las nubes concedidos hasta entónces.

¿Y cómo obtendrá ese triunfo colosal un débil prisionero, el Hombre? Por medio del trabajo, dice el Génesis; por medio de la Ciencia, añade Calderon. Y en efecto; la Ciencia, ó lo que es lo mismo, la Sabiduría, libra al Hombre del Auto sacramental del peso de sus cadenas. La Ciencia le da el dominio de los Elementos, que se le postran y reconocen como señor. Con la Ciencia se apoderará de las riendas de esos indómitos corceles, y los guiará por los espacios inconmensurables del progreso. Con el auxilio de la Ciencia vencerá los obstáculos, saltará las vallas, poseerá la tierra. No será tan libre como el ave, el pez y el bruto, pero los aprisionará en sus redes, abrirá las entrañas de la tierra, pondrá en comunicacion á los mares, burlará los estragos de la tormenta, encerrará en maravillosas máquinas las enormes fuerzas naturales, surcará los océanos y quizá las nubes, y entónces será un hecho la redencion del hombre por la Sabiduría, anunciada por nuestro gran poeta, que formula con precision la ley del progreso.

XIX

Es la obra del poeta español brillante de numerosísimas y luminosas facetas, que lanzan diversa radiacion, descomponen los colores del iris, y que segun la luz y posicion en que se le somete á exámen centellean de diferente manera. Sólo se ha fijado la crítica hasta ahora en algunos de esos parciales aspectos, siendo tantos que verdaderamente asombra que de una sola obra literaria, en un mismo paisaje, se hallen tan numerosos puntos de vista.

La vida es sueño contiene en suprema unidad variedad extraordinaria. Es una obra-universo, una de esas concepciones milagrosas que brotan del cerebro humano al imperioso *fiat* del génio, y que muestran en espacios inmensos los contrastes que ostentan los mundos lanzados en lo infinito por el poder creador. Calderon no pensó, sin duda, en toda la grandeza de su tarea, ni en todas las ramificaciones de su poema. Nada sabe la bellota de las innumerables ramas y hojas con que ha de dar sombra á la tierra la encina que en sí contiene.

La vida es sueño es la inmensidad hecha verbo. Toda la vida y todos los sueños. ¡Calculad qué enorme extension las de esas alas gigantescas, una de las cuales toca en la tierra, en la materia, que es la vida, y la otra llega á los cielos, al espíritu, que es el ensueño! Ningun poeta ha abordado tema más alto, ni extremecido á la hu-

manidad con el vibrar de cuerda más sonora. Sólo allá en la inspirada Grecia, Esquilo lleva á la escena á Prometeo; pero Prometeo es un Dios y Segismundo un hombre; y para estas profundas emociones del arte los hombres valen más que los dioses, y en el teatro el drama más que la oda.

La simbólica de *La vida es sueño* está por hacer, y no nos atrevemos á emprender esa tarea; bastará á satisfacernos el consagrarla algunas páginas.

Pero no porque Segismundo sea un mito simbólico tiene como otros una sola interpretacion. No es un símbolo filosófico, ni fria abstraccion metafísica; es una obra de arte ante todo, y como el arte es un prisma, *La vida es sueño*, ya lo hemos dicho, es brillante de numerosas facetas.

Procuremos resumir algunos de sus singulares efectos de luz.

La vida es sueño es drama religioso, y entónces aborda los problemas de la caida y la expiacion—ó poema filosófico, y resuelve el destino del hombre y la fuente del conocer—ó leccion moral que nos desengaña acerca de las ilusiones y las vanidades del mundo—ó poética enseñanza de lo que es el hombre sin el freno de la educacion—ó protexta revolucionaria, y combate la violencia social que sofoca la libertad so pretexto de evitar sus extravíos—ó leccion política, y enseña á los pueblos á lo que conduce el mal uso de la libertad—ó demostracion de la locura de los presagios y juicios de la astrología—ó animada pintura de los progresos que realiza el hombre y la humanidad, combatida por el desengaño y aguijoneada por el deseo—ó prueba de que las pasiones comprimidas estallan con tanta más fuerza cuanto mayor es la presion—ó inspiracion de la filosofía, que ha negado realidad al mundo exterior... todo esto y mucho más, si más la examinais, es *La vida es sueño;* con todos estos cambiantes, brilla, todos atraen la mirada, todos solicitan la atencion. Por do quiera la contempleis brota un rayo del iris, desde el rayo azul de los etéreos problemas filosóficos y religiosos, hasta el rayo rojo de las pasiones humanas; mezclad todas esas cuestiones, confundid todos esos aspectos, haced que centelleen todas esas facetas, y os deslumbrará con prodigioso fulgor. Este es el privilegio de las grandes obras del entendimiento humano. El *Quijote* es ó la razon y la locura ó el idealismo y el realismo, ó la Edad Media que anochece y el mundo moderno que alborea, ó el romance caballeresco y el refran plebeyo, ó el espíritu y la materia, ó el cerebro y el estómago; á estas y otras muchas conjeturas, unas literarias, otras filosóficas, todas naturales y posibles, préstase ese grandioso poema por donde cruzan las figuras eternas de Quijote y Sancho. Y lo que decimos de la obra de Cervantes pudiéramos decir de la *Iliada*, de *Job*, del *Apocalipsis*, de *La Divina Comedia*, de *Hamlet*, de *Fausto*, de toda obra donde el génio estampa sus concepciones, y que la humanidad contempla á distancia y en tiempo distinto. Hamlet para los ingleses es un excéntrico, para los franceses, en el pasado siglo, un loco, para los alemanes un pensador. *Don Quijote*, en el siglo XVII es una novela divertida, en el siglo XVIII una sátira literaria, en el siglo XIX un poema filosófico; primero hace reir, despues invita á estudiar, por último obliga á meditar. Esquilo en la antigüedad es un dios, en los últimos siglos un bárbaro, en estos tiempos un gran poeta. Eclipses, ocultaciones, apogeos, perígeos, máximum y mínimum de esplendor, súbitos choques, apariciones inesperadas, mareas que suben, mareas

que bajan: hé aquí los fenómenos á que dan lugar los astros en los cielos y los génios en la tierra.

XX

Fuera larga y difícil tarea la de explanar esos puntos de vista de la simbólica de *La vida es sueño*. Cada uno exigiría cuando ménos un capítulo, y todos un libro; sólo haremos algunas indicaciones que completarán otras esparcidas en páginas anteriores. El sentido revolucionario que hemos señalado en el poema habrá sorprendido á muchos y enojado quizá á algunos, por más que la idea no sea nueva. Quisiéralo ó no el poeta, es lo cierto que da leccion severa de alta política á los príncipes y á los poderosos que creen que á los pueblos, de ordinario propensos á la rebelion y á la violencia, convienen las cadenas de la servidumbre como medio de mantenerlos sometidos dentro de fuertes diques que contrasten su natural iracundia.

Así Segismundo, á quien hemos llamado príncipe-pueblo, porque en cierto modo encarna al pueblo, apenas ve rotas sus cadenas, lánzase á la violencia y á la satisfaccion de todos sus deseos, hasta entónces sofocados. Falto de educacion y de sentido moral, instruido por Clotaldo en los fenómenos de naturaleza y en la organizacion del mundo, seméjase á aquellos pueblos, que habiendo sido educados para la libertad, viven en la servidumbre. Por eso los pueblos á quienes se trata como á Segismundo, son irresponsables de sus desafueros. La historia imparcial y severa arroja la responsabilidad sobre la persona ó las clases directoras (el rey Basilio), que para apartar supuestos é hipotéticos males de la cabeza de los pueblos les rodean de precauciones y les encadenan como á fieras cuyo destino fuese el de despedazar cuanto al alcance de sus garras se pusiese, no considerando que con su conducta, si no tuvieran condicion feroz, se la darian.

Ese sistema, que llamaríamos preventivo, si no temiéramos traer á la crítica literaria la tecnología de la ciencia política, está explícitamente condenado en boca de Segismundo, que dice, aludiendo á los medios á que su padre recurrió para conjurar el influjo de los astros:

No ántes de venir el daño
Se reserva ni se guarda
Quien le previene; que aunque
Puede humilde (cosa es clara)
Reservarse dél, no es
Sino despues que se halla
En la ocasion, porque aquesta
No hay camino de estorbarla.

Si no temiéramos abusar del derecho que se abrogan los intérpretes de las obras maestras, nos sería fácil encontrar analogías entre la suerte de Segismundo y la de los pueblos oprimidos y libertados. Diríamos entónces que el poder (Basilio) trata de hacer peligrosa experiencia dando libertad á un pueblo (Segismundo), educado entre cadenas, y que defrauda las esperanzas fundadas en su prudencia y su cordura. Sólo despues del castigo y del desengaño, al romper de nuevo sus prisiones, procede como

experimentado en los escarmientos de la anarquía y del libertinaje, y funda duradero imperio sobre las bases de la justicia y la templanza.

Calderon, por lo demás, tenia á su vista el espectáculo de los pueblos europeos y el de su misma pátria, que yacian entre cadenas políticas, sociales y religiosas, y sólo sabian romperlas para lanzarse en rebeliones y sangrientos excesos. Alguna vez debió pensar que la causa de todo estaba en la falta de educacion sólida y de práctica en el ejercicio de la vida, libre de trabas absurdas. Calderon, sin ser un innovador, ni un revolucionario, combatió las preocupaciones de su siglo. Sus graciosos deshacen de contínuo con su buen sentido materialista las ridiculeces del puntillo de honor que en aquel tiempo á tantas atrocidades daba lugar. La astrología recibe no pocos ataques del poeta, y *La vida es sueño* es buen ejemplo de ello. Las creencias supersticiosas, en varios pasajes, se niegan ó se ridiculizan. En *El Alcalde de Zalamea* se combate la desigualdad de clases y los privilegios de los poderosos. De contínuo se le oye poner enfrente de las leyes, de las costumbres y de las convenciones sociales, un sentido más alto de justicia. ¿Que tiene, pues, de extraño que al escribir las inspiradas escenas de *La vida es sueño*, pensase el poeta en los míseros pueblos á quienes la servidumbre habia hecho indignos de la libertad? Para tan elevada inteligencia, para tan noble carácter, no podian pasar desapercibidas esas injusticias.

No es ménos notable el punto de vista filosófico del poema. Segismundo parece negar la existencia del mundo exterior. Duda de todo cuanto le rodea, que le parece un sueño ó el ensueño del sueño. El poeta en esta ocasion confina con la filosofía. Los más graves problemas suscítanse al anunciar el principio de que toda la vida es sueño.

No han faltado escuelas filosóficas que negasen realidad al mundo exterior. Para los gnósticos sólo habia en las cosas figuras ó emblemas. Demócrito negaba hasta la propia existencia. La escuela eleática llegó á negar el mundo visible: Meliso de Samos decia: «Las cosas son simples fenómenos, y las realidades físicas apariencias.» En los tiempos modernos, Hume sostuvo la falta de realidad de los cuerpos, y á consecuencias tambien análogas conducia el idealismo de Berkley. Y en nuestros dias, ¿no hemos visto á Kant deduciendo que es imposible al espíritu humano llegar á la certidumbre de realidad alguna fuera de sí mismo, y á Fichte, negando el mundo exterior al considerar como única realidad el *yo*, el sugeto?

Pero el poeta no acude en apoyo de los filósofos. Explana su tésis con absoluta independencia. Pinta un estado del alma, uno de los momentos psicológicos ménos definidos, aquel en que el espíritu pierde la conciencia de sí mismo y convierte en sombras cuanto toca y ve, como en el sueño, como en la locura.

Entónces imaginamos reales multitud de cosas, que en otro estado nos parecen quiméricas. Durante el sueño, el mendigo es emperador, y el emperador mendigo; se palpan, se ven, se oyen cosas, objetos y acentos con igual perfeccion que durante la vigilia. Despertamos y no sabemos discernir si seguimos dormidos ó estamos despiertos. Y nos preguntamos: ¿dónde comienza el sueño, dónde la vigilia? ¿Son un mismo fenómeno? El loco experimenta igualmente alucinaciones que para él tienen realidad perfecta, el alucinado tambien. ¿Se sabe dónde empieza la locura, dónde acaba la razon?

Pero sobre todo esto, sobre la vulgar confusion que resulta del sueño y la vigilia, de la razon y la locura, está el vasto problema y la inmensa duda del propio existir. ¿No nacemos sin sentir que nacemos, no morimos sin sentir que morimos? El estado intermedio, la vida, ¿no será tambien un fenómeno del que no tenemos conciencia? ¿Vivimos una vida individual, definida, particular, capaz de distincion perfecta ú obedecemos al impulso de la actividad universal; somos burbujas de espumas del gran Océano de la vida, que al chocar en los planetas se hacen perceptibles para confundirse despues en la trasparencia de la ola que viene en pos? Dolor, placer, vida, muerte, ¿serán acaso sueños que nos halagan ó que nos martirizan en el mísero lecho de la materia, que nos hace dormir mal ó bien sobre la almohada ilusion? ¿Será que la fantasía por sí sola nos finja el mundo exterior que creemos real? El hombre, el mundo, la historia, el género humano, el ruido que hacemos por cualquier gran necedad, ¿serán fenómenos de nuestra propia existencia, ó es que quizá, allá en los profundos cielos, así como hay un centro de calor y de vida para la materia, el sol, hay un centro del que se irradia la vida del espíritu? ¿Será que los mundos, que los hombres y todos los séres, en el inmenso drama fatal de la vida, obedecemos al influjo de esa fantasía superior, que dormida en el infinito, ve como á través de un cristal sus ensueños convertidos en séres, porque su sueño es de tan gran poder, que da las formas del sér á á lo que creó al soñar. ¿Será que los mundos son el gran sueño de Dios? ¡Quién sabe! Nada puede decir de todo esto el poeta, pero en la lengua vaga y misteriosa de las musas, deja escapar palabras y frases, que la crítica recoge, y que la humanidad medita.

XXI

Pero nos precisa insistir en la tésis filosófica que se desprende del poema. Ya hemos indicado algunas de las escuelas que convertian en ilusorio el mundo exterior. Hay una, la que sirve de base á la filosofía moderna, que reconstituye la ciencia precisamente sobre la duda, como Segismundo; la escuela cartesiana. Descartes ahondó el abismo de la duda. Es más, no reconoció como verdadera cosa alguna que ántes como verdad no la hubiera evidentemente reconocido. El poeta adivina y precede al filósofo. La inspiracion enciende su luz para que la ciencia vea. Esta es la historia del progreso humano, en la que los poetas van delante de los sábios, explorando el camino de la verdad. El poeta lleva la antorcha, el sábio le sigue con el compás.

No quiere esto decir que Calderon pretendiese plantear el problema de Descartes, ni que en su poema esté desenvuelto con el rigor que en el *Discurso del Método*. No llevamos tan léjos nuestra admiracion hácia el poeta. Las exageraciones perjudican á la apología. Pero si no incurrimos en esa exageracion, permítase al amor pátrio el desahogo de afirmar que en los progresos de la ciencia tenemos en Europa los españoles, durante los siglos medios, y hasta el XVII, un puesto eminente, el de iniciadores de las grandes ideas y de los grandes progresos.

La division del trabajo es un hecho entre las naciones, como entre los indivíduos,

lo mismo en el órden intelectual que en el órden económico. Grecia produce el arte, Inglaterra la política, Alemania la filosofía, Francia la revolucion. España es un país excepcional en este punto de vista como en otros. En ningun tiempo se ha puesto al frente de la humanidad, excepto en lo que se refiere á la extension y á la fuerza del poder, y no obstante, en la esfera del arte, como en la de la ciencia, en los progresos políticos y materiales, lo ha iniciado todo, todo lo ha previsto, todo lo ha presentido con poderosa intuicion, porque España es un pueblo precursor.

Hay dos pueblos en la historia que tengan ántes de España ese carácter. El pueblo hebreo es un pueblo precursor. Precede en el órden intelectual y religioso á la Edad Media. Toda la vida de los siglos medios, religion, arte, ciencia, está contenida en la Biblia. China es tambien un pueblo precursor. Encerrado entre murallas, estepas, nieves y florestas tropicales, viviendo vida aislada, activa y laboriosa, esboza en sus industrias las maravillas de la industria europea, como el castor bosqueja en sus madrigueras las edificaciones de los hombres. Y es que para esos pueblos el aislamiento es fuente de energías inmensas que en nada concuerdan con el movimiento contemporáneo de la humanidad. Para ellos claustracion es sinónimo de meditacion. Los profetas y las águilas aman la soledad. En ella ven el porvenir y se remontan al cielo con audacia. Esos pueblos trabajan solos como Robinson en su isla. Nada saben, poco les importa de lo que pasa más allá de su horizonte de olas ó de montañas. Trabajan solos en la solucion de los problemas morales y físicos, como Pascal, niño, que descifraba los problemas de Euclides ántes de saber geometría. Viven en momentos distintos del momento en que vive el género humano. Cuando en el resto del mundo la espada brilla en los combates, ellos amasan la pólvora; cuando todos trasforman el geroglífico en alfabeto, ellos ya han escrito su génesis; cuando el mundo traza laboriosamente en pergamino sus libros, ellos inventan la imprenta de caractéres fijos. Todo se lo deben á su propio esfuerzo. Son profundamente originales, indígenas, nacionales. Tienen individualidad enérgica y rayana del salvajismo. Se dejan sitiar por el mundo sin comunicarse con él. Todo en ellos es inabordable, egoista, concentrado. No hay fortaleza como la lengua china, no hay aislamiento como el de la raza hebrea. Si esos pueblos emigran forman donde quiera que van sociedad aparte. Si mueren como pueblo, subsisten como raza y como indivíduos. Dispersadlos por la faz de la tierra; los habreis fraccionado sin dividirlos: cada familia, cada indivíduo se convertirá en nacion. Cortadlos en pedazos, y cada trozo formará un nuevo pueblo. Como para ciertos séres, la divisibilidad es para ellos multiplicidad y no aniquilamiento. Son en la especie humana lo que los anélidos en las especies animales.

Sí, es el pueblo español un pueblo precursor. Es el San Juan Bautista de todas las grandes redenciones humanas. Vierte las aguas del bautismo sobre la frente de toda idea que amanece. Canta la aurora cuando aún el mundo yace sumido en las sombras de la noche. Pero tiene la modestia de la alondra que anuncia al sol. Apenas si sus presagios son oidos, remonta el vuelo en busca de la luz naciente y temblorosa, y los hombres bien pronto pierden de vista y dejan de oir al alado profeta. Cuando el sol resplandece sobre el horizonte, se dicen los pueblos: «¡bien nos anunció la luz!»

La historia política, científica y literaria de España, es la historia de esas subli-

mes iniciaciones de ideas. Y tambien es esa historia la de la ingratitud de la humanidad hácia los pueblos Bautistas.

El aislamiento intelectual de España en el siglo XVII era mayor de lo que nos podemos figurar en este siglo, en que las fronteras están abiertas á las corrientes de las ideas. Los Pirineos se habian convertido en una muralla de la China impenetrable. Y no era esto tan sólo resultado del esfuerzo del poder absoluto y de la teocracia, como pudiera creerse á juzgar por ciertas pinturas apasionadas y declamatorias, buenas cuando más para producir efectos políticos. Puede asegurarse que el pueblo español se avenia gustoso con aquel aislamiento, que no carecia de altivez y de grandeza.

España, durante el siglo XVI y parte del siglo XVII habia llegado al colmo de su crecimiento. Su poder político se extendia desde la Patagonia hasta el Danubio. Sus ejércitos conocian todos los países, habian cruzado todos los rios, asaltado todas las montañas: llenaba con sus velas el Océano. El imperio de Alejandro y de César cabian dentro de algunas de sus provincias. En sus dominios se hablaba el portugués, el francés, el italiano, el holandés, el aleman, el griego, el árabe, el turco, el indostan, el malayo, el chino, veinte lenguas africanas, cien lenguas americanas.

España llegó á tener sobre los mares cuatrocientas naves tripuladas por diez mil marineros, y conduciendo á su bordo sesenta mil soldados. Combatia á un tiempo en Holanda, en las orillas del Rhin, en las del Danubio, en Africa, en la India, al pié de los Andes.

Se hablaba el castellano en todo el mundo; luchaba ventajosamente con el latin, lengua oficial entónces; tenia casi la universalidad conquistada hoy por la lengua francesa, sin embargo que los intereses del comercio y de la industria que en nuestros dias han dado la supremacía á esa lengua, eran débiles en el siglo XVI. El castellano triunfó tan sólo por la guerra y las letras.

El español era entónces el hombre superior. Y esta superioridad le daba la altivez, el orgullo, y como consecuencia natural el aislamiento. Apenas se comprende cómo entónces los españoles más ilustres viajaban por el mundo sin traer á su pátria ni una sóla de las costumbres extrañas, cuando hoy somos tan propensos á aceptar el sello de extranjeras naciones. En los siglos en que Europa despertaba del letargo en que yaciera durante tantos siglos, en que las artes se enriquecian con los magníficos y despedazados restos del gran cadáver de la antigüedad que el Renacimiento restauraba como suprema expresion de la belleza, en los siglos en que las letras tomaban nuevo vuelo con la imprenta y el clasicismo, cuando la ciencia exploraba el cielo y la tierra, los españoles creábamos artes, letras y ciencias indígenas, por completo apartadas del movimiento humano, y cuyas maravillosas obras en nada reflejaban apenas las ideas y los descubrimientos de los demás pueblos. Hurtado de Mendoza, Garcilaso, Laguna, Cervantes, los Argensolas, Moncada, Melo, y otros ciento, literatos y sábios, cruzaron la Europa, pasaron por donde resonaban los nombres de Galileo, Descartes, Kepler, Pascal, sin que al volver á su pátria intentasen siquiera difundir las singulares teorías de estos sábios que reconstruian sobre nuevas bases y observaciones las ciencias de su tiempo. El mismo Calderon estuvo en Flandes, asistió al sitio de

Breda, donde como adversario militaba Descartes. El poeta sitiaba al filósofo. Probablemente ni siquiera se dieron cuenta de su aproximacion. No obstante, el génio español debia preceder á Descartes, poéticamente al ménos, en la enunciacion del principio fundamental de la filosofía moderna. *La vida es sueño* se representó en 1635. *El Discurso del Método* se publicó en Leiden en 1637. España en esta ocasion ejerce, como en otras, sus funciones de pueblo precursor. Pero hay que tener presente un hecho importantísimo; en tanto Descartes, filósofo, en *El Discurso del Método* sostiene una tésis filosófica, Calderon, poeta y sacerdote, á mayor altura que Descartes, explana en *La vida es sueño* una tésis moral. Ya veremos cómo y hasta qué alturas va el pensamiento de nuestro gran poeta. Y decimos alturas, porque en tanto el filósofo ahonda, el poeta se eleva.

Pero la solucion de la tésis del poeta, con ser más trascendental que la de Descartes, ni confirma ni niega las de los filósofos. La duda existe para Calderon como para Descartes; pero la duda Calderoniana es más profunda que la duda Cartesiana. Al cabo Descartes halla en la conciencia la certidumbre de existencia: *yo pienso, luego existo.* Es más, Descartes, con ser filósofo se muestra inconsecuente. Acaba de dudar de todo, hasta de su propia existencia, y habla ya como de cosas indudables de la religion, de Dios y de la inmortalidad del alma.

Calderon, poeta y católico, va más allá que Descartes. Segismundo duda de todo, ni un sólo momento adquiere la certidumbre de su existencia; varias veces vuelve sobre sí mismo para interrogarse, y siempre sus respuestas son negativas. Es en vano que el mundo se postre á los piés del sublime sonámbulo y le ofrezca la realidad del poder y de la gloria, torna á ver á la mujer amada, y poder, gloria y amor le parecen ensueños del gran sueño de la vida. Jamás habla de lo sobrenatural, nunca mezcla en sus delirios las revelaciones religiosas, el poeta católico no lleva la duda á esas alturas, pero ¿cómo ha de hacer, sin que ocurra en flagrante contradiccion su héroe, que dudando del mundo físico que le rodea, crea en el mundo sobrenatural, que ni siquiera presiente? Y aquí diremos de pasada que en *La vida es sueño*, no obstante plantearse un problema lindante con los problemas religiosos, no se hace profesion religiosa, hecho notabilísimo, tratándose de Calderon, que no perdona ocasion de enaltecer la religion de que era poeta y sacerdote, es decir, dos veces sacerdote, dos veces pontífice. ¿Es quizá esta la causa oculta que hizo sospechoso á Calderon en vida y despues de su muerte? ¿Fué por esto por lo que en su ancianidad escribió el Auto sacramental *La vida es sueño,* donde ya aparecen los resortes religiosos y los efectos devotos, si bien en el Auto el *Hombre* no se llama Adan, ni el *fiat* interviene en aquellas escenas paradisiacas? ¿Fué tambien esa la causa de que en el pasado siglo se prohibiese la representacion de *La vida es sueño*? Lo ignoramos, y nuestra ignorancia nos obliga á ser sóbrios al tratar esta materia.

Fuera insigne audacia pintar á Calderon como heresiarca oculto que en la lengua de las musas expresaba las dudas de los herejes entónces perseguidos. No. Calderon debió ser constantemente católico, y de los más fervorosos; pero en *La vida es sueño,* obra excepcional de su pluma, supo elevarse sobre la turbada region de los problemas teológicos para flotar en las serenidades etéreas de la moral y del arte. Segismundo

no es un ente religioso ni místico; raciocina, y sus raciocinios toman como punto de partida el mundo positivo.

No establece las distinciones cartesianas entre las verdades reveladas y las experimentales. Cuando más, calla, y no podia hacer ménos acerca de ese punto. Guarda un silencio absoluto difícil de explicar en la verbosidad habitual del poeta. Silencio sospechoso y temible. Es preciso saber leer, en lo que escriben ciertos escritores de otros siglos, lo que no se han atrevido á escribir. Pero lo repetimos, no por eso veamos en Calderon un disidente religioso, ni siquiera un libre pensador. Para nosotros sigue siendo el poeta por excelencia herterodoxo; pero ¿habria creido lo mismo el Santo Oficio de su familiar si hubiese penetrado en el sentido de *La vida es sueño!*

Tal es la trascendencia del pensamiento filosófico contenido en este poema. Pero aún tiene mayor altura. No se detiene en la filosofía. Sube á las regiones de la moral, en nuestro concepto superiores.

La vida es sueño es la vida humana. Segismundo es el hombre, pero entiéndase bien, el hombre moral. Esta idea dominante es como eje inmóvil de todo un universo, de todo un sistema de ideas independientes y secundarias, pero engranadas, que le comunican movimiento y vida: es como la arista en que se encuentran y traban todas las facetas del brillante á que le hemos comparado, dándole unidad y poderosa consistencia. Sin esa idea céntrica, la obra del poeta no habria obtenido el éxito universal y la inmortalidad. Sería cuando más una obra de arte de indiscutible belleza, pero sin trascendencia ni honda raíz en las letras humanas. Contemplemos, ántes de terminar, esa suprema unidad del poema.

XXII

Considerado como obra moral el poema de Calderon, no tiene precedentes en la historia de la literatura. No hay produccion de carácter filosófico y humanitario que llegue á su altura, ni que se le parezca en precision, trasparencia y profundidad.

Se ha dicho con razon que la mision del poeta no es la de resolver problemas, sino la de plantearlos. La filosofía y la ciencia aspiran á la solucion de esos problemas; el arte se contenta con ponerlos sobre el tapete. No alcanzan á más sus fuerzas, ni sus recursos. Quizá tambien como el fin del arte es la belleza y no la verdad, se desnaturalizase entrando en campo que no es el suyo. Así vemos que Esquilo, Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, en sus poemas pintan al hombre, sondean las tinieblas que le circundan, auscultan los más profundos latidos del corazon, exploran los misterios de la conciencia, estudian ora el futuro destino del alma, ora la lucha entre la materia y el espíritu, ya las leyes del progreso, ya los orígenes de la humanidad; pero ninguno de esos poetas humanitarios saca de la cantera de sus poemas otra cosa que la estátua del hombre, llámese Quijote ó Fausto, con divino cincel esculpida, centelleante de belleza, maravillosa en la region del arte; mas para la ciencia y la verdad muda. Prometeo lucha con las enormes fuerzas de la naturaleza, y en su derrota anuncia vagamente la venida del libertador. ¿Quién es? Él mismo lo ignora. Don

Quijote idealiza el mundo, materialízalo Sancho. El contraste es magnífico, la antítesis deslumbradora. ¿Dónde está la síntesis? Hamlet duda, hunde la mirada fija y llena de terror en el hueco de las tumbas, interroga á la nada y á la muerte. Lo desconocido le asedia. El pensamiento encadena su accion. Una especie de nudo gordiano tienta su paciencia investigadora. ¿Lo deshace? No; lo corta.

Toda obra de arte de tendencia filosófica es una incógnita que el artista deja á la solucion del observador. Es un interrogante que centellea en la profundidad tenebrosa, y al que los siglos dan respuestas que se acercan en más ó en ménos á la verdad, pero que jamás llegan á la verdad misma. El geroglífico egipcio ha sido descifrado, el geroglífico americano llegará á descifrarse; pero el lenguaje de las esfinges de la poesía no tendrá nunca sentido exacto, ni indubitada traduccion.

De aquí la muchedumbre de comentaristas, de críticos, de investigadores que rodean á esas obras gigantescas, que semejantes al hormiguero humano que bulle en las enormes catedrales, en las misteriosas pagodas, vagando por sus gradas, trepando por sus torres, arrastrándose por sus criptas, asedian al inmenso poema, lo suben y lo bajan de estrofa en estrofa, de verso en verso, de palabra en palabra, y unas veces penetran en sus entrañas tenebrosas para tocar el hondo cimiento, otras se elevan á sus más altas regiones para distinguir desde ellas todo el horizonte entrevisto por el poeta, todos los astros que cruzan sus rayos sobre todas las estrofas. Vana tarea. El monumento sigue siendo indescifrable. La cripta no descubre su tesoro, la cúspide no abarca el infinito. Hay allí un misterio que habla al través de todo el edificio lengua oscura é incomprensible. Se siente el hálito del abismo tenebroso, se escucha en su fondo la respiracion del ángel ó del demonio, del dios ó del mónstruo que lo habita; pero es inútil toda exploracion, ineficaz todo esfuerzo, nunca llegará el rayo de nuestra pobre linterna á exclarecer esas profundidades ideales, y siempre un *más allá* insondable nos llevará, anhelantes y desalentados, de abismo en abismo ó de astro en astro, Tántalos devorados por la sed y el hambre del Ideal. En el infierno del Dante hay un círculo último y definitivo donde ruge Satanás. Allí el poeta descansa y sacia su corazon con el supremo horror. Mas ¿dónde está el último círculo de *El Infierno* del Dante para el crítico que desentraña su sentido? Jamás lo encuentra en su interminable viaje por aquel tenebroso país del *eterno dolore*.

Ahora bien; nótese que en tanto con los escoliastas y críticos del Dante ó de Cervantes se puede formar una biblioteca, en muy pocas páginas cabe cuanto se ha escrito acerca de *La vida es sueño*, de tal suerte, que en estas líneas hallará el lector realizado el mayor, si bien no el más afortunado y perfecto, de los trabajos críticos acerca del inmortal poema.

¿Y por qué esta soledad de *La vida es sueño*, por qué estos dos siglos de silencio sobre la obra maestra de un poeta que en otras comedias ha arrancado exclamaciones de asombro al siglo de Corneille y á la investigadora y profunda Alemania? Porque *La vida es sueño* es un poema cerrado, un círculo perfecto, la duda suprema y el supremo saber; porque Calderon no ha dejado á la posteridad la solucion del problema; porque no es como otras creaciones, sílaba misteriosa y truncada de un génio ó de un siglo, y que la posteridad completa, sino que pronuncia clara y sublimemente la palabra en-

tera del enigma; porque *La vida es sueño* no necesita comentarios, ni interpretaciones; porque su simbolismo es popular y trasparente; porque no hay que esforzar el entendimiento para descubrir el contenido del poema.

Y por eso justamente es el más bello y más perfecto de los poemas humanitarios. En buen hora que no haya en él la bruma que cubre á Hamlet, ni la pálida luna que alumbra á Fausto. Segismundo centellea. Nacido en tierra española, tiene el brillo del sol de España, la trasparencia de su cielo. El mérito de los héroes del Norte consiste en el misterio que les rodea, en la penumbra en que aparecen: la belleza de nuestro Segismundo está en la claridad que le circunda, en la luz que le baña. Y cuenta que la luz es factor indispensable en las obras de arte, y que la belleza de estas aumenta á compás que la luz, que es el color, la armonía y la vida, se hace más intensa y profusa.

Sí, Segismundo no marcha á tientas sobre la tierra como Hamlet, como Fausto, tanteando el misterio, palpando en las tinieblas. Su duda es más honda que la de Hamlet; es la duda filosófica de Descartes; la duda sobre la propia existencia; pero con ser tan grande, tan profunda y desmesurada, Segismundo la resuelve con la más sublime de las afirmaciones.

¿Es un sueño la vida? dice. No lo sé. Pero si es un sueño, si es un frenesí, si es una ilusion de mis sentidos, si todo esto que me rodea es mentira, bruma, apariencia, fantasma, aire, nada,

Obrar bien es lo que importa,
Si fuere verdad, por serlo;
Si no, por ganar amigos
Para cuando despertemos.

¡Obrar bien! Conclusion moral á un tema filosófico, conclusion lógica, porque toda filosofía se resuelve en moral, como todo pensamiento se resuelve en accion y en voluntad. Máxima vulgar, porque las máximas sublimes son las máximas vulgares.

¡Obrar bien! ¿No es esta la mayor, la más alta de las afirmaciones de la conciencia humana? ¿Cómo pudiera resolverse de mejor modo el sueño de Segismundo sino en esa realidad suprema? ¿No es este el verbo de la sabiduría, la aspiracion última de la ciencia y la religion, el ideal de la humanidad, la palanca que puede remover el mundo y realizar el progreso, el término y la plenitud de toda civilizacion? ¿No es esta la última palabra de la religion y de la filosofía? Ahí termina Cristo, ahí termina Sócrates.

Obrar bien es pensar bien, es sentir bien, es amar mucho, creer mucho más; es todo el arte, toda la ciencia, toda la filosofía, toda la moral, toda la existencia humana, la dicha en la vida, la paz en el sepulcro. Obrar bien, es la gran estrella polar de los que navegan en el mar de la vida: hácia allá va la ciencia, hácia allá la religion, hácia allá la política, hácia allá la poesía, hácia allá el Hombre todo, á toda vela, combatido por los vientos del infinito, desgarrado por los escollos y por las rabiosas olas de la pasion, de la concupiscencia y del mal.

No habla el poeta en nombre de la religion, ni de la filosofía; habla en nombre de la conciencia. Las religiones nos dividen, las filosofías nos extravían. Zoroastro y Budha, Júpiter y Mahoma, están en contradiccion; la espada, la hoguera, el ana-

tema, no les ponen de acuerdo. Platon y Epicuro, Tales y Sócrates, Bacon y Spinosa, no se entienden jamás; ni la escuela, ni el libro, ni el silogismo, ni la cicuta les convencen. Calderon pasa la esponja sobre toda la vida, borra dogmas y sistemas, borra la misma existencia, llama *sueño* á toda la creacion, pero escribe sobre lo borrado con mano firme: *¡Obrar bien es lo que importa!*

Dígasenos si hay otra fórmula que supla la negacion de todo y la duda universal de un espíritu inquietado vanamente por la balumba de los sistemas filosóficos, de los dogmas religiosos, de los principios políticos. En medio de la tempestad que sacude á la especie humana, ¿hay puerto de refugio donde echar el ancla, que no sea el que Calderon inspiradamente señala con la sagacidad del sábio, con la claravidencia del profeta? ¿Hay enseñanza más grande y de que el alma se sienta más satisfecha que la dada por ese sublime poeta? Pues esa enseñanza es el resúmen y la última palabra de *La vida es sueño*. Todo el poema exhala este grito del alma, regocijo de los espíritus selectos: *¡Sé bueno!*

No importa que no tengamos exacta nocion de la existencia; no importa que los límites del sueño y de la realidad se confundan; no importan las injusticias sociales que nos atan con broncínea cadena sobre las cumbres de los Cáucasos, con el rayo sobre la frente y el águila salvaje al costado; no importa que todo nos sea hostil, padres, amigos, deudos; no importa que la mujer querida nos rechace, que el cielo nos encadene: nos queda la integridad de la conciencia, la firme resolucion de obrar bien, suceda lo que suceda; obrar bien contra los que obran mal, ignorando si no es esto igualmente ensueño del gran sueño; obrar bien siempre y en todas las circunstancias; ser blandos, ser humildes, ser mansos, ser tolerantes, ser prudentes, ser sábios; en una palabra, ser buenos, porque con la humildad, con la tolerancia, con la mansedumbre, con la prudencia, con la sobriedad, con la dulzura, con la bondad, en fin, se da valor real á los vanos fantasmas de la vida, y etérea trasparencia á las tinieblas de la muerte.

NOTAS

En el juicio que precede de *La vida es sueño* no hemos inventado nada. Cuanto afirmamos de la obra de Calderon, está en ella, á lo ménos en gérmen. Ni siquiera en la descripcion de la escena, en la cual algo ha vagado la fantasía, ni en el estudio de los caractéres, nos hemos apartado del poeta. Tenemos especial empeño en que nuestro trabajo no se considere como hijo de la imaginacion y obligada apología de un poeta con motivo de su Centenario. No hemos dado á su poema mayores proporciones que las que tiene naturalmente. A veces el espectáculo está dentro del espectador; pero creemos, que en esta ocasion, todo se halla en el espectáculo.

No es culpa nuestra que la crítica no haya concedido hasta ahora á *La vida es sueño* la importancia que le concedemos entre las más sublimes creaciones del entendimiento humano. Creemos que es tiempo de comenzar bajo nuevos puntos de vista el estudio de Calderon, que no está hecho, ni siquiera intentado, en España á lo ménos. ¡Ojalá que el movimiento producido en la opinion pública, dentro y fuera de España, por las fiestas del Centenario, inicie una época de actividad y de celo en la crítica concienzuda y en la restauracion prolija de las obras de nuestro gran poeta!

De un lado la infatigable laboriosidad de un eminente erudito, el Sr. Hartzenbusch; de otro los trabajos de una ilustre corporacion, depositaria de las glorias de las letras españolas, la Academia de la Lengua, han preparado admirablemente el terreno, para que sea fácil la tarea que recomendamos á aquellos de nuestros literatos que tengan en su abono los conocimientos y el vagar necesarios en tan importante y patriótica empresa.

* * *

Pocos juicios críticos conocemos de *La vida es sueño*. El de D. Alberto Lista es digno de ser leido. D. Patricio de la Escosura le ha dedicado algunas oportunas líneas. En el siglo pasado la crítica mostróse dura con este poema. Moratin lo trató con incomprensible ligereza.

* * *

El Sr. Escosura decia en 1868 que no tenia noticia de traduccion alguna inglesa de *La vida es sueño*. Nosotros hemos hallado una excelente traduccion inglesa, que quizá no es la única. Titúlase *Life's a Dream: from the Spanish of Calderon. With an Essay on his life and Genius. By Richard Chenevix Trench. London*, *1856*.

El autor inglés hace un estudio curioso de la mitología en Calderon, deduciendo de ella la verdad cristiana. Tiene este traductor un mérito singularísimo, que consiste en haber sido el primero en traducir los versos españoles al inglés en verso asonante. Sabido es que los ingleses no tienen asonancias, facultad sólo concedida á algunas, muy pocas, lenguas armoniosas y llenas de sonoras vocales. Trench, y despues Denis Florence Mac-Carthy han creado con prolijo trabajo el asonante inglés, y en verdad que, al ménos para los oidos españoles, suena perfectamente en la lectura. Mac-Carthy

en su traduccion de seis comedias de Calderon (1861), explica con claridad el procedimiento y lo aplica con brillantez y admirable seguridad.

* * *

Los alemanes han cultivado el teatro de Calderon con verdadero entusiasmo. No bastaria un grueso volúmen para examinar detalladamente la multitud de trabajos y de traducciones que se le han consagrado en Alemania. En este país se profesa el culto de Calderon con fervor constante. Y no se crea que los alemanes se ocupan en el teatro calderoniano de pocos años á esta parte. Aún no habia muerto y ya resonaba el nombre de nuestro poeta en las letras germánicas. Además de las traducciones que cita el Sr. Escosura, existen otras muchas de *La vida es sueño*, completamente desconocidas en España. Para reproducir sólo sus títulos y ediciones necesitaríamos de un par de páginas. En el curioso libro del eminente calderonófilo, y segun creemos poeta laureado, Edmund Dorer (*Die Calderon.—Literatur in Deutschland.*—Zürick, 1877), se encuentran citadas las producciones alemanas relativas á *La vida es sueño,* entre otras acerca de Calderon y muchísimas de otros poetas españoles.

Ya en 1693 vió la luz en Hamburgo un estudio sobre *La vida es sueño.* En Colonia se publicó tambien por entónces esta comedia, entre otras de nuestro poeta, todas ellas en castellano.—Modernamente han aparecido:—*La vida es sueño,* ópera en tres actos, letra de Steppes y música de Schloser.—Darmstadt, 1839.—*La vida es sueño*, drama en cinco actos de Pablo Herlth. Berlin, 1868.—Otro drama, tambien en cinco actos, se representó en Stuttgard en 1868. Sólo citamos lo más original y que mejor caracteriza el entusiasmo que inspira *La vida es sueño* en Alemania. Quizá hubiese convenido para el mayor brillo de las fiestas del Centenario la ejecucion de la citada ópera de Steppes y de Schloser.

Entre los más ilustres apasionados de Calderon alemanes, debemos citar al notable escritor Fastenrath, que ha hecho popular y simpático su nombre en España, escribiendo con clásica pureza y brio la lengua castellana.

Fastenrath ha estudiado mucho y admirado mucho más á nuestro poeta. Séanos permitido consagrarle especialísima mencion, con tanto más motivo, cuanto que ese hermano nuestro en letras acaba de dar á conocer á un calderonófilo neerlandés, Putman, en un artículo publicado en los periódicos españoles hace muy pocos meses.

Contiene el artículo de Fastenrath muchos y curiosos datos acerca de ese nuevo crítico de nuestro poeta. La obra de Putman, que se halla en la Biblioteca Nacional, probablemente sin lectores, por la dificultad de la lengua holandesa, se titula, *Studiën over Calderon en zijne geschriften door I. J. Putman. Utrech: 1880:* en 4.º, edicion de lujo. Esta obra contiene una biografía de Calderon y juicios críticos muy eruditos, acerca de *El sitio de Bredá, La vida es sueño, El Alcalde de Zalamea, La banda y la flor* y *La devocion de la Cruz.* Traduce muchos trozos en verso flamenco, y hace delicado análisis del teatro de Calderon y las costumbres de España. En Holanda *La vida es sueño* es conocida desde 1647, año en que se publicó en Bruselas una traduccion holandesa, multiplicándose despues las traducciones, con la circunstancia de que en todas, hasta la que Kok publicó en Amsterdam en 1871, se ocultó el nombre de Calderon, hecho que en parte debió tener por causa, durante el siglo XVII, el patriótico rencor que los flamencos abrigaron siempre contra sus duros tiranos, incluso los poetas á quienes admiraban. No obstante, *La vida es sueño* se ha aclimatado en Holanda como planta indígena. ¿Qué prueba mejor de la universalidad de la creacion calderoniana?

* * *

Una coincidencia.

Al saber Enrique VIII de Inglaterra que el obispo de Rochester, Juan Fisher, habia recibido de Roma el capelo de cardenal, exclamó:

—*¡Ah! Yo haré que no encuentre cabeza donde ponerlo!*

Segismundo dice tambien:

Quizá no hallareis cabeza
Donde se os tenga el sombrero.

En la comedia de Calderon, *La Cisma de Inglaterra*, no hemos hallado la frase de Enrique VIII.

* * *

El aspecto político de *La vida es sueño* ha sido repetidas veces observado. D. Emilio Castelar, en algunos de sus discursos ha hecho notar, más de una vez, que Segismundo expresa los dolores y los anhelos del pueblo español en el siglo XVII, envidioso de la libertad á toda la naturaleza concedida y á él sólo negada.

* * *

Creemos que el primer trabajo literario español en que se establece un paralelo entre Hamlet y Segismundo es el que publicó hace pocos años D. Ricardo Blanco Asenjo, con el título: *Hamlet y Segismundo.— Ensayo crítico sobre Shakspeare y Calderon.*

* *
*

El paralelo que hacemos entre Esquilo y Calderon no es el primero que se escribe. Recientemente la *Biblioteca Clásica* ha publicado una traduccion de Esquilo, en la que el traductor, D. Fernando Segundo Brieva Salvatierra, hace notar repetidas veces los puntos de contacto que existen entre el poeta griego y el poeta español. El traductor no ha llevado el paralelo hasta establecer el parentesco que notamos entre *Prometeo* y *La vida es sueño.* Por ser nuestra esta idea desconfiamos de su exactitud. Quizá nos hemos excedido: quizá se califique de atrevida afirmacion lo que sólo es tímida conjetura.

* *
*

Es posible que en nuestro juicio acerca de *La vida es sueño* hayamos repetido conceptos y apreciaciones contenidas en los trabajos que preceden á la comedia, debidos á la pluma de nuestros queridos amigos los Sres. Picatoste y Millan. Esto prueba que en estas tareas consagradas á un poeta, todos hemos pensado de la misma manera, colocados en diferentes puntos de vista, y que en la diversidad de los trabajos ha habido unidad perfecta de miras. Hemos llamado á Calderon el héroe de Constanti, haciendo uso los primeros de los nuevos datos con que el Sr. Picatoste ha esclarecido la vida, hasta ahora oscurísima y llena de lagunas, de nuestro gran poeta, á cuyo Centenario está consagrada esta obra.

ÍNDICE

Páginas.

Dedicatoria al Excmo. Sr. D. Antonio Romero Ortiz. 3
Biografía de D. Pedro Calderon de la Barca, por D. Felipe Picatoste. 7
Notas, ilustraciones y documentos. 41
Iconografía calderoniana, por D. Pascual Millan. 65
Notas é ilustraciones. 101
La vida es sueño, comedia de D. Pedro Calderon de la Barca. 107
La vida es sueño, auto sacramental de D. Pedro Calderon de la Barca. 215
Consideraciones críticas, por D. Rafael Ginard de la Rosa 287
Notas. 337





